

Esquilo (525-455 a. C.) vivió en Atenas, cuya democracia cantó en sus obras. Entregado desde muy joven a la poesía, dejó escritas numerosas elegías y noventa tragedias. De ellas, sólo siete han llegado hasta nuestros días.



Los Persas, Los Siete contra Tebas, Las Suplicantes, Prometeo encadenado y la trilogía de la *Orestía* son las tragedias conservadas. Separadas de nosotros por veinticuatro siglos, son obras que siguen afectando el ánimo del espectador —o lector. En este volumen ofrecemos una nueva versión rítmica de las obras.

LETRAS UNIVERSALES



1
TRAGEDIAS COMPLETAS

ESQUILO



ESQUILO

Tragedias completas

Edición de José Alsina Clota



CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

LETRAS UNIVERSALES

ESQUILO

Tragedias completas

Edición de José Alsina Clota

Traducción de José Alsina Clota

OCTAVA EDICIÓN

CATEDRA

LETRAS UNIVERSALES

Título original de la obra:

Πέρσαι (Los Persas)

Ἑπτὰ ἐπὶ Θήβας (Los Siete contra Tebas)

Ἰκέτιδες (Las Suplicantes)

Ὀρέστεια (La Orestía)

Ἀγαμέμνων (Agamenón)

Χοηφόροι (Las Coéforos)

Εὐμενίδες (Las Euménides)

Προμηθεὺς δεσμώτης (Prometeo encadenado)

A mis colegas

Antonio TOVAR, Manuel FERNÁNDEZ-GALIANO,
Martín RUIPÉREZ, Francisco R. ADRADOS,
José S. LASSO DE LA VEGA y Luis GIL,
a quienes tanto debe la filología clásica
española, y de quienes tanto he aprendido.

Cubierta: Diego Lara

© Ediciones Cátedra, S. A., 2002
Madrid

Printed in Spain
Impreso en Lavel, S. A.
Humanes de Madrid (Madrid)

INTRODUCCIÓN

NOTICIA SOBRE ESQUILO

El periodo comprendido entre los tres últimos decenios del siglo vi a. C. y el primer decenio del siglo v son para Grecia en general, y para Atenas en particular, de una importancia excepcional. Y eso vale tanto para el campo puramente político como para el cultural. En 528 a. C. muere Pisístrato, el tirano que dominó durante años los destinos de Atenas; en 510 se inicia la lucha decisiva de la oposición ateniense contra los últimos aleteos de los Pisístrátidas; y, en efecto, Clístenes, el líder de la democracia, logra, al fin, la expulsión de Hipias, hijo y sucesor de Pisístrato, estableciendo la democracia en Atenas. Esta incipiente democracia tuvo su prueba de fuego en 490, con ocasión del intento persa por someter Atenas. Pero la batalla de Maratón significó la victoria de la democracia, y con ella, de la libertad, ante Oriente: Grecia se salvó. Y durante mucho tiempo el recuerdo de esos años difíciles, así como el entusiasmo por la victoria frente al persa, quedaron grabados en lo más hondo del espíritu de los griegos. Fue el sacrificio de la generación de los *combatientes de Maratón* lo que había salvado la cultura helénica.

La vida de Esquilo corre paralela a grandes y decisivos momentos de Atenas. Nacido en 525, al parecer, vivió, de niño, los sucesos a que hemos aludido y en 490 tomó parte en la batalla de Maratón. Los grandes triunfos de la democracia son constantemente evocados en su obra, que, en última instancia, pretende ser un monumento perenne a la democracia. Recordemos *Los Persas* como ejemplo palpable de su entusiasmo democrático y patriótico.

Ya desde su adolescencia —como su coetáneo Píndaro— se entregó a la poesía: en 498 tomó parte en un concurso

literario en el que se enfrentó a figuras consagradas como Prátinas y Quérilo. Su primer triunfo, a juzgar por los datos del *Mármol de Paros*, fue en 484, y le siguieron bastantes más, si bien la tradición no coincide en cuanto se refiere al número de sus victorias¹.

Por razones que ignoramos, se trasladó, hacia 470, a Siracusa, llamado² muy posiblemente por el tirano Hierón. Se cree con cierto fundamento que durante esta estancia en Sicilia representó *Los Persas*, obra en la que se enaltecía la lucha de los griegos contra el invasor persa, lucha que Hierón consideraba que podía enardecer el patriotismo de los sicilianos, enfrentados con enemigos que, como los persas, amenazaban la cultura helénica. Fue asimismo en Sicilia donde Esquilo representó *Las mujeres de Etna* para celebrar la reciente fundación de la ciudad de Etna, como hiciera asimismo Píndaro en su *Pítica I*.

Poco tiempo debió Esquilo permanecer en esta su primera estancia en Sicilia, pues en 468 volvemos a encontrarlo en Atenas, donde sufre una derrota frente a Sófocles. Pero eso no es indicio, ni mucho menos, de una merma de sus facultades poéticas ni en el aprecio de su público: en 467 vence con su trilogía tebana (*Layo, Edipo, Siete contra Tebas*) y en 458 vuelve a alzarse con la victoria al ofrecer su trilogía *Agamenón-Coéforos-Euménides*, la única conservada completa y en la que se levanta, posiblemente, a las cimas de su genio. Pero, e ignoramos las razones concertas de ello, lo cierto es que abandonó definitivamente Atenas. Murió en Gela en 455. La biografía anónima que conservan algunos manuscritos del poeta recuerda la inscripción que se hallaba en su tumba y en la que, curiosamente, acaso por voluntad expresa del poeta, sólo se mencionan sus hechos gloriosos en la batalla contra el persa. De su arte, de su gloria de poeta, no se dice una sola palabra:

Esta tumba encierra a Esquilo, hijo de Euforión,
Ateniense, que murió en la fértil Gela,
de su valor testimonio puede ofrecer
el bosque de Maratón y el Medo de honda cabellera,
[que lo conoce.

A su muerte el poeta deja una obra considerable. «Ninguno de sus predecesores había escrito tanto como él», dice Wartelle³. Y, en efecto, la cifra de tragedias que nos transmiten las fuentes, aunque varía considerablemente, oscila entre noventa (Suda) y sesenta y tres (catálogo del Laurenciano). El último trabajo consagrado al estudio de esta obra esquilea, se inclina a creer que la cifra de noventa tragedias puede aceptarse como cierta⁴. Pero aparte de las tragedias, compuso asimismo elegías.

En el apartado correspondiente a la trasmisión diremos algo relativo a las causas que han determinado la pérdida, para nosotros, de una parte considerable de su producción. Los manuscritos medievales sólo nos han conservado siete piezas: de un lado, una trilogía completa de la *Orestia*; de otro, piezas sueltas: *Los Persas*, *Los Siete contra Tebas*, *Las Suplicantes* y el *Prometeo*. Esta última obra plantea problemas específicos⁵, pues en algunas ocasiones se ha pretendido sostener la tesis de que la pieza no es de Esquilo.

Problemas plantea también la cronología de las piezas. Tiempos hubo en los que era doctrina aceptada por los críticos que *Las Suplicantes* era la pieza más antigua conservada. Pero hoy, tras el descubrimiento de un papiro con una *didascalia*⁶, parece aconsejable rebajar la fecha de su composición alrededor del año 468. No hay tampoco seguridad sobre la fecha del *Prometeo*.

³ *Histoire du texte d'Eschyle dans l'Antiquité*, París, 1971, pág. 19.

⁴ Wartelle, *op. cit.*, 37.

⁵ W. Schmid (*Untersuchungen zum gefesselten Prometheus*, Stuttgart, 1929) cree que la pieza, a juzgar por el pensamiento y el estilo, no puede ser de Esquilo. Pero, cfr. J. Conan, *L'authenticité du Prométhée enchaîné*, Bucarest, 1943.

⁶ Documento que daba fe oficialmente del resultado de los concursos dramáticos.

¹ Las victorias, en número de veintiocho, que da la Suda, deben incluir alguna reposición. Suele aceptarse que Esquilo venció tres veces.

² La *Vida anónima* no hace alusión a este primer viaje a Sicilia.

ESQUILO EN LA LITERATURA
(UNIVERSAL Y ESPAÑOLA)

Se ha dicho que Esquilo es un descubrimiento de la filología del siglo XIX. Pero aun aceptando que ello sea verdad —como lo es, en el fondo—, lo cierto es que aún antes su genio ha ejercido una honda influencia en la Literatura. Sus figuras gigantescas han atraído la atención de líricos y dramaturgos —sobre todo estos últimos— desde que Séneca puso en escena su *Agamenón*, claramente inspirado en la obra del trágico ateniense.

De hecho, podemos decir que sólo los temas abordados por Esquilo en la *Orestía* y en el *Prometeo* han interesado a los escritores posteriores. La temática tocada por el poeta en *Los Siete contra Tebas* sólo de un modo indirecto ha influido en la posteridad, que ha seguido más decididamente las versiones de Sófocles y de Eurípides. *Los Persas*, por razones obvias, y *Las Suplicantes*, por razones que lo son menos, han dejado poca huella, por no decir ninguna, en la literatura posterior.

La figura de Prometeo ha sido interpretada por la posteridad de formas muy diversas. Ya el mismo Esquilo da un giro a la visión tradicional en su tiempo que, siguiendo las versiones hesiódicas, veían en el Titán un personaje negativo. Desde Esquilo, Prometeo aparecerá como un liberador de la Humanidad. Con una serie de sutiles matices, sin embargo.

De un lado, el Cristianismo, siguiendo una frase sugerente de Tertuliano (*Apologético*, XVIII, 2) ha querido ver en el titán amarrado a la roca por su amor a la humanidad el simbolismo de la crucifixión de Cristo para salvar a los hombres. Calderón le dedicará una pieza: *La estatua de Prometeo*.

Como liberador, como el espíritu que se ha enfrentado con la tiranía valientemente, aparece su figura desde los primeros tiempos de la época moderna: F. Bacon, en su *De sapientia veterum* (1691), verá en el enemigo de Zeus al campeón de la libertad de pensamiento; R. Bruno ve en él a un rebelde que se opone furiosamente contra las arbitrariedades del dogma. Ronsard interpretará su figura como la del hombre pendiente de la redención. Vida, el preceptista del Renacimiento, creará adivinar en la lucha de Prometeo la lucha del artista frente al ambiente que no le comprende. Ya en pleno siglo XVIII, Goethe se ocupa de su figura en dos ocasiones: Siguiendo de cerca a Shaftersbury y de lejos a Vida, quiere identificar a Prometeo con el artista, con el creador (¿No fue él quien, en la tradición pagana, había creado al hombre?). Eso, en su drama inconcluso *Prometeo*; en *Pandora* opone a Prometeo, el hombre de acción, a su hermano Epimeteo el soñador. Y, en efecto, al principio de éste, también inconcluso drama, presenta Goethe a Epimeteo recitando los versos siguientes:

Felices considero infancia y juventud;
después de la jornada turbulenta
y gozosa, en ellas hace presa,
con su poder, el sueño, que borrando
todo resto de su fuerte presencia
un ensueño formando, funde entonces
pasado y porvenir...

En tanto que hace decir a Prometeo:

Oh llama de esta antorcha, te anticipas,
madrugadora, al astro matutino,
y blandida por manos paternas
la luz anuncias antes de la albada.
Hay que rendirte culto como a un dios:
que toda ocupación, que es lo más digno
de varonil estima es la alborada,
y sólo es el esfuerzo quien concede
sustento y bienestar...

Shelley presenta en su *Prometeo liberado* (*Prometheus unbound*, 1820) el símbolo de la Libertad, que conoce una nueva aurora con la acción del Titán:

Tú bajaste, entre todas las ráfagas del cielo:
cual un espíritu o un pensar, que agolpa
inesperado llanto en ojos insensibles,
o igual que los latidos de un corazón amargo
que debiera gozar ya de la paz, descendiste
en cuna de borrascas: así, tú despertabas,
Primavera...

Leopardi, un romántico como Shelley, habla en su poema *Bruto minore* de lo *prometeico* como una dimensión propiamente humana:

A voi, fra quante
stirpi el Cielo avvivò, soli fra tutte,
figli di Prometeo, la vita increbbe;
a voi le morte ripe,
se il fato ignavo pende,
soli, o miseri, a voi Giove contende.

Ya en nuestra propia época, A. Camus (*Prométhée aux Enfers*, y *L'homme révolté*) hará también de Prometeo el trasunto de la rebeldía humana. A. Gide en su *Prométhée mal enchainé* convierte el águila que devoraba diariamente el hígado de Prometeo en el símbolo de la conciencia moral del hombre. Y Eugenio D'Ors, identificando su destino —la huida de Barcelona y las persecuciones de que fue objeto— con el del héroe, escribirá su *Nou Prometeu encadenat*, una obra de la que ha dicho con razón E. Jardí que «tiene que ser interpretada en función de su caso personal», aunque, si reflexionamos un poco, todos cuantos se han ocupado de Prometeo se han sentido algo identificados con su destino.

Junto al Prometeo, el ciclo tebano y el ciclo troyano. Poco es lo que el ciclo tebano (el tema de Edipo y sus hijos) ha dado de sí, si descontamos algún que otro Edipo (el de Corneille, 1659; el de Voltaire) y la *Thébaïde* de Racine (1664), que se encara con el tema abordado por Esquilo en *Los Siete contra Tebas*.

Muchísimo más rico el tema de Agamenón y su ciclo, que, a su vez, forma parte de lo que podemos llamar el *ciclo troyano*. Ciertamente que en muchas ocasiones, más que Esquilo, es Sófocles (y en ocasiones Eurípides) quienes han inspirado a los poetas modernos.

Así, sobre el tema (muy poco esquilado, por cierto) de los orígenes de la guerra troyana, J. Giradoux nos ha dado la bella obra titulada *La guerre de Troie n'aura pas lieu*, donde el autor hace un apasionado llamamiento a los políticos de 1935 ante el desastre que se avecinaba. Pero si este tema no aparece, de hecho, en el teatro esquilado hay una serie de escenas de la *Orestia* que, ciertamente, han servido de modelo para obras de teatro.

En el *Agamenón* hay una serie de temas o escenas evocadas por el coro. Así, el rapto de Helena y su consecuencia, la destrucción de Troya, es abordado por Rojas Zorrilla en su comedia *El robo de Helena y la destrucción de Troya*; el sacrificio de Ifigenia, tan bellamente y con tanta fuerza plástica evocado en el famoso coro del *Agamenón* lo hallamos —cierto que normalmente inspirado en Eurípides— en autores tan distintos como Racine (*Iphigénie*) y Goethe (aunque éste ha seguido el tema de la *Ifigenia en Tauride* de Eurípides). Sí en cambio sigue relativamente de cerca a nuestro trágico el escritor español Cañizares, que compuso una pieza titulada *El sacrificio de Ifigenia*.

Si pasamos al tema de Agamenón y su asesinato, tendremos que citar, en primer lugar, ciertas obras que, más que una nueva versión, ofrecen simplemente la traducción, más o menos arreglada, de la pieza esquilada: así, el *Agamenón* de P. Claudel; el *Agamenón* de Alfieri es ya una obra que pretende separarse del original.

Ciertamente los personajes que con mayor frecuencia han aparecido en escena dentro del tema que nos ocupa son Electra y Orestes. En muchas ocasiones, es cierto, la versión que siguen los autores es la de Sófocles o la de Eurípides (Esquilo es un autor demasiado difícil para atraer la atención de los poetas). Ello ocurre en piezas como *Agamenón vengado*, de García de la Huerta (que es una versión de la pieza de Sófocles); siguen luego una serie de piezas tituladas *Electra*,

que también suelen seguir el tratamiento sofócleo. Unas veces en una visión arqueologizante —es decir, se sitúa en la antigüedad—, como los casos de Chénier, Soumet, Hofmannstahl, Giraudoux (que más sigue, con mucha libertad, la versión eurípídea, al presentar las bodas de Electra con el jardinero). En cambio, una serie de autores modernizan incluso la época y el ambiente de la pieza (O'Neill, Eliot, etc.). Lo mismo hace Pérez Galdós.

Siguen a Esquilo, en cambio, Léconte de Lisle, quien, en sus *Erinyes* (1873) nos ofrece un relato basado esencialmente en Esquilo, aunque con pinceladas sofócleas. También Sartre en su obra *Les mouches*, donde el filósofo-escritor ha querido plasmar sus ideas en torno a la libertad. Sartre nos presenta, en Orestes, al hombre absolutamente libre, en tanto que Electra simboliza, aquí, la ética de sentido tradicional.

La figura de Orestes ha sido asimismo con mucha frecuencia llevada a la escena, aunque, también en este caso, es el tratamiento sofócleo el que se ha seguido. Citemos las piezas de Alfieri, Voltaire, Dalbe. En otros casos estamos ante versiones más o menos libres del tema, como en el duque de Rivas, quien en *El duque de Aquitania* nos presenta, de forma un tanto original, un Orestes en la Edad Media; o D. de Solís, que escribe un drama con el título de *El hijo de Agamenón*. Un tratamiento paródico tenemos en la obra de T. V. Alonso, *Sancho y Mandonga*.

Tampoco faltan aquí versiones directas de la pieza, ya no con criterio arqueológico o filológico, sino artístico: nos bastará con mencionar a A. Dumas (que compuso una versión titulada *L'Orestie*) o la versión-adaptación de Pemán (*La Orestíada*).

Merece citarse el hecho de que, independientemente del tema, en algunas ocasiones se ha notado el influjo de Esquilo sobre un escritor. El hecho es realmente poco común pues Esquilo es un autor que, por su dificultad y su arcaísmo, no suele influenciar a los escritores. Merece citarse el caso del *Samson Agonistes*, de Milton, donde los críticos están de acuerdo en descubrir cierto influjo de la figura de Prometeo en la del protagonista.

LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE ESQUILO

En la transmisión del texto esquileo podemos distinguir varias etapas:

1. ¿Cómo era el original del poeta? De acuerdo con nuestros conocimientos de la historia del libro, tendría un aspecto muy particular: escrito en alfabeto ático, hay una serie de letras que se confunden en este alfabeto: É y Η, Ο y Ω, etc. Posiblemente llevaría indicaciones del propio autor especificando aspectos de la coreografía y de la música. Las palabras no estarían separadas, sino presentando lo que se llama *scriptio continua*; no estarían señalados los acentos, ni los espíritus, ni la puntuación. Los versos no estaban escritos uno a uno, sino que presentaban un aspecto de *prosa*. El material sería sin duda el papiro.
2. Por una ley de Licurgo llegó un momento en que fue obligado depositar un ejemplar de las obras dramáticas en los archivos oficiales, sin duda para evitar interpolaciones y modificaciones del texto, cosa que sólo se consiguió en parte. Hay ciertas modificaciones del original en las obras que se nos han transmitido, aunque quizá no tantas como algún crítico (Böhme) cree. Siguiendo esta práctica, no hay duda de que el texto de Esquilo fue depositado en estos archivos.
3. A partir de la época alejandrina se acumuló en Egipto, por obra de los Ptolomeos, toda la literatura anterior. Así llegaron a la Biblioteca de Alejandría las obras de nuestro autor.
4. Los grandes filólogos helenísticos dedicaron gran atención a la tragedia, entre otros géneros: Alejandro el

Etolio, discípulo de Zenódoto, se encargó de revisar las piezas trágicas de la Biblioteca; Aristófanes de Bizancio llevó a cabo una edición del poeta, junto con otros trágicos. Aristarco, el mayor crítico de la Antigüedad, escribió un amplio comentario a su obra: de este comentario dependen, en última instancia, los escolios (notas explicativas) que acompañan algunos manuscritos medievales.

5. En el siglo II d. de C., se llevó a cabo una selección drástica de los autores antiguos. Todo ello en el marco del renacimiento de los estudios que conoció el reinado de Adriano. Se elaboró, así, una selección de Esquilo que contenía las siete tragedias que han llegado hasta nosotros.
6. Hasta el siglo III las obras se copiaban en rollos de papiro. A partir de ahora tendrá lugar una gran revolución: En vez de rollos de papiro, se copian en pergamino (piel curtida) y se encuadernan como libros los textos: es el llamado *códice*, que permitía un más fácil manejo de los textos que el simple rollo papiráceo.
7. Entre el siglo VI y el IX el mundo griego oriental, es decir, Bizancio se desentiende del estudio de los autores antiguos griegos. Bizancio vive momentos muy difíciles. Pero ya en pleno siglo IX surge en esta cultura lo que Lemerle ha llamado, con acierto, el primer humanismo bizantino. Impulsado por las figuras de Focio y Aretas, se inicia una importante labor de transcripción de los manuscritos unciales a un tipo de escritura más asequible y fácil. Al mismo tiempo, el interés por los autores clásicos supone una búsqueda de manuscritos —necesarios para esta transliteración a que nos hemos referido— que son recibidos con gozo después de cada descubrimiento en los monasterios o las bibliotecas imperiales.

Este renacimiento perdura a lo largo de los tiempos hasta la caída de Bizancio a mano de los turcos en 1453. Durante los siglos XIII y XIV, sobre todo, vivirán importantes estudios que consagrarán su esfuerzo a editar y estudiar a los antiguos: Tomás Magister,

Demetrio Triclinio, Moscópulo y Planudes son los nombres más significativos.

Sin embargo, este renacimiento presenta sus aspectos negativos, pues por razones pedagógicas —necesidades de enseñanza— se llevan a cabo drásticas reducciones en las obras copiadas y estudiadas. Se escogieron tres piezas de cada uno de los trágicos —las llamadas tríadas bizantinas—. Esquilo estará representado, en esta selección por tres piezas: *Prometeo*, *Persas* y *Siete contra Tebas*. Es decir, que de no haber sido por la existencia de otra tradición que hizo que se copiaran otras obras, habríamos perdido más obras aún que las conservadas en los manuscritos medievales.

Estos manuscritos medievales, en los que ha de basarse necesariamente toda edición en Esquilo, proceden todos de un modelo único (arquetipo), en uncial, que contenía las siete tragedias que se nos han transmitido del poeta. El más antiguo es el *Mediceo* o Laurenciano XXXII, 9, copiado en el siglo X y que debe su nombre al hecho de que se descubriera en la Biblioteca Laurenciana de Florencia. Pero este código contiene mutilaciones y lagunas.

Importante es también el *Venetianus* o *Marcianus* 653, del siglo XIII o XIV. Había pertenecido al cardenal Besarion y hoy es un ejemplar importante de la Biblioteca de San Marcos de Venecia.

Citaremos asimismo la existencia de otros manuscritos esquileos, de un valor inferior a los mencionados: el II F 31 de la Biblioteca Nacional de Nápoles, que fue copiado por Triclinio; el código 31.8 de la Biblioteca Laurenciana de Florencia, que fue copiado en el siglo XIV. Y hay algunos más de valor desigual.

8. Pero para una edición del Esquilo son también imprescindibles unos papiros que proporcionan, aparte de fragmentos de piezas perdidas, también trozos de las obras conservadas, lo que permite un confrontación entre la tradición directa, medieval, y la indirecta. Puede verse un *rapport* sobre la lista y valor de estos papiros esquileos en M. Fernández-Galiano («Les papyrus d'Es-

chule», *Proc. of the IX Intern. Congress of Papyrology*, Oslo, 1961, págs. 81 y ss.) y Wartelle (*Histoire du texte d'Eschyle dans l'Antiquité*, París, 1971, págs. 293 y ss).

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

La presente edición ofrece al lector una versión rítmica de los textos esquiléos. Se han utilizado endecasílabos, alejandrinos, octosílabos, etc. procurando seguir las variaciones métricas de los textos originales, en la medida de lo posible. Se encontrarán algunas alternancias de acentuación en nombres propios de doble grafía, como por ejemplo, Artemis y Ártemis o Epafo y Épafo, atendiendo a las necesidades métricas. Por la misma razón se utilizan indistintamente las formas Atena y Atenea.

A lo largo de las notas y las introducciones a las distintas tragedias se dan unas referencias de versos que corresponden a la numeración de los manuscritos griegos, no incluidas en esta edición.

CRONOLOGÍA ESQUÍLEA

- 536-533 Primeras representaciones de Tespis.
- 527-524 Nacimiento de Esquilo en Eleusis.
- 521? Nacimiento de Píndaro.
- 520 Primeras representaciones trágicas de Quérido.
- h. 515 Reforma del drama satírico por Prátinas.
- h. 511 Primeras victorias trágicas de Frínico.
- 507 Clístenes crea la democracia ateniense.
- 499 Rebelión jónica contra Persia.
- 497-96 Nacimiento de Sófocles.
- 494 Toma de Mileto por los persas.
- h. 492 Frínico presenta su *Caida de Mileto*.
- h. 490 Prátinas en el apogeo de su arte trágico.
- 490 Batalla de Maratón.
- 486 Triunfo de Quiónides en el primer concurso cómico.
- 485-480 Nacimiento de Eurípides.
- 484 Primera victoria de Esquilo.
- 480 Batalla de Salamina.
- 476 Esquilo en Sicilia.
- 472 *Los Persas*, de Esquilo.
- 471 Segundo viaje de Esquilo a Sicilia.
- 468 Primera victoria de Sófocles en los concursos trágicos.
- 467 *Los Siete contra Tebas*, de Esquilo.
- h. 463 *Las Suplicantes*, de Esquilo.
- 458 *La Orestía*, de Esquilo.
- 456-455 Muerte de Esquilo en Gela.

BIBLIOGRAFÍA

I. OBRAS GENERALES SOBRE ESQUILO

- M. CROISSET, *Eschyle*, París, 1928 (varias reediciones).
M. GAGARIN, *Aeschylean Drama*, Berkeley, 1976.
L. GOLDEN, *In Praise of Prometheus*, Chapel Hill, 1966.
G. MURRAY, *Esquilo, creador de la tragedia* (trad. cast.), Buenos Aires, 1943.
E. T. OWEN, *The harmony of Aeschylus*, Toronto, 1952.
K. REINHARDT, *Aischylos als Regisseur und Theologe*, Berna, 1949.
J. DE ROMILLY, *La crainte et l'angoisse dans le théâtre d'Eschyle*, París, 1958.
BR. SNELL, *Eschilo e l'azione drammatica* (trad. ital.), Milán, 1969.
FR. SOLMSEN, *Hesiod and Aeschylus*, Itaca, Nueva York, 1949.
O. TAPLIN, *The stagecraft of Aeschylus*, Oxford, 1977.

2. PENSAMIENTO

- F. CAMPANELLA, *Il genio di Eschilo*, Nápoles, 1936.
J. COMAN, *L'idée de la Némèse chez Eschyle*, París, 1931.
J. H. FINLEY, Jr., *Pindar and Aeschylus*, Cambridge, Mass., 1955.
D. KAUFMANN-BÜHLER, *Begriff und Funktion der Dike in den Tragödien des Aischylos*, Bonn, 1955.
W. KIEFNER, *Des religiöse Allbegriff des Aischylos*, Hildesheim, 1965.

3. FORMA Y TÉCNICA DRAMÁTICA

- R. HOLZLE, *Zum Aufbau der lyrischen Partien des Aischylos*, Munich, 1935.
H. DE HOZ, *On Aeschylean Composition*, I, Salamanca, 1979.
G. MEAUTIS, *Eschyle et la trilogie*, París, 1936.
FR. STOESSL, *Die Trilogie des Aischylos*, Baden bei Wien, 1937.

4. ESTUDIOS SOBRE LAS DISTINTAS PIEZAS

a) *Persas*

- H. D. BROADHEAD, *The Persae of Aeschylus*, Cambridge, 1960.
K. DEICHGRÄBER, *Die Persertetralogie des Aischylos*, Wiesbaden, 1974.

b) *Los Siete contra Tebas*

- J. MESK, «Die Parodos der Sieben gegen Theben», *Philologus*, (1934), págs. 454 y ss.
ED. FRAENKEL, «Die sieben Redepaare im thebanischen Drama des Aischylos» *Kleine Beiträge zur klass. Philologie*, Roma, 1964, páginas 273 y ss.
R. D. DAWE, «The End of the Seven Against Thebes by Aeschylus» *Class. Quarterly*, 61, (1967), págs. 16 y ss.
J. VÜRTHEIM, *Aischylos, Schutzfliebende*, Groningen, 1967.
W. G. THALMAN, *Dramatic Art in Aeschylus' Seven Against Thebes*, Londres, 1978.
K. VON FRITZ «Die Gestalt des Eteokles in Aeschylus' Sieben gegen Theben» *Antike und moderne Tragödie*, Berlin, 1962, págs. 193 y ss.
A. W. H. ADKINS, «Divine and human values in Aeschylus' Seven against Thebes», *Antike u. Abendland*, (1982), págs. 32 y ss.

c) *Las Suplicantes*

- A. ELISEI, «Le Danaïdi nelle *Supplici* di Eschilo», *Studi ital. di filol. class.*, N. S. 6, (1928), págs. 197 y ss.
K. VON FRITZ, «Die Danaidentrilogie des Aischylos», (*Antike u. moderne Tragödie*), págs. 160 y ss.
A. F. GARVIE, *Aeschylus' Supplikes: Play and Trilogy*, Cambridge, 1969.

d) *La Orestia*

- R. BÖHME, *Bühnenbearbeitungen aischyleischer Tragödien*, Stuttgart, 1956.
G. DEL ESTAL, *La Orestia y su genio jurídico*, El Escorial, 1962.
G. GROSSMANN, *Promethie und Orestie*, Heidelberg, 1970.
R. KUHN, *The House, the City and the Judge*, Nueva York, 1962.
A. LEBECK, *The Oresteia*, Cambridge, Mass., 1971.
A. SETTI, *L'Oresteia di Eschilo*, Florencia, 1935.

e) *Prometeo*

- P. GROENEBOOM, *Aeschylus' Prometheus*, Groningen, 1928.
G. MÉAUTIS, *L'authenticité et la date du Prométhée enchaîné d'Eschyle*, Neuchâtel, 1960.
H. MOELLER, *Untersuchungen zum Desmotes des Aischylos*, Griefswald, 1936.
W. SCHMID, *Untersuchungen zum Gefesselten Prometheus*, Stuttgart, 1929.
R. UNTERBERGER, *Der Gefesselte Prometheus des Aischylos*, Stuttgart, 1968.
M. VALGIMIGLI, *Eschilo. La trilogia di Prometeo*, Bolonia, 1931.

5. LENGUA Y ESTILO

- W. ALY, *De Aeschyli copia verborum*, Berlin, 1906.
J. DUMORTIER, *Les images dans la poésie d'Eschyle*, Paris, 1935.
F. R. EARP, *The Style of Aeschylus*, Cambridge, 1948.
H. MIELKE, *Die Bildersprache des Aischylos*, Breslau, 1934.
D. VAN NES, *Die maritime Bildersprache des Aischylos*, Groninga, 1963.

LOS PERSAS

le
 an
 na
 gr
 m
 en
 le
 re
 co
 of
 e

C
 d
 h
 r

le
 an
 na
 gr
 m
 en
 le
 re
 co
 of
 e

«*Los Persas* (al igual que las piezas de Frínico que sin duda le inspiraron, *Las Fenicias*, y la *Toma de Mileto*, de este mismo autor) son las únicas tragedias de las que tenemos noticia que tocan temas contemporáneos. En el caso de Esquilo, el grandioso hecho, vivido por el propio poeta, del enfrentamiento de la minúscula Grecia con la enorme Persia. En este combate tan desigual, la victoria cayó del lado de Grecia, por lo que los hombres de aquella época vieron en ello el resultado indudable de la protección divina. Por esa razón, ese tema pudo ser elevado a categoría religiosa y, así, ser objeto del tema de una pieza trágica. La Historia se había convertido en Mito.

Pero a pesar de que el tema de la tragedia es la lucha de Grecia contra Persia por la libertad, no hallamos en absoluto ningún tipo de «chauvinismo»; Esquilo sabe ponerse del lado de los Persas y comprender el profundo dolor que domina a los vencidos ante la noticia de la catástrofe. G. Murray ha insistido bellamente en ese aspecto de la pieza esquiléa.

La obra forma parte de una trilogía, cuyas otras dos piezas se han perdido: *Finéo*, *Persas*, *Glauco de Potnia*, y el drama satírico *Prometeo* (a no confundir con el *Prometeo encadenado*). Si tenemos en cuenta que el tema de cada una de estas piezas tiene un engarce muy leve, si lo hay, entre sí, concluiremos que, en esta fase de su vida, es posible que Esquilo haya organizado sus trilogías sin un nexo muy fuerte entre ellas, como hallaremos más tarde con las *Danaides*, la *Orestía* o la *Prometía*. La pieza se divide en tres partes claramente diferenciadas. Pero ello no nos autoriza a afirmar, con Wilamowitz¹

¹ *Aischylos. Interpretationen*, Berlín, 1913, págs. 42 y ss.

que estamos en presencia de tres actos flojamente relacionados. Con mucho mejor sentido crítico ha podido demostrar K. Deichgräber² la fina y notable gradación del *pátbos* trágico al pasar de una parte a la siguiente.

La primera parte, ha dicho acertadamente A. Lesky³, es la descripción de un estado de ánimo. La expectación, la angustia, la espera angustiada domina toda esta primera parte. Y aún no del todo. El coro de ancianos tiene conciencia de la enorme potencia del ejército persa, que ningún obstáculo podría detener. Pero, ¿y el designio de Zeus, cómo puede evitarse? ¿No es humano creer que detrás de la grandeza puede ocultarse la envidia divina que puede acarrear los desastres más espantosos?

La segunda parte es la confirmación de ese barrunto. Un mensajero acude presuroso a comunicar la noticia de la total catástrofe. Y el coro se lamenta desesperadamente, porque cree que se trata de un castigo divino porque Persia ha abandonado su tradicional modo de guerrear en tierra para lanzarse a la mar. La evocación de la Sombra de Darío confirma esta opinión: Jerjes ha cometido pecado de soberbia, de *hybris*. Por ello la terrible derrota de Salamina, y por ello les espera aún otra peor, en tierra, la de Platea.

La última parte es un *treno*, un lamento fúnebre por la desgracia y por los caídos en la lucha.

Los Persas, que ahora sabemos que es la pieza conservada más antigua de Esquilo (representada el 472 a. C.) es, de hecho, una glorificación de Grecia, pero, en especial, de Atenas, que aparece como la verdadera artífice de la victoria. En eso Esquilo opinará como Heródoto.

² *Die Persertrilogie des Aischylos*, Wiesbaden, 1974, y, del mismo autor, el estudio *Die Perser des Aischylos (Nachrichten der Göttinger Akad. phil.-hist., Kl. 1/4, 1941, págs. 155 y ss)*.

³ *La tragedia griega*, Barcelona, s. a., 83.

PERSONAJES DEL DRAMA

CORO DE ANCIANOS

ATOSA, la REINA

UN MENSAJERO

LA SOMBRA DE DARÍO

JERJES

La acción se desarrolla en Susa. En escena una gradería porticada y la tumba de Darío.

(Van entrando lentamente en la orquesta los ancianos que forman el coro.)

CORO

Estos son los fieles —y así se nos llama—¹
de la hueste persa que a la tierra helena
partió en son de guerra. Nos nombró guardianes
del palacio, en oro y en tesoros rico²,
el Rey de esta tierra, Jerjes, nuestro príncipe,
hijo de Darío.

Pensando en la vuelta del rey y del rico
ejército nuestro, profeta de males
se eriza en el pecho mi espíritu todo
—que la fuerza entera, en Asia nacida,
está ahora muy lejos, y a su dueño llama³,
sin que llegue nunca, correo o jinete
a la tierra patria.

¹ A lo largo de la pieza estos ancianos que forman el coro son llamados «fieles». Acaso sea el epíteto que tendría este cuerpo «consultivo» a quien el Rey, al partir, ha entregado el cuidado del reino (cfr. v. 681, donde Darío los invoca con el mismo adjetivo).

² A lo largo de toda la pieza se habla siempre de la riqueza persa, principalmente para poner aún más de relieve, por una especie de ironía trágica, el desastre y la miseria de Persia. Otro ejemplo de esta ironía trágica podemos verla en el primer verso de la pieza, donde el verbo empleado por el poeta (*partió*) tiene, en griego, también, el sentido de *murió* (*δίζηται*). Cuando el mensajero anuncia la catástrofe, v. 232, emplea el mismo verbo en la misma forma y persona (*δίζηται*).

³ El texto de este verso ha sido muy distintamente interpretado por los críticos. Leemos, con Page, *ἔδν* por *ἔδον*.

Los muros de Susa⁴ y los de Ecbatana⁵ y el recinto Cisio⁶, un día, dejaron, unos a caballo, otros en bajeles, otros como infantes, formando una masa guerrera. Y, entre ellos, se encuentran Amistres⁷, Artafrén y Astaspes, y el gran Megabates, capitanes persas, reyes y vasallos del Gran Rey, Custodios de la ingente hueste; con ellos, arqueros, marchan, y jinetes, de aspecto terrible, y en la lucha invictos por su gran coraje.

También Artembares, que ama los corceles, Masistres e Imeo, excelente arquero, y, con Farandaces, Sostanes, que gusta de agujijar caballos.

Otros ha enviado el fecundo Nilo:⁸ Susiscanes uno, y el hijo de Egipto, Pagastagón, otro; y el jefe de Menfis, la ciudad sagrada, Arasmes el Grande, y el que la vetusta Tebas señorea, Ariomardo, y quienes, barqueros insignes, surcan los pantanos, en número enorme. Les sigue la hueste de los blandos lidios⁹, y los que gobiernan sobre todo el pueblo que en el continente vive: Metrogates y Arcteo el valiente, reyes-capitanes, y la rica Sardis, opulenta en oro, envía a la lucha guerreros, en miles de carros de guerra, en sus batallones

⁴ Susa era la residencia de verano de los reyes persas.

⁵ Capital de Media.

⁶ Plaza fuerte de la provincia de Susa (cfr. Heródoto, v. 49).

⁷ Los nombres que aparecen aquí son sólo en parte históricos, pero un tanto deformados por el poeta.

⁸ Tras nombrar a los capitanes persas, sigue la lista de los aliados, empezando por Egipto, que aportaba uno de los contingentes más importantes.

⁹ El carácter poco belicoso de los lidios es ya un lugar común en la historia griega.

de dos y tres picas —horrendo espectáculo. También los vecinos del sagrado Tmolos¹⁰ imponer pretenden el yugo de esclavo sobre el país griego: Mardón y Taribis, yunques de la pica, y las flechas Misias. Babel, igualmente, abundante en oro, de confusa masa manda contingentes en naves cargados.

Detrás de Asia entera les sigue la masa de pueblos que blanden sus cortas espadas, del rey a las duras órdenes cediendo. Tal es, pues, la flor de los combatientes de la tierra persa, que partió a la lucha. Los crió del Asia el país entero y ahora de ardiente desecho agujijados los lloran esposas y padres, contando los días que pasan, y, al ir dilatándose, palpita su pecho.

(*Más amplio, ahora, y cantando.*)¹¹

Sin duda, ya ha pasado la destructora hueste de la armada real a la vecina tierra que está en la otra ribera, en balsa que ata el lino, el estrecho cruzando de Hele, hija de Atamanta, tras echar sobre el cuello del ponto el yugo esclavo de innúmeras clavijas¹², para buscarse un paso¹³.

Del Asia populosa el impetuoso Jefe su divino rebaño contra la tierra entera

¹⁰ Montaña de Lidia.

¹¹ Una vez el coro ha evolucionado —en ritmo anapéstico— entona un *estásimo* (en este caso en ritmo jónico). El coro va evocando, mentalmente, el trayecto seguido por el ejército.

¹² El «pasadizo de muchos clavos» es una manera esquílea de decir *punte*. Véase la nota siguiente.

¹³ Jerjes hizo construir un puente que uniera las costas de Asia Menor con el continente europeo. En su imaginación, el coro emplea una metáfora: el ponto es un buey sobre el que se ha colocado un yugo.

dirige, en doble ruta: por la de los infantes,
y del mar confiando en sus fuertes caudillos,
el áureo descendiente de una raza divina.

Se refleja en sus ojos la fúlgida mirada¹⁴
de sanguinaria sierpe; con sus miles de brazos
y sus mil marineros, y tirando su carro,
forjado en tierra siria, contra ilustres guerreros,
que picas enarbolan, envía Ares arquero.

Es imposible que alguien contra ese gran torrente
de guerreros se encare, y con fuertes murallas
contenga sus ataques. ¡El mar es invencible!
Invencible la tropa es de la hueste persa
y es su pueblo esforzado.

(Más movido.)

Mas del artero engaño de los dioses¹⁵,

¿quién escapar consigue?
¿Quién, con su pie ligero,
podrá escapar en salto afortunado?

Pues amable, con su halago,
Ate atrae hacia sus redes¹⁶
al mortal, de donde al hombre
nunca le será posible
dar un salto y evadirse.

Por la voluntad divina
ha reservado el destino

¹⁴ El ejército es ahora comparado a una terrible serpiente.

¹⁵ Pese a haber puesto de relieve el poder destructor del ejército de Jerjes, el coro —como suele ser costumbre en Esquilo— es presa de un temor irracional ante una desgracia. Aquí se trata de la doctrina arcaica de la *hybris* y su castigo. Sobre el *artero engaño de los dioses*, cfr. K. Deichgräber, *Der listensinnende Trug des Gottes*, Göttinga, 1956.

¹⁶ Ate es el Error personificado; el error que ciega al hombre y le hace caer en una falta, en una *hybris*, que los dioses castigarán.

a los Persas, desde antiguo,
luchas que torres abaten,
choques de caballería,
y destrucción de ciudades.

Pero más tarde aprendieron
del ancho mar, que al empuje
del impetuoso huracán
de canas se llena, el prado
marinero a contemplar,
fiados en frágiles jarcias
y en ingenios que transportan¹⁷.
Por eso mi corazón
hoy enlutado, rebosa
de temor («¡Oh, hueste Persa!»)
de que la grande ciudad
de Susa que está sin hombres
escuche este grito infausto;
de que la villa de Cisia
lance su eco doloroso,
en tanto femenil corro
pronuncia este grito («¡Oh, Da!»)
y caigan, hechas jirones,
sus vestimentas de lino.

Porque todos los jinetes
y los soldados de a pie,
como un enjambre de abejas,
han abandonado el país
con el Jefe de la hueste,
cruzando el marino cabo
por ambos lados uncido
y que dos costas compartan.

Los lechos, en su añoranza
de los varones, se llenan

¹⁷ El *error* de los Persas es haberse lanzado a la guerra en el mar, cuando por su destino estaban orientados hacia la guerra en tierra.

de lágrimas; cada esposa
persas, en lánguidos lamentos,
de amor con sus dulces muestras,
ha despedido a su brioso esposo
y en su hogar, solitaria, se ha quedado.

(Breve pausa.)

Mas, ea, Persas, vamos a sentarnos
bajo ese antiguo techo, y apliquemos
nuestro noble consejo, y meditado:
(que es fuerza hacerlo): ¿Cuál será la suerte
de Jerjes, nuestro Rey,
el hijo de Darío,
que por línea paterna
su nombre nos ha dado?¹⁸
¿Es la victoria, acaso, de las flechas?
¿O se ha impuesto la fuerza de las picas
en punta rematadas?

(Aparece la Reina Atosa, y el coro se hinca de rodillas ante ella.)

Mas hacia aquí camina
—luz semejante al ojo de los dioses—
la madre de mi rey, mi Soberana.
Ante ti me arrodillo.
Que con palabras de saludo, todos
le den la bienvenida.
¡Oh soberana mía, la más noble de todas
las Persas de cintura fuertemente apretada,
madre anciana de Jerjes y esposa de Darío!
Compañera de lecho del numen de los Persas,
eres también la madre de un dios, si nuestra antigua
Fortuna no ha dejado, ahora, a nuestra hueste.

¹⁸ Alusión a la figura mítica de Perseo, que dio el nombre al pueblo Persa (o los persas así lo creen, que es casi lo mismo).

Por ello abandonando mi dorado palacio
y el tálamo que un día compartí con Darío,
aquí he venido. Que a mí también me roe el alma
la angustia —revelarlo quiero a vosotros todo—
porque yo, amigos míos, tampoco estoy sin miedo
de que esa gran riqueza cubra de polvo el suelo
y de una coz derribe la dicha que Darío
logró instaurar un día no sin divina ayuda.
Por ello aquí, en mi pecho, doble angustia, indecible,
anida, sí. ¿Acaso una montaña de riquezas
privada de sus amos es digna de respeto?
¿Para aquél que no tiene riquezas la luz brilla
condigna con su fuerza? Sí, intacto está el tesoro;
el temor que yo abrigo al amo se refiere.
Que el ojo de una casa, yo creo, es la presencia
del dueño. Así las cosas, venid a aconsejarme,
Persas que desde antiguo tan fieles me habéis sido.
Que en vosotros yo baso mis buenas decisiones.

CORIFE0

Debes saberlo, Reina de esta tierra, dos veces
no has de pedirme nada, ni palabras, ni actos,
en los cuales mis fuerzas puedan servir de ayuda,
pues que pides consejo a quien te tiene afecto.

REINA

Vivo constantemente entre nocturnos sueños
desde que reclutara mi hijo ingente hueste
y hacia la tierra jonia partiera, a devastarla.

¹⁹ Las palabras de Atosa y del coro, en este episodio, están en ritmo trocaico (tetrametros trocaicos catalécticos, de estructura —v—v / —v—v / —v—: ese metro es arcaico, como ya señalara Aristóteles, al afirmar, en la Poética, que el primitivo ritmo trocaico se cambió en yámbico por ser este metro más adecuado para la lengua griega. Hemos procurado adaptar un ritmo que recuerde el del original. Esquilo no da un nombre concreto a la Reina; los escolios la llaman Atosa.

Mas hasta este momento nunca lo vi tan claro como el que anoche tuve, y voy a relatarlo. Soñé que dos mujeres, bellamente vestidas²⁰, tocadas, una de ellas, con ropas a la persa, la otra a estilo dorio —a mi vista acudían— sobrepasando, en talla, con mucho, a las de ahora, de belleza sin tacha, por el linaje hermanas. Como patria tenían, una la tierra griega (que en suerte recibiera), la otra, el país persa. A lo que ver podía, estaban en discordia. Mi hijo, al darse cuenta, intenta contenerlas, intenta apaciguarlas. A su carro las unce luego, y sobre su cuello el arnés les coloca. La una se envanece de aquellos aderezos y a las riendas ofrece su boca obediente²¹, la otra se encabrita, y con sus manos rompe los arneses del carro, y en su empuje lo arrastra con ella, y, ya sin freno, rompe el yugo en dos trozos. Cayó, entonces, mi hijo, y Darío, su padre, acude compasivo, y, al descubrirlo Jerjes rasga las vestimentas que su cuerpo cubrían²². Tal sueño tuve anoche, te digo. Al levantarme y tras lavar mis manos en una hermosa fuente hacia el altar acudo, sosteniendo en mis manos una ofrenda; quería ofrecer libaciones a los dioses que alejan, señores de este rito, los presagios malignos. Y un águila diviso junto al altar de Febo. Me quita el miedo el habla, amigos. Y, más tarde, a un milano contemplo lanzado con sus alas a la carrera y que arranca con sus garras plumas de su cabeza; el águila no sabe sino ofrecer su cuerpo, de miedo acurrucada. Tal fue la pesadilla

²⁰ Se trata de Europa y Asia personificadas.

²¹ Persia. Entre los griegos era creencia firme que los de Asia aman la esclavitud. Hipócrates llega a afirmar que por hecho del clima, la institución real es más natural allí que en Grecia.

²² Los sueños, en especial los de carácter profético, son muy abundantes, no sólo en la tragedia: también en Homero, en la lírica arcaica, en Heródoto.

una horrorosa escena y horroroso relato. Porque, debes saberlo, mi hijo, si triunfa, varón será admirable, y si reveses sufre, no debe rendir cuentas. Si consigue salvarse proseguirá reinando sobre esta nuestra tierra.

CORIFE0

No queremos, oh madre, ni aterrarte en exceso, con la respuesta nuestra, ni en exceso animarte. Acude con tus preces a los númenes todos, y, si has visto algo malo, pide que te lo aparten, y que lo bueno, en cambio, lo cumplan en tus hijos, y en ti misma, en la patria, y en todos tus amigos. Luego unas libaciones ofrendar deberías a la tierra, a los muertos. Y pídele a Darío (que dices haber visto esta pasada noche) con religioso acento que mande hacia la luz del fondo de la tierra todas las bendiciones para ti y para tu hijo, y, en cambio, lo contrario oculto en la tiniebla lo tenga, bajo tierra. Estos son los consejos que, profeta inspirado, por ti lleno de afecto alcanzo a sugerirte. Son buenos los presagios: tal es el fallo nuestro.

REINA

Primer juez de mis sueños, sin duda es el afecto que sientes por mi hijo y sientes por mí misma lo que tu fallo dicta: ¡Que todo salga bien! Los ritos que aconsejas, vamos a celebrarlos en honor de los dioses y del que está en la tierra, cuando a palacio llegue. Pero saber quisiera, cuando a palacio llegue. Pero saber quisiera, amigos, una cosa: ¿Dónde se encuentra Atenas?

CORIFE0

Lejos, hacia poniente, do acaba su carrera el sol, nuestro señor.

REINA

¿Es que abrigaba el deseo
de apoderarse, acaso, de esta ciudad mi hijo?

CORIFE0

Sí, que entonces la Grecia vasallo del Rey fuera.

REINA

¿Tal es, pues, la abundancia de sus recursos bélicos?

CORIFE0

Su ejército es tan fuerte, que ha causado ya al Medo
grandes daños.

REINA

¿Y qué más? ¿Riqueza en sus palacios?

CORIFE0

Fuente tienen de plata, tesoro de la tierra²³.

REINA

¿Brilla acaso en su mano el dardo que el arco tensa?

CORIFE0

No, para la lucha picas y arneses con escudos.

REINA

¿Qué caudillo les manda e impera sobre el pueblo?

CORIFE0

No se llaman esclavos ni vasallos de nadie.

REINA

Y, ¿cómo, pues, resisten el ataque enemigo?

²³ Alusión a las minas de plata del Laurion.

CORIFE0

¡Si incluso destruyeron la hueste de Darío!²⁴

REINA

Cosas muy inquietantes dices para los padres
de quienes han partido.

CORIFE0

(Aparece un mensajero.)

Pronto sabrás, espero,
la verdad toda entera: por la forma en que corre
el que se está acercando es persa, a todas luces,
y una noticia trae que alegra o entristece.

MENSAJERO

¡Ciudades todas de la tierra de Asia,
oh pueblo persa, puerto de riqueza!
De un solo golpe ha sido destruida
nuestra prosperidad. ¡La flor de Persia
aniquilada! ¡Oh Dios, es cosa mala
antes que nada anunciar desgracias!
Mas es fuerza explicar todo el suceso,
Persas: ¡Todo el ejército se ha hundido!

CORO²⁵

¡Horror, horror, martirio aciago,
horrendo! ¡Ay, ay! Llorad, oh Persas,
al oír tal desastre.

²⁴ En la batalla de Maratón (490 a. C.).

²⁵ El diálogo que sostiene el Mensajero con el coro tiene la forma llamada *epirremática*: el mensajero recita trímetros yámbicos y el coro responde con versos líricos (cantados).

MENSAJERO

Sí, porque nuestra hueste está acabada.
Yo mismo, sin pensarlo, me he salvado.

CORO

Se prolongó en exceso nuestra vida,
pobres ancianos, y ahora he de escuchar,
un mal que yo jamás había esperado.

MENSAJERO

Voy a contaros, Persas, los desastres
que allí ocurrieron. Yo estaba presente,
no he escuchado el relato de otros labios.

CORO

¡Ototoi! ¡En vano, pues, las muchas
y varias flechas que desde el suelo de Asia
traje a tierra enemiga, al país griego!

MENSAJERO

De cadáveres llena, en hora infausta
muertos, está la costa salaminia
y todo su vecino territorio.

CORO

¡Ototoi!
Me hablas de cuerpos muertos de quien quiero,
por el mar arrastrados, hundidos en las olas,
y van errantes en sus dobles capas.

MENSAJERO

De nada sirvió el arco; nuestra hueste
ha perecido toda bajo el golpe
del espolón de la enemiga escuadra.

CORO

Lanza un infausto y lúgubre gemido
por estos desgraciados.
¡Los dioses con toda su malicia
todo el reino de Persia han destruido!
¡Ay, ay por el ejército perdido!

MENSAJERO

Nombre de Salamina, el más odioso
para mi oído. Al recordar a Atenas
¡ay, ay, ay, ay!, vierto abundante llanto.

CORO

Odiosa, sí, es Atenas
para estos infelices.
Bien puedo recordarlo, pues que tantas
mujeres ha dejado
sin hijos, sin esposos.

REINA

Largo tiempo, pobre de mí, he callado,
por mi cuita agobiada. Esta desgracia
harto terrible es ya: que hablar no puedo
ni inquirir sobre el daño. Mas los hombres
han de arrostrar sus penas, si los dioses
se las envían. Cuenta el infortunio,
después de recobrarte, aunque tú sufras
por la desgracia. Y dime. ¿Quién no ha muerto?
¿A cuál de entre los jefes lloraremos,
que, elegidos para empuñar el cetro
dejó, al caer, un puesto sin guerrero?

MENSAJERO

Jerjes vive, y la luz del sol contempla²⁶.

²⁶ Estas son las palabras que la Reina quería oír: su hijo vive.

Inmensa luz para mi casa has dicho,
fúlgido día tras infausta noche.

MENSAJERO²⁷

Artembares, comandante
de unos diez mil caballeros,
en las ásperas riberas
de Silenio fue abatido²⁸;
Dadaces, jefe de mil,
a los golpes de una pica,
con un presuroso salto
cayó al mar, desde su nave.
Taragón, de entre los Bactrios
el de más noble linaje,
la isla de Ayante ronda²⁹
sacudido por las olas.
Lileo, Arsames y Argestes,
en la isla de las palomas³⁰
vencidos, la dura tierra
cornean. Y los vecinos
del agua del Nilo egipcio,
Arctero, Adeves, y, a más,
Farnuco el que escudo blande,
desde una misma galera
al mar cayeron. Matalo,
el de Crisa, y que comanda
una hueste de diez mil,
muerto, su barba rojiza
densa y umbrosa ha teñido³¹
en baño de roja púrpura.

²⁷ A la enumeración que el coro había hecho de los efectivos persas corresponde esta lista de bajas.

²⁸ El promontorio de Salamina que corre paralelo a la costa.

²⁹ Salamina.

³⁰ Un islote cercano a Salamina.

³¹ Debemos esta trasposición de versos a Weil: así organizada la secuencia es mucho más lógico el relato.

Árabe el Mago y Artames,
el de Bactria, que acaudilla
la Caballería Negra
de treinta mil caballeros,
en dura tierra residen
después de morir en ella.
Amastris y aquél que blande
una dolorosa pica,
Amfistreo, y Ariomardo,
el príncipe que causó
a Sardis tantos dolores,
y Sisames, el de Misia;
Táribis, que cinco veces
cincuenta buques comanda,
el de linaje lirneo,
el del arrogante porte,
cadáver, yace, infeliz,
no con muy buena fortuna.
Siñnesis, el primero,
en ardor, de los cilicios
capitán, muerte gloriosa
tuvo, después de causar
él solo a los enemigos
las pérdidas más cuantiosas.
De todos estos caudillos
he guardado la memoria,
que, de entre tantas desgracias,
ésta os menciono sólo.

¡Ay!

Lo que escucho es el colmo de los males,
baldón de Persia y clamoroso treno.
Pero vuelve hacia atrás y dime cuánta
era la multitud de naves griegas,
como para lanzarse a la batalla
contra los espolones de los Persas.

En cuanto al número, sabe
 que el Bárbaro la victoria
 en el mar habría obtenido,
 pues la multitud naval
 de que disponía el Griego,
 en total, era diez veces
 treinta buques, y que, aparte,
 diez unidades tenía
 de naves bien escogidas.
 Jerjes, en cambio, llevaba,
 lo sé muy bien, un millar,
 y las que se destacaban
 por su gran velocidad
 eran doscientas más siete:
 esta es la cuenta total.
 ¿Puedes creer que en la lucha
 teníamos desventaja?
 No hay tal; que arruinó un demonio³²
 nuestro ejército, con mal
 balance de la fortuna.
 De la diosa Palas salvan
 los númenes la ciudad.

REINA

¿Destruída no ha sido aún Atenas?

MENSAJERO

Mientras queden habitantes,
 es un muro indestructible.

³² La tesis sostenida por el Mensajero a lo largo de su narración es que un *mal espíritu* (un *alástor*) encarnado en Temístocles causó la debacle persa (naturalmente, empero, el nombre de Temístocles no aparece). Esta creencia es típica de la época arcaica y frecuente en Esquilo.

¿Cómo trabóse el choque entre las naves?
 Cuéntame, ¿quiénes la batalla abrieron?
 ¿Fueron los Griegos? ¿O es que fue mi hijo
 fiado en la ventaja de sus barcos?

MENSAJERO

El comienzo fue, Señora,
 de todas nuestras desgracias,
 algún genio vengador,
 o algún demon de desgracia,
 de no sé dónde venido.
 Del campamento de Atenas
 vino un griego³³, y estas cosas
 comunica a tu hijo Jerjes:
 «que en llegando las tinieblas
 de la noche, no iba el Griego
 a resistir; que, saltando
 a los bancos de las naves
 cada cual por su camino
 la salvación buscaría
 en una secreta fuga».
 Él lo escucha, y, no advirtiendo
 el engaño del Heleno,
 ni la envidia de los dioses,
 a todos los capitanes
 comunica, de la flota,
 estas órdenes: que, en cuanto
 cese de abrasar la tierra
 el astro rey con sus rayos,
 y del recinto del aire
 se enseñoree la noche,
 el grueso de los bajeles
 formarán de tres en fondo,
 para vigilar los pasos

³³ Se trata, según Heródoto, VIII, pág. 75 y ss., del pedagogo de Temístocles, Sicino.

y los estrechos ruidosos;
y, en círculo, las demás,
cerrando la isla de Ayante.
Que si conseguía el Griego
evitar su infausto fin
ocultamente encontrando
una forma de escapar
con sus naves, esperábales
perder la cabeza. Y estas
órdenes les comunica.
Esto decía, escuchando
su corazón optimista.
Y es que ignoraba el futuro
que le reservaba el numen.
Entre tanto, los Helenos
sin perder la disciplina
—antes con gran sumisión—
se preparaban la cena,
mientras cada marinero
al escámo amarraba,
muy bien al remo adaptado,
el guión. Cuando la luz
del sol húbose extinguido
y la noche iba avanzando,
cada señor de su remo,
en la nave embarca, y cada
conocedor de las armas.
Dentro de las naves largas
una hilera va animando
a otra hilera, y así bogan
manteniendo cada cual
la posición asignada.
Durante toda la noche
los jefes de los bajeles
mantienen la dotación
en maniobra de crucero.
Iba avanzando la noche,
pero la escuadra del Griego
una desertión secreta



Teatro de Epidauro.

por parte alguna buscaba.
Cuando el día, con sus blancos
corceles la tierra toda
cubría ya, a los ojos
esplendoroso, primero
desde el frente de los Griegos
se alza un grito clamoroso
modulado como un canto
mientras resuenan, agudos,
los ecos desde los riscos
isleños. Al punto, todos
los bárbaros se horrorizan,
fallidos en su esperanza:
pues los Griegos no entornaban
el peán augusto, entonces³⁴,
por disponerse a la fuga,
sino prestos al combate
con animoso denuedo.
Con su grito, la trompeta
toda la línea inflamaba.
Muy pronto, al rítmico embate
de los resonantes remos,
el agua profunda baten
siguiendo el ritmo del cómitre;
y en seguida todos fueron
bien visibles a los ojos.
Abría el fuego, con orden
y con disciplina, el ala
derecha, y seguía luego,
todo el resto de la armada.
Entonces pudo escucharse
al tiempo este gran clamor:
«Id, hijos de los Helenos,
id a salvar a la patria³⁵,

³⁴ El *peán* es el canto entonado al ir al combate, o el que se entona para celebrar una victoria. Estaba dedicado a Apolo Peán.

³⁵ Hemos procurado conservar la forma del original, traduciendo por dos veces *id a salvar* (*ἐλευθεροῦτε* – *ἐλευθερουντε*)

id a salvar a los hijos,
a las esposas, los templos
de los dioses ancestrales
y las tumbas de los padres:
ésta es la lucha final.»
Por nuestra parte, un clamor
contestóle, en lengua persa.
No era ocasión de demora.
Pronto una nave a otra nave
clava el espolón de bronce;
al ataque dio comienzo
una nave griega, y todo
el bastimento rompió
de una fenicia galera³⁶.
De los otros, cada cual
dirige a una nave el asta.
El torrente de la escuadra
persa resiste, primero;
pero como en un estrecho
una multitud de barcos
se acumula, no hay manera
de prestarse mutuo auxilio,
y unos y otros se embestían
con sus émbolos de bronce
rompiendo los aparejos
de los remos. Las galeras
griegas, calculadamente,
en círculo nos hostigan;
los cascos de los bajeles
se volcaban, y la mar,
de cadáveres repleta,
y de restos de naufragio,
no era ya posible ver.
Y las riberas y escollos
de muerte se van llenando;
en fuga desordenada

³⁶ Puede verse la narración de la batalla hecha por un historiador en Heródoto, VIII, pag. 83 y ss.

marchan, remando, las naves
que forman el bando persa,
en tanto los Griegos, cual
si fueran atunes u otra
redada de peces, iban
con los restos de los remos
y con pedazos de tablas
atacándolos, y a todos
el espinazo quebraban.
Por el piélago se extienden
griteríos y lamentos,
hasta que, al llegar la noche,
se nos hurta el espectáculo.
La suma de las desgracias
narrarte yo no podría
aunque diez días enteros
te la estuviera contando.
Sabe, al menos, una cosa:
que jamás, en sólo un día,
tantos hombres perecieron.

REINA

¡Ay, ay! ¡Una marea enorme de desgracias
rompió sobre los Persas y su pueblo!

MENSAJERO

Sabe bien que todo eso no es siquiera
la mitad del revés; tanta desgracia
sobre ellos se ha abatido, que, dos veces,
supera las miserias que ya sabes.

REINA

¿Qué suerte más cruel puede haber que esa?
Dime ya la desgracia que a la hueste
dices que le cayó, de la balanza
rompiendo el equilibrio de hasta entonces.

MENSAJERO

Aquellos Persas que se distinguían
por su talla y valor, por su nobleza,
los más constantes en su lealtad
al Rey, murieron vergonzosamente
con la más deshonrosa de las muertes.

REINA

¡Ay de mí! Qué desgracia, amigos míos.
Y, ¿de qué forma dices que murieron?

MENSAJERO

Enfrente de Salamina
hay una pequeña isla³⁷
donde las naves apenas
pueden hallar fondadero,
y cuya costa el dios Pan,
que ama las danzas, recorre.
Los había allí apostado
para que, si a aquel islote
venían a refugiarse
náufragos del enemigo,
dieran muerte, fácil presa,
a las tropas de los Griegos,
y salvaran a los suyos
de aquel estrecho marino
—conjeturando muy mal
qué les reservaba el hado—.
Pues cuando el dios a los Griegos
hubo dado la victoria,
el mismo día, ciñendo
de armas de bronce su cuerpo,
desembarcan; ponen cerco
a todo el islote, y ellos,
no saben dónde volverse.

³⁷ Psitálea, hoy Lipsocutali.

Hostigados largo rato
son por piedras disparadas
con las manos, y, volando
de las cuerdas de los arcos,
muchas flechas les herían.
Finalmente se lanzaron,
todos a una, sobre ellos;
les dan muerte, y, de sus cuerpos
hacen una degollina,
desdichados, hasta que
a todos quitan la vida.
En viendo Jerjes la hondura
de sus males, lanza un grito
—se sentaba sobre un trono,
en la cima de un collado,
junto al mar, y desde donde
toda la escuadra veía—
al punto rasga sus ropas³⁸,
rompe en agudo alarido
y al ejército de tierra
da órdenes a toda prisa;
y sin orden ni concierto
inicia la retirada.
Tal es la calamidad
de que puedes lamentarte,
además de la primera.

REINA

¡Ay!
¡Demon aborrecido, de qué forma
las ilusiones persas ha truncado!
Y, ¡con qué amargas represalias mi hijo
ha castigado a la gloriosa Atenas!
No ha tenido bastante con los Persas
que Maratón había ya inmolado,

³⁸ Se trata de un trono que Jerjes se hizo preparar al pie de los montes Egaleos. Cfr. Heródoto, VIII, 90.

y por cuya venganza batallando
tal hartura de males se ha atraído.
Pero, dime, ¿do has dejado las naves
que han escapado a su destino? ¿Puedes
darme de ello noticia bien cumplida?

MENSAJERO

Los patronos de las naves
que salvarse consiguieron,
siguiendo el viento, a una fuga
desordenada se dieron.
Pero el resto de la hueste
por los campos de Beocia
iba sucumbiendo; parte,
muriendo de sed muy cerca
de una lúcida fontana;
parte, perdido el aliento,
.....³⁹
a la Fócide pasamos,
a la Dóride y al golfo
de Melis, donde el Esperquio
con sus aguas bienhechoras
toda la llanura riega.
Después los llanos aqueos
y las ciudades tesalias
nos acogen, cuando apenas
víveres ya nos quedaban.
Allí los más sucumbieron
de hambre y de sed, que ambas plagas
diezmaban a nuestras fuerzas.
Llegamos, luego, al país
de Magnesia, y a la tierra
Macedonia, junto al lecho
del Axio y de los pantanos
llenos de cañas de Bolbe;
y a las sierras del Pangeo

³⁹ Hay aquí una laguna en el texto griego.

en el territorio edónida.
Esa misma noche, un dios
nos anticipó el invierno
y heló toda la corriente
del sacro Estrimón; algunos
que, hasta entonces, en los dioses
no creían, con sus votos
a los dioses suplicaban
invocando cielo y tierra.
Cuando sus invocaciones
hubo ultimado la hueste,
cruza la helada corriente:
los que al paso se aventuran
antes que del dios los rayos
se esparcieran, se salvaron.
Pues, quemando con sus rayos
el disco ardiente del sol
atraviesa la corriente
templándola con su llama:
los unos sobre los otros
van cayendo, y es feliz
el que más rápidamente
exhala el soplo de vida.
Aquellos que sobreviven
y se salvan, tras cruzar
a duras penas la Tracia,
consiguen llegar, no muchos,
en su huida, hasta la tierra
natal. Así que la Persia
puede gemir, mientras llora
la amada flor de la patria.
Esta es la verdad, aunque dejo
de relatar muchos males
que un dios ha infligido a Persia.

CORIFEEO

¡Oh demon de desdichas, con qué brío
bajo tus pies hollaste al pueblo persa!

REINA

¡Ay infeliz, perdida está la hueste!
¡Oh nocturna visión de mis ensueños!
Y con qué claridad mis infortunios
me habías ya anunciado; mas vosotros,
con cuánta irreflexión los juzgabais.
Pero, pues se han cumplido los presagios,
quiero a los dioses invocar, primero,
en loor de la tierra y de los muertos;
luego regresaré a hacer mis ofrendas.
Sé que será por hechos ya ocurridos,
pero acaso el futuro nos reserve
una suerte mejor. Mas entre tanto
vosotros ofreced fieles consejos
a los Fieles, en torno a estos sucesos.
Y si aquí llega mi hijo antes que yo
consoladle y llevadle hasta el palacio.
No añada a este infortunio otro infortunio⁴⁰.

(Sale la Reina.)

CORO

Oh Rey, oh mi Señor, pues de los Persas
altivos e incontables
has perdido la hueste,
a las ciudades de Ecbatana y Susa
en un oscuro luto has soterrado.
Muchas mujeres con sus tiernas manos
desgarran sus vestidos,
y su seno con lágrimas empapan
por el dolor en el que participan.
En tanto, las esposas
persas, con tierno llanto,
lánguidamente añoran
a sus esposos y al reciente yugo
que los une; y diciendo

⁴⁰ Atosa teme que Jerjes se suicide.

adiós al blando lecho
de ricas ropas, deleite
de tierna juventud, su luto expresan
con insaciable llanto,
mientras yo exalto el hado,
en verdad doloroso, de los muertos.
El Asia entera gime,
privada de sus hombres.
¡Jerjes se los llevó, ay, ay!
¡Jerjes los ha perdido, ay, ay!
Jerjes, con mente insana
lo ha manejado todo, y las marinas
galeras. ¡Ay! ¿Por qué Darío, el Jefe
tan amado de Susa,
fue tan innocuo capitán de arqueros?⁴¹

A infantes y a marinos,
concordes en sus velas,
y de rostro azulado,
unas naves, ay, ay, se los llevaron,
unas naves, ay, ay, los destruyeron,
unas naves con espolón de muerte,
y las jónicas manos.
Incluso el mismo Rey, según he oído,
escapó a duras penas,
a través de las rutas dilatadas
y heladas de la Tracia.

Los otros, sorprendidos,
ay, ay, por un destino
que los aniquiló antes que a los otros,
cabe las costas cicrias⁴²

⁴¹ Un *leit-motiv* de la pieza es que, frente a la impetuosidad de Jerjes, su padre Darío fue más prudente. Pero el poeta se contradice, pues ha hablado de los desastres de Maratón. Una expedición de castigo contra Atenas, fue diezmada. Quizá lo que el poeta insinúa es que, mientras Jerjes acompañó a la tropa, Darío encargó la expedición de castigo a otra persona.

⁴² Salamina tenía también el nombre de Cicria, por el héroe Ciceo, hijo de Posidón.

son arrastrados. Llorá,
muérdete el corazón, lanza un lamento
ay, ay, que llegue al cielo.
Dispara tus gemidos dolorosos,
repletos de clamores ululantes.

Por el mar duramente trabajados,
ay, ay,
son el despojo, ay, ay,
de los hijos sin voz de la Incorrupta⁴³.
Cada casa, privada de sus hombres,
se pierde entre lamentos,
y los padres sin hijos,
ay, ay,
por su dolor fatídico,
pobres ancianos, el dolor escuchan
que a todos ha alcanzado.

Durante largo tiempo
el pueblo de Asia no será regido
por la ley de los Persas; ni el tributo
pagarán sometidos al mandato
de su señor; ni, postrándose en tierra
la orden recibirán, pues el imperio
de nuestro rey se ha hundido⁴⁴.

Ya no estarán sellados
los labios de los hombres;
eliminando el yugo que constriñe,
el pueblo se ha aflojado las riendas
y habla sin freno alguno.
Lleno de sangre, el suelo de la isla
de Ayante, siempre por la mar bañada,
se ha tragado, entre tanto, el poder Persa.

⁴³ El mar.

⁴⁴ En su catastrofismo, el coro cree que a la derrota sobrevendrá la subversión y los intentos de independencia de algunos de los pueblos que formaban el imperio.

REINA

El que tiene experiencia en la miseria sabe, amigos, que tras una tormenta de miserias, el hombre se estremece ante cualquier evento, y cuando el hado le es favorable, cree que esta brisa⁴⁵ habrá de serle siempre bienhechora. En cuanto a mí, estoy llena de terrores. Veo ante mí la hostilidad divina y resuena en mi oído ingrato acento. Tanto horror de mi espíritu ha hecho presa. Por ello de palacio aquí he venido sin mi carroza y sin el lujo de antes, para el que fuera el padre de mi hijo trayendo libaciones amorosas que aplacan a los muertos: blanca leche, y dulce, de una vaca nunca uncida, la labor de la obrera de las flores, la reluciente miel, y húmedas gotas de una fuente no hollada, y el humor, sin mezcla alguna, de salvaje madre, la gloria sin igual del viejo pámpano, y el fruto perfumado del olivo de perenne verdor, siempre lozano; también una guirnalda hecha de flores, las hijas de la tierra inagotable. Mas, ea, amigos, tras mis libaciones, dirigid vuestros cantos a los muertos, y conjurad el alma de Darío, en tanto yo a los dioses subterráneos mando esa libación que el suelo empapa.

⁴⁵ Metáfora de la vida marina, frecuente en Esquilo y otros poetas, en especial, Píndaro.

Reina y Señora, orgullo de los Persas, envía libaciones a las cuevas de abajo, que nosotros con himnos pediremos a los guías de los muertos que nos sean propicios bajo tierra. Mas, ea, sacrosantos, infernales númenes, Tierra, y Hermes, y tú, rey de los muertos, envía desde el fondo, hacia la luz, esta alma. Si conoce un remedio a nuestras penas puede, él tan solo de entre los mortales, decimos su final.

(Cantando, con más brío.)

¿Me oye el bienaventurado rey a un dios semejante cómo lanzo esos bárbaros y claros gemidos varios, lúgubres e infaustos? Pregonaré gemidos de miseria. ¿Me escucha, desde el fondo?

Y tú, Tierra, y los otros caudillos infernales, ¿aprobáis que este espíritu soberbio, el dios nacido en Susa de los Persas, vuestra estancia abandone? Enviad hacia arriba aquel que fue tal, que la tierra no ha cubierto a otro.

Nos es un ser querido, y querida la tumba, puesto que encierra un alma bienamada. Aidoneo⁴⁶, que a la luz envías, envía hacia la luz, oh Aidoneo,

⁴⁶ Aidoneo es otro nombre para designar el dios de los muertos, Hades.

al único monarca verdadero,
a Darío, ¡eh, eh!

No enviaba sus hombres a la muerte,
con bélicos desastres;
«inspirado por dios» los Persas le llamaban,
y era, en verdad, inspirado de los dioses,
pues con tino a su pueblo conducía.
¡Eh, eh!

Monarca antiguo nuestro,
monarca, oh, ven, muestra tu rostro
en la parte más alta de tu tumba,
hacia ella dirigiendo
la amarilla sandalia de tus plantas
y mostrando el botón de tu tiara.
Ven, oh Darío, padre irreprochable.
¡Eh, eh!

Dolores inauditos vas a escuchar, e infaustos,
Señor de mi Señor, muestra tu rostro.
Una niebla que viene de la Estigia
sobre nosotros vuela:
Que nuestra juventud se ha aniquilado.
Ven, oh Darío, padre irreprochable,
¡eh, eh!

¡Ay, ay, ay, ay!
Tú, a cuya muerte innúmeros amigos,
.....⁴⁷
.....
para toda esta tierra,
perdidas para siempre estas galeras
de tres filas de remos,
naves que no lo son, ya no son naves.

⁴⁷ Laguna en el texto original.

SOMBRA DE DARÍO

Fieles entre los Fieles, camaradas,
ancianos persas, ¿qué le ocurre a Persia?
Gime, se hiere el pecho, se abre el suelo.
Y al ver junto a mi túmulo a mi esposa,
temo, y con gusto acojo sus ofrendas.
Mas vosotros, de pie, junto a mi tumba
entonáis cantos lúgubres; con gritos
que de la tumba llaman a los muertos,
me conjuráis de un modo lastimero.
Mas no es fácil salir, y, a más, los dioses,
de abajo a asir están más inclinados
que a soltar. Pero yo, mis privilegios
he puesto en juego, y aquí estoy. ¡De prisa!,
no tengan que afearme mi tardanza.
¿Qué nuevo mal gravita sobre Persia?

CORO

No me atrevo a mirarte cara a cara⁴⁸,
y no me atrevo a hablar en tu presencia,
por el respeto antiguo que te tengo.

SOMBRA

Pues que vine de abajo oyendo tus lamentos⁴⁹,
no con largos discursos, sino en forma concisa
dilo todo, y descuida el respeto que te impongo.

CORO

Temo cumplir tus deseos,
temo hablar en tu presencia
contando cosas duras a quien quiero.

⁴⁸ *No me atrevo... no me atrevo*: hemos procurado verter la repetición del mismo verbo en el original griego.

⁴⁹ Ahora cambia el ritmo del verso: el poeta vuelve a emplear tetrametros trocaicos, que procuramos reflejar con nuestros alejandrinos.

SOMBRA

Si tu antiguo respeto ha de ser un obstáculo,
tú, noble esposa mía, compañera de lecho,
pon fin a tus gemidos y a tus lamentos, y habla.

Humanas son las penas que alcanzan a los hombres:
a miles del mar, a miles de la tierra asaltan
al hombre, los pesares, si su vida se alarga.

REINA

¡Oh, tú, varón que a todos en dicha has superado!
pues que, mientras vivías, envidiado de todos
los Persas, una vida feliz, cual dios, llevaste.
Y ahora yo te envidio porque has muerto sin ver
este abismo de penas. Pues vas a oír, Darío,
en forma bien concisa, todo nuestro infortunio.
¡Todo el imperio persa ha sido aniquilado!

SOMBRA

¿Fulminado de peste, o por guerra intestina?

REINA

No, no; toda su hueste se ha hundido junto a Atenas.

SOMBRA

Dime cuál de mis hijos se fue allá en son de guerra.

REINA

El impetuoso Jerjes, vaciando el continente.

SOMBRA

Y esa loca aventura, ¿tentóla a pie o en naves?

REINA

De ambas formas: su hueste tenía doble frente.

SOMBRA

¿Y cómo tan gran hueste pudo cruzar las aguas?

REINA

Con astucia, echando un puente sobre el Helesponto.

SOMBRA

¿Y pudo de esta forma obturar el gran Ponto?

REINA

Así fue, y algun demon le ayudó en su designio.

SOMBRA

Grande sería el demon para hacer tal locura.

REINA

Puede verse el efecto; causó una gran ruina.

SOMBRA

¿Y qué les ha ocurrido, que gimen de esa guisa?

REINA

Hundida, nuestra escuadra perdió a nuestros infantes.

SOMBRA

¿Así que el pueblo persa sucumbió ante las lanzas?

REINA

Tanto, que Susa entera llora su falta de hombres.

SOMBRA

¡Nuestra estupenda fuerza, nuestro sostenimiento!

REINA

Barrida Bactria entera ha sido, † y no habrá anciano...

SOMBRA

¡Infeliz! ¡Qué fuerza de aliados ha perdido!

REINA

Dicen que Jerjes, solo, con unos pocos hombres...

SOMBRA

¿Cómo ha acabado todo, y dónde? ¿Hay esperanzas?

REINA

... gozoso alcanzó el punto que las dos tierras une.

SOMBRA

¿Y llegó a nuestra patria sano y salvo, no es cierto?

REINA

Sí, que hay completo acuerdo; sobre eso no hay discordia.

SOMBRA

¡Ah!
¡Cuán presto se han cumplido aquellos vaticinios!
De mi hijo en las espaldas Zeus cargó el cumplimento
¡Y yo que confiaba en que los dioses iban
a retrasar su efecto! Mas cuando uno se empeña,
los númenes ayudan, y ahora se ha encontrado
venero de miserias para quien amo, creo.
Mí hijo, en su ignorancia, con juvenil arrojo
la empresa ha realizado: Creer que con cadenas
el Helesponto sacro, cual si fuera un esclavo,
el Bósforo, corriente de un dios, parar podría,
y cambiar su curso, y que, unciendo su nuca
con grillos bien forjados a golpe de martillo,

tendría ingente ruta para su ingente hueste!
¡Mortal era y creía, —en su vana locura—
sobre los dioses todos obtener la victoria,
Posidón incluido! ¿No es verdad que mi hijo
tiene la mente enferma? Yo abrigo un temor grande,
que esa riqueza mía que tanto me ha costado
en botín se convierta del primero que llegue.

REINA

Tales son las lecciones que el trato con malvados
ha inyectado en el alma del impetuoso Jerjes.
Decían que tu inmensa fortuna con tu lanza
para tus descendientes ganaste, y que él, en cambio,
preso de cobardía manejaba la pica
en su casa tan sólo, sin aumentar en nada
la fortuna paterna. Día a día escuchando
de labios de malvados reproches parecidos,
contra Grecia decide mandar bélica hueste.

SOMBRA

Ellos han sido, pues, los que han causado⁵⁰
este desastre inmenso, inolvidable
que esta ciudad de Susa ha despoblado
como nunca otro igual lo consiguiera,
desde el día en que Zeus, el señor nuestro,
nos concediera el privilegio inmenso
de que un solo monarca sobre el Asia
con su cetro de jefe gobernara.
Pues Medo fue nuestro primer caudillo,
y un hijo suyo culminó la empresa
—la sensatez su espíritu guiaba—.
Ciro, el tercero, un hombre afortunado,
estableció la paz entre los suyos,
durante su reinado. El pueblo lidio
y el frigio conquistó, y la Jonia entera

⁵⁰ Nuevamente se emplean en el texto griego trimetros yámbricos, que procuramos verter con endecasílabos.

sometió por la fuerza. Mas el numen nunca le fue enemigo, al ser piadoso. La hueste dirigió el hijo de Ciro en el cuarto lugar; Mardis fue el quinto, el baldón de su patria y del antiguo trono real, pero el noble Artafrenes lo asesinó en palacio astutamente, unido a quienes la empresa asumieron. Y yo, que, por la suerte, había obtenido lo que tanto anhelaba, numerosas campañas emprendí, con fuerte tropa. Mas nunca tanto mal causé a mi patria. Jerjes, empero, mi hijo, que era joven, mucha ambición tenía, y olvidóse de mis consejos. Porque, camaradas, debéis saberlo bien: Ni todos juntos los que hemos gobernado en esta tierra le hemos causado tantos sinsabores.

CORIFEO

¿Pues qué, mi rey Darío, do encaminas el fin de tus palabras? Después de eso, ¿qué debe hacer el pueblo persa para adoptar la conducta aconsejable?

SOMBRA

No intentar invadir el suelo griego aunque el Medo parezca más potente. La misma tierra es su mejor amparo.

CORIFEO

¿Qué dices? ¿De qué forma les protege?

SOMBRA

Matando de hambre a una excesiva hueste.

CORIFEO

La armaremos ligera, y bien dotada.

SOMBRA

¡Si ni siquiera la que allí ha quedado, en suelo griego, alcanzará el regreso!

CORIFEO

¿Qué dices? ¿No ha cruzado desde Europa el contingente persa el Helesponto?

SOMBRA

Pocos, a fe, de entre muchos, si hay que creer los presagios de los dioses, a la vista de este pasado infortunio. No ocurre que unos se cumplen y otros no; y si ello es así, una multitud escogida de soldados ha dejado, por escuchar esas locas esperanzas. Permanecen⁵¹ acampados do el Asopo —fertilizador querido del país de los beocios— con sus aguas riega el llano. Allí sufrir les espera los más extremos dolores en castigo a su soberbia y a su sacrilego empeño, pues que invadieron la Grecia sin perdonar del saqueo las estatuas de los dioses, ni del incendio los templos.

⁵¹ Darío va a profetizar la batalla de Platea, el golpe final asestado contra el cuerpo de ejército dejado en Grecia por Jerjes.

¡Los altares, suprimidos;
las estelas de los dioses,
arrancadas de raíz
de sus basas, por el suelo
en confusión, arrojadas!
Por el daño que han causado
digno castigo sufrieron,
y aún habrán de sufrir más,
que el cimiento de sus penas
acaba de ser echado,
y se encuentra aún en la infancia.
Que tal será el amasijo
de sangre y degüello que
sufrirán junto a Platea,
bajo la dórica pica.
Las montañas de caídos
—hasta la generación
tercera— han de pregonar
aun sin hablar, a los hombres,
que quien es mortal no debe
ser en exceso orgulloso.
Florece la desmesura,
y da por fruto una espiga
de ceguera, y la cosecha
que produce es lamentable.
Viendo, por tanto, el castigo
de sus actos, acordaos
de Atenas y de los Griegos,
y que nadie, por desprecio
de su fortuna presente,
y a otras cosas aspirando,
no desparrame su dicha.
Zeus está allí, decidido
a castigar los designios
ambiciosos en exceso,
y es un inspector muy duro.
Aconsejadle, por tanto,
con prudentes reflexiones,
pues tanto seso le falta,

que deje ya de insultar
a los dioses con su audacia.
En cuanto a ti, amada anciana,
madre de Jerjes, acude
a palacio, y un vestido
que sea lujoso ponte,
y con él sale al encuentro
de tu hijo. Por todas partes,
por el dolor de sus males,
sus variopintos vestidos,
convertidos en jirones,
penden de todo su cuerpo.
Consuélele con palabras
y con acento amistoso,
pues yo sé que eres la única
de quien sufrirá el lenguaje.
En cuanto a mí, ya regreso
a las tinieblas de abajo.
Y de vosotros, ancianos,
me despido: pese a todo,
aunque llenos de desdicha,
conceded a vuestro espíritu
el gozo de cada día.
Que a los muertos la riqueza
ya para nada les sirve.

CORIFEO

Me estremezco al oír tanta desgracia,
y la que en el futuro se reserva
a los bárbaros.

REINA

¡Dios, cuántos dolores
penetran en mi pecho! Y, sobre todo,
me desgarran el espíritu esta pena:
escuchar cómo envuelve su persona
mi hijo con unas prendas infamantes.
A palacio voy, pues, por un vestido,

e intentaré salir a recibirle;
Que a los míos no dejo en la desdicha.

CORO

¡Ay, ay, dolor! ¡Qué hermosa y bien regida
nuestra existencia discurría, cuando
nuestro anciano monarca,
poderoso, benéfico, invencible,
Dario, un semidiós, aquí reinaba!

Ante todo, exhibíamos al mundo
ejércitos gloriosos que sus torres
debeladoras contra el enemigo
lanzaban; de las guerras
a felices hogares
devolvía el regreso a unos guerreros
sin fatiga y sin daño.

¡Cuántas ciudades conquistó sin nunca
el lecho traspasar del río Halis⁵²,
sin dejar el hogar!
Cual las villas costeras
del estrimonio mar, que son vecinas
de los establos tracios.

Más allá de este mar, las situadas
ya en tierra firme, y bien amuralladas,
a mi señor prestaban vasallaje,
las que se yerguen orgullosas cabe
la ancha corriente de Hele, y la profunda
región de la Propóntide,
y las bocas del Ponto.

Y las islas batidas por las olas
que cerca del marino promontorio
se perfilan muy cerca de esta tierra,

⁵² El río Halis formaba la frontera natural entre el imperio persa y Lidia.

como Lesbos, Samos la olivarera,
Quíos y Paros, Míconos y Naxos
y Andros, que es la vecina
de Tenos próxima y le da la mano.

Dominaba, también las que, entre costas,
bañadas son del mar, cual era Lemnos,
de Ícaro la sede; luego Rodas
y Cnido y las ciudades
chiprias, Solos y Pafo
y Salamina, cuya ciudad madre
hoy causa mis lamentos⁵³.

Y las ricas en bienes,
populosas ciudades de la Jonia
¡con sólo el pensamiento!
A su lado la fuerza infatigable
de unos hombres en armas,
y la mezcla racial de sus aliados.
Mas ahora sufrimos este cambio
que del Cielo ha venido, ya no hay duda,
grandemente humillados
bajo los golpes de marino embate.

(Llega por la izquierda Jerjes, destrozado, con su pequeño cortejo.)

JERJES

¡Io!
¡Ay de mí, qué destino,
qué imprevisto destino
me ha tocado! ¡Con qué
crueldad la fortuna
se ceba sobre Persia!
Infeliz, ¿qué me espera?
El vigor de mis miembros
se desvanece, cuando

⁵³ Salamina de Chipre, que se considera colonia de la Salamina griega.

contemplo a estos ancianos.
¡Así, Zeus, con mis hombres
caídos en la lucha
me hubieran sepultado!

CORO

¡Ototototoi!
¡Mi rey, mi pobre hueste!
¡La majestad señera
del pueblo de los Persas,
la flor de los guerreros,
que un demon ha segado!

Gime la tierra por
la juventud que, en tierra⁵⁴,
sacrificara Jerjes,
el que amontona Persas
en el seno del Hades.
¡Cuántos nobles varones,
la flor de nuestra tierra,
perdidos sin remedio!
¡Ay, nuestra insigne hueste!
La tierra de Asia, oh Rey,
oh Rey de nuestra tierra,
de hinojos se ha postrado,
aciaga, aciagamente.

JERJES

Heme aquí, lastimero;
ruina de mi patria
y de mi pueblo he sido.

CORO

Para dar la bienvenida
a tu regreso, te envío

⁵⁴ La repetición *tierra... en tierra* intenta reflejar la repetición que hay en el original.

un lastimoso lamento,
un grito que habla de males,
y voz de un tétrico acento
de gemidor mariandino⁵⁵.

JERJES

Sí, emitid vuestro canto,
triste y lleno de lamentos,
que la fortuna se ha vuelto
en contra de mi persona.

CORO

Llena de lamentos, sí,
canción voy a dirigirte,
para celebrar las penas
recientes, y los reveses
recibidos en el mar.
Por mi patria y mi linaje
lágrimas voy derramando.
Entonaré un lamento lacrimoso.

JERJES

El Ares jonio
se los llevó;
el Ares jonio
lleno de naves
que la victoria
diera a los otros,
segando el nocturno llano
y la infelice ribera.

CORO

¡Ay, ay!
Grita y apréndelo todo.
¿Do el resto de tus amigos?

⁵⁵ Tribu de Bitinia, famosa por sus cultos funerarios.

¿En dónde tus compañeros,
tal como era Farandaces,
Susa, Pelagón, Dotamas,
y era Agdabates, y Psammis,
y Susicanes, que un día
Ecbatana abandonara?

JERJES

Inanimados
los he dejado,
desde una nave
al mar caídos
mientras erraban
de Salamina
junto a las costas,
en duro escollo
entrechocando.

CORO

¡Ay! ¿Dónde está
tu buen Farnuco,
dónde Ariomardo,
noble guerrero?
¿Dónde Sevalces,
aquel señor?
¿Dónde Lileo,
de noble estirpe,
Mendis, Tarubis,
dónde Masistres,
dónde Artembares,
e Histacmas, dónde?
He aquí mi ruego.

JERJES

¡Ay, ay de mí!
Tras haber visto
la noble, odiosa,

ciudad de Atenas,
todos a una,
¡ay, infelices!
su aliento exhalan
sobre la arena.

CORO

¿También el que era
tan fiel vasallo
como tus ojos,
y que contaba
la hueste persa
por miriadas,
Alpisto el hijo
de Batanoco,
.....⁵⁶
hijo de Sésama,
de Megabates,
a Parto, a Ebares,
el gran guerrero,
allí has dejado,
allí has dejado?⁵⁷

¡Oh, oh, infelices!
A los ilustres
persas relatas
males sin cuento.

JERJES

Cuando me cuentas
estas desgracias
tan odiosas,
inolvidables,
sí, inolvidables,

⁵⁶ Laguna en el original.

⁵⁷ La repetición se halla también en el original.

canto que evoca
nobles amigos
tú me sugieres.
Grita, sí, grita
dentro del pecho
mi corazón.

CORO

A otros, aún, añoramos:
a Jantes, que era el caudillo
de diez mil guerreros mardos;
a Arcares, el gran soldado;
a Diáixis y a Arsames,
esos jinetes sin par;
y a Dadacas y a Litimnas,
y a Tolmo, que del combate,
no se saciaba jamás.
Me estremezco, me estremezco
al ver que no siguen ya
tras esas tiendas con ruedas⁵⁸.

JERJES

Murieron estos jefes de la hueste.

CORO

Han muerto, sí, sin gloria.

JERJES

¡Ay, ay! ¡io, io!

CORO

¡Io, io! Los dioses
nos han causado un mal inesperado.
¡Cómo relumbran las pupilas de Ate!

⁵⁸ Los famosos *barmamaxa* o carro-carreta (cfr. Heródoto, VII, 41).

JERJES

¡Heridos somos por un hado eterno!

CORO

Heridos, sí, es bien claro...

JERJES

... por un nuevo infortunio, un nuevo golpe!

CORO

Enhoramala con las naves jonias
trabamos un combate.
¡Qué infeliz en la guerra el pueblo persa!

JERJES

¿Cómo no, si en mi inmenso
ejército me hirieron?

CORO

¿Y qué no se ha perdido?
Grande era el poder persa.

JERJES

¿Contemplas lo que queda de mi manto?

CORO

Sí, sí, lo veo.

JERJES

¿Y este carcaj...?

CORO

¿Qué es esto que has salvado?

JERJES
... caja de flechas?

CORO
¡Poco es, de tantos!

JERJES
No existen ya aliados.

CORO
El pueblo jonio no huye de la lanza.

JERJES
¡Valeroso en exceso!
He contemplado un mal que no esperaba.

CORO
¿Quieres decir tu escuadra aniquilada?

JERJES
Mi ropa desgarré yo ante el percance.

CORO
¡Oh dolor, oh dolor!

JERJES
¡Dolor, sí, y aún más que eso!

CORO
¡Sí, doble dolor, y aun triple!

JERJES
Horrible, pero grato al enemigo.

CORO
¡Hundióse nuestra fuerza...

JERJES
Ya no tengo ni escolta.

CORO
... por el revés marino de los nuestros!

JERJES
Llora, llora tu pena, y ve a palacio.

CORO
¡Ay miseria, ay miseria!

JERJES
Grita un eco a mi llanto.

CORO
Mezquino don para mezquinos males.

JERJES
Gime y une tu canto con el mío,
¡Ototototoy!

CORO
¡Ototototoy!
¡Qué duro este infortunio!
¡También por él mi duelo!

JERJES
Mueve, mueve los brazos, haz esto en favor mío.

CORO

Me siento humedecido por el llanto.

JERJES

Grita un eco a mi llanto.

CORO

¡Oh, mi señor, desgracias no me faltan!

JERJES

Levanta ahora tu voz entre lamentos.
¡Ototototoy!

CORO

¡Otototoy!
Mis golpes gemebundos
se mezclarán, negruzcos, con mis lágrimas.

JERJES

Araña ya tu pecho, y entona el grito misio.

CORO

¡Oh dolor, oh dolor!

JERJES

Arranca el pelo cano de tu barba.

CORO

Rápido, rápido, sí, y entre lamentos.

JERJES

Lanza un agudo grito.

[86]

CORO

Lo haré también.

JERJES

Arranca con tus dedos la ropa de tu pecho.

CORO

¡Oh dolor, oh dolor!

JERJES

Arranca tus cabellos y llora por la hueste.

CORO

Rápido, rápido, sí, y entre lamentos.

JERJES

Humedece tus ojos.

CORO

Húmedos ya los tengo.

JERJES

Grita un eco a mi llanto.

CORO

¡Ay, ay, ay, ay!

JERJES

Dirígete a palacio entre sollozos.

CORO

¡Io, io!

[87]

JERJES

¡Ay, ay, por mis estados!

CORO

¡Ay, ay, sí!

JERJES

Gemid lánguidamente.

CORO

¡Io, io, tierra persa,
doliente a mis pisadas!

JERJES

¡Ay, ay, los que murieron,
ay, ay, en nuestras naves,
ay, ay, de tres escálamos!

CORO

Te escoltaré con lúgubres gemidos.

(Lentamente van abandonando todos la orquesta.)

LOS SIETE CONTRA TEBAS

En el año 467 a. C., Esquilo obtiene una victoria sobre sus rivales Aristias y Polifrasión con su trilogía formada por *Edipo*, *Layo* y *Los Siete contra Tebas*. El tema abordado en estas piezas es la trágica historia de la familia o clan de los Labdácidas, uno de cuyos miembros, Layo, tiene un hijo contra los consejos de Apolo. Este hijo, Edipo, expuesto por sus padres, pero milagrosamente salvado, da cumplimiento a los vaticinios del dios, y, efectivamente, da muerte a su padre y se casa con su madre. La trilogía se remataba con el drama satírico *La Esfinge*, hoy perdido.

Los Siete contra Tebas, formaba la última pieza de la trilogía, y ello tiene importancia, porque la obra termina con la muerte, en duelo, de los hijos de Edipo, Eteocles y Polinices, dando así cumplimiento a la maldición que les enviara su padre. Las causas de tal maldición varían según la tradición. El tema fue uno de los más celebrados en la Antigüedad, y constituyó el argumento de algún poema épico hoy perdido, como la *Edipodía* y la *Tebaida*.

El hecho de que la trilogía terminara con la ruina de la casa real de los Labdácidas tiene importancia para entender la posible evolución de la concepción trágica de Esquilo. Porque mientras en la trilogía estudiada anteriormente, y de la que formaban parte *Los Persas*, nos hallamos ante una serie de tres piezas con un vínculo muy laxo —o inexistente— entre sí, en la que nos ocupa hay una íntima trabazón entre ellas, de tal manera que una no se concibe sin la anterior. La diferencia que constataremos con respecto a las trilogías posteriores (como la *Orestía*, bien conocida por habérsenos conservado completa), es que en éstas normalmente el poeta halla una solución feliz, aunque obtenida a través del dolor y el sufrimiento.

No es éste el caso de la trilogía tabana, en la que el final es, como hemos indicado ya, una auténtica catástrofe en la que no sólo sucumben los dos hermanos, sino que, de hecho, representa el hundimiento de toda la familia, ya que la muerte de los dos únicos hijos varones imposibilitaba la continuación del clan.

En las *Ranas* de Aristófanes, donde este cómico enfrenta a Esquilo con Eurípides, y en la que asistimos a una especie de juicio crítico sobre el arte de los dos poetas, hallamos una expresión de Esquilo —posiblemente no auténtica, pero que delataría el juicio de una generación posterior—: el poeta de la *Orestía* afirma orgullosamente (v. 1.021 y ss.) que su poesía ha prestado grandes servicios a la patria, por haberle insuflado el entusiasmo en la lucha, cosa que —continúa— no es el caso de Eurípides. Desde que este último poeta domina la escena, viene a decir el Esquilo aristofánico, ya no tenemos guerreros dispuestos a dar la vida por la patria. «¿A qué obra te refieres?», pregunta Eurípides. Y Esquilo contesta: «Es una pieza llena de ardor guerrero: *Los Siete contra Tebas*.» Y, ciertamente, esta tragedia plantea de una manera muy cruda, aparte otros problemas, el del ardor bélico y el del peligro que una consideración demasiado sentimental puede representar para la moral bélica de un estado. Este conflicto se materializa en el prólogo y la primera parte de la tragedia, en la que, frente a las lágrimas y lamentos del coro —que son mujeres— Eteocles opone la decisión, la hombría y el ardor bélico. Y lleva a tal punto su actitud, que en alguna ocasión llega a rozar la impiedad, cuando se plantea la cuestión del papel de los dioses en la salvación de una ciudad sitiada¹.

La pieza que nos ocupa presenta unas ciertas diferencias con otras tragedias de Esquilo. Ya no es el coro el centro de atención de la obra, como ocurre con *Las Suplicantes*, y, en

¹ Un intento por revalorizar el aspecto religioso de la pieza, normalmente olvidado, puede verse en A. W. H. Adkins, «Divine and Human Values in Aeschylus, *Seven against Thebes*», *Antike und Abendland*, XXVIII, 1, (1982), páginas 32 y ss.

cierta medida, con *Los Persas*. En nuestra tragedia es la figura de Eteocles la que se yergue como protagonista indiscutible, tal como tendremos en el *Prometeo*.

La técnica esquilea, pues, ha hecho que se plantee el problema de una figura central que domine la pieza. Pero esta figura es, a los ojos de la crítica, terriblemente enigmática. Una ojeada somera a los intentos de exégesis de Eteocles en Esquilo nos aclarará la cuestión:

Hay una «tesis tradicional», representada, entre otros, por Pohlenz y Schmid, de acuerdo con la cual «Eteocles es el estadista ideal, que, con visión clarísima y con decisión, sacrifica su vida en aras de la salvación de la ciudad». Eteocles sería, pues, un representante del héroe que sucumbe a un sacrificio voluntario. Pero esta visión tradicional, y sin duda la más difundida, ha tenido, en los últimos sesenta años importantes reducciones entre los críticos. Abrió el fuego, como en otros muchos casos, Wilamowitz², quien insistió en el hecho de que Eteocles no sabe, en el comienzo del drama, que va a morir, que su aniquilación está decretada por los dioses. Señala, asimismo, que es en la segunda parte de la pieza cuando juega su papel la maldición paterna que habrá de hacerle sucumbir. Por tanto, el carácter de sacrificio voluntario de su acción queda bastante reducida. La explicación dada por el filólogo a esta contraposición no acaba de satisfacer del todo. Y es que Wilamovitz opina que se trata de una cuestión de impotencia del poeta ante sus fuentes: existirían dos tradiciones distintas de esta figura. Una en la que Eteocles, de acuerdo con la etimología de su nombre, sería el *héroe glorioso*; otra, en la que jugaría un papel decisivo la maldición paterna, que acaba por arruinarle. Esquilo habría unido las dos tradiciones, sin dar unidad a la figura.

A partir del trabajo de Wilamovitz otros filólogos han realizado intentos por penetrar en el secreto de la figura de Eteocles. Citaremos los estudios de Regembogen³, Fr. Solm-

² *Aischylos. Interpretationen*, Berlín, 1914, págs. 56 y ss.

³ «Bemerkungen zu den Siben des Aischylos», *Hermes*, XXVIII (1933), páginas 63 y ss.

sen⁴, E. Wolff⁵, H. Patzer⁶ y el más reciente de K. von Fritz⁷. El resultado de todos estos estudios nos ofrece una visión más bien pesimista de la psicología del personaje. Eteocles sería un ser maldito por los dioses. No parece que deba aceptarse la oposición que algunos han querido ver entre las dos partes de la tragedia, en cada una de las cuales tendríamos un personaje distinto: en la primera el estadista ideal y en la segunda, el maldito. Los críticos han observado que la *maldición paterna* actúa ya en la primera parte de la obra (cfr. v. 70), y que Eteocles actúa ya ciegamente y no con la lucidez que algunos desearían atribuirle.

En relación con el problema de la psicología de Eteocles está la famosa escena en la que el mensajero va comunicando al protagonista los distintos caudillos que se apostarán en cada una de las siete puertas de Tebas. Eteocles va contestando a cada uno de los parlamentos del mensajero indicando el guerrero que opondrá a cada uno de los enemigos. Todo parece indicar que el caudillo tebano ha decidido ya previamente la situación de cada uno de sus campeones en las distintas puertas. Él se asigna la séptima, que es la que la suerte ha reservado para su hermano Polinices. Así, de esta manera, una fuerza fatal obliga a los dos hermanos a enfrentarse. La maldición de Edipo se cumplirá, pues, de un modo implacable. Esta importante escena ha sido profusamente estudiada por Ed. Fraenkel⁸, quien ha aclarado muchos puntos oscuros del pasaje en cuestión.

Hay un importante problema filológico planteado respecto al final de la tragedia. Desde 1848, fecha en que se descubriera la *didascalía* de la pieza, sabemos que *Los Siete contra Tebas*

constituía la última pieza de la trilogía tebana. Bergk había ya sospechado que así era efectivamente, y que, por tanto, no era admisible que una tragedia terminara con una solución final, sino planteándose un nuevo problema. Y es que la tragedia, tal como ha llegado hasta nosotros no se cierra con la muerte de los dos hermanos y la correspondiente lamentación del coro, sino con la aparición en escena de Antígona e Ismene, hermanas de los caídos, que lloran primero a sus hermanos, para, más tarde, plantearse un enfrentamiento dialéctico entre el heraldo, que proclama la decisión del Consejo de prohibir el enterramiento de Polinices por haber luchado contra su patria, y Antígona, que proclama su decisión irrevocable de cumplir con su religioso y humanitario deber. ¿A qué se debe esta prolongación del tema trágico?

El problema ha hecho correr bastante tinta. Parece verosímil considerar que estamos ante un alargamiento de la pieza, obra de un autor posterior que quiso relacionar el tema de la tragedia esquilea con la *Antígona* de Sófocles. Que la tragedia de Esquilo ha sido sometida a algunas revisiones es un punto que ha discutido, a veces con bastante razón, Boehme⁹, aunque en algunos casos sus teorías son algo exageradas. Ed. Fraenkel intentó, comparando el lamento fúnebre de *Los Persas* y el que tenemos en *Los Siete*, sostener que argumentos métricos aconsejan situar el final de la pieza en el verso 1.004¹⁰. Dawe y Lloyd-Jones, por su parte, han sostenido una amistosa polémica arguyendo, el primero, que hay efectivamente, una interpolación¹¹, mientras el segundo intenta, al menos, rebajar los argumentos filológicos con los que se pretende defender el carácter espúreo del final de la obra. Dawe señala, con acierto, que si hay que eliminar el final, hay también que suprimir los versos 861-873, que son una indicación de la presencia en escena de las dos hermanas.

En todo caso, el problema permanece en pie, y es uno de los enigmas de entre los muchos que plantea la tragedia de Esquilo.

⁴ «The Erinys in Aeschylus' Septem», *Trans. Amer. Phil. Ass.*, LXVIII, (1937), págs. 197 y ss.

⁵ «Die Entscheidung des Eteokles in den *Sieben gegen Theben*», *Harvard Studies*, LXIII, (1958), págs. 89 y ss.

⁶ «Die dramatische Handlung der *Sieben gegen Theben*», *Harvard Studies*, LXIII, (1958), págs. 99 y ss.

⁷ *Antike und moderne Tragödie*, Berlín, 1962, págs. 193 y ss.

⁸ «Die Redepare im thebaner Drama des Aischylos», *Kleine Beiträge*, Roma, 1958, donde se discute la bibliografía anterior, en especial las contribuciones de Ritschl y Welcker.

⁹ *Bühnenbearbeitungen aischyleischer Tragödien*, Stuttgart, 1956-1959.

¹⁰ «Die Schlussverse der Septem», *Kleine Beiträge*, I, págs. 268 y ss.

¹¹ Dawe, «The End of the Seven against Thebes», *Class. Quart.*, n. s., XVII, I, (1967), págs. 16 y ss., y Lloyd-Jones, *id.*, (1959), págs. 80 y ss.

LOS SIETE CONTRA TEBAS

PERSONAJES DEL DRAMA

ETEOCLES
EXPLORADOR
CORO DE MUJERES TEBANAS
(ANTÍGONA)
(ISMENE)
(HERALDO)

La escena, en Tebas.

Allí en
ya la
con el
acabó
los pa
y timón
en la
y restó
en las
un ter
(El coro, formado por mujeres tebanas se apiña en la orquesta, que
representa el ágora. Aparece Eteocles con su séquito armado.)

Dice
Eteocles

Palabras muy acertadas
ha de decir, ciudadanos
de Tebas, quien en la popa¹
del país, la maniobra
dirige, timón en mano,
sin permitir que sus párpados
se cierren para dormirse.
Pues si el éxito logramos
mérito será de un numen;
por el contrario, si ocurre
—cosa que el cielo no quiera—
un desastre, solamente
fuera el nombre de Eteocles
el que se pregonaría
por toda la ciudad, con
injurias y con lamentos,
de lo que Zeus Protector,
fiel a su nombre, proteja
la ciudad de los Cadmeos.
Y ahora debéis vosotros
—al que le falta algún tiempo
para alcanzar la sazón,
y el que de ella ya ha salido
procurando acrecentar

¹ A lo largo de la pieza va a aparecer la metáfora de la nave del estado, y la del estadista como el piloto de esa nave.

todo su vigor y fuerza,
y, en fin, cada cual cuidando
aquello para que sirve—
prestar concurso al estado
y a las aras de los dioses
de esta tierra, porque nunca
sean sus honras borradas;
y a los hijos, y a la tierra,
nuestra madre y queridísima
nodriza. Pues ella, al fin,
cuando, de niños, reptabais
por su benévolo suelo,
tomó sobre sí el trabajo
de dar a todos crianza,
y os ha ofrecido el sustento
para que fuerais, un día,
unos ciudadanos que
saben portar sus escudos,
fieles a su obligación.
Y hasta este día los dioses
se han mostrado favorables,
que, durante todo el tiempo
de este prolongado asedio,
la guerra, a los dioses gracias,
nos es propicia en gran parte.
Y ahora, dice el profeta
que las aves apacienta²
y que, en su oído y su mente,
sin necesidad del fuego,
con un arte que no engaña
los augurios interpreta,
éste, pues, con sus oráculos
dice que ingente ofensiva
por parte de los Aqueos,
en un consejo nocturno
se está planeando, y que
van a atacar esta villa.

² Se trata de Tiresias.

Así que, ¡sus!, a los muros,
y a las puertas de las torres,
con todo vuestro armamento
acudid todos; llenad
los parapetos al punto
y firmes permaneced
en los techos de las torres,
y resistid con empuje
en las bocas de las puertas
sin temer en demasía
al ejército invasor.
¡Dios estará a nuestro lado!
Por mi parte, ya he mandado
exploradores y espías
que vigilen esta hueste,
y espero que el cometido
no van a cumplir en vano.
Escuchando sus reportes
voy a alejar los temores
de que, por medio de engaños,
puedan lograr sorprenderme.

(Llega corriendo un explorador.)

EXPLORADOR

Noble señor de Tebas, Eteocles,
vengo del campamento con noticias
fidedignas: yo mismo he contemplado
lo que está sucediendo: siete Jefes,
valerosos caudillos de la hueste,
han degollado un toro sobre un negro
escudo, y han tocado con sus manos
la sangre de aquel toro, y han jurado
por Ares y Enió, y por el sangriento
Miedo que, una de dos: o aniquilaban
nuestra ciudad, y luego, por la fuerza,
saqueaban la ciudad de los Cadmeos,
o morían, con su sangre empapando
esta tierra. Como recuerdo suyo

que enviar al hogar, junto a sus padres,
con sus manos guirnaldas en el carro
de Adrasto colocaban, sollozando,
pero sin que saliera de sus labios
ni una queja. Su corazón de hierro
exhalaba un espíritu fogoso,
cual leones con Ares en los ojos.
No ha de tardar la prueba de mi informe:
los dejé echando suertes a qué puerta
cada cual apostarse debería,
según el orden del sorteo. Aposto,
por tanto, a los guerreros más estrenuos,
de la ciudad la flor y nata, frente
las bocas de las puertas. Que, muy cerca,
la hueste argiva, totalmente armada,
avanza ya, levanta el polvo y cubre
el llano todo con la blanca espuma
que segrega el pulmón de los corceles.
Tú, pues, cual buen piloto de una nave³,
la ciudad fortifica, antes de que de Ares
lleguen los embates. Porque rugen
la ola terrestre de la hueste. Toma
la precaución más rápida que puedas;
yo, mientras tanto, mi ojo bien abierto,
vigia fiel, tendré, y así, sabiendo
lo que ocurre allí fuera exactamente,
te podrás mantener sin riesgo alguno.

ETEOCLES

¡Oh Zeus y Tierra, oh dioses de mi patria!
¡Oh Maldición y Erinia poderosa
de mi padre! No arranquéis de raíz,
aniquilada por el enemigo,
a esta ciudad, que habla la lengua griega,
y unas casas que tienen su hogares.
No sometáis jamás al yugo esclavo

³ Prosigue la metáfora marina.

esta tierra de Cadmo, un país libre.
Sed nuestra fuerza. Nuestra causa, creo,
es la misma: que una ciudad que vive
en la prosperidad honra a sus dioses.

CORO⁴

Lanzo ingente y terrible griterío.
Se ha soltado la hueste. Dejando el campamento,
corre hacia aquí una enorme
vanguardia de jinetes.
Una nube de polvo me convence
que se eleva hasta el cielo,
mudo, claro, seguro mensajero.
El fragor de las armas
los llanos de mi tierra está atronando;
se acerca, vuela y ruge a la manera
de un torrente impetuoso que cae desde el monte.
¡Io, io, dioses y diosas!
apartad esa peste que me asalta.
¡Un grito en las murallas!
Con sus blancos escudos, bien dispuesta,
sobre nuestra ciudad avanza la hueste.
¿Qué dios o diosa va a salvarme? ¿Cuál
me dará protección? ¿Debo postrarme
quizá ante las estatuas de los dioses?
¡Io, io, felices, de seguro asiento,
ha llegado la hora
de abrazar las estatuas!
Mas, ¿por qué esa tardanza entre gemidos?
¿Oís o no el fragor de los escudos?
¿Cuándo, si no es ahora,
vamos a revestirlos

⁴ El canto coral está escrito en un ritmo muy movido (*docmiaco*) para reflejar la emoción y el temor del coro, que es femenino y por ello más accesible al temor que otros coros esquilios. Sin embargo, es un rasgo típico de los cantos corales esquilios la aparición de un temor, ya real, ya aparente. Cfr. J. de Romilly, *La craïné, et l'engoisse dans le théâtre d'Eschyle*, París, 1958.

con vestes y coronas suplicantes?
Percibo ya el estrépito. No es el fragor de pica solitaria.

¿Qué vas a hacer? ¿A traicionar, acaso,
Ares, antiguo dios de estas regiones⁵,
a esta tierra que es tuya?
¡Oh dios del casco de oro,
vuelve tus ojos, vuelve,
a esta ciudad que, un día,
tan querida te fuera!

¡Oh dioses, de esta tierra protectores,
contemplad esta tropa de doncellas
que os pide que evitéis su servidumbre!
De la ciudad en torno,
ola guerrera de penacho oblicuo
hierve encrespada por el soplo de Ares.
Mas, oh Zeus, padre, ¡oh, oh!, que cumples todo,
impide, como sea,
que de mí se apodere el enemigo.
Los Argivos rodean la ciudad de Cadmo,
y el horror de las armas enemigas
de mí se ha apoderado.
Mordidos por quijadas de caballos,
muerte cantan los frenos.
Siete soberbios jefes de la hueste
contra las Siete Puertas, que en suerte les tocaran,
con arneses que salvan de la pica,
ya se van apostando.

Y tú, oh hija de Zeus, fuerza guerrera,
Palas, protege a nuestra patria; y tú,
tú, sí, ecuestre señor que el mar dominas,
oh Posidón, con ese ingenio tuyo

⁵ Ares y Afrodita, son padres de Harmonia, casada, luego, con Cadmo, de donde el nombre de Cadmeos con que el poeta designa en esta pieza a los Tebanos.



Enjazzamiento de los caballos.

que da muerte a los peces,
la salvación, la salvación te pido
de mi infortunio. Y tú, Ares, ¡ay, ay!,
protege claramente, presta ayuda
a esta ciudad a quien
Cadmó diera su nombre.

Y tú, Cipris, la abuela de mi raza,
danos tu protección, que de tu sangre
hemos nacido, al fin, y a ti, con preces
que a los dioses invocan, acudimos.

Y tú, Dios lobo, sé auténtico Lobo⁶,
contra nuestro enemigo, y haz que pague
nuestros gemidos. Tú, hijo de Letona,
apresta bien el arco.

¡Eh, eh!

En torno a la ciudad, el ruido de carros
se escucha. ¡Oh Hera, mi señora!

Al peso de los ejes,
rechinan ya los cubos de los carros.

¡Artemis bienamada!

Por las picas herido el aire se enfurece.

¿Qué va a ocurrirle a mi ciudad? ¿Qué será de ella?

Y, ¿qué final quiere imponerle el Cielo?

¡Eh, eh!

Una lluvia de piedras viene a herir las almenas.

¡Mi bienamado Apolo!

De bronceos escudos, fragor ante las puertas.

¡Escucha, hija de Zeus! tú que, en la guerra,
impones santo fin a una batalla;

y tú, diosa feliz, Onca, que vives
frente a nuestra ciudad, salva esta sede
que tiene siete puertas.

¡Io!, dioses que todo lo podéis,
perfectos protectores, y perfectas

de esta tierra, y sus torres,
no entreguéis esta villa
abrumada a los golpes de la pica,
a un ejército que habla otro lenguaje.
Escuchad a estas vírgenes,
escuchad, como es justo,
preces que a mano levantada hacemos.
Démones bienamados,
que, protectores, envolvéis la villa,
mostrad todo el amor que ella os inspira,
y ciudad de los templos de este pueblo,
y, pues que los cuidáis, dadles ayuda.
Recordad los amados sacrificios
que esta ciudad os hacía.

¡Jamás!

ETEOCLES

A vosotras pregunto, insoportables
criaturas: ¿Es ese el mejor modo
de salvar la ciudad e infundir ánimos
a este pueblo, encerrado entre sus muros,
caer ante la imagen de los dioses
que esta ciudad custodian, y dar gritos
y voces, actitud que execra el sabio?
¡Jamás, ni en la desgracia ni en la dulce
bonanza, con el sexo femenino,
deba yo convivir! Cuando triunfa,
muestra una audacia insoportable, y cuando
le asalta algún cuidado, es una peste
mayor para su casa y para el pueblo.
Ahora mismo, al correr por las calles,
en confusa espantada, habéis sembrado
la ignava cobardía en las entrañas
de nuestros ciudadanos. De esta forma,
prestáis un gran servicio a los de fuera,
y, dentro, nos labramos la ruina
contra nosotros mismos. ¡He aquí el precio
por haberte tratado con mujeres!
Si alguien no se somete a mi mandato,

⁶ Apolo es un dios-lobo.

hombre o mujer, o un intermedio de ambos⁷,
voto de muerte sobre su cabeza,
se habrá de decretar... Y no hay cuidado
de que evite una muerte lapidaria
a manos de la turba. Es cosa de hombres
—no intervengan mujeres— lo de fuera.
¡Quieta en tu casa y no me causes daño!
¿Oíste o no me oíste? ¿Hablo a una sorda?

CORO⁸

Hijo caro de Edipo, me horrorizo
al escuchar de los sonoros carros
el estrépito, estrépito;⁹
y el silbo de los ejes
que hacen rodar los carros
y el crujir del insomne gobernalle,
el freno, hijo del fuego¹⁰,
mascado por la boca de corceles.

ETEOCLES

¿Pues qué? ¿Es que el marino, acaso, huyendo
de la popa a la proa, la maniobra
salvadora consigue, si la nave
con las olas marinas se debate?

CORO

No, no; yo, solamente,
rauda me he aproximado a las antiguas
estatuas de los dioses, pues que confío en ellos,

⁷ La emoción de Eteocles explica esta expresión que, evidentemente, no tiene sentido.

⁸ Toda esta parte de la pieza está formada por un *diálogo epirremático*, es decir, el actor recita trimetros yámbicos y el coro contesta cantando en versos líricos.

⁹ Mantenemos la repetición del original.

¹⁰ El freno, hecho de hierro trabajado al fuego, es designado hijo de éste, porque ha sido elaborado gracias a él.

cuando sonó el estruendo, ante las puertas,
de aquel horrible alud.
Entonces, temerosa, yo he acudido
a rogar a los dioses
que den su protección a nuestra patria.

ETEOCLES

Rogad porque las torres nos protejan
de la lanza enemiga. ¿O es que, acaso,
no es este asunto de los dioses? Dicen
que cuando una ciudad es conquistada
los dioses salen de ella y la abandonan.

CORO

Jamás, mientras yo viva,
me abandone este grupo de deidades,
ni vea yo el saqueo de este pueblo
jamás, ni soldadesca
prender en ella destructora llama.

ETEOCLES

No vayas, con tus preces a los dioses,
a tomar en mala hora decisiones.
Del éxito que salva es la obediencia
madre, oh mujer. Así reza el proverbio.

CORO

Verdad. Mas la fuerza de Dios es más pujante.
Muchas veces, a aquél que se debate
impotente, entre males,
lo salvan de las nubes de infortunio
que se yerguen, horribles, a sus ojos.

ETEOCLES

Incumbe a los varones ofrecer
ofrendas y holocaustos a los dioses,

cuando van a enfrentarse al enemigo.
¡A ti, callar, y estarte quieta en casa!

CORO

Por la gracia de Dios, una ciudad habito
no sometida aún. De la enemiga turba
el muro es quien nos salva.
¿Para qué abominar de mis plegarias?

ETEOCLES

Que honres el linaje de los dioses
no te lo impido yo. Pero procura
no inyectar el temor en las entrañas
de nuestros ciudadanos; calma, pues;
procura no temer en demasía.

CORO

Al oír este estruendo, hace un instante,
en temblorosa fuga
he acudido a esta acrópolis,
venerando refugio.

ETEOCLES

Aunque os hablen de muertos o de heridos,
no os lancéis a gemir. Que éste es el pasto
del que Ares se alimenta: muerte humana.

CORO

Mas ya escucho el relincho de corceles.

ETEOCLES

Escúchalos, mas no muy claramente.

CORO

La ciudad se estremece en sus cimientos,
que, por doquiera, estamos rodeados.

[110]

ETEOCLES

¡Basta que yo me ocupe de este asunto!

CORO

¡Qué horror! Crecen los golpes en las puertas.

ETEOCLES

Habla de ello en silencio a nuestro pueblo.

CORO

¡Oh agrupación! No entregues estas torres.

ETEOCLES

¡Oh maldición! ¿No guardarás silencio?

CORO

¡Oh dioses del país! ¡Que no me opriman!

ETEOCLES

Eres tú quien me oprime, a mí y al pueblo.

CORO

¡Zeus todopoderoso, tus saetas,
vuélvelas al ejército enemigo!

ETEOCLES

¡Qué maldición, con la mujer, nos diste,
oh Zeus!

CORO

Tan desdichado como el hombre,
cuando se toma una ciudad.

[111]

ETEOCLES

¿Ya vuelves
a gemir, abrazada a las estatuas?

CORO

El miedo se apodera de mi lengua,
en mi agobio.

ETEOCLES

¡Quisieras concederme
un pequeño favor, yo te lo ruego!

CORO

Habla al punto, y así lo sabré al punto¹¹.

ETEOCLES

Calla, infeliz, no asustes a los tuyos.

CORO

Me callo ya. Compartiré el destino.

ETEOCLES

Te tomo esta palabra en vez de aquélla.
Y, además, abandona estas estatuas
y pide lo mejor: sean los dioses
los aliados nuestros. Y ahora escucha
mis propios votos, y después entona,
a modo de peán, el favorable
grito sagrado y ritual que suele
acompañar en Grecia al sacrificio,
aliento del amigo, y, de este modo,
eliminando el miedo al enemigo.

¹¹ Mantenemos la repetición que hay en el original.

Yo a los dioses proclamo de esta tierra,
a los agrestes y a los que protegen
nuestras plazas, a las fuentes de Dirce,
y al agua del Ismeno que, si todo¹²
resulta bien, y la ciudad se salva,
voy a llenar las aras de los dioses
con la sangre de ovejas (y prometo
el degüello de toros a los dioses)
en sacrificio por acción de gracias.
Y luego, con las ropas enemigas,
heridas con la pica, haré un despojo
con el que ornar nuestros sagrados templos.
Votos así a los númenes promete,
sin deleitarte en llantos, ni tampoco
en tus vanos gemidos y salvajes
que no por ello has de escapar al hado.
Yo iré a apostar a las siete salidas
de la muralla seis guerreros —yo
el séptimo seré— y, cara a cara
del enemigo remaremos fuerte,
antes de que aquí lleguen presurosos
mensajeros y rápidos rumores,
y que todo lo inflamen con su urgencia.

(*Entra en el palacio.*)

CORO

Lo intento, mas de miedo
mi corazón no duerme;
vecinas de mi pecho,
aventan las cenizas
de mi terror, las ansias.
Me espanto ante esta hueste
que envuelve las murallas,
al igual que la trémula

¹² Se trata de fuentes de Tebas.

paloma por sus crías
ante una sierpe, infausto
huésped del nido. Y unos
contra las torres nuestras,
en batallón cerrado,
y en masa, ya se acercan.
¡Oh!, ¿qué será de mí?
Y los otros disparan,
contra nuestros guerreros,
cercados por doquier,
pedruscos puntiagudos.
¡Dioses, hijos de Zeus,
de la forma que sea,
socorred a este pueblo,
que desciende de Cadmo!

¿Por qué mejor asiento
trocaréis esta tierra,
si entregáis este suelo,
de gleba tan profunda,
a nuestros enemigos,
y la fuente de Dirce,
el humor más nutricio
de cuantos Posidón,
esposo de la tierra,
y las hijas de Tetis
hacen brotar del suelo?
Ante esto, tutelares
dioses, al enemigo
de fuera las murallas
enviad la derrota
que abate a los guerreros,
y el extravío que
hace arrojar las armas,
y a nuestros ciudadanos
conceded el triunfo.
Por mis agudas preces,
seguid siendo los dioses
que a la patria protegen,

firmeramente asentados
en estos vuestros templos.

¡Qué triste y lamentable
precipitar al Hades
a una ciudad tan noble
—convertida en botín
esclavo de la lanza—
entre ceniza inerte,
bajo la mano aquea,
por designio divino
sin honor arrasada!

Y arrastrar a las viudas,
¡ay!, jóvenes y viejas,
cual yeguas, por el pelo,
con sus vestidos rotos.
La ciudad se lamenta
al verse desplobada,
mientras va hacia la muerte
el botín, en confuso
vocerío. Barrunto
una pesada suerte.

Penoso también fuera¹³,
para castas doncellas,
antes del protocolo
que enteras ha de hallarlas,
tomar la odiosa ruta
de una estancia. ¿Pues qué?
Los muertos, lo aseguro,
conocen mejor suerte.
Pues innúmeras, cuando
una ciudad es tomada,
¡ay, ay!, son sus miserias:
rpto tras rpto, muerte,

¹³ Referencia, como se indica más abajo, a las violaciones.

incendios; con el humo
la ciudad se mancilla
toda y furioso, sopla,
hollando la pureza,
Ares, el homicida.

¡Ruido en la ciudad!
¡Red de torres en torno!
Un guerrero se dobla
bajo la pica de otro.
Vagidos, entre sangre,
de niños que aún el pecho
oprimen, ¡ay! resuenan.
Pillajes, los hermanos
de las persecuciones:
el que ha pillado choca
con el que pilla ya;
el que va de vacío
llama al que está vacío:
quiere tener un cómplice,
pero no se conforma
teniendo igual o menos.
Lo que de aquí resulta
¡cuán fácil calcularlo!

Toda clase de frutos
por la tierra esparcidos
causan dolor, y el ojo
de las amas se amarga.
Los dones de la tierra
a montones, mezclados,
en inútil corriente
arrastrados. Cautivas
novicias a las penas
.....¹⁴
.....

¹⁴ Laguna en el texto original.

prisionero de un hombre
mimado por la suerte;
es su sola esperanza
convertirse en el goce
nocturno de enemigo
vencedor, lo que aumenta
su lastimosa pena.

(Llega corriendo un mensajero.)

CORIFE0

Yo creo que el espía de la hueste
llega, amigas, trayendo otras noticias.
Mueve, en su afán, los cubos de sus piernas
que hacia aquí lo conducen.

(Sale Eteocles de palacio.)

Y también

el propio hijo de Edipo, el rey, se acerca,
para oír las noticias del espía,
forjadas poco ha. Y, con sus prisas,
tampoco mueve el pie con compostura.

MENSAJERO

Puedo contaros ya, pues que lo he visto,
qué hace nuestro enemigo y en qué puerta
a cada cual la suerte ha colocado:
Tideo ruge ya frente a la puerta
de Preto; mas cruzar el río Ismeno
no le deja el augur: hay mal agüero.
Enfurecido y ávido de lucha,
grita cual sierpe en pleno mediodía,
e insulta al sabio augur hijo de Ecleo,
y que halaga a la muerte y al destino
vilmente, dice; y mientras clama, agita
tres umbrosos penachos, de su casco
melena, y, tras su escudo, gritan miedo

sus bronceos badajos. Por emblema
ha grabado en su escudo, altivamente,
un cielo fulgurante con sus astros;
en el centro se ve la luna llena,
prez de los astros, ojo de la noche.
En su extravío, y con altivas armas,
grita a orillas del río, de combate
sediento, cual corcel que contra el freno
resopla y se debate, en tanto espera
el toque de clarín. ¿Con qué guerrero
lo enfrentarás? ¿A quién la puerta Preta
vas a confiar cuando el cerrojo salte?

ETEOCLES

Yo no tiemblo ante ornatos de guerreros,
que los emblemas no han herido nunca;
penachos y badajos, sin la pica,
no muerden. Y esa noche que describes
en el cielo, con todas sus estrellas,
para alguien puede ser un mal agüero.
Sí, al morir, anochece en su mirada,
para aquel que la exhibe, esta divisa
tan altiva será bien elocuente,
justa y exacta. Sí, contra sí mismo
él se habrá dado ese arrogante agüero.
Frente a Tideo enviaré al estrenuo
hijo de Astaco, a defender la puerta:
es noble y honra el ara de la Hombría
y odia todo discurso jactancioso.
Parco en vilezas, no le gusta el miedo.
De los Espartos¹⁵ que Ares perdonara
su raíz ha brotado; un verdadero
Melanipo tebano. Ares la suerte
juzgará con sus dados. Nos lo envía
la justa Afinidad para que aleje
la lanza hostil muy lejos de la patria.

¹⁵ Guerreros nacidos de los dientes del dragón que Cadmo matara.

CORO

¡Que los dioses concedan la victoria
a nuestro campeón,
pues con toda justicia
surge para luchar por esta tierra!
Mas temo contemplar
los sangrientos destinos
de quienes dan la vida por su pueblo.

MENSAJERO

¡Concédanle los dioses buena suerte!
Capaneo sacó la puerta Electra,
un gigante mayor que el que te he dicho,
y con una jactancia más que humana.
Dirige a nuestras torres amenazas
horribles, que ¡ojalá el hado no cumpla!
Nuestra ciudad piensa arrasar —vocca—
quiera o no quiera el cielo, y ni siquiera¹⁶
de Zeus el reto alcanzará a pararle
aunque delante de él la tierra azote.
Relámpagos y rayos, los compara
al sol del mediodía. Como emblema,
un guerrero sin armas y una antorcha,
que blande con sus manos como un arma.
Y, escrita en letras de oro, la divisa:
«La ciudad incendiaré.» Contra este héroe
envía... mas ¿quién va a hacerle frente?
¿Quién, a pie firme, va a plantarle cara,
sin temblar ante tales amenazas?

ETEOCLES

¡También aquí ganancia tras ganancia!
Porque es la lengua acusador exacto
de las fatuas ideas de los hombres.
Pronto a la acción, bravea Capaneo;

¹⁶ Nótese la impiedad de las palabras de este guerrero.

despreciando a los dioses, y en su loca alegría, su boca ejercitando, él, un mortal, envía contra el cielo palabras campanudas, tempestuosas, que amenazan a Zeus. Mas yo confío que sobre su cabeza, y en justicia, habrá de dar el ígneo rayo, en nada semejante al calor del mediodía. Y a pesar de su lengua jactanciosa, contra él se ha designado a un héroe ardiente, el fuerte Polifonte, asegurado baluarte, protegido con la ayuda de Ártemis y del resto de los dioses. Dime otro ya, y qué puerta le ha tocado.

CORO

¡Perezca aquél que a mi ciudad dirige tan grandes amenazas!
¡Que los dardos del rayo lo detengan antes de penetrar en mi morada y de que, por la fuerza de las armas, me arranque de mi estancia de doncella!

MENSAJERO

Te diré quién, después, contra las puertas mandó el sorteo: del bronceo casco saltó el dado tercero, y a Eteoclo tercero, le tocó mandar sus huestes contra la puerta Néite. Sus yeguas, que ya relinchan bajo los cabestros, hace girar; y silban sus bozales, con un sonido bárbaro, al llenarse con el resuello de su altivo belfo. El blasón de su escudo no es humilde: un hoplita que asciende los peldaños de una escala arriada a una enemiga torre, con la intención de destruirla.

Este también con inscripciones grita: «No me va a derribar del baluarte¹⁷ ni Ares siquiera.» Contra este guerrero manda al que pueda ser la garantía de que nos va a alejar el yugo esclavo.

ETEOCLES

Contra él mandaría... —mas, por suerte, está asignado ya— un hombre que lleva la jactancia en los brazos, Megareo, semilla de Creonte, y un Esparto. Él no va a abandonar los torreones ante el relincho altivo de unas yeguas, sino que, una de dos: o, con su muerte va a pagar a su patria la crianza, o adornará la casa de su padre tras vencer a los dos, y apoderarse de esa ciudad grabada en el escudo. Bravea de otro sin ahorrar palabras.

CORO

En mi súplica ruego suerte para el que lucha por mi patria, y para los demás, el infortunio. Sí en su locura clama palabras de soberbia, contra esta tierra, ¡Zeus Dispensador, vuelva contra él una mirada de odio!

MENSAJERO

El cuarto ocupa ya el portal vecino de Onca Atenea, con sus fuertes gritos, Hipomedonte con su enorme mole. Yo me asusté, cuando una era inmensa —quiero decir su escudo— hizo rodar,

¹⁷ De nuevo la impiedad aparece unida a los asaltantes de Tebas.

no te diré otra cosa. Y el herrero
que su emblema grabó sobre el escudo
no era barato artista: había grabado
un Tifón que de su boca exhala
un humo oscuro, de la llama ardiente
hermano; y el reborde del redondo
escudo está sujeto con trenzados
de espiras de serpiente. Un alarido
lanzó, y, de Ares poseso, hecho un delirio,
parte a la lucha con atroz mirada,
igual que una bacante. Hay que guardarse
muy bien al hacer frente a este guerrero.
Ante la puerta ya alardea el Miedo.

ETEOCLES

Sí, pero Palas Onca, que está cerca
de la ciudad, y próxima a las puertas,
y odia la altanería de este hombre,
lo alejará de nuestro nido, como
a una helada serpiente. A más, Hiperbio,
el hijo ilustre de Enopo, es el héroe
que contra ese guerrero he designado;
él quiere interrogar, en este trance
de su fortuna, al Hado. Ni su aspecto
ni su valor ni su aparejo armado
son dignos de reproche. Cabalmente
los ha juntado Hermes: enemigos
son los héroes que allí van a enfrentarse,
y en sus escudos pondrán cara a cara
a dioses enemigos: si uno exhibe
en su escudo a Tifón y su ígneo soplo,
Hiperbio exhibe al padre Zeus, muy firme,
y blandiendo en su mano ardiente dardo,
¡y nunca nadie ha visto a Zeus vencido!¹⁸

¹⁸ Frente a Tifón, que está representado en el escudo de Hipomedonte, el guerrero tebano ostentará la figura de Zeus, el dios supremo, vencedor de Tifón, como nos cuenta Hesíodo.

(Tal es el patronazgo de ambos dioses.
Con nosotros están los vencedores,
con ellos los vencidos, si en la lucha
cierto es que Zeus sobre Tifón triunfa.
Es justo, pues, que el mismo resultado
obtengan esos héroes que se enfrentan,
y que, de acuerdo con su emblema, sea
Zeus en su escudo el salvador de Hiperbio.)

CORO

Confío en que el que exhibe en su rodela
al tan odiado cuerpo del demon soterrado
—enemigo de Zeus, imagen tan odiosa
para los hombres como
también para los númenes eternos—
delante de las puertas
dejará la cabeza.

MENSAJERO

¡Así sea! Y te hablo, ahora, del quinto,
del que ha sido apostado junto al quinto
portal de Bóreas, junto al monumento
de Anfión, hijo de Zeus. Jura y perjura
por la pica que blande —en la que fia
más que en un dios, e incluso que en sus ojos—¹⁹
que ha de arrasarse a la ciudad Cadmea
a despecho de Zeus. Así bravea
el brote de una madre montañesa,
de hermoso rostro, un hombre que aún es niño:
el bozo ya le apunta en las mejillas
—espesa barba de sazón en ciernes—.
Con su fiero talante, en modo alguno
adecuado a su nombre de doncella²⁰,
y aquellos ojos que despiden miedo,

¹⁹ Nótese de nuevo las palabras impías de Partenoepo.

²⁰ Partenoepo, en efecto, es un nombre cuyo primer elemento (Parteno-) significa *doncella*.

se yergue, allí, Partenopeo Arcadio.
El hombre es un meteco, pero quiere
a Argos pagar su pródiga crianza.
Parece que a la lucha se presenta
no dispuesto a un mezquino regateo,
sino a justificar su largo viaje.
No sin jactancia yérguese en la puerta:
que, en su escudo de bronce, de su cuerpo
circular protección, blande la afrenta
de Tebas, una Esfinge carnícera,
con clavos sujeta, una brillante
figura con relieve. Entre sus garras
lleva un héroe cadmeo, de manera
que lluevan sobre el hombre muchos dardos.

ETEOCLES

¡Así consigan de los dioses cuanto
en su loca jactancia ellos anhelan,
que una muerte total y miserable
iban a conocer! También existe
para este Arcadio del que me has hablado,
un héroe sin jactancia, cuyo brazo
sabe, empero, actuar: Actor, hermano
del que antes he nombrado, y que, sin duda,
no piensa tolerar que nos inunde
esa lengua sin obras los portales,
causando mil destrozos; ni que un hombre
que en su bélico escudo exhibe el monstruo
de esa fiera enemiga, salte el muro.
Porque, al sufrir, al pie de la muralla,
tan duro martilleo, ha de enojarse
contra aquél que pretende introducirla.
Si lo quieren los dioses, cuanto digo
puede ser la verdad pura y escueta.

CORO

Me atraviesan el alma tus palabras,
y se erizan los pelos de mis trenzas

al escuchar de labios
de estos hombres impíos
tan horribles bravatas.
¡Así los dioses los aniquilaran
en esta nuestra tierra!

MENSAJERO

Paso ya al sexto, un hombre muy prudente
y muy bravo en la lucha, la profética
potencia de Anfiareo. Ante la puerta²¹
Homoloide apostado, lanza insultos
sin cesar, a la fuerza de Tideo,
«homicida, destructor de su patria,
para Argos gran maestro de infortunio,
de Erinis alguacil, siervo del Miedo,
para este horror, de Adrasto consejero».
Luego a tu hermano vuelve la mirada,
al fuerte Polinices, levantando
los ojos, y, partiendo en dos su nombre²²,
lo increpa, y esto sale de sus labios:
«¡Ah, qué gesta, a los dioses agradable!
¡Qué dulce de escuchar, y de contarla
a tus nietos!: mandar contra tu patria
y los dioses paternos hueste extraña
para arrasarla! El hontanar materno
¿puede extinguirlo una razón? Tu patria
en tu afán conquistada por la pica,
¿podrá ser tu aliada? Yo, esta tierra,
abonaré adivino soterrado
bajo suelo enemigo. ¡Combatamos,
que no espero un destino deshonoroso!»
Tales razones iba desgranando

²¹ Anfiareo es el único guerrero argivo que no hace gala de impiedad. Sabio y prudente, se opuso a la guerra contra Tebas, y fue a la lucha sin convicción alguna.

²² El nombre de Polinices significa *muchas (poli-) luchas (neikos)*.

el adivino, mientras sostenía,
con toda calma, su broncíneo escudo.
Y en su rodela no exhibía emblema:
que quiere ser, no parecer valiente.
cosechando en su espíritu hondo surco
de donde brotan nobles decisiones.
Te aconsejo que envíes esforzados
y sabios adversarios contra éste:
temible es siempre aquél que honra a los dioses.

ETEOCLES

Augurio infausto es siempre, para el hombre,
asociar al justo con impíos.
Que no hay nada peor, en toda empresa,
que mala compañía: no da fruto.
[el campo de Ate recolecta muerte].
Así, un hombre piadoso que se embarca
con marineros que arden por el crimen
perece al mismo tiempo que esta casta
que los dioses escupen. Cuando un justo
se asocia a ciudadanos que al extraño
no respetan, y olvidan a los dioses,
cae en la misma red, muy justamente,
y herido por la fusta inexorable
de un dios, sucumbe al fin. De igual manera,
este adivino —el vástago de Ecleo
quiero decir— prudente, justo, bueno,
piadoso y gran profeta, sin quererlo
asociado a unos hombres jactanciosos,
e impíos, que se lanzan a un camino
de dilatado fin, si Zeus lo quiere,
será junto con ellos arrastrado.
Y ni siquiera atacará la puerta,
yo creo, y no por falta de hidalguía
ni porque tenga un corazón cobarde:
Sabe que ha de caer en el combate,
si el augurio de Loxias fructifica.
Contra él apostaremos, sin embargo,

la potencia de Lástenes, portero
que no gusta de extraños: si es de viejo
su talante, tiene el cuerpo de un joven,
rápido el ojo, y no es remisa nunca
su mano en atrapar con una pica
el flanco despojado del escudo.
Pero es el don de un dios el triunfo humano.

CORO

¡Oh dioses, escuchad nuestras plegarias
tan justas, concediendo
que la ciudad se salve!
Dirigid contra quienes nos invaden
esos bélicos males. ¡Y que Zeus,
blandiendo el rayo, fuera de las torres
acabe con su vida!

MENSAJERO

Paso al séptimo ahora, al que en la séptima
puerta se aposta ya, tu propio hermano.
¡Qué maldiciones, qué destino impreca
contra nuestra ciudad! Escalado el muro
y proclamado ya rey de esta tierra,
tras entonar el grito de victoria,
enfrentarse contigo, darte muerte
y morir a tu lado. Y si permite
la vida conservar a quien privó
de sus derechos, con igual castigo,
con un exilio que le lleve lejos,
jura vengarse. Así son sus bravatas;
y a los dioses nativos de la tierra
patria implora que vuelvan su mirada
a sus preces y les den cumplimiento,
el fuerte Polinices. Un redondo,
recién forjado escudo porta, y doble
emblema en él grabado: puede verse
a un hombre armado, cincelado en oro,
al que, serena, una mujer conduce.

Que es Justicia pretende, como indica la divisa: «Reintegraré este hombre a su ciudad, para que recupere su patria, y a su hogar volver consiga.»

(Pausa.)

Tales son sus ardides (Tú decide a quién vas a enviar). Contra este hombre no podrás dirigir nunca reproches por sus mensajes. Y, ahora, tú decide cómo hay que pilotar a nuestra patria.

ETEOCLES

¡Raza de Edipo mía, lamentable, enfurecida por los dioses, y odio eterno de los dioses! Hoy se cumple la maldición paterna. Pero ¡fuera lamentos y gemidos! que podrían engendrar llantos aún más lamentables. Pero pronto sabremos de qué forma va a cumplirse el emblema de un guerrero con un nombre tan justo, si esas letras de oro, y cinceladas, que en su escudo, entre espasmos de loco, borbotean, van a traerlo a casa. Si Justicia, hija de Zeus, acompañara siempre sus actos y su espíritu, es posible. Pero jamás, ni cuando dejó el seno materno, ni en la infancia, ni de joven, ni al crecerle ya el bozo en la mejilla a hablar con él dignóse la Justicia. Tampoco ahora, creo, en el momento en que devasta el suelo patrio, que ella quiera estar a su lado —o llevaría en verdad un falso nombre la Justicia si se uniera con quien tiene un talante que se ha atrevido a todo. Y confiado

en cuanto he dicho voy a hacerle frente yo mismo. ¿Puede haber alguien, acaso, con más razón que yo? Rey contra rey, hermano contra hermano, y enemigo contra enemigo yo voy a enfrentarme.

(A su escudero.)

Rápido, pues, entrégame las grebas, protección contra picas y pedruscos.

CORO²³

Hijo de Edipo, más que nadie amado, no sea tu furor cual el de quien se expresa con tanta saña, no. Basta que los Cadmeos con los Argivos lleguen a las manos. Que esta sangre puede purificarse. Mas la muerte de hermanos, bajo sus mutuos golpes abatidos... No, no existe vejez para esta mancha.

ETEOCLES

Sí, soportar desdichas sin deshonra, que es la sola ganancia entre los muertos. Para infortunio deshonroso, nunca existirá en el mundo buena fama.

CORO

¿Qué te propones, hijo? ¡Que ese loco delirio que tu alma llena, sediento de batalla, no te arrastre!
¡Arranca esa raíz de tu locura!

ETEOCLES

Puesto que un dios las cosas precipita, ¡que marche, viento en popa, hacia las ondas

²³ En este pasaje es el coro quien tiene que reprochar a Eteocles su sinrazón.

del Cocito, esa estirpe que odia Febo,
toda la raza que de Layo viene!

CORO

Esta ansia sanguinaria en demasía
te empuja a celebrar el sacrificio
de una sangre interdicha. Y es amargo su fruto.

ETEOCLES

Sí, que la odiosa, negra, de mi padre,
Maldición, sin llorar, los ojos secos,
me aconseja: «Morir antes que tarde.»

CORO

No dejes que te empujen. Tú, un cobarde
nunca serás llamado, si eliges bien tu vida.
¿Es que la Erinia, con su negra égida,
no saldrá de esta casa si los dioses
aceptan de tus manos una ofrenda?

ETEOCLES

Para los dioses ya no soy problema.
Sólo el favor esperan de mi muerte.
¿A qué halagar, pues, un mortal destino?

CORO

¡Ahora, al menos, cuando te está cerca!
Que el demon, con el tiempo,
al mudar de designio,
puede cambiar y sobre ti acercarse
con hálito más débil. Ahora, hierve.

ETEOCLES

Lo ha hecho la maldición paterna.
¡Qué ciertas las visiones de mis sueños
que los bienes paternos repartían!

[130]

CORIFEO

Haz caso a una mujer, mal que te pese.

ETEOCLES

Pues dame un buen consejo. Y no muy largo.

CORIFEO

No te dirijas a la puerta siete.

ETEOCLES

Estoy bien afilado. Tus palabras
no van a conseguir achafanarme.

CORIFEO

Dios honra incluso una victoria oscura.

ETEOCLES

Un soldado no aprecia esta consigna.

CORIFEO

¿Quieres verter la sangre de tu hermano?

ETEOCLES

No evitarás un mal, si un dios lo envía.

(Se va Eteocles con su guardia.)

CORO

Yo temo con espanto
que la diosa que arruina las familias,
—tan poco semejante a las deidades—
la veraz profetisa de desgracias,
la Erinia invocada por un padre,
pueda hacer que se cumpla

[131]

la maldición airada que, en su ciego arrebató,
lanzara un día Edipo.
La azuza esta discordia tan funesta a sus hijos.

Un extranjero les reparte el lote,
Cálipo, un emigrado de la Escitia²⁴,
amargo tasador de las herencias,
el Acero y su entraña desalmada,
al decidir, por medio de unas suertes,
que ocupen un pedazo
de tierra que puedan conservar después de muertos,
sin tener parte en los inmensos llanos.

Cuando hayan muerto, destrozados ambos
por mutua mano, y haya
el polvo de la tierra
bebido ya la negra,
cuajada sangre de esos homicidios,
¿quién podría traernos lustraciones?
¿Quién podría lavarlos?
¡Oh nuevos infortunios de esta casa,
mezclados con los males del pasado!

Me refiero a la antigua
transgresión, muy pronto castigada,
pero que en la tercera
generación aguarda todavía,
cuando desoyó Layo al propio Apolo
que le había augurado por tres veces,
en el délfico oráculo
ombligo de la tierra,
que, muriendo sin hijos,
salvaría a su patria.

²⁴ La expresión es muy audaz: los cálipes son un pueblo que trabajaba el hierro. Cálipo, pues, es un uso metonímico por *hierro*, es decir, la espada que ha decidido, con su acción, la muerte de los dos hermanos, cuya herencia será un pedazo de tierra donde ser enterrados.

Mas él, cediendo a dulces extravíos,
la vida dio al parricida Edipo,
que fue su propia muerte,
el que al sembrar el sacro
terruño de su madre,
que le había nutrido,
hizo brotar una raíz de sangre:
¡Delirio fue lo que, en su furia insana,
juntó a los dos esposos!

Y ahora, cual piélagos de males,
las olas van empujando:
cuando una cae, otra se levanta,
de triple garra, y hierve ante la proa
de esta nuestra ciudad.
Y en medio, a corto trecho,
nuestra sola defensa,
¡el espesor de un muro!
Temo que con mis reyes
nuestra ciudad sucumba.

Se cumple ya de antiguas maldiciones
del todo, el desenlace.
Pasa el desastre ante los infelices.
A echar la mercancía por la borda
obliga la ventura
en exceso engordada
del hombre diligente.
Pues, ¿a qué mortal tanto
ensalzaron los dioses de esta tierra
y la copiosa población de Tebas,
como honraron a Edipo
al extirpar del pueblo
la fiera que sus hombres le robaba?²⁵

²⁵ Se trata de la Esfinge, que ponía un enigma a todo viajero que se dirigía a Tebas, y si no acertaba —que era siempre— lo mataba. Edipo descifró el enigma y con ello eliminó la peste de la Esfinge.

Pero cuando, ya, el mísero,
se hizo consciente de su infausta boda,
por la pena azuzado,
y con el corazón enloquecido,
dio cumplimiento a dos gemelos males:
con aquella su mano parricida
los ojos se arrancó más caros que sus hijos;

luego contra sus hijos,
por su escaso sustento enfurecido,
¡ay, ay!, lanzó una maldición de lengua amarga:
que con su mano, armada con el hierro,
la herencia partirían.
Y ahora estoy temblando
que le dé cumplimiento
la Erinia de pies raudos.

MENSAJERO

¡Valor, mujeres, hijas de sus madres!
La ciudad ha escapado al yugo esclavo
y ha caído el orgullo de esos fatuos.
La ciudad está en calma; en el embite
nutrido de las olas no hizo agua.
La protegen sus torres, y aceramos
sus puertas con la firme garantía
de unos caudillos. Todo marcha bien
en seis puertas; mas la que hace siete
el santo dios Apolo, que ama el siete,
para sí reservóla, así cumpliendo,
en la raza de Edipo, las antiguas
imprudencias que Layo cometiera.

CORIFEO

¿Qué nuevo evento en la ciudad sucede?

MENSAJERO

La ciudad, salva; los príncipes hermanos...

CORIFEO

¿Quiénes? ¿Qué dices? Tiemblo ante tus nuevas.

MENSAJERO

Calma y escucha: el vástago de Edipo...

CORIFEO

¡Pobre de mí! Augur soy de mis males.

MENSAJERO

... sin que quepa dudarlo, ya en el polvo...

CORIFEO

¿Yacen allí? Es muy triste, pero ¡cuénta!

MENSAJERO

... con sus manos hermanas se han matado!

CORIFEO

Un destino común tuvieron ambos,
y él ha arruinado este linaje infausto.

MENSAJERO

Tales son nuestros goces y miserias:
la ciudad, vencedora, y nuestros príncipes,
los dos caudillos, con el hierro escita
forjado a martillazos, se han partido
todo su patrimonio. Y no más tierra
tendrán que la que ocupen en la tumba,
anegados, en tétrico destino,
según las maldiciones de su padre.

(Sale el mensajero.)

CORO

¡Oh gran Zeus, y vosotras,
deidades protectoras de mi patria,
que estas torres de Cadmo
os dignasteis salvar!
¿He de alegrarme y saludar a gritos
al Salvador indemne de esta tierra?
¿O lloraré a los tristes,
miseros capitanes,
sin hijos, que, en su locura impía,
y haciendo honor al nombre,
murieron tras causar «muchas querellas»²⁶.

¡Cumplida ya la negra
de Edipo Maldición, y de su raza!
Un frío infausto me atraviesa el pecho.
Para su tumba una canción compuse
cuando supe que han muerto, malhadados,
esos cuerpos que borbotean sangre.
Es un siniestro augurio
este duelo de picas.

Al final se ha cumplido,
no desistió la maldición paterna.
¡Y qué alcance ha tenido
la refractaria decisión de Layo!
Y ahora, ¡ansia en la villa!
No admiten menoscabo los oráculos.
¡Io!, lamentables príncipes,
una acción realizasteis increíble.
Desgracias lamentables sucedieron,
y no, precisamente, de palabra.

(Entra una comitiva con los cadáveres de los dos hermanos.)

Esto sí que habla solo:
tengo ante mí el relato del heraldo.

²⁶ Nuevamente se juega con el nombre de Polinices (*muchas querellas*).

He aquí cumplidos
los tristes homicidios suicidas,
doble destino de mis capitanes,
mis duplicadas ansias.
Y ¿qué decir? ¿Qué otra cosa
sino que en el hogar de este palacio
hay pena sobre pena?
Y ahora, amigas mías,
dirigid a la testa
azotes con las manos,
en cadencia de remo,
que siempre hacen cruzar el Aqueronte,
a la nave que no tiene aparejos,
de velas negras, con sus peregrinos,
hasta alcanzar la tierra
sin sol, no hollada por Apolo,
invisible, que acoge a todo el mundo.

(Pero aquí están Antígona e Ismene
para cumplir tareas bien amargas,
el treno dirigido a los hermanos.
De su profundo y amoroso pecho
van a brotar, espero,
justos ayes de duelo.
Y es razón que nosotras, antes que ellas,
cantemos himno infausto de la Erinia,
y que entonemos, luego,
el odioso canto de la Muerte.

¡Io!
¡Oh hermanas infelices entre cuantas
en torno de su ropa atan un cinto!
Yo lloro y gimo, y no es engaño
que del alma
un justo llanto brote)²⁷.

²⁷ El texto marcado entre paréntesis se considera una interpolación, como parte del final de la pieza, para empalmar el tema de esta tragedia con la *Antígona* de Sófocles.

¡Io, io!, ¡ay, insensatos,
hombres sin fe en quien os quiere,
y jamás desgastados por los males!
De vuestra casa posesión tomasteis
empleando la fuerza, ¡malhadados!
Sí, malhadados, que la muerte hallaron
destruyendo su casa.

—¡Io, io!
De vuestro hogar los muros derrocasteis
y una amarga realeza conocisteis.
¡Ahora, con el hierro
habéis hecho las paces!
La augusta Erinia de su padre Edipo
¡cuán veramente se ha manifestado!

—Heridos en el siniestro
costado, heridos, sí, nacido
de una entraña común...
¡ay infelices!
¡Ay maldiciones de una mutua muerte!
Sus cuerpos y su hogar ha atravesado
el golpe del que dices
que heridos fueron
por ira indestructible,
y el hado de discordia
lanzado por su padre.

—Llanto recorre la ciudad, y gimen
las torres, sí, y el suelo tan querido;
la herencia aguarda ahora a sus epígonos,
herencia por la que a los infelices
surgiera una querrela
y, como fin, la muerte.
¡Con su impávido espíritu la herencia
se partieron, en partes bien iguales!
Y el juez no ha carecido
no, de reproche; que Ares no es suave.

—Heridos por el hierro, así se encuentran;
y heridos por el hierro los esperan
—y, ¿quiénes son, acaso me dirías?—
... el lote que les toca de la paterna tumba.
De su casa, entre gritos, los escolta
el llanto lacerante
que por sí gime y llora,
desolado, del gozo un enemigo,
y virtiendo unas lágrimas sinceras
de un corazón que gime y se consume
por esos dos monarcas.

—De estos dos infelices
bien puede pregonarse
que mucho hicieron por los ciudadanos
y por los batallones extranjeros
diezmados en la lucha.
¡Malhadada la que los puso al mundo
entre todas las hembras
que de unos hijos se han llamado madres!
De un hijo que tomara por esposo
parióles, y ahora, ellos
por mutua mano han muerto
de una mano nacida
de una misma semilla.

—De una misma semilla, sí, en verdad,
y del todo abatidos
bajo golpes no amigos,
en su loca porfía,
al final de la lucha.
Cesó el odio, y ahora,
sus vidas han unido
sobre una misma tierra ensangrentada.
¡Ahora sí, que, en verdad, son consanguíneos!
Amargo, el juez de su disputa,
el extranjero que en el Ponto vive
el afilado Acero surgido de la llama;
y amargo el mal repartidor de bienes,
Ares, que hizo verdad la maldición paterna.

—Tienen su parte ya los infelices
en los males que Zeus les concediera.
Tendrán, bajo su cuerpo,
¡una insondable cantidad de tierra!
¡Ay, ay!
¡Qué ramo de desdichas
hicisteis florecer para los vuestros!
Al fin, las Maldiciones
su alarido final han pregonado,
eliminando sin remedio alguno
vuestro linaje ya. Ahora se yergue
de Ate el trofeo frente a aquellas puertas
en donde se han herido,
y, vencedor ya de los dos el demon,
punto final ha puesto a sus ataques.

ANTÍGONA

Herido, heriste.

ISMENE

Moriste tras dar muerte.

ANTÍGONA

Con la pica mataste.

ISMENE

Con la pica moriste.

ANTÍGONA

Dolor causaste.

ISMENE

Dolor sufriste.

ANTÍGONA

Salid, lágrimas, salid.

[140]

ISMENE

Salid, lamentos.

ANTÍGONA

Ante mí yaces.

ISMENE

Tras haber matado.

ANTÍGONA

¡E, é!

ISMENE

¡E, é!

ANTÍGONA

¡Oh!, mi alma ha enloquecido de gemidos.

ISMENE

Gime mi corazón dentro del pecho.

ANTÍGONA

¡Íó!, ¡digno de compasión!

ISMENE

¡Tú, de toda miseria!

ANTÍGONA

¡A manos de un amigo sucumbiste!

ISMENE

¡Y a un amigo, a tu vez, diste la muerte!

[141]

ANTÍGONA

¡Doblemente doloroso de decir!

ISMENE

¡Doblemente penoso de contar!

ANTÍGONA

.....

ISMENE

.....

ANTÍGONA e ISMENE juntas

Ay, Moira que repartes tristes hados.

¡Ay, ay, sombra de Edipo soberana!

Ay negra Erinia, ¡qué poder el tuyo!

ANTÍGONA

¡E, é!

ISMENE

¡E, é!

ANTÍGONA

¡Ay, qué triste espectáculo de penas!...

ISMENE

... desde el exilio para mí trajiste!

ANTÍGONA

Salvado apenas ya, perdió la vida.

ISMENE

La perdió, ciertamente.

[142]

ANTÍGONA

¡Y se nos llevó a éste!

ISMENE

¡Horrible de contar!

ANTÍGONA

¡De contemplar horrible!

ISMENE

.....²⁸

ANTÍGONA

.....

ISMENE y ANTÍGONA

¡Ay, Moira que repartes tristes hados!

¡Ay, ay, sombra de Edipo soberana!

Ay, negra Erinia: ¡Qué poder el tuyo!

ANTÍGONA

Tú la conoces, pues que la probaste...

ISMENE

Y tú la conociste no más tarde...

ANTÍGONA

... a tu regreso a Tebas.

ISMENE

... remando con tu lanza frente al otro.

que tal...

²⁸ Laguna en el texto original.

[143]

¡Ay, infeliz linaje!...

ISMENE

... de penas afligido!

ANTÍGONA

¡Ay dolor!

ISMENE

¡Ay infortunio!

ANTÍGONA

Para tu hogar, tu tierra...

ISMENE

... y para mí!

ANTÍGONA

¡Ay, ay, monarca de desgracia infausta!

ISMENE

¡Ay, entre los demás desdichados!

ANTÍGONA

¡Io, posesos de Ate!

ISMENE

¡Ay, ay! ¿Dónde enterrarlos?

(Todo el cortejo abandona la orquesta.)

Debo anunciar los acuerdos que, de esta ciudad de Tebas los comisarios del pueblo han aprobado: a Eteocles, por su amor hacia la patria decidieron sepultarlo, con afecto, en esta tierra. Pues por odio al enemigo, eligió morir en ella, y, puro y sin mancha alguna, con los ritos de los padres murió donde es tan hermoso que muera un joven. Así se me encargó que informara sobre él; de su hermano, en cambio, Polinices, se aprobó arrojar fuera el cadáver y, sin darle sepultura, que fuera pasto de perros porque habría devastado el país de los Cadmeos si un dios no se hubiera opuesto a su lanza. Incluso muerto, conservará, pues, la mancha del crimen que cometiera contra los dioses paternos, al enviar contra Tebas una hueste mercenaria para conquistarla. Así se acordó, que, sepultado por las alígeras aves ignominiosamente, de forma tan denigrante, pague la pena condigna; que tampoco lo acompañen manos que apilen su tumba, ni que lamentos agudos

le den sus póstumas honras.
Al contrario, que carezca
del honor de unas exequias
ofrecidas por amigos.
Eso es lo que han decidido
los magistrados de Tebas.

ANTÍGONA

Pues yo, a los gobernantes de esta tierra²⁹,
les digo que si nadie va a ayudarme
a enterrar a mi hermano, yo en persona
pienso enterrarlo y me hago responsable
por el entierro de un hermano, sin
rubor alguno por no someterme
a lo que ordena la ciudad. Terrible
es la entraña común de que nacimos
—la de mi pobre madre— y la del padre.
De todo corazón, pues, alma mía,
participa en el mal de quien no tiene
ya voluntad, viviendo para un muerto.
Ni tampoco los lobos, con su vientre
flácido probarán sus carnes. Nadie
vaya a creerlo. Exequias y una fosa
yo, aunque sea mujer, pienso ofrecerle,
mal sea entre los pliegues de mis ropas,
y yo en persona tenga que enterrarlo.
Y que nadie imagine lo contrario,
que mi audacia hallará un medio efectivo.

HERALDO

No violentes a Tebas, te lo advierto.

ANTÍGONA

No hagas proclamas vanas, te lo advierto.

²⁹ Las palabras de Antígona quieren recordar la oposición que en la pieza homónima de Sófocles pronunciaba ante Creonte.

HERALDO

Duro es un pueblo que evitó el desastre.

ANTÍGONA

Duro puedes mostrarte: tendrá entierro.

HERALDO

¿Honrarás con la tumba al que odia al pueblo?

ANTÍGONA

Los dioses su sentencia aún no han dictado.

HERALDO

No, al menos hasta el día en que a esta tierra,
puso en peligro.

ANTÍGONA

Males ha sufrido
y contestó con males.

HERALDO

Contra todos
su empeño dirigió, y no a uno solo.

ANTÍGONA

Discordia es la deidad que habla la última.
¡Y yo lo enterraré! No más palabras.

HERALDO

Haz como quieras. Yo te lo prohíbo.

CORO

¡Ay, ay!
¡Altivas destructoras de linajes,

Keres Erinias, que de Edipo, así,
de raíz el linaje aniquilasteis.
¿Qué va a ocurrir? ¿Qué hacer? ¿Qué es lo que intento?
¿Cómo tendré el valor de no llorarte
ni de darte cortejo hasta la tumba?
Pero siento pavor, y alejar quiero
el miedo que me inspiran los tebanos.

(Dirigiéndose al cadáver de Eteocles.)

Tú, al menos, tendrás muchos que te lloren,
y aquél en cambio, sin lamentos

(Dirigiéndose a Polinices.)

pobre infeliz, con sólo
el fúnebre lamento de una hermana
da aquí se irá. ¿Quién puede escuchar esto?

SEMICORO I

Castigue o no castigue, como quiera
la ciudad, al que llora a Polinices
nosotras nos iremos a enterrarlo,
y seremos su fúnebre cortejo.
A la familia entera afecta esta desgracia,
y en la ciudad lo justo es unas veces
así, y de otras maneras en otras ocasiones.

SEMICORO II

Pues nosotras con éste nos iremos.

(Señalando a Eteocles.)

como el derecho y la ciudad ordenan.
Que, después de los dioses

y del poder de Zeus,
él es quien ha salvado a la ciudad de Cadmo,
el más que nadie, de volcarse y de verse sumergida,
bajo el embate de olas de guerreros.

(Los dos cortejos abandonan paulatinamente la orquesta.)

LAS SUPLICANTES

Una
obra Pe
gta de
obra m
492 a l
de alq
ejempl
teología
da, de
463 x
negos.
Que
ción h
dicen
esto a
razón
antes
cónce
sabem
recifin
volva
nacen
Las P
que su
Un
esta tr
dos a
perda

Una *didascalía* descubierta y publicada en 1952 (*Oxyrhynchus Papyri*, XX, 2.256, fr. 3) ha revolucionado la cronología de esta pieza. Mientras antes se consideraba que era la obra más antigua conservada de Esquilo —se situaba en el 492 a.C.— el papiro en cuestión viene a demostrar, a pesar de algunos intentos por sostener la cronología alta (por ejemplo, Pohlenz), que la fecha de representación de la trilogía *Las Danaides*, de la que formaba parte nuestra tragedia, debe situarse hacia los años 60 del siglo v a.C. El año 463 a.C. suele ser la fecha en que coinciden, a grandes rasgos, los filólogos.

Que *Las Suplicantes* fuesen una pieza antigua en la producción literaria de Esquilo no es, empero, una tesis descabellada: ofrece una serie de rasgos arcaicos (no tiene prólogo, el coro es el verdadero protagonista, etc.), y ello es suficiente razón para comprender que, antes de descubrirse el papiro antes mencionado, se colocara esta pieza como la primera conservada de la numerosa producción de Esquilo. Pero hoy sabemos que el arte de un poeta no necesariamente debe ser rectilíneo, y que es normal el ensayo de técnicas nuevas, para volver, en ocasiones, a las técnicas más antiguas. En esta nuestra tragedia, el poeta habría vuelto al procedimiento de *Los Persas* de componer, al modo arcaico, una tragedia en la que su comienzo coincide con la aparición del coro.

Una serie de problemas se plantean a la hora de estudiar esta trilogía, formada por *Suplicantes*, *Egipcios*, *Danaides* (estas dos últimas no conservadas) y el drama satírico, también perdido, *Amimone*. A. F. Garvie ha dado, en un interesante

libro¹, los datos básicos para enfrentarse científicamente con las cuestiones planteadas por la obra.

Por lo pronto, una cuestión que se refiere a las protagonistas, las hijas de Dánao, descendientes de Io, que huyen de Egipto para evitar la boda con sus primos. De aceptarse —como suele hacerse por parte de los editores— la corrección del texto tradicional del verso 8, el sentido de este pasaje sería que las Danaides han abandonado Egipto para evitar una boda con sus propios primos, ya que en su corazón odian todo contacto sexual con sus primos. Sin embargo, otros intérpretes creen que puede hablarse, en el caso de las Danaides, de un rechazo del matrimonio en general, interpretación que viene apoyada por otros pasajes en los que el coro justifica su actitud de rechazo acudiendo al nacimiento de su antecesor Epafo, que nació de Io y de Zeus, una vez éste impuso sus manos sobre la cabeza de la pobre madre. Es difícil decidirse, aunque hay razones para aceptar el carácter «amazónico» (en el sentido de que rehúsa todo contacto con el hombre) de las Danaides.

La trilogía abre, dentro de las obras que conservamos del poeta, una nueva orientación, que cabría llamar optimista: en efecto, como ocurrirá con *La Orestía* y con el *Prometeo*, la trilogía acaba mediante un arreglo amistoso, mediante una síntesis que supera los problemas planteados en las dos piezas anteriores: Si *Las Suplicantes* terminan con la llegada de los Egipcios, que arrastran a sus primas a la odiada boda, y si en la segunda pieza, los *Egipcios*, asistimos a unas «bodas de sangre», ya que, por consejo de su padre Dánao, las Danaides asesinan, el mismo día de la boda a sus primos (excepto Hipermestra), la última pieza, que posiblemente llevaba el título de *Las Danaides* conoce una solución final, en cierto modo pactada, en la que Hipermestra es absuelta del juicio que se le ha iniciado por desobedecer su padre. Así, la autoridad paterna y el poder de Afrodita se contrabalancean, lo que permita una solución final. «En todo caso, ha dicho Lesky² la trilogía terminaba con una reconciliación de las

potencias contendientes, en el sentido de un orden superior, impuesto a los hombres por los dioses.»

La temática central de nuestra pieza es la llegada del coro de Danaides, con Dánao al frente, a la tierra de Argos, de donde procedía su progenitora, Io, y adonde acuden en busca de auxilio. El momento trágico de la pieza está contenido en la terrible decisión que el rey del país tiene que adoptar, al verse obligado a decidir entre el respeto al suplicante y la guerra que le amenaza si acoge a las Danaides y se enfrenta con los Egipcios.

¹ *Aeschylus' Suppliants, play and trilogy*, Cambridge, 1969.

² *La tragedia griega*, Barcelona, 1966, 93.

LAS SUPLICANTES

Que Ze-

nuestra

de la in-

Tras ha-

vecinos a-

no es qu-

en pape-

ni que

al mach-

bodas

Diciao,

antes d-

las sere-

que mi-

por la -

de dion-

que, a-

que un

Se l-

por un p-

para pe-

de la -

de la -

PERSONAJES DEL DRAMA

CORO DE LAS DANAIDES
DÁNAO
EL REY DE LOS ARGIVOS
HERALDO

La acción, en Argos. Al fondo de la orquesta, una colina con estatuas de los dioses agorales.

(Entra el coro y se detiene al pie de una colina con altares y estatuas de dioses. Primero, evoluciona. Luego, cantando se dirige a los dioses y la tierra de Argos, a la que acaban de arribar.)

CORO

(Recitado en anapestos.)

Que Zeus Suplicante benévolo mire
nuestra naval hueste que un día zarpara
de la fina arena del delta del Nilo.
Tras haber dejado de Zeus la provincia,
vecina de Siria, al exilio huimos;
no es que, condenadas por popular voto,
en pago de un crimen, la patria dejemos;
es que nuestro pecho, por naturaleza,
al macho aborrece, y así ha rechazado¹
bodas con los hijos de Egipto, y su insania.

Dánao, mi padre y mi consejero,
autor de mi intriga, sopesando todas
las suertes del juego, esto ha decidido,
que mi honor protege: huir velozmente
por la ola marina, y arribar a Argólide,
de donde procede toda nuestra estirpe,
que, un día, se jacta, nació de la vaca²
que un tábano pica, al tacto y al hálito

¹ Se ha discutido si las Danaides odian la boda con los hijos de Egipto, por ser primos suyos, o porque aborrecen toda unión con el varón. En la pieza, parecen alternar ambos temas.

² Io, que fue transformada en vaca por los celos de Hera. Zeus se unió a ella en forma de toro.

de Zeus, nuestro Padre. ¿A qué territorio llegar, pues, podemos más benigno que éste, con el brazo armado de arma suplicante, la rama ceñida de albísima lana?

¡Que esta ciudadela, que este territorio, que sus aguas puras, que los altos dioses y los subterráneos que ocupan sus tumbas, que Zeus salvador, en lugar tercero, que el hogar protege de los hombres puros, acojan benévolos a este equipo nuestro hecho de mujeres, con el aire suave propio de esta tierra; mas que el macho enjambre lleno de insolencia, nacido de Egipto, antes de que ponga su pie en esta tierra, fangosa, en su carro, tirado por remos³, mandad mar adentro. Y entonces, en medio de cruel tormentas, al rayo y al trueno, y a los tormentosos vientos, que perezcan, en mar agitado, antes que los lechos que el Cielo les niega, asalten, impuros, contra su deseo.

(Prosigue en cantos con ritmo yámbico-trocaico.)

Ahora invocando⁴
al novillo de Zeus, mi defensor
ultramarino, al hijo
de mi antecesora, la vaca de flores nutrida,
por obra del soplo de Zeus:
y el tiempo fatal dio cumplimiento
—en buena razón— a aquel toque
que le diera el nombre, y a Epafo dio a luz.

Llamándole, pues, por su nombre,
en las mismas praderas

³ Se trata de una barca.

⁴ Epafo, como se indica más adelante. Su nombre significa *contacto*.

do paciera mi antigua antecesora,
y recordando sus antiguas penas,
pregonaré unos signos que no mienten
a quienes viven en estas regiones,
y que, aunque inesperadas,
a la luz saltarán:
ya se sabrá a lo largo de mis cantos.

Y si aquí cerca se halla un habitante
de esta tierra, y que entiende la lengua de las aves,
al oír mis lamentos
creerá estar oyendo
la voz de la esposa de Tereo⁵
en sus tan lastimosos pensamientos
—o la del ruiseñor que un gavilán persigue;
expulsado de sus campos y sus ríos,
llora por su morada,
y compone el lamento por su hijo
contando cómo aquél pereciera por su mano,
víctima de una furia impropia de una madre.

Así también, yo misma
que amo las gemebundas tonadas de la Jonia,
desgarro mi mejilla
tierna, quemada al sol del Nilo,
y mi alma en los pesares inexperta.
De lamentos recojo un ramillete,
por mis amigos temo,
preguntándome si acaso de mi exilio
de la Brumosa Tierra
hay alguien que se ocupe.

Mas, ea, dioses de esta tierra,
escuchad mis plegarias:
pues véis muy bien lo justo.

⁵ Se trata de Procne, esposa de Tereo, convertida en ruiseñor tras haber dado muerte a su hijo Itis, como venganza por la infidelidad de éste. Tereo fue convertido en gavilán.

Y si acaso no podéis concederme
entero mi deseo por ir contra el destino,
al menos, vosotros que odiáis toda violencia
sed justos con mis bodas.

Que incluso para aquél que, agobiado
escapa del combate,
es el altar refugio en la desgracia,
la prez de las deidades.

¡Si el final fuera bueno, de verdad!
La voluntad de Zeus no fácilmente
se puede aprehender; mas brilla en todas partes
incluso en la tiniebla
acompañada de destino infausto
para el hombre mortal.

Cae firme, que no sobre la espalda⁶,
aquello que con un gesto de su testa Zeus ha decretado.
Espesos los caminos de su mente
y sombríos se extienden,
inexplicables a cualquier mirada.

Derriba de sus locas esperanzas,
empinadas cual torres, al mortal, y lo abate⁷,
pero sin nunca armarse de violencia:
que todo, para un dios, se alcanza sin esfuerzo.
Apostada su mente en las alturas,
desde allí, con presteza, sus deseos cumple,
sin moverse de su elevado trono.

Que vuelva su mirada
hacia el orgullo humano, y vea
cómo el fornido tronco nuevos brotes echa
por alcanzar mis bodas,

⁶ Metáfora tomada de la lucha. *Caer firme* significa que algo tiene recto cumplimiento.

⁷ El tema del castigo de Zeus al orgulloso lo tenemos ya en *Los Trabajos y los Días*, de Hesíodo.

y que, en su sentimiento delirante,
posee un aguijón irresistible,
en las trampas de Ate recayendo.

Tales son los tristes dolores que proclamo
en mis cantos agudos, graves, lacrimosos,
¡ay, ay!
idóneos para el fúnebre lamento.

Viva, con mis propios gemidos me enaltezco.

¡Séme propicia, oh tu, montaña de Apis!
¿Comprendes, tierra, mi bárbaro lenguaje?
Una vez y otra vez me precipito
sobre mi velo de Sidón
desgarrándole el lino.

Hacia los dioses corren votos y sacrificios
de acción de gracias, cuando la muerte acecha.
¡Ay, ay!, vientos inciertos,
¿a dónde ha de llevarme este oleaje?

¡Séme propicia, oh tú, montaña de Apis!
¿Comprendes, tierra, mi bárbaro lenguaje?
Una vez y otra vez me precipito
sobre mi velo de Sidón
desgarrándole el lino.

El remo, ciertamente, y la encordada casa⁸
hecha de leño y que del mar protege,
hasta aquí me han traído, parejas con los vientos.
Y no puedo quejarme.
Pero un final feliz, que el Padre
que todo lo contempla
establezca en el curso de los tiempos.

¡Que la semilla de mi augusta madre
del lecho del varón, oh, oh,
pueda escapar sin bodas y sin yugo!

⁸ La nave.

Y que en este intercambio de deseos,
vuelva a mí su mirada
la casta hija de Zeus, con sus augustos ojos, firmemente.
Y con todas sus fuerzas irritada
por tanto hostigamiento
indomada, sea de mí, indomada,
la salvadora.

¡Que la semilla de mi augusta madre
del lecho del varón, oh, oh,
pueda escapar sin bodas y sin yugo!

Si no, esta estirpe, ennegrecida
a los rayos del sol, al subterráneo⁹,
al Zeus hospitalario
que acoge a los difuntos,
con nuestros ramos nos presentaremos,
tras buscar nuestra muerte en unos lazos,
si no hallamos favor entre los dioses del Olimpo.

¡Ah, Zeus, io. Es contra Io
esta divina cólera que azuza!
Harto sé del triunfo de una esposa
en el Olimpo. Y de fuerte vendaval
la tempestad arranca.

Y, entonces, Zeus habrá de verse envuelto
en voces que proclaman la injusticia,
por haber deshonrado
al hijo de la Vaca
al que él mismo dio vida,
y ahora vuelve el rostro ante los ruegos.
Que oiga desde la altura nuestras preces.

(¡Ah, Zeus, io. Es contra Io
esta divina cólera que azuza!
Harto sé del triunfo de una esposa
en el Olimpo. Y de fuerte vendaval
la tempestad arranca.)

⁹ Zeus subterráneo es Hades, dios de los muertos. Las Danaides, pues, amenazan con suicidarse.

Hijas, prudencia, que hasta aquí llegasteis
con vuestro anciano padre, un fiel piloto.
Ahora hay que estudiar con gran cuidado
lo que pueda ocurrir en esta tierra.
Grabad, pues, mis palabras en la mente:
Veo polvo, de hueste mudo heraldo.
Los cubos en el eje no enmudecen.
Un gentío, de escudos protegido,
y blandiendo la pica, con caballos
y con curvados carros estoy viendo.
Seguro que los reyes de esta tierra
hacia aquí se dirigen para vernos
por un correo puestos sobre aviso.
Y tanto si aquí viene en son de paz,
como si ha puesto en armas a esta tropa
por cruel ira aguzado, es preferible
hijas, sentarse cabe estas deidades
de la colina. Más que torre es fuerte
siempre un altar, escudo indestructible.
Subid, pues, con presteza, y sosteniendo
piadosamente con la mano izquierda
las blancas ramas, signo suplicante,
y el orgullo de Zeus, dios del Respeto,
dirigid, cual conviene, a vuestro huésped
palabras reverentes, suplicantes,
llenas de angustia, y le informáis al punto
que este destierro vuestro no es por sangre.
No acompañe la audacia a las palabras
ante todo; que vanidad ninguna
en vuestros rostros de modesta frente,
en vuestros calmos ojos, se refleje.
Y no seas prolija ni ardorosa
en tu lenguaje: que aquí son muy sensibles.
Debes saber ceder: que eres extraña,
y fugitiva y necesitas de ellos.
Que lengua audaz al débil no le cuadra.

CORIFEO

Hablas, sensato, a quienes son sensatas,
y he de tener presente a todas horas
este noble consejo, padre mío.
¡Zeus, dios de nuestra raza, nos contemple!

DÁNAO

¡Que nos contemple con benignos ojos!

CORIFEO

Todo ha de acabar bien, si Él lo desea.

DÁNAO

No te retrases; triunfe mi designio.

CORIFEO

Quisiera junto a ti tener mi asiento.
Ten compasión, oh Zeus, de nuestra pena,
antes de que la muerte nos dé alcance.

DÁNAO

Al que es hijo de Zeus también invoca.

CORIFEO

Del Sol el rayo salvador yo invoco.

DÁNAO

Y al Santo Apolo, dios que del Olimpo
viose también, un día, desterrado¹⁰.

¹⁰ Tuvo que vivir como jornalero en casa de Admeto. Cfr. Eurípides, *Alcestris*, I y ss.

CORIFEO

Si conoce este sino, ya no hay duda:
sentirá compasión por los mortales.

DÁNAO

Sí, que la sienta; y que él a nuestro lado,
en su bondad, quiera tener su asiento.

CORIFEO

¿A qué otro dios he de invocar ahora?

DÁNAO

Veo un tridente, de un dios símbolo claro¹¹.

CORIFEO

¡Quien por mar nos guiara lo haga en tierra!

DÁNAO

El otro es Hermes, hecho al modo griego.

CORIFEO

Sea de libertad, pues, su mensaje.

DÁNAO

El ara honrad común de estas deidades,
y asentaos en un lugar sagrado,
al igual que bandada de palomas¹²
por miedo al gavilán de igual plumaje,
hermanos enemigos de su raza
que pretenden manchar su propia estirpe.
Ave que ha devorado a sus hermanas,

¹¹ Alusión a Posidón, dios del mar.

¹² El tema de la paloma perseguida por el gavilán aparece una y otra vez en esta tragedia.

¿cómo puede ser pura? ¿Y cómo puro el que a mujer desposa en contra el padre y en contra de ella misma? Ni en el Hades una vez muerto se hurtará a un proceso por su lascivia, si esta acción comete. Porque, se dice, juzga allí las culpas entre los muertos otro Zeus, en juicio inapelable ya. Mirad, por tanto, y responded del modo que os he dicho, si queréis que se imponga vuestra causa.

(Aparece el Rey, en su carro, con una escolta armada.)

REY

¿De dónde llega el corro ataviado tan poco al modo griego, y fastuoso con sus ropas de bárbaro y sus cintas? ¿A quién hablamos? Esta vestimenta de mujer no es argólica ni griega. Y lo que más sorprende es que llegasteis a este país sin que os asalte el miedo, sin protector, sin guía y sin heraldo. Bien es verdad que, al modo suplicante, al pie de estas deidades agorales depositasteis ramas: sólo en eso podrá la tierra griega comprenderos. Y podría yo hacer mil conjeturas si tú, que aquí te encuentras, no tuvieras las palabras que pueden explicarlo.

CORIFE0

Sobre mi indumentaria, no has mentido. Pero, ¿a quién hablo yo? ¿A un ciudadano? ¿Quizá a un custodio con su sacra vara? ¿O al que de esta ciudad es el caudillo?

REY

Puedes hablar con toda confianza sobre esto, y preguntar: Yo soy Pelasgo, retoño de Palecton, que brotara un día de la Tierra. Y soy monarca de este país. De mí, su rey, el nombre tomó el pueblo pelasgo, el que cosecha los frutos de esta tierra. Las regiones que el sagrado Estrimón recorre enteras del lado de Occidente, yo gobierno. En mi dominio incluyo el territorio de los Perrebos, y, del Pindo allende, junto al pueblo peonio, las montañas de Dodona; y el límite se extiende hasta el sagrado mar: éste es mi reino. Esta tierra, de antiguo, ha recibido el nombre de Apis, en recuerdo eterno de un héroe sanador. Un día, Apis, médico-sacerdote, hijo de Apolo, llegó hasta aquí, viviendo de Naupacto, y el país liberó de aquellos monstruos homicidas, que, un día, por la sangre vertida antiguamente, mancillada, en su furor hizo brotar la Tierra, hostil colonia, nido de serpientes. Y Apis, de un modo irreprochable, entonces, remedios encontró para esta tierra de Argos, cortantes y liberadores, A cambio, en nuestras preces lo mentamos.

(Pausa.)

Y ya que sobre mí tienes noticias, dime tu raza y cuéntame ya el resto: mas no gusta ni patria de retóricas.

CORIFE0

Clara y concisa será mi respuesta: nos gloriamos de ser de argiva raza,

de la fecunda Vaca descendientes.
Mi discurso dirá si todo es cierto.

REY

Increíble, en verdad, oh forasteras,
es cuanto me decís: ¡Que sois argivas!
A mujeres de Libia parecidas
más bien sois que a mujeres de esta tierra.
También el Nilo pudo haber criado
igual retoño; y el estilo ciprio
que en femenino molde el macho imprime
es semejante al vuestro. Tengo oído
también que hay indias nómadas que montan
en camellos, cual si fueran caballos,
en su silla, y recorren las regiones
vecinas del país de los Etiópes.
También podría, si llevarais arco,
creer que sois aquellas Amazonas
sin esposo y que comen carne cruda.
Si tú me informas yo podré entender cómo
es, tu linaje, argivo, y tu simiente.

CORIFE0

¿No dicen, pues, que de Hera, en esta tierra
de Argos, sacerdotisa fuera Io?

REY

Lo fue, y la tradición se ha difundido.

CORIFE0

¿Y que, aunque era mujer, Zeus poseyóla?

REY

Y que Hera no ignoró estas relaciones.

CORIFE0

¿Cómo acabó la divinal porfía?

REY

Vaca hizo a la mujer la diosa de Argos.

CORIFE0

Y, ¿no se acercó Zeus a esa ternera?

REY

Bajo forma de toro, según cuentan.

CORIFE0

¿Qué hizo de Zeus la contumaz esposa?

REY

Apostó ante la vaca al que ve todo¹³.

CORIFE0

¿Quién era ese pastor omnividente
que apacentaba a una tenera sola?

REY

Argos, hijo de Ge, a quien mató Hermes.

CORIFE0

Y, ¿qué más inventó contra la vaca?

REY

Un insecto que azuza a la ternera.

¹³ Argos, a quien dio muerte Hermes.

CORIFE0

«Tábano» junto al Nilo se le llama.

REY

La expulsa de su tierra a la carrera.

CORIFE0

También en lo que dices coincidimos.

REY

Finalmente, llegó a Cánobo y Menfis.

CORIFE0

Y con su mano Zeus engendró un hijo.

REY

¿Qué hijo de Zeus nació de esa ternera?

CORIFE0

Épafo se le llama por su parto.

REY

.....¹⁴

CORIFE0

Libia, que es la región más dilatada.

REY

¿Qué otra cría nació de la ternera?

CORIFE0

Belo, padre de padre, y sus dos hijos.

REY

Dime ahora ese nombre tan sapiente.

CORIFE0

Dánao, y su hermano con cincuenta hijos.

REY

Dime también su nombre, sin reparos.

CORIFE0

Egipto. Y sabedor de mi linaje
trata ya como argívas a estas gentes.

REY

Creo que perteneces desde antiguo
a esta mi tierra. Empero, ¿cómo osasteis
dejar vuestra morada? ¿Qué os indujo?

CORIFE0

Señor de los Pelasgos, es muy vario
el humano infortunio. En parte alguna
veras de la desgracia igual plumaje.
Pues, ¿quién pudo pensar que en esta huida
inesperada iba a arribar a Argos
una antigua familia emparentada,
impelida por odio hacia una boda?

REY

¿Qué pides a estos dioses agorales
con blancas ramas poco ha cortadas?

CORIFE0

De los Egipcios nunca ser esclavas.

¹⁴ Laguna en el texto original.

REY

¿Es por odio? ¿O es que hablas de una infamia?

CORIFE0

¿Quién, para amarlo, comprará a su dueño?

REY

Así se fortalecen los linajes.

CORIFE0

¡Del infeliz librarse es fácil cosa!¹⁵

REY

¿Cómo podré ser pío con vosotras?

CORIFE0

Por más que me reclamen, no me entregues.

REY

¡Qué horrible, provocar nuevos embites!

CORIFE0

La Justicia protege a su aliado.

REY

Sí, si desde un principio tuvo parte.

CORIFE0

¡Respeto a la ciudad así engalanada!¹⁶

¹⁵ Es decir: *tú hablas así porque no te hallas en mi situación.*

¹⁶ Engalanada con los ramos suplicantes de las Danaides.

REY

Temo viendo el altar ensombrecido.

CORIFE0

¡Dura es la ira de Zeus, el Suplicante!

CORO

(Cantando en ritmo doctíaco-yámbico.)

¡Escucha, oh hijo de Palecton,
con corazón benigno, Rey de los Pelasgos!
Vuelve tus ojos hacia esta fugitiva que anda errante,
cual ternera perseguida del lobo, entre peñascos
abruptos, desde donde
segura del refugio
muge contando sus penas a su madre.

REY

A la sombra de ramos que, hace poco,
fueron cortados, joven grupo veo
delante de estos dioses agorales.
¡No traiga males el comportamiento
de esas extrañas que son ciudadanas!
No caiga de improvisó y sin pensarlo
mal sobre la ciudad: no lo precisa.

CORO

Que mire a este destierro que no daña
Temis suplicadora, hija de Zeus que el destino reparte.
Aprende, aun siendo viejo, del que es joven.
Serás feliz si acoges a aquél que a ti se vuelve.
La voluntad divina
acepta las ofrendas de hombre puro.

REY

No es el hogar de mi palacio donde
estáis sentadas. Si en común se pierde
la ciudad, debe el pueblo hallar remedio
en común: No me atrevo a hacer promesas
sin consultar los hechos con mi pueblo¹⁷.

CORO

El estado eres tú, tú eres el pueblo;
Señor no sometido a juez alguno,
tú eres rey del altar, del hogar de esta tierra.
Sólo con el sufragio de tu frente,
y solo con el cetro de tu trono
tú lo decides todo. ¡Evita el sacrilegio!

REY

Sobre mi enemigo caiga el sacrilegio.
Mas no os puedo ayudar sin daño alguno,
pero tampoco es sabio no atenderte.
No sé qué hacer; el miedo me domina.
¿Obrar? ¿No obrar? ¿O tentaré el destino?¹⁸

CORO

Contempla a quien nos mira desde lo alto,
custodió del sufrido
mortal, que, de rodillas ante el semejante,
no obtiene la justicia de las leyes.
Mas de Zeus suplicante la ira aguarda
al que no atiende el grito del que sufre.

¹⁷ De una forma totalmente anacrónica, Esquilo pone en labios del Rey ideas democráticas.

¹⁸ Es frecuente en Esquilo que el héroe tenga que tomar una terrible decisión. Así, Eteocles, Agamenón, etc.

REY

Si los hijos de Egipto poder tienen
sobre ti, cuando alegan que, por ley,
son tus parientes próximos, ¿quién puede
oponerse? En tu defensa debes
demostrar que esas leyes no te atañen.

CORO

Que no caiga jamás bajo las garras
poderosas del macho. Un remedio tan sólo
vislumbrar puedo contra ese infortunado matrimonio:
la fuga entre los astros de la noche.
Tomando por aliada a la Justicia
juzga a favor de la piedad divina.

REY

No es fácil decidir en este lance.
No me elijas por juez. Ya te lo dije:
yo nada haré sin consultar al pueblo.
Nunca pueda decir, si un mal ocurre.
«Honrando a extraños la ciudad perdiste.»

CORO

Pariente, por la sangre, de ambos bandos,
Zeus contempla el debate equitativamente,
y, como es justo, premia
con castigo al malvado, y con piedad al justo.
Si todo está con equidad pesado,
¿para qué ese temor de hacer justicia?

REY

Necesito una idea salvadora,
profunda; al modo de los buzos, que
descienda hasta el abismo un ojo claro,
no en exceso embriagado, y que, primero,
no cause la cuestión a mis estados

daño alguno, y que, luego, bien termine para nosotros mismos: que una guerra de desquite no nos alcance a todos, o que, si yo os entrego, arrodilladas como estáis frente al ara de los dioses, no vaya yo a instalar en nuestra patria al vengador, al dios de la ruina, que ni en el Hades al difunto suelta. ¿No urge una idea salvadora, y honda?¹⁹

CORO

Reflexiona y sé, pues, justamente, un anfitrión piadoso.
No, no traiciones a esta fugitiva a la que impió exilio de lejos ha lanzado hacia esta tierra.

No quieras vernos arrancadas de este sagrado asilo,
¡oh tú, que aquí dominas!
Del varón reconoce la soberbia.
Guárdate de la cólera que sabes.

No quieras, no, ver a esta suplicarte de este altar arrancada, en contra del querer de la justicia, cual una yegua, por las bandas de variados colores, ni cómo echan las manos sobre mi vestimenta.

Porque lo has de saber: sobre tus hijos, sobre tu casa, según la decisión que hayas tomado, a Ares has de pagar, un día, estricta recompensa.
Piénsalo bien: porque el poder de Zeus es justiciero.

¹⁹ Las palabras del rey están enmarcadas por una frase casi igual: «necesito una idea salvadora». Este procedimiento, típicamente arcaico, se llama *Ringkomposition* entre los críticos germanos, que podemos traducir por *ritornello* o *composición en anillo*.

REY

Lo pensé ya, y aquí encalla mi barca: con unos o con otros me es preciso promover dura guerra. Ya la quilla clavada está como si hubiera sido por fuertes cabrestantes arrastrada. Mas sin dolor no hay solución posible: Privada ya la casa de sus bienes, mayores que las pérdidas, podrían —por bendición de Zeus dador de bienes— venir otros a compensar la carga. Si una lengua dispara inoportuno dardo que el corazón llena de pena, palabras con palabras se conjuran. Pero para evitar la sangre hermana²⁰ es fuerza que ofrezcamos sacrificios, ofrecer muchas reses a los dioses, remedio a la desgracia, o es que yo estoy muy desviado del debate. Pero prefiero ser un mal profeta a un profeta verídico de males. ¡Que acabe bien aun contra lo que pienso!

CORIFEO

Oye mis muchas voces suplicantes.

REY

Escucho. Y habla, que no se me escapa.

CORIFEO

Poseo ceñidores y refajos, con los cuales abrocho mis vestidos.

²⁰ La mayoría de filólogos suelen invertir, como hemos hecho nosotros, la serie de versos desde 445 en adelante (con la serie: 445-446-448-447-449-450) del texto de los manuscritos medievales.

REY

Debe ser adecuado a las mujeres.

CORIFE0

Pues sabe que eso me será un remedio.

REY

Dime cuál es la frase que meditas.

CORIFE0

Si no haces a este corro la promesa...

REY

¿... qué vas a hacer con esos ceñidores?

CORIFE0

... con raras tablas ornaré esas tallas.

REY

Oscura es tu palabra: habla más claro.

CORIFE0

Me colgaré, al instante, de estos dioses.

REY

Lo que escucho fustiga mis entrañas.

CORIFE0

Comprendiste: tus ojos he aclarado.

REY

¡Por doquier hallo escollos insalvables!
Sobre mí avanza un río de desgracias:

[180]

estoy en mar profundo de infortunios
difícil de cruzar ¡y aquí no hay puerto!²¹
Pues si esta deuda no te satisfago
me amenazas con manchas imborrables;
si a los hijos de Egipto, tus parientes,
de pie ante la muralla yo hago frente,
¿no es trance amargo que unos hombres deban
mojar de sangre el suelo por mujeres?
Es fuerza, empero, respetar las iras
de Zeus que vela por los suplicantes,
el supremo temor entre los hombres.
Así que, anciano padre de estas vírgenes,
coge al punto en tus brazos estos ramos
y colócalos ante otros altares
de este país; y así los ciudadanos
el signo podrán ver de lo que pides
y no rechazarán mis peticiones:
criticar al poder le gusta, al pueblo.
Y acaso ante esta escena brote un punto
de compasión y todos aborrezcan
la violencia sin freno de estos machos.
Que el pueblo os ha de ver con buenos ojos,
y siempre hay compasión para el más débil.

DÁNAO

Es ya para nosotros importante
hallar un anfitrión que nos respete.
Pero dame una tropa y unos guías
para hallar los altares de los dioses
de la ciudad, y su asiento hospitalario.
Que a nuestro paso por la villa hallemos
seguridad. Pues la naturaleza
no nos dio el mismo porte, y no es pareja
la raza que han criado Nilo e Inaco.
No levantes temores con tu audacia,

²¹ De nuevo la metáfora tomada del mar.

[181]

que se puede matar a un buen amigo
por ignorar quién es.

REY

¡Sus, pues, soldados!
Tiene razón el extranjero. Al punto
guiadle hacia las aras de la villa,
asiento de los dioses, y no es cosa
de hablar con quien te vayas encontrando
mientras a este marino, suplicante,
de los dioses, guiáis.

(Sale Dánao y su acompañamiento.)

CORIFEEO

Ya le has hablado,
ya, instruido por tí, puede marcharse.
Mas yo, ¿qué haré? ¿Me das tú garantías?

REY

(Señalando el altar.)

Pon aquí el ramo, signo de tu pena.

CORIFEEO

Lo confío a tu mano, a tu palabra:

REY

Desciende, ahora, a este recinto abierto.

CORIFEEO

¿Cómo puede salvarme si está abierto?

REY

No te expondré a las aves de rapiña.

[182]

CORIFEEO

¡Quizás a algo peor que cruel serpiente!

REY

¡Habla un lenguaje santo, si así te hablan!

CORIFEEO

El temor de mi espíritu me ha hecho
susceptible en verdad, y ello no es raro.

REY

Y que un rey tema, siempre ha sido extraño.

CORIFEEO

¡Dame fe con palabras y con obras!

REY

No va a dejarte sola largo tiempo
tu padre. Y mientras tanto yo a las gentes
me marcho a convocar de mis estados,
para hacerte propicia la asamblea,
e indicar las palabras que tu padre
debe pronunciar. Así que, espera,
e implora con tus preces a los dioses
de este país lo que alcanzar deseas.
Pues yo me voy a disponerlo todo.
¡Que Suerte y Persuasión vayan conmigo!

(El Rey deja la escena acompañado de su escolta. Las Suplicantes colocan sus ramos en el suelo y bajan a la orquestra.)

CORO

¡Rey de Reyes, beato²²
entre beatos, oh supremo Poder

²² Obsérvese la majestad de esta invocación, del tipo llamado «oriental».

[183]

entre todo Poder, Zeus bienaventurado!
Atiende mi plegaria, y de tu raza
aleja la violencia de estos machos, indignado,
y en el purpúreo vértice sumerge
los tenebrosos bancos de esa Peste.

Propicio a la causa femenina,
vuelve tus ojos hacia nuestra raza,
a nuestra antigua raza, y renueva la piadosa leyenda
de esa amada mujer, mi antecesora.
Recuerda, tú que a Io tocaste;
De Zeus por el linaje nos gloriamos;
colonos somos, salidos un día de esta tierra.

He acudido a una huella muy antigua,
al pastizal florido en donde alimentaban a mi madre,
a un prado que a una vaca apacentaba,
desde donde Io
por tábano azuzada
huyera, enloquecida,
cruzando muchos pueblos
y hendiendo, por orden del Destino,
el estrecho que azotan las olas,
dejando atrás los lindes de unas tierras
que encaradas están una con otra.

Por las tierras de Asia marcha a la carrera,
la Frigia cruzando, madre de corderos;
deja atrás la misia ciudad de Teutranto,
de Lidia los valles, los montes cilicios,
la Panfilia cruza, los ríos que fluyen
sin pararse nunca, y la ilustre tierra
que da tanto trigo, la tierra de Cipris.

Por el dardo azuzada
de aquel boyero alado,

pero que aparece, como vemos, en la literatura griega, sin necesidad de creer que se trata de una fórmula de origen oriental.

llega de Zeus al próspero recinto²³,
al prado que las nieves alimentan
y que recorre de Tifón la furia;
y a las aguas del Nilo,
que los morbos no tocan,
enloquecida por los sufrimientos
que no merece, y el aguijón de Hera,
hecha una furia.

Los hombres que habitaban esas tierras,
pálidos de temor, temblaron todos,
ante la escena insólita:
veían una bestia repulsiva,
mezcla de vaca y hombre
—parte ternera, y parte
con femeninas formas—.
Y se admiraron ante aquel portentoso.
Y, ¿quién fue, entonces,
el mago que logró sanar a Io
errante y miserable,
por cruel aguijón enfurecida?

El que reina por tiempos infinitos
.....²⁴
y con su fuerza que no causa estragos,
con su divino soplo,
pone fin a sus penas. Y ella, entonces,
doloroso pudor vierte de lágrimas.
Y, pues de Zeus el peso recibiera,
según una leyenda que no miente,
dio a luz a un niño irreprochable,

que iba a ser muy feliz por largo tiempo.
Y entonces proclamó la tierra entera:
«Este brote vivífico, sin duda,
ha nacido de Zeus.»

²³ Se trata del santuario de Amón, en Egipto.

²⁴ Laguna en el texto original.

¿Quién pudo, pues,
calmar aquel delirio traicionero
de Hera? ¡Zeus es su autor! Y si proclamas
que tal linaje de Epafo desciende,
no cometes error.

¿A qué dios, con razón, por más justas acciones
podría yo invocar en este instante?

Al mismo antecesor de mi linaje,
que mi brote plantó con propia mano,
al gran artífice sapiente
de mi raza, y mi único remedio,
a Zeus, dios de los vientos.
No humillado al poder de otro monarca,
reina sobre los fuertes.
No tiene nadie arriba
al que postrarse desde abajo.
La acción, tal una orden,
a sus órdenes siempre está sumisa
para cumplir lo que su Mente ordena.

(Aparece Dánao.)

DÁNAO

Hijas, valor, el pueblo es favorable:
la Asamblea ha votado por nosotros.

CORIFEO

Salud, anciano, amado mensajero.
Mas cuéntame el sufragio. ¿De qué modo
la mano popular logró el triunfo?

DÁNAO

Argos lo decidió sin titubeos,
de modo que, a mi edad, me he vuelto mozo²⁵.

²⁵ Por el gozo que siente.

El aire se ha erizado con los brazos
del pueblo que aprobó estas decisiones:
«Tendremos residencia en esta tierra,
libres, sin gajes, con derecho a asilo.
Y nadie del país podrá prendernos
ni venido de fuera. Y que si intenta
imponernos la fuerza, quien no corra
en nuestra ayuda, de los habitantes,
la infamia sufrirá y duro destierro.»
Tal fue la solución que el Rey Pelasgo
respecto a nuestro caso les propuso.
Les convenció y a la ciudad invitaba
a no engordar para el tiempo futuro
la cólera de Zeus, el Suplicante.
«Porque esta doble mancha —les decía—
extraña y ciudadana, apareciendo
en la ciudad, podría convertirse
en yesca inevitable de desgracias.»
Las razones oyendo, el pueblo argivo
decretó, a mano alzada, que así fuera,
sin esperar a que el heraldo hablara.
Y así el pueblo pelasgo los meandros
escuchó del discurso persuasivos.
Pero fue Zeus quien dióle cumplimiento.

CORO

(Cantando.)

Ea, pues, dirijamos
sobre este pueblo de Argos nuestros votos,
en pago a su servicio.
Y que Zeus que protege al extranjero
a unos labios extraños
conceda, con verdad, un cumplimiento
irreprochable en todo.

Ahora, sí, es el momento²⁶,
oh dioses de Zeus nacidos,

²⁶ La bendición de un país por los beneficios que éste produce la hallaremos también al final de las *Enménides*. Es una especie de canto ritual.

de escuchar las bendiciones
que para el pueblo pedimos:
Que Ares, el incontinente,
que pone fin a las danzas,
nunca a la tierra pelasga
pueda envolver con sus llamas,
Ares, que en campos ajenos,
a los mortales guadaña.

Pues tuvieron compasión
de nosotras, y votaron
con un voto favorable,
y a este rebaño atendieron
que de Zeus es suplicante.

No votaron con los machos
humillando a las mujeres
y a su causa, por respeto
a aquél que en su mano tiene
de Zeus la dura venganza.
¿Qué casa puede, si viene,
sostenerlo en su tejado
a ensuciarlo con sus heces?
Con su peso lo arruina.

Pues como a hermanas honraron
a este corro suplicante
de Zeus santo, que en altares
de pureza los favores
de los númenes alcancen.

Que salgan, pues, volando, de mis labios
sombreados, los votos
que por su gloria hacemos:
Jamás la peste pueda
la ciudad vaciar de sus varones;
jamás el extranjero
consiga ensangrentar el suelo patrio
con sangre ciudadana.



Ánfora del pintor de Berlín.

Que permanezca intacta
la flor de sus mozelos,
ni Ares el sanguinario,
amante de Afrodita,
pueda agostar su suelo.

Que de ofrendas flameen, bien repletas,
las aras do el anciano se guarece.
Conozca su ciudad un buen gobierno,
pues al gran Zeus respetan,
y de forma especial al que da asilo,
que, con su vieja Ley, rige los Hados.

Y que nazcan de esta tierra
sin cesar, nuevos rectores;
éste es el voto que hacemos.
Y que de los partos cuide
la diosa Artemis-Hecate.

Y que no acuda la asesina peste
a diezmar esta villa,
armando a Ares —el dios que odia las danzas
y la cítara, y padre del gemido—
y a la guerra que enfrenta a los hermanos.

Que el enjambre odioso de los morbos
se asiente lejos de los ciudadanos,
que el licio Apolo sea
benévolo con todos su mancebos.

Y que Zeus con un signo de su testa
fértil haga a esta tierra
con consechas que duren todo el año.
¡Que el ganado que paca en sus praderas
fecundo sea! Y que el favor del Cielo
lo haga todo fecundo.

Junto al altar cante el poeta
cantos de vida, y de los puros

labios que brote la melodía
que ama la lira.

Conserve sin temores el Consejo
guardián de la ciudad, sus atributos,
Providente Poder que atiende a todos.
Que ofrezca al extranjero,
antes de armar los brazos del dios Ares,
sesudos arbitrajes sin agravios.

Y a los dioses nativos de esta tierra
honren constantemente
con las labores ya tradicionales,
sacrificios de bueyes,
de laurel coronados.
Que el honor a los padres
tercer lugar ocupa
en las disposiciones
que impone la Justicia veneranda.

DÁNAO

Hijas, alabo estos prudentes votos.

(Procurando ocultar su emoción)

Y ahora no tembléis si de los labios
oís de vuestro padre una noticia
inesperada y nueva: Ya la nave,
desde esta almena acogedora, veo.
Se destaca muy bien. No se me escapan
ni el velamen ni la elevada borda
del bajel, ni la proa que señala,
de lejos, el camino, con sus ojos²⁷,
bien sumisa al timón que, por la parte
trasera el barco guía —¡harto sumisa,
en verdad para quien es su enemigo!

²⁷ Las proas de las naves tenían pintado un ojo.

De entre las blancas túnicas destacan
los negros miembros de los marineros.
Son visibles también las otras naves
y la dotación toda. Ante la costa,
la capitana ya ha amainado velas
y la empujan los remos con presteza.
Pero con calma y claridad de mente
hay que mirar la cosa, de estos dioses
sin olvidarlos. Parto; a mi regreso
traeré campeones y asesores.
Que es posible que arribe algún heraldo
o una embajada con la pretensión
de aprehenderos como a cosa suya.
Mas nada ocurrirá. No hay que temerlos.
Pero mejor será, que, si tardamos
en llegar con la ayuda, no olvidéis
la protección que este recinto os presta.
¡Valor! Que, con el tiempo, y en la fecha
fijada, el que a los números desprecia
ha de sufrir, al fin, justo castigo.

(Desciende del montículo.)

CORO

Padre, me asusto, sí. ¡Con qué presteza
avanzan esas naves! ¡Ya no hay tiempo!
—Hórrido espanto que invade
en verdad. ¿De qué ha servido
esta loca carrera hacia el destierro?
Estoy muerta de miedo, padre mío.

DÁNAO

Valor, hijitas, ya que el voto argivo
se ha de cumplir, por ti irán a la guerra.
Lo sé muy bien.

CORO

Maldito es el linaje
impúdico de Egipto, y de combate

insaciable. Lo digo a quien lo sabe.

—Con naves de madera de azul rostro²⁸
hasta aquí han navegado en su arrebató,
con numerosa hueste de hombres negros.

DÁNAO

A muchos hallarán que, en pleno día,
el sol les ha quemado los dos brazos²⁹.

CORO

No me abandones, padre, te lo ruego,
que, sola, una mujer no puede nada:
el dios Ares en ella no reside.

—Son pérfidos, malvados,
de corazón impuro, y, cual los cuervos,
desprecian los altares.

DÁNAO

¡Qué buena coyuntura, hija querida,
que se ganen tu horror y el de los dioses!

CORO

¡Oh! No será el temor a estos tridentés
ni la magnificencia de estos dioses
lo que su mano aparte, padre mío.

—Son soberbios, su espíritu es impuro
y, audaces como perros, no escuchan a los dioses.

DÁNAO

Más fuertes que los perros son los lobos,
—dicen— más que el papiro lo es la espiga.

²⁸ Alusión a la pintura de color azul con que estaban las proas pintadas, en forma de rostro. Cfr. la nota anterior.

²⁹ Es decir, hombres, varones. La mujer griega —y los homosexuales y afeminados— se reconocían por la blancura de su piel (pues permanecían en casa con mucha frecuencia).

CORO

Y pues tienen instintos de insensato
e impío aborto, hay que guardarse de ellos.

DÁNAO

Es muy lento el atraque de una escuadra
y el anclaje también, cuando a la costa
hay que fijar los cables protectores.
Ní cuando están anclados se confían
los pastores de naves, sobre todo
al llegar a un país sin puerto alguno
y cuando el sol se aleja hacia la noche:
¡la noche pare angustia al buen piloto!
No puede, pues, haber buen desembarco
si el ancla no asegura, antes, la nave.

(Pausa.)

Mas procura que, en ti, ese desespero
no provoque el olvido de los dioses
.....
tras conseguir su ayuda. Y esta tierra
no ha de execrar de un mensajero anciano,
que es joven por su espíritu elocuente.

CORO

(En tonos de desesperación.)

¡Io, tierra montañosa que en justicia venero!
¿Qué será de nosotras? ¿Adónde, de la tierra
de Apis, puedo escapar, si es que aún existe
un oscuro escondrijo? ¡Ah, si pudiera
en negruzca humareda convertirme
vecina del dios Zeus y de las nubes!
¡Que, entonces, esfumada del todo,
como el polvo invisible
en un vuelo sin alas, yo muriera!

Libre de miedo ya no está mi alma:
mi corazón palpita, ennegrecido.
Lo que mi padre viera es mi ruina.
¡Estoy muerta de miedo!
Quisiera disponer de un fatal nudo
y pender de una soga,
antes de ver que un hombre al que aborrezco
roza mi piel. Mil veces preferible
que, muertas, nos señoree el Hades.

Y, ¿dónde hallar un sitial etéreo
contra el que, entrechocando, se convierte
en nieve el agua de las nubes? ¿Dónde
erosionada roca que, sin cabras,
invisible y altiva, y suspendida,
nido de buitres, testimonio diera
de mi caída en un profundo abismo,
antes que padecer brutales bodas
que violentan mi espíritu?

Así, no me opondría a convertirme
en pasto de los perros,
y en festín de las aves de esta tierra:
Morir libera de llorosas penas.
¡La muerte antes que el lecho de un esposo!³⁰
¿Qué otra ruta alcanzar para mi huida
que de este matrimonio me libere?

Lanza gemidos que hasta el cielo alcancen,
preces que escuchen númenes y diosas.
Pero, ¿cómo obtener su cumplimiento?
Dirige, Padre mío, hacia nosotras,
mirada combativa y salvadora,
y contempla con ojos enemigos,
como es justo, estos actos de violencia.

³⁰ Aquí queda patente el carácter *amazónico* (es decir, que odia al varón) de las Danaides.

No rechaces a quienes te suplican,
de la Tierra Señor, Rey Prepotente.

Que la raza de Egipto, en su insufrible
soberbia, me persigue
con varonil acoso,
y a mí, aquí cobijada,
violentamente, con lúbrico alarido,
pretende hacerme suya.
Tuyo es, empero, el fiel de la balanza.
¿Qué, sin Ti, ven cumplido los mortales?

(El coro ve cómo se acerca el heraldo de los hijos de Egipto, y se precipita hacia los altares.)

CORO

¡O, o, o, a, a!
¡Mira el raptor!
¡en barco,
en tierra ya;
antes, raptor
perezcas!
¡iof,
om,
de nuevo...³¹

Un grito lanzo de horror.
Estoy viendo ya el preludeo
del dolor que me espera.
¡eé, eé!
Busca en la huida tu amparo.
La soberbia campea,
insoportable, en tierra y mar.
¡Dame tu protección, dios de esta tierra!

³¹ El texto está corrompido y sólo se puede conjeturar su sentido.

HERALDO

Arriba, arriba,
al barco a toda prisa.
Si no, si no,
¡cabellos arrancados,
estigmas en la frente,
sangrientos y asesinos
degüellos has de ver!
Presto, presto, a la nave,
que muerte has de tener ignominiosa.

CORO

Ojalá hubieras muerto,
mientras el mar cruzabas
salado, y sus corrientes,
tú y la soberbia de tus amos, junto
con el leño con clavos reforzado.

HERALDO

.....³²
.....
Ante la fuerza deja
cualquier empeño,
y la ceguera ante razón; lo ordeno.
¡Io, io!
Abandona ese templo,
dirigete a la nave;
tu piedad en esta tierra es cosa impía.

CORO

¡Que jamás vuelvas a ver
las prolíficas linfas
de que se nutre y crece
la sangre que da vida, entre los hombres!

³² Nueva laguna en el texto original.

HERALDO

.....³³

Pero tú al punto has de embarcar
en la nave, sí, en la nave,
tanto si quieres como si no quieres;
por la fuerza, por la fuerza...

.....³⁴

CORO

¡Ay, ay, ay, ay!
¡Así hallaras la muerte
sin mano que te auxilie,
en las corrientes del salobre prado,
junto a la tumba, que la arena cubre,
de Sarpedón, errante,
juguete de los vientos!

HERALDO

Implora, gime, y a los dioses llama:
No podrás escapar del barco egipcio.
Gime y grita con voces más amargas.

.....³⁵

CORO

¡Oi, oi, oi, oi!
.....³⁶
presumes...
El caudaloso Nilo que contempla

³³ Laguna del texto.

³⁴ Nueva laguna en el texto.

³⁵ Otra laguna, de las muchas que contiene el texto.

³⁶ Nuevamente estamos ante una laguna del original.

tu insufrible insolencia
¡lejos te arroje!

HERALDO

Sube, te ordeno, al barco bien cercado,
con presteza, y que nadie se retrase;
la fuerza no se arredra ante las trenzas.

CORO

Ay, padre mío,
postrame ante esta estatua me ha perdido.
Me arrastra, cual araña, paso a paso,
negra, sí, negra pesadilla.

¡Otototooi!

¡Oh, Ma, Tierra, Tierra, aparta
ese alarido horrendo,

¡oh Padre, Zeus, hijo de Ga!

HERALDO

Yo no temo a los dioses de esta tierra;
ni son ellos los que me alimentaron,
ni con sus curas yo he llegado a viejo.

CORO

Junto a mí brinca bípeda serpiente.
Cual un áspid a mí...

¿Qué.....³⁷

¡Otototoi!

¡Oh, Ma, Tierra, Tierra, aparta
ese alarido horrendo,

Oh, Padre, Zeus, hijo de Ga!

HERALDO

Si no vienes al barco y te resignas,
rasgaré tus vestidos sin recato.

³⁷ Laguna en el texto original.

CORO

Perdida estoy. Señor, ¡qué impiedades!

HERALDO

Señores ya verás, y muchos, pronto;
a los hijos de Egipto. Por carencia
de señores no habrás de preocuparte.

CORO

¡Io!
Caudillos de este pueblo. ¡Me subyugan!

HERALDO

Os tendré que arrastrar por el cabello,
parece. No atendéis a mis razones.

(El Heraldo, con su bueste, intenta arrastrarlas. Aparece el Rey con sus tropas.)

REY

¿Qué estás haciendo, tú? ¿Con qué soberbia
injurias al país de los Pelasgos?
¿Te crees ante un pueblo de mujeres?
Presumes demasiado ante los griegos,
tú, un bárbaro sin más. Mucho has errado
sin haber acertado un solo blanco.

HERALDO

¿Qué derecho conculco con mis actos?

REY

No sabes proceder como extranjero.

HERALDO

¿Y cómo no, si encuentro lo perdido?

[200]

REY

¿Qué patrón del lugar has consultado?

HERALDO

A Hermes, el gran patrón de quienes buscan.

REY

Aunque invocas a un dios, tú los deshonras.

HERALDO

Yo respeto a los númenes del Nilo.

REY

Los de aquí nada son, por lo que escucho.

HERALDO

Si alguien no me las quita, me las llevo.

REY

Vas a llorar muy pronto, si las tocas.

HERALDO

Palabras oigo nada hospitalarias.

REY

Yo no acojo al que expolia a las deidades.

HERALDO

Iré a decirlo a los hijos de Egipto.

REY

Esto, a mi corazón no le da pábulo.

[201]

HERALDO

Pues, para que, enterado, hable más claro
—la claridad es emblema del heraldo—
¿Cómo debo expresarme? ¿Quién me ha hurtado,
diré al llegar, el corro de sus primas?
No es con testigos como juzga el lance
de este tipo el dios Ares; con dinero
tampoco lo resuelve. Antes, caídas
de guerreros se dan, y muchas muertes.

REY

¿A qué darte mi nombre? Con el tiempo
has de saberlo y quienes te acompañan.
A estas mujeres, si están bien dispuestas,
puedes llevarte, y las has convencido.
Que el unánime voto de este pueblo
ha decidido no entregar por fuerza
el femenino corro. Y este clavo
se ha clavado muy bien: fijo ha quedado.
No es un decreto escrito en una tabla,
ni en pliegues de papiro se ha grabado:
lo oyes bien claramente de unos labios
que aman la libertad. ¡Vete enseñuida!

HERALDO

Sabe que has elegido guerra incierta,
¡Que sea la victoria para el macho!

REY

Machos, también aquí podrás hallarlos,
entre los habitantes de mi tierra,
y que no beben vino de cebada.
Y vosotras, con vuestras servidoras,
valor, y a la ciudad encaminaros
cerrada y protegida por sus torres.
En ella hay muchos edificios públicos.

Con mano avara no erigí yo el mío.
Casas allí hallaréis para instalaros
y convivir con otras. Y si os place
aún más, habitaréis estancias sólo
para vosotras. Escoged, sois libres,
lo que os sea más cómodo y más grato.
Los ciudadanos todos, y yo mismo,
garantes somos de lo que, con votos,
aprobó la ciudad. ¿Otros más dignos
esperas encontrar que esos que os digo?

CORO

A cambio de estos bienes, con tus bienes
prosperes siempre, divinal Pelasgo.
Y, benévolo, manda hacia aquí a nuestro
padre osado, mentor y consejero.
Es él quien debe decidir en dónde
he de instalar mi hogar, y si es propicio.
Siempre se está dispuesto hacia la crítica
del que habla otro lenguaje.
¡Que sea lo mejor para mi caso!

(Se va el Rey.)

Para nuestro buen nombre, para que hablen
bien de nosotras quienes aquí viven,
colocaos, sirvientas, en el orden
en que Dánao asignara a cada una
la esclava que por dote le tocara.

(El coro se reorganiza en la misma forma en que entró a escena.)

DÁNAO

Hijas, debemos dirigir las preces,
los sacrificios y las libaciones
a los Argivos, cual si dioses fueran:
¡Sin duda han sido nuestros salvadores!

Los hechos escucharon de mis labios
con el amor debido a unos parientes,
con acritud respecto a vuestros primos.
Para mí dispusieron esta guardia
de amas, para tener un privilegio
que me honra, y no cayera, sin preverlo,
herido por el hado de una pica,
lo que fuera un baldón para esta tierra.

.....³⁸

A cambio del favor, debo ofrecerles
un rendido favor, aún más honroso.
Y, junto, ahora, a los demás consejos
de vuestro padre, y que están ya archivados,
escribid el siguiente: Sólo el tiempo
prueba a la gente extraña; todo el mundo
tiene presto el rumor contra el meteco,
y una calumnia se levanta pronto.

Yo os invito, por tanto, a no afrentarme,
pues que tenéis el joven atractivo,
que hace volver la vista. El fruto tierno
no es fácil de guardar, y lo apetecen
los hombres y las fieras (¿o no es cierto?)
sean bestias aladas o terrestres.
Cipris pregona el fruto sazonado.

.....³⁹

Y así también sobre la delicada
beldad de una doncella el viandante
manda el dardo hechicero de sus ojos
por el amor vencido. Así que, alerta,
no vaya esto a ocurrirnos después que
por ello tanto esfuerzo y tanto panto
hemos arado. Que eso nunca cause
mi infamia y el placer del enemigo.
Casa, ya la tenéis, el doble incluso:
una Pelasgo os da, la otra os da el pueblo,

³⁸ Laguna en el texto.

³⁹ Laguna. Como puede verse, el texto de nuestra tragedia está muy mutilado.

para habitar sin renta. Así de fácil.
Guarda sólo el consejo de tu padre,
y honra la castidad más que tu vida.

CORO

Que en lo demás nos den suerte los dioses;
sobre mi flor puedes estar tranquilo,
padre. Pues, si los dioses no han dispuesto
otra cosa, no voy a desviarme
de la ruta que un día me enseñaste.

Venid, pues, a dar lustre
a los dioses dichosos de esta tierra,
y a aquellos que cabe la antigua
corriente del Erásino residen.

Proseguid nuestro canto, esclavas mías.
Sea el pueblo pelasgo objeto de mi elogio
sin acordarme nunca
en mis himnos jamás del río Nilo.
Pero sí de los ríos que esta tierra
van recorriendo, con sus muchos hijos,
mientras sobre ella vierten
apacible bebida, y con sus pingües aguas
el suelo fertilizan.

Que Ártemis pura su mirada vuelva,
llena de compasión, hacia mi corro,
sin que venga de Cipris la violencia
a imponerme unas bodas.
Para mis enemigos reservo yo este empeño.

SIRVIENTAS

No, no descuidará mi voz a Cipris.
Unida a Hera, es su poder tan fuerte,
como el de Zeus. La diosa de mudables
deseos es honrada
por su acción sacrosanta.
A su lado, a su madre asistiendo,

se halla Deseo, y la que nunca ha visto
rechazado su empeño,
Persuasión hechicera.
Harmonía también recibe parte
de la diosa Afrodita,
y los Amores con su dulce trato.

Para estas fugitivas yo temo malos vientos,
dolores sin entrañas y sangrientos combates.
¿Por qué tan favorable travesía
para el rápido curso de una persecución?
Sin duda, ocurrirá lo que está escrito.
No puede quebrantarse el pensamiento
de Zeus, augusto, impenetrable.
Que este caso podría rematarse
al igual que las bodas
de múltiples mujeres del pasado.

CORO

¿Que Zeus augusto las bodas con los hijos
de Egipto, aleje, sí, de mi persona!

SIRVIENTAS

Mas fuera lo mejor, seguramente.

CORO

¿Pretendes domeñar a una indomable?

SIRVIENTAS

Tú, ciertamente, ignoras el futuro.

CORO

Y yo, ¿por qué tendría
que sondear de Zeus la mente impenetrable?

[206]

SIRVIENTAS

Dirige una plegaria comedida.

CORO

¿Qué plegaria oportuna me aconsejas?

SIRVIENTAS

«Nada en exceso», incluso con los dioses.

CORO

Que Zeus, nuestro señor, quiera alejar
de mí estas bodas crueles con macho aborrecible,
como salvara a Io de sus penas
tocándola con mano salvadora
y ejerciendo una dulce violencia.

Y que conceda el triunfo a las mujeres.
El mal menor acepto, y los dos tercios
de la suprema dicha. Y que mi pleito
siga un justo proceso, cual suplican
mis oraciones, gracias al recurso
salvador de que un dios dispone siempre.

(Poco a poco, van abandonando la escena.)

[207]

LA ORESTÍA

En el año 458 a. C. Esquilo obtiene el primer premio en los concursos trágicos con su obra, posiblemente la más representativa, *La Orestía*, formada por tres piezas encadenadas: *Agamenón*, *Coéforos* y *Euménides*, y rematada por el drama satírico *Proteo*. Su temática, el asesinato de Agamenón a manos de Clitemnestra, el castigo de ésta a manos de Orestes, hijo de ambos, y la purificación del parricida, tenía, al llevarla Esquilo a escena, una larga historia literaria. Píndaro, contemporáneo del trágico, se había ocupado, bien que tangencialmente, del tema¹. Estesícoro lo había tocado *in extenso*²; ya en Homero mismo hay una narración un tanto abreviada, de la historia³, pero con diferencias radicales con respecto al tratamiento posterior⁴. Como ha dicho Defradas: «Sin embargo, no se puede hablar de una *Orestía* homérica: no se hace ninguna narración de la venganza; el gesto de Orestes es, tan sólo, el de un hijo que cumple con su deber para con su padre muerto... La venganza no aparece como un problema de conciencia»⁵.

¹ *Pit.* XI, 17 y ss, y sobre este tratamiento pindárico, cfr. I. Düring, *Eranos*, 41-1943, págs. 91 y ss.

² Cfr. los intentos de reconstrucción de Harrie (*Archiv für Religionswissenschaft*, 1925, págs. 369 y ss), y Kunst (*Wiener Studien*, 43-1924/25, páginas. 18 y ss).

³ Cfr. J. Alsina, *Tragedia, religión y mito entre los griegos*, Barcelona, 1971, páginas 221 y ss.

⁴ J. Defradas, *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1954, pág. 163.

⁵ En el libro antes citado de Defradas hallara el lector interesado toda la información relativa a esta *Orestía* délfica, identificada por el autor con la de Estesícoro (cfr. ahora, F. R. Adrados, *Lírica griega arcaica*, Madrid, 1980,

La *Orestía* es la única trilogía completa de Esquilo que ha llegado hasta nosotros. Esquilo se hallaba, al escribirla, en el cenit de su genio, y no sería una exageración hablar de ella como de una obra maestra, a pesar de que no podemos establecer la comparación con cualquier otra de sus trilogías. Y hay una serie de rasgos que conviene destacar en ella. Por lo pronto —y, al menos, frente a las demás obras conservadas—, la *Orestía* es toda ella acción. En eso están de acuerdo todos los críticos: «En la *Orestía* tenemos una verdadera narración en la que la acción es vigorosa y progresiva» —ha escrito G. Murray⁶. «Aquí, por vez primera —dice por su parte Br. Snell⁷— una verdadera acción atraviesa la obra entera.»

Pero el hecho de que la *Orestía* sea la única trilogía conservada de Esquilo no significa, como ha entendido Stoessl⁸ que todas las restantes trilogías del poeta tuvieran una estructura semejante: Esquilo ha pasado por una larga evolución, y es seguro que el poeta ha ensayado diversos procedimientos poéticos. Sí, en cambio, puede decirse que, como es posible detectar en sus restantes obras, un tema dominante aparece a lo largo de toda la trilogía: el de la «locura que provoca la causa primera» (*παρκοπά*), que va desde *Agam.* 223, al canto de las Erinias en las *Euménides*⁹.

El *Agamenón* se abre con un grandioso prólogo. Grandioso y relativamente largo, cosa natural si tenemos en cuenta que, de hecho, este prólogo no abre sólo el *Agamenón*, sino que se refiere a toda la trilogía, como algún crítico ha señalado¹⁰:

páginas 159 y ss). Sobre las representaciones cerámicas de este tema, cfr. L. Sechan, *Études sur la tragédie*, París, 1926, *passim*.

⁶ Esquilo, creador de la tragedia (trad. cast.), Buenos Aires, 1943, página 191.

⁷ *Aeschylus und die Handlung im Drama* (*Philologus, Suppl.*, 1928). (Hay traducción italiana: *Esquilo e l'azione drammatica*, Milán, 1969, páginas 135 y ss.).

⁸ *Die Trilogie des Aeschylus*, Baden, 1937. Para una crítica de esta tesis, cfr. mi edición-traducción de la *Orestía* (Barcelona, Bosch, 1979, pág. 50, nota 8).

⁹ Para la técnica del *leit-motiv* en Esquilo el libro básico es el de O. Hiltbrunner, *Wiederholungs- und Motivechnik bei Aeschylus*, Berna, 1950.

¹⁰ Cfr. A. Lesky, *Die tragische Dichtung der Hellenen*, Göttinga, 1956, páginas 73 y ss.

Es de noche; en escena se halla un centinela apostado por orden de Clitemnestra en la azotea del palacio de los Atridas, en Argos. Y no es una casualidad que, al iniciarse la obra, estemos en plena noche: la oposición *noche/luz* es básica en esta obra, y llena, con su simbolismo, la trilogía entera¹¹. Esquilo ha sabido tratar con cuidado y casi con cariño esta figura secundaria de la pieza: está dotado de una definida personalidad¹². El poeta, asimismo, ha cuidado, el lenguaje con que se expresa ese humilde personaje: sus frases están llenas de anacolutos, que ponen de relieve su desgarrado interno¹³; y usa curiosas expresiones que denotan un origen popular¹⁴; en suma, el poeta ha sabido presentarlo como un verdadero, sencillo hombre del pueblo¹⁵. Algún crítico ha querido compararlo al guardia de la *Antígona* sofoclea¹⁶.

Las palabras finales del vigia dejan en el ánimo del espectador —o del lector— una profunda sensación de angustia: ¿Qué va a ocurrir? Aparece ahora el coro. Como en los *Persas*, es un coro formado por ancianos; y es común a ambos coros su sentimiento angustiado, cosa que ha puesto de relieve J. de Romilly: «Los caracteres de Esquilo parecen hallarse siempre en un estado de expectación y de ansiedad»¹⁷. Y eso que la ilustre helenista francesa dice de los caracteres es aplicable a sus coros. También aquí hay, como en los *Persas*, aparentes motivos de júbilo. Si en esta pieza se dice que no es posible que nada pueda oponerse al ejército de

¹¹ Cfr. *Coef.*, 961, 962, 972, entre los principales pasajes.

¹² Cfr. el comentario a este pasaje en Denniston-Page, *Aeschylus-Agammemnon*, Oxford, 1957, que dicen: «En el conjunto de toda la tragedia griega hay pocos caracteres con un papel tan breve, tan bien trazados.»

¹³ Cfr. Rose en *Symbolae Osloenses*, 32-1956, pág. 1 y ss.

¹⁴ Sobre estas frases-acertijos, cfr. I. Waern, *Gés Ostéa, The Kenning in pre-Christian Greek Poetry*, Uppsala, 1951.

¹⁵ Por ejemplo, la imagen tomada del juego de dados, así como la composición anular.

¹⁶ Cfr. Rose, en el trabajo antes citado, pág. 13.

¹⁷ J. de Romilly, *Time in Greek Poetry*, Ithaca, N. Y. 1968, pág. 63 (y sobre este libro, mi crítica en *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos*, 1971). De la misma autora, *La crainte et l'angoisse dans le théâtre d'Eschyle*, París, 1958.

Jerjes, en el *Agamenón* el barrunto casi seguro es algo cierto: la hoguera es un testigo fidedigno. Y decimos *casi* porque aquí, como siempre, un temor irracional, absurdo, una desconfianza incomprensible asalta la mente del coro. ¡Son tan impenetrables los designios de Zeus! La función principal de esta *párodos*, muy largo, como suele ocurrir en Esquilo, nos ilustra sobre los antecedentes de la trama, en especial, de un hecho decisivo: el sacrificio de Ifigenia¹⁸.

Sigue, tras la *párodos* propiamente dicha, un largo *estásimo*, según hemos visto. Su polimorfía métrica —con predominio del ritmo dactílico— pretende inyectar en este pasaje un cierto tono épico. Se evocan los hechos más importantes de la prehistoria del drama: el portento de las águilas, que augura una victoria griega; la interpretación que da Calcante, que repite expresiones que se han dicho en la parte anapéstica¹⁹. Sigue un famoso himno (vv. 160-183) que plantea muchos problemas de interpretación. Dawe²⁰ lo ha traspuesto tras el v. 217, aunque no faltan argumentos para aceptar el orden tradicional²¹. Asimismo, y a partir de este himno —y de otros semejantes en Esquilo— se ha planteado el problema de la existencia de una religión personal de Zeus: en Esquilo, así como la cuestión de si, en esta visión de Zeus, hay o no una evolución en el pensamiento del poeta: algunos filólogos han adoptado, ante esta cuestión, una actitud negativa²². Tampoco hay acuerdo sobre el sentido de la contraposición *dolor|aprendizaje* que aparece en este himno. Algunos

¹⁸ Sobre esta evocación y sobre su sentido, cfr. J. de Romilly, *Révue des Études grecques*, 82-1967, págs. 93 y ss.

¹⁹ Sobre ello, cfr. Lebeck, *The Orestia*, Cambridge, Mass., 1971, pág. 9.

²⁰ *Eranos*, 64-1966, págs. 1 y ss.

²¹ Entre otros, cfr. Bergson *Eranos*, 63-1967, págs. 12 y ss). Denniston-Page, sin aceptar la tesis de Dawe, admiten que hay una cierta ruptura en el curso de las ideas.

²² «En este himno Esquilo usa una forma litúrgica como vehículo de una búsqueda interior y una duda individual» (Lebeck, *op. cit.*, pág. 22). Sobre la existencia o no de una religión de Zeus en Esquilo, cfr. la visión global que presenta Adkins (*Antike und Abendland*, 1982, págs. 32 y ss). Cfr. asimismo Kitto, (*Poetics, Structure and Thought*, Berkeley, 1966, págs. 60 y ss) que polemiza con Lloyd-Jones («Zeus in Aeschylus», *Journal of Hellenic Studies*, 76-1956, págs. 55 y ss).

filólogos ven en esta expresión la manifestación de una idea religiosa profunda; otros, una expresión popular banal, en especial Lloyd-Jones²³. Lo que sí es cierto, en todo caso, es que, en el lugar que ocupa de la obra, este famoso himno crea un clima especial. El coro entona el himno en el momento decisivo del *estásimo*.

Es un rasgo distintivo de la tragedia esquiléa el que el héroe tenga que tomar una grave decisión que desencadenará toda la carga de tragicidad de la obra. El término normalmente empleado por el poeta es el de *anánkê* lo que en cierto modo sugiere una decisión ineludible, con poca libertad de maniobra (Agamenón «se unce al arnés de *anánkê*»). Pero ello no significa, ni mucho menos, que Esquilo pretenda anular la libertad humana y la responsabilidad del héroe: lo que sí hay, en esta decisión, es una cierta ambigüedad, como si el poeta no deseara insistir demasiado en el juego de *culpa|castigo*, que, sin embargo, planea en toda la acción trágica. Ya Ed. Fraenkel, el gran comentarista del *Agamenón* ha señalado (II, 97): «En ninguna parte de la oda se nos dice por qué la cólera de Artemis va dirigida contra el Atrida.» El prodigio explicado por Calcante, la liebre preñada que es devorada por dos águilas, ha sido interpretado por algunos críticos como la verdadera causa de la cólera de Artemis. Pero, con Lebeck²⁴ debemos insistir en que «el prodigio, señalado como si fuera causa de la cólera, es, más bien, un símbolo de la causa, pero el lenguaje de la profecía no conoce una clara distinción entre símbolo y cosa simbolizada, entre causa y efecto». Por otra parte, el prodigio tiene lugar, según se desarrollan los hechos, antes de que la expedición haya zarpado, y, en este caso, ¿cómo puede Agamenón ser responsable de algo que todavía no ha ocurrido? Sea como sea, empero, lo que resulta claro, del *estásimo* en cuestión, es que la destrucción de Troya es algo exigido por la Justicia de Zeus, aunque este

²³ En el artículo citado en la nota anterior. Un punto de vista radicalmente opuesto en W. Nestle, *Menschliche Existenz und politische Erziehung in der Tragödie des Aischylos*, Stuttgart, 1934, pág. 83.

²⁴ Lebeck, *op. cit.*, 35, y Finley, *Hesiod and Aeschylus*, Cambridge, Mass. 1955, págs. 252 y ss.

castigo se haga efectivo por un acto criminal (la destrucción de los templos y altares de Troya, y el sacrificio de Ifigenia). La doble faz de todo acto humano, alcanza aquí, su punto culminante en el pensamiento de Esquilo²⁵.

El sacrificio de su hija Ifigenia es descrito magníficamente en los versos 218 y ss. El pasaje, por otra parte, lleno de oscuridades, ha recibido nueva luz, sobre todo después del trabajo de Lloyd-Jones sobre el tema²⁶. El sacrificio de Ifigenia llegó a ser una de las representaciones plásticas más frecuentes del siglo v a. C.²⁷.

El canto coral termina en el v. 257. Ahora el corifeo se dirige, en respetuoso lenguaje, a la Reina, a Clitemnestra, que aparece ahora en escena según algunos intérpretes, o que ha aparecido ya en el v. 83 según otros. El pasaje que sigue, con el largo parlamento de Clitemnestra describiendo lo que se ha llamado el «telégrafo ígneo» (264-350) es uno de los más famosos, y comparable a otros del mismo Esquilo (las correrías de Io en el *Prometeo*, y los siete campeones de *Los Siete contra Tebas*).

En el v. 355 da comienzo un nuevo *estásimo*, en el cual el coro evoca la noche de la conquista de Troya, prendida en una *red*²⁸, a imagina toda la secuela de violencias que la toma de la ciudad ha debido producir. La imaginación del coro, empero, va más allá, y evoca los sucesos inmediatamente anteriores: el rapto de Helena y sus consecuencias. Es, pues, un complemento del *estásimo* anterior, aunque organizados, muy al modo arcaico, por el procedimiento del *ritornello* o *Ringkomposition*: lo más antiguo se dice en segundo lugar, lo más reciente, en el primero. Hay, sin embargo,

²⁵ Hay una gran polémica planteada sobre la culpabilidad o no de los héroes esquilios. La he esbozado en mi citada edición de la *Orestía*, pág. 57, nota 25, con la bibliografía pertinente. Añádase ahora, el citado trabajo de Adkins, en *Antike und Abendland*, nota 22.

²⁶ «The robes of Iphigenia», *Classical Review*, 66-1952, págs. 132 y ss.

²⁷ Sobre las representaciones plásticas de este sacrificio, cfr. P. Maas, *Classical Quarterly*, 44-1951, pág. 94.

²⁸ Sobre el *motivo de la red*, aparte el libro citado antes de Hiltbrunner, cfr. Dumortier, *Les images dans la poésie d'Eschyle*, París, 1935; Lebeck, *op. cit.*, págs. 37 y ss.

una diferencia: mientras en la *parodos* se presenta a los griegos como vengadores, aquí aparecen como culpables de impiedad: la expedición ha costado muchas vidas, y el pueblo siente dolor por los caídos en la lucha. Por ello, en el momento culminante del *estásimo*, se escucha una frase que más tarde habrá de recibir todo su profundo sentido: «No sea yo un destructor de ciudades» (v. 471).

En todo caso, otro sentimiento domina este segundo canto: el de la duda sobre la veracidad de la conquista. En el episodio siguiente va a confirmarse la noticia: aparece un mensajero enviado por Agamenón. Tras un largo monólogo de saludo, donde cuenta sus miserias durante la expedición, entabla un diálogo con Clitemnestra y con el coro, y responde puntualmente a todas las preguntas que ambos le formulan.

Helena, la causa humana de la guerra, es la figura que va a ocupar ahora la preocupación del coro (vs. 681-781). El coro se pregunta con ansia por qué Helena lleva un nombre tan fatídico, jugando, con un precedente muy típico de la poesía arcaica, con la etimología de su nombre²⁹, haciendo que Helena signifique «la matadora de hombres, destructora de naves» y comparándola a un cachorro de león, que, de pequeño, es el orgullo de la casa, pero que, al crecer, se convierte en una plaga³⁰. Y el coro saca una consecuencia de carácter ético-religioso: la felicidad (*álbos*) conseguida por medio de la *hybris* acarrea terribles consecuencias. Es la doctrina arcaica bien conocida a través de Solón y de Heródoto³¹.

Terminado el *estásimo*, aparece en escena el muy esperado Agamenón. El coro lo saluda como un «destructor de ciudades», connotación que indica ya, en cierto modo, que está condenado por los dioses. Esposo y esposa se han saludado friamente, y ahora Clitemnestra pretende que Aga-

²⁹ Sobre este punto, cfr. nuestra nota en la traducción.

³⁰ Cfr. Knox, «The lion in house», *Classical Philology*, 47-1952, páginas 18 y ss.

³¹ Cfr. Dodds, *Los griegos y lo irracional* (trad. cast.), Madrid, 1960, página 131.

menón al bajar del carro, pise una rica alfombra —o tapiz—, a lo que se niega rotundamente en principio.

Este famoso episodio de la alfombra (vs. 810-974) está marcado por un profundo simbolismo³². La interpretación ha sido objeto de duras polémicas. Por lo pronto, diremos que es cierto que el tapiz que Clitemnestra le invita a pisar estaba reservado —se dice textualmente— al culto a los dioses. Pisarlo, pues, podía ser un sacrilegio. En este sentido, las dudas de Agamenón, que, como hemos dicho, se resiste, están más que justificadas. Pero los críticos no están de acuerdo sobre la raíz psicológica de esas dudas: desde el punto de vista idealista, Ed. Fraenkel ha sostenido que se trata de un acto de *nobleza* de Agamenón, que no quiere discutir con su esposa y, por tanto, cede³³. Denniston y Page, en el comentario antes citado sostienen, por el contrario, que la nobleza no es el rasgo distintivo de Agamenón en esta obra, sino la «arrogancia y la frialdad»³⁴. Lo mínimo que cabe decir en este contexto, es que, psicológicamente, resulta difícil de explicar que el caudillo griego ceda a los ruegos de su esposa, y que detrás de la decisión de pisar el rico tapiz se oculta un profundo simbolismo que anticipa, fatídicamente, el baño de sangre que le espera³⁵.

Pero Clitemnestra consigue lo que se había propuesto y, antes de abandonar la escena, camino del baño de sangre en el que caerá su esposo, se dirige a Zeus Téleios, «Zeus que hace que todo se cumpla»³⁶.

Tras un nuevo estásimo (vs. 975-1.034), que aumenta aún más la fuerte tensión espiritual y de angustia en que se

³² Denniston-Page opinan que no puede hablarse de alfombra, sino de tapiz: se trata de una cuestión de detalle, que no tiene importancia, creemos, en el sentido del pasaje.

³³ Cfr. el comentario de Ed. Fraenkel, *ad loc.* Te Riele (*Les femmes chez Eschyle*, Groninga, 1955, 25), cree que el hecho de que Agamenón ceda es «un acto de cortesía». Pero, cfr. lo que dice Lebeck, pág. 76.

³⁴ Sobre esta frialdad, cfr. J. Alsina, libro citado (en nota 3), páginas 222 y ss.

³⁵ Algunos intérpretes (como Winnington-Ingram) han acudido a la psicología profunda para explicar este hecho.

³⁶ Sobre Zeus téleios, cfr. Fischer, *Der Telosedanke in den Dramen des Aischylos*, Hildesheim, 1965.

desarrolla la tragedia, sigue la famosa escena de Casandra. Puede afirmarse que estamos ahora en el climax del drama. Casandra es una prisionera que forma parte del botín que el caudillo griego se ha reservado para sí mismo. Pero, al tiempo, es hija de Príamo, y una profetisa requerida de amores por Apolo y que cayó en desgracia a los ojos del dios, el cual, por infidelidad, la castiga a que nadie crea en sus vaticinios. El hecho es importante, porque cuando ella intenta convencer al coro del inminente asesinato del príncipe, nadie le dará crédito. Las palabras de Casandra en esta escena son un buen ejemplo de «ambigüedad», de la doble faz que a veces presentan los dioses griegos, en este caso Apolo en boca de su profetisa³⁷. «La visión de Casandra es el último eslabón en la cadena de causas que sólo pueden acabar con la muerte de Agamenón», ha dicho un crítico³⁸. Pero, al mismo tiempo, la función de esta escena es poner de relieve la culpa personal de Agamenón, complemento de la culpa heredada que contribuye a la caída del héroe. Casandra es, en efecto, aquí el símbolo de la ciudad conquistada y, al tiempo, la que habrá de recordar al coro y al público, los horribles crímenes cometidos por los miembros del clan de los Atridas. La fuerza plástica con que Casandra evoca la maldición que ha caído sobre la casa de Atreo prepara el ánimo para el último eslabón de la cadena: la muerte de Agamenón a manos de su esposa.

La última parte de la pieza comprende varias escenas: a) el asesinato, que, de acuerdo con la práctica antigua, tiene lugar entre bastidores; b) la reacción del coro, que no acierta a comprender lo que realmente está ocurriendo, y que actúa movido por reacciones no siempre bien explicadas³⁹; c) un canto *amebeo* (alternado) entre el coro y Clitemnestra⁴⁰ en el

³⁷ Sobre la ambigüedad de los dioses griegos, cfr. Ch. Moeller, *Sabiduría griega y paradoja cristiana* (trad. cast.), Barcelona, 1963, págs. 37 y ss.

³⁸ Lebeck, 53.

³⁹ Dawe (*Proceedings of the Cambridge Philological Association*, 189-1963, páginas 25 y ss) ha intentado explicarlo diciendo que el autor sólo buscaba el efecto dramático.

⁴⁰ Sobre el canto *amebeo* (alternado) en la tragedia griega, cfr. M. Kaimio, *The Chorus of Greek Drama*, Helsinki, 1970, págs. 220 y ss.

que se discute la culpabilidad de la reina; y finalmente, *d*) un *treno* o lamento fúnebre por el rey asesinado, que Esquilo elabora a partir de elementos rituales. La obra se cierra con un enfrentamiento entre el pueblo —el coro— y Egisto, el tirano.

Esta escena final, acaso demasiado fría para nuestra sensibilidad⁴¹, nos presenta a Egisto amenazando al coro. La tiranía se ha impuesto a través de un asesinato, de un regicidio. La obra se cierra, pues, dejando en el ánimo del espectador un clima expectante, una ansiosa espera por la libertad y por la justicia que habrá de hacer caer a los culpables.

II

Las *Coéforas*⁴² constituyen el segundo movimiento en la sinfonía que, hablando musicalmente, constituye la trilogía esquilea⁴³. Ello no significa que estemos obligados a aceptar, sin más, la tesis de Stoessel sobre la estructura general de la trilogía esquilea, cuyas leyes pretende descubrir a base del análisis de la *Orestía*, aunque hay que señalar ciertas líneas simétricas en la construcción de las dos primeras piezas, como ha señalado Schadewaldt⁴⁴.

Los primeros versos de la pieza se han perdido, debido a la caída de las primeras hojas del manuscrito *Marciano*, y los editores los han suplido con unos textos que Aristófanes pone en boca de Esquilo en el famoso concurso de las *Ranas*⁴⁵. En el *prólogo*, que en las modernas ediciones es muy

⁴¹ Sobre esta parte final de la pieza, cfr. el libro altamente hipotético, pero muy sugestivo, de Boehme, *Büchbearbeitungen aischyleischer Tragödien*, Basilea-Stuttgart, 1956-59.

⁴² La forma *Coéforas*, ya habitual en España, es una mala transcripción tomada del francés.

⁴³ Se podrían comparar esta «sinfonía» esquilea a la Novena de Beethoven por su estructura y su final (Himno a la Alegría).

⁴⁴ Cfr. la contribución original de Schadewaldt en *Wege zu Aischylos*, Darmstadt, 1974 (en la Col. *Wege der Forschung*).

⁴⁵ Véase la nota en la traducción del pasaje.

breve por haberse perdido, como hemos dicho, Orestes, acompañado de Pilades dirige una plegaria ante el túmulo de su padre y le hace una ofrenda de un rizo de su cabellera. Ante la presencia del coro, ambos se ocultan.

El coro está formado por mujeres troyanas esclavas de los reyes de Argos. La *párodos* (22-83) está constituida por tres triadas rematadas por un *epodo*, en ritmo yámbico alternado con algunos docmios. El tema del canto de la *párodos* es el envío que Clitemnestra ha ordenado de unas libaciones a la tumba de Agamenón, para que el horrible sueño que ha tenido en la noche anterior no se cumpla. Un sueño que preanuncia toda la temática de la pieza: llegada de Orestes y muerte de Clitemnestra.

Terminado el canto de entrada, Electra dialoga con las esclavas: el ánimo de la princesa está sumido en un mar de dudas. Su madre le ha ordenado ofrendar al espíritu de su padre unas libaciones, pero Electra no se atreve a cometer un acto que considera sacrilego. Por ello pide consejo a las esclavas, quienes le dan la solución (84-164). Así lo hace Electra, que pronuncia una larga *résis* en el sentido que le han sugerido sus consejeras (165-151).

Sigue la famosa escena (criticada años más tarde por Eurípides en su *Electra*)⁴⁶, en la que Electra comunica al coro que acaba de ver un rizo junto a la tumba de su padre, así como unas pisadas: en su exaltada imaginación, concluye que sólo pueden ser de Orestes, que habrá enviado alguien a hacer esta ofrenda. Ahora sale Orestes de su escondite, y tiene lugar el *anagnorismós* o reconocimiento entre los dos hermanos. Orestes cuenta a su hermana que ha sido enviado por Apolo para vengar el asesinato de su padre, y que si no cumple la orden del dios le amenazan horribles penas.

El famoso *kommós* (vs. 306-478) es uno de los pasajes de esta tragedia que más polémicas ha suscitado. Remitimos a las notas de nuestra traducción del pasaje donde ilustramos con ejemplos las distintas interpretaciones que se han dado. Es un *canto amebéo* muy largo, precedido por una serie de

⁴⁶ Boehme ha sostenido que en la pieza original esta escena estaba ausente.

anapestos que recita el coro. El ritmo predominante en la parte lírica, es el eólico, con algunos yambos e itifalcos. La interpretación es muy dinámica, tanto con un dinamismo externo —los dos hermanos suben al tûmulo cantando, para descender después— como interno: los ánimos están profundamente conmovidos.

Por otra parte, no hay acuerdo sobre el orden en que presentan los manuscritos las estrofas y antístrofas: pero la reconstrucción de K. Münscher⁴⁷, nos parece la más clara, y es la que, en consecuencia, hemos adoptado: De acuerdo con el crítico alemán, el *kommós* se divide en cuatro partes distintas. La primera (vs. 306-379) presenta la siguiente estructura:

Anaps.	Str.	Str.	Ant.	Anaps.	Str.	Ant.	Ant.	Anaps.
	a	c	a		b	c	b	
Coro	Or.	Coro	El.	Coro	Or.	Coro	El.	Coro

La segunda parte ofrece una estructura parecida:

Str.	Str.	Ant.	Anapestos	Str.	Ant.	Ant.
a	c	a		b	c	b
Or.	Coro	El.	Coro	Or.	Coro	El.

La tercera parte presenta la siguiente estructura que se consigue trasponiendo los vs. 434-439 tras el v. 455:

Str.	Str.	Str.	Ant.	Ant.	Ant.
a	b	c	a	b	c
Coro	El.	Coro	El.	Coro	Or.

La cuarta parte (vs. 456-478) consta sólo de dos pares estróficos: en la primera serie estrofa/antístrofa se alternan Electra, Orestes y el Coro en sus invocaciones al espíritu del muerto; el segundo par está formado por un breve canto coral que se cierra con un breve sistema anapéstico, con

cláusula paremiaca. La grandiosidad y efecto dramático de esta parte de la tragedia ha sido, con razón elogiado por los críticos de todos los tiempos.

Terminado el *kommós*, Orestes indica a cada uno de sus colaboradores la tarea que les incumbe. En tanto él y Píades entran en palacio para realizar la deseada venganza, el coro debe permanecer en silencio. Por su parte, Electra entrará en palacio para no levantar sospechas, y ayudar, en caso de necesidad. Todo, pues, parece preparado para el acto final (551-584).

Entre tanto, y para permitir el movimiento de los demás actores, el coro entona un estásimo (585-651): el tema central es cantar la maldad de Clitemnestra, que es presentada como el colmo de la perfidia y la perversidad. Los coreutas pasan revista a los grandes crímenes del mito, concluyendo que, al final, empero, siempre estos ejemplos de maldad han sido castigados por la Justicia⁴⁸.

El episodio siguiente (652-782) nos presenta ya a Orestes en acción: llama a las puertas del palacio, y consigue entrar empleando el ardid de fingirse un caminante que trae la falsa noticia de la muerte de Orestes. Sale después la nodriza de Orestes comunicando al coro que Clitemnestra le ha ordenado que vaya en busca de Egisto para que reciba de labios del falso caminante la noticia de la muerte de Orestes. El coro le recomienda que diga a Egisto que acuda sin su escolta. Con ello se va a facilitar la venganza.

En un nuevo estásimo (783-837) el coro invoca a los dioses implorando su ayuda en la acción vengativa que se prepara. El estásimo está formado por tres triadas, con un canto intermedio entre cada estrofa y antístrofa. El ritmo es predominantemente crético, con lecitios y algún docmio⁴⁹. Aparece ahora Egisto (838), de paso hacia el palacio. El coro entona un canto de júbilo (856-868). Y, de pronto, un grito de dolor (869) se oye en el interior del palacio: aparece un criado, quien comunica que Egisto ha caído asesinado.

⁴⁷ «Der Bau der Lieder des Aischylos», *Hermes*, 59 (1924), págs. 204 y ss.

⁴⁸ Hemos traspuesto aquí los versos 523-630 después de 638, siguiendo a Schütz.

⁴⁹ -v- = acrético; -v-v-v- = lecitio; v-v- = docmio.

Clitemnestra sale apresuradamente y recibe de labios del criado la terrible noticia: *el muerto asesina a los vivos* (886). La reina comprende el sentido de estas palabras enigmáticas. Orestes y Pílates salen del palacio y se enfrentan a Clitemnestra. Ha llegado su última hora. Orestes duda un instante: «Pílates, ¿daré muerte a mi madre?» (v. 899). Y Pílates le recuerda el oráculo de Apolo. Breve diálogo entre la madre y el hijo, y finalmente, el matricidio. El coro prorrumpe en un clamor de alegría en un estásimo cuya base rítmica son los docmios, el metro más vivo de la antigüedad: llegó ya la justicia. La luz brilla de nuevo (935-972).

La parte final de la pieza se corresponde con la parte correspondiente del *Agamenón*, aunque en ésta hay una mayor abundancia y riqueza lírica, Orestes justifica su obra, recuerda el oráculo de Apolo, los crímenes de Clitemnestra (973-1.020). Pero ahora (102 y ss) comienza a actuar la maldición materna, y la sangre vertida se encarna en las terribles Erinias. Orestes siente que la razón va a extraviarsele. Tenemos ya el camino preparado para la pieza final, las *Euménides*.

III

El *Agamenón* se cierra con un asesinato. La sangre vertida, la de un esposo a manos de su esposa, excita la cólera de Apolo, que exige una reparación. Pero esa expiación se realiza por medio de otro asesinato: Apolo ordena a Orestes, el hijo del caído, que dé muerte a su propia madre. Con ello se conculca el orden religioso y «moral»; la sangre de Clitemnestra exige, a su vez, que se derrame la de su matador. Las Erinias son las encargadas, en la ordenación preolímpica de la divinidad, de perseguir el matricida hasta derramar toda su sangre⁵⁰. Así, las *Coéforos* culminan con el triunfo de la «justicia», una justicia parcial, que lleva a la muerte de Clitemnestra. Pero ocurre, que, en esta dinámica, sangre exigiendo nueva sangre, de acuerdo con una ley parecida a la del Talión, la cadena de muertes no acabaría

⁵⁰ Cfr. sobre estos restos de matriarcado, Butterworth, *Some traces of Preolympic World*, Londres, 1967.

jamás. El nudo de esta serie inevitable de asesinatos no se cortaría nunca: y es preciso que, para ello, intervenga una divinidad. Tal es la temática de la última pieza de la trilogía. En las *Euménides* se enfrentan las divinidades ancestrales, las Erinias, con la nueva ley de Apolo, con las intervenciones de una divinidad *neutral*. Y el resultado es el hallazgo de una nueva solución: por medio de una purificación ritual, y mediante una nueva ordenación del *cosmos* divino, puede alcanzarse una solución en esa serie, que parecía inacabable, de muertes y castigos. Por ello decíamos más arriba que la *Orestía* lleva consigo un mensaje que no está lejos del que quiere pregonar la Novena sinfonía de Beethoven.

El prólogo de las *Euménides* es recitado por la Profetisa de Delfos (1-63). Tras hacer una breve historia del famoso oráculo, informa al público de la situación concreta: ha divisado en el interior del santuario una escena horrible: un hombre con una espada aún mojada de sangre, y un grupo de mujeres de una muy extraña catadura: son las Erinias que tienen acosado a Orestes. Acto seguido, aparece Orestes, quien suplica a Apolo que no lo abandone en este trance tan terrible. Apolo le promete protección (64 y ss). Desaparecido de escena Apolo, aparece el espectro de Clitemnestra exigiendo lo que cree su derecho: Que las Erinias acosen a Orestes hasta aniquilarlo (93-116).

No hay propiamente *párodos*, si por ello entendemos la entrada, en ritmo de marcha, del coro: éste está ya en escena adormilado. Clitemnestra insiste en sus exigencias, y le exhorta a despertar. Una vez despierto, el coro entona un estásimo (143-177) en el que se queja de que sus derechos hayan sido pisoteados por los olímpicos. Vuelve a aparecer Apolo, quien intenta expulsar a las Erinias del templo. Se entabla un diálogo entre el corifeo y el dios olímpico sobre los derechos de cada cual.

Tenemos ahora un cambio de escena: estamos en el Areópago, mejor dicho, en la colina donde, en el futuro, tendrá su sede este tribunal. Aparece ahora Orestes, que, por orden de Apolo, y tras haberse purificado de la sangre vertida⁵¹ ha ido

⁵¹ Sobre la purificación, en el mito, de Orestes, hay diversas versiones.

a abrazarse a la imagen de Atenea. Tras él ha corrido, como una jauría⁵², el coro de Erinias, que acaba descubriéndolo. Una vez lo ha descubierto, entona un estásimo (254-275), tras el cual Orestes intenta justificarse ante el coro, aduciendo que ha sido ya purificado. El coro no acepta la solución apolínea de la purificación, y canta una larga tirada de versos, donde expone sus funciones, encomendadas por los dioses: de hecho, es la respuesta a las protestas de inocencia de Orestes.

En el siguiente episodio aparece Atenea, quien dice haber acudido porque ha oído la petición de ayuda de Orestes. Se entabla un diálogo esticomítico⁵³ entre el corifeo y Atenea. La diosa, que va a ser la que presidirá el tribunal que habrá de juzgar el crimen de Orestes, interroga a las dos partes. Aceptada la idea de un juicio, el coro se enfurece: no acepta que su víctima sea juzgada, pues cree que la actuación de las Erinias debe obrar automáticamente una vez se ha vertido sangre humana: Barrunta una «subversión» (cfr. vs. 490 y ss). La interrogación de las dos partes tiene ahora perfecto cumplimiento, y se realiza a través de un largo episodio (566-807).

Tras la interrogación, la votación. Atenea ha instituido un tribunal humano, y cada juez emite su voto, poniendo en una urna el voto condenatorio y en otra, el absolutorio. El resultado es un empate, y, tal como había indicado previamente Atenea, en este caso el acusado resulta absuelto.

Pero las Erinias no se conforman, y amenazan con volcar su ponzoñoso aliento sobre Atenas. Pero Atenea las convence: tendrán un lugar en el culto de Atenas, y, de divinidades malditas se convertirán en diosas benéficas. Se llamarán, de ahora en adelante, *Euménides*, las *Bienhechoras*, las *Benévolas*.

⁵² Sobre el motivo «jauría», cfr. Dumortier, *Les images dans la poésie d'Eschyle*, París, 1935, *passim*.

⁵³ *Esticomitia* es un diálogo entre actores, utilizando cada uno un verso. Cfr. W. Jens, *Die Stichomythie in der frühen gr. Tragödie*, Munich, 1955.

LA ORESTÍA (I)

AGAMENÓN

PERSONAJES DEL DRAMA

VIGÍA
CORO DE ANCIANOS
MENSAJERO
CLITEMNESTRA
HERALDO
ÁGAMENÓN
CASANDRA
EGISTO

(En la azotea del palacio de los Atridas está apostado un vigía. Es de noche y reina un profundo silencio.)

VIGÍA

Pido a los dioses que mis penas cesen,
esta guardia, que dura ya hace un año,
durante el cual, echado como un perro,
en la azotea del palacio Atrida,
aprendí a conocer la multivaria
multitud de los astros que en el cielo,
príncipes luminosos, resplandecen,
y las estrellas, que a los hombres traen
inviernos y verano, ortos y ocasos.

(Breve pausa.)

Y ahora aguardo el signo de la antorcha,
la llama esplendorosa que de Troya
ha de traernos nuevas y el anuncio
de que al final ha sido conquistada,
pues así lo ha mandado de una esposa
el varonil e impaciente pecho.
Cada vez que me tumbo en mi camastro
perdido en la tiniebla y empapado,
y nunca visitado por los sueños
—que en vez del sueño, el terror se me acerca
y el párpado cerrar no me permite
en tranquilo reposo—, cuando quiero
cantar o bien silbar una tonada
buscando contra el sueño algún antídoto,

echo a llorar, lamento el infortunio
de una casa ya no tan bien llevada
como antaño. Mas ¡ojalá que ahora,
a través de la noche, apareciera
la llama que traerá buenas noticias,
y llegara el final de mis desdichas!

(Breve pausa. A lo lejos, de pronto, brilla una luz.)

Oh, bienvenida, antorcha que, en las sombras,
presagias ya la luz de la alborada
y en Argos el comienzo de festejos
para conmemorar esta ventura.
¡Oé, oé!

Con voz muy clara envió la consigna
a la esposa del rey, para que, presta,
se levante del lecho, y en palacio
haga entonar un canto de triunfo
en honor de esa antorcha, si es muy cierto
que la ciudad de Troya está tomada.
Y yo mismo el prelude de la danza
habré de interpretar; que esta jugada
de mis amos la apunto yo en mi haber:
¡un triple seis me vale esta fogata!¹

(Baila durante unos instantes.)

Y que el día en que llegue a este palacio
mi señor rey, me sea concedido
sus manos estrechar entre las mías.
El resto, me lo callo: que en mi lengua²
pesa un enorme buey. La casa misma
si hablar pudiera todo lo explicara.
Yo escojo, por mi parte, a quienes saben

¹ Metáfora tomada del juego de los dados.

² El ánimo del vigia cambia ahora: piensa en la situación interna del palacio, con una esposa viviendo con su amante.



Y la
es fol
marc
que u
un pl
ta de

Hic
Que
Que
A om
Flanc
de los
Danc
e ay

Hic
que m

Puerta de las leonas de Micenas, capital del reino de Agamenón.

y entienden, dirigirme. Para aquellos
que ignoran todo, todo lo he olvidado.

(Sale. Entra el coro.)

CORO

Diez años desde que el magno
adversario de Príamo³,
—el noble Menelao y Agamenón, potente
junta de los Atridas,
por Zeus honrados con doble cetro y trono,
lanzaron a la mar, desde esta tierra
argiva, escuadra con sus mil navíos
—expedición armada, de castigo—
lanzando con poderosa voz, desde el fondo del pecho,
el grito de «¡Guerra!», como buitres que,
en solitario dolor por sus polluelos⁴,
revolotean en torno de su nido
bogando con los remos de sus alas,
perdido sin remedio ya el trabajo
de proteger el nido de sus crías.
Pero un dios, en la altura,
—¿un Apolo, quizás, un Pan, o un Zeus acaso?²—
al escuchar los gritos de esas aves
avecindadas en su reino,
contra el culpable envía unas Erinias⁵,
tardía vengadora. De igual modo,
el prepotente Zeus hospitalario
contra Alejandro manda
a los hijos de Atreo,
y por una mujer de muchos hombres
dispónese a imponer

³ *Adversario*, con una metáfora tomada de la vida forense: Agamenón y Menelao son los adversarios de Príamo en su pleito por hacerse con Troya.

⁴ Las aves son aquí *metecos* —extranjeros residenciados— del éter, que es el dominio propio de Zeus.

⁵ Así como Zeus, garante de la justicia aun entre animales (ya aparece el tema en Arquíloco), así manda un envío para castigar a Troya.

a dánaos y a troyanos igualmente
numerosos combates que extenuán los miembros,
rota la pica en el primer asalto
la rodilla apoyada ya en el polvo.

Todo está como está
y acabará tal como fue fijado:
ni avivando la llama por debajo
ni el aceite virtiendo por arriba
si rehúsan las víctimas el fuego
nadie podrá acallar furia inflexible.

Nosotros, incapacitados,
por la vejez de nuestro cuerpo,
de esta acción vengadora descartados,
aquí quedamos, guiando con el báculo
nuestro vigor de niños:
El ímpetu mozuelo que late en sus entrañas
es igual al del viejo: Ares no está en su puesto.

Y la vejez extrema,
su follaje agostado,
marcha sobre tres pies, y no más fuerte
que un niño, cual espectro
en plena luz del día,
va de acá para allá.

(Aparece Clitemnestra.)⁶

Hija de Tíndaro, Clitemnestra, reina,
¿Qué es lo que ocurre? Dí, ¿qué novedades?
¿Qué noticia te indujo
a ordenar por doquiera sacrificios?
Flamean con sufragios los altares
de los númenes todos de esta tierra,
olímpicos, subterráneos,

⁶ Algunos críticos dudan sobre si Clitemnestra aparece ahora en escena o algo más tarde.

de palacio y de fuera,
y una aquí y otra allí, hasta los cielos
avivada se eleva la llama
con los suaves estímulos,
no engañosos del aceite sagrado,
y con ofrendas
sacadas desde el fondo del palacio.
De todo esto dignate contarme
lo que es justo, lo que esté permitido
y conviértete en médico de mi ansia,
que ora es angustia, ora
ante los sacrificios que celebras,
esa cuita de penas insaciable
aleja de mi alma la esperanza⁷.

(*Abora, más solemne.*)

Fuerzas me quedan para cantar el augurio de victoria
que saludó la partida de mis jóvenes príncipes:
Aún por un don del cielo,
alienta en mí la fuerza persuasiva,
y puedo yo, a mi edad, cantar aún nobles gestas:
cómo el doble poder, el doble trono,
de los Atridas,
concorde caudillaje de la juventud griega,
hacia la tierra teucra fue enviada,
con pica y mano justicieras,
con un bélico augurio:
Reinas⁸ de aves, a unos reyes de naves
negra la una, de blanca cola la otra,
se aparecieron muy cerca de la tienda,
del lado de la mano que la pica blande⁹,
en lugar bien visible,

⁷ De acuerdo con las observaciones realizadas por Romilly, es característico de los coros esquilos el temor (recuérdese *Persas*, *Suplicantes*, *Siete contra Tebas*).

⁸ Un águila.

⁹ La mano derecha. En principio, el hecho de que el águila aparezca a la derecha es un buen augurio, aunque no lo será el conjunto del portento.

en tanto devoraban una liebre,
con toda su preñez,
que vio frustrada su última carrera.

¡Entona, el canto lúgubre, sí, lúgubre,
pero que, al fin, se imponga la Justicia!

Cuando el sabio adivino de la hueste,
vio con tan parecidos sentimientos
a aquellos dos Atridas,
reconoció en los bélicos
devoradores de la liebre,
a los dos capitanes de la hueste.
Y habló de esta manera
explicando el portento:
«Con el tiempo, de Príamo las torres
habrá de conquistar esta incursión,
y todas las riquezas de este pueblo,
acumuladas tras sus fuertes muros,
habrá de destruir la Moira, fatalmente.
¡Tan sólo que la envidia de los dioses
no vaya a ennegrecer
ese terrible bocado de Troya
que ha forjado esta hueste!¹⁰
Que Ártemis, la pura,
por compasión está irritada
con los alados perros de su Padre,
que a la mísera liebre, con su preñez inmolan,
antes del parto, y odia
el festín de las águilas:

¡Entona el canto lúgubre, sí, lúgubre,
pero que, al fin, se imponga la Justicia!

Tan magnánima siempre, la Bella¹¹
que en los tiernos cachorros se complace

¹⁰ El ejército griego metafóricamente es llamado el *freno* que dominará a Troya (que metafóricamente es un caballo).

¹¹ Artemis.

de los fieros leones, y en las crías
de todas las fieras de la selva,
me pidè que interprete esos portentos,
felices, sí, y, al tiempo, reprochables.
A Peán yo suplico que la diosa
no envíe hacia los Dánaos,
con un viento contrario,
dilaciones que paren el curso de las naves,
y que exijan un nuevo sacrificio.
Porque aguarda, horrible, dispuesta siempre a erguirse,
una artera intendente,
la Ira rencorosa,
que exige la venganza por los hijos.»
Tal fue la profecía que Calcante,
entre grandes venturas,
vaticinó a nuestra real casa,
interpretando augurios de partida.
Y con ella concorde,

¡entona el canto lúgubre, sí, lúgubre,
pero que, al fin, se imponga la Justicia!

Y el anciano caudillo de las naves¹²
aqueas, sin cubrir de reproche al adivino,
y respirando al compás de la adversa fortuna,
—cuando la hueste aquea
se consumía por larga demora
que vaciaba las ánforas,
varada frente a Calcis,
en las playas de Aulide,
por el mar azotada;
—los vientos soplaban desde el Estrimón,
trayendo consigo nefastas demoras,
ayunos y anclajes peligrosos,
errátiles caminos de las tropas,

¹² Agamenón no es un anciano, pero es designado así para indicar su autoridad y su prestancia.

ruina de las naves y las jarcias;
prolongaban el tiempo de la estancia,
y consumían con la inacción la flor
del ejército Argivo.

Pero cuando el augur el nombre pronunciaba
de Artemis, y a los reyes
pregonaba un remedio aún más duro¹³
que el fuerte temporal, de tal manera
que con su cetro golpean los Atridas
la tierra, sin contener el llanto;
—entonces el rey de más edad
la palabra tomó y habló de esta manera:

«Cruel es mi destino si no cumplo,
pero también cruel si degüello a mi hija,
de mi hogar la alegría,
y con un chorro de sangre virginal yo mancho
junto al altar estas manos de padre.

¿Cuál de los dos partidos
está libre de males?

¿Y cómo puedo abandonar mi escuadra
traicionando así mis alianzas?

Pues que este sacrificio,
que ha de calmar los vientos,
que esta sangre de virgen,
con todo ardor deseen,
no es, en verdad, un crimen,
¡que sea para bien!»

Zeus, quienquiera que sea,
si le place este nombre,
con él voy a invocarle.
No puedo imaginarme,
computándolo todo,
más que a Zeus, si, en verdad,
he de arrancar de mi alma
el peso de esa angustia tan inútil.

¹³ El sacrificio de Ifigenia.

El que un día fue grande,
desbordando de audacia combativa,
no se dirá de él, un día,
ni siquiera que ha sido.
Y el que tras él surgiera,
dio con su vencedor.
Tan sólo el que piadoso
invoca a Zeus en cantos de triunfo
alcanzará la prudencia suprema.

Él, que abrió a los mortales
la senda del saber;
Él, que en ley convirtiera
«Por el dolor a la sabiduría».
En vez de sueño rezuma dentro el pecho
un dolor que recuerda el mal antiguo.
Así, aun sin querer, le llega al hombre
la prudencia. ¡Favor violento de los dioses
que en su augusto trono se sientan,
junto al timón!

Y, una vez se vistiera el arnés del destino,
levantóse en su espíritu un vendaval contrario,
impío, sacrílego, a cuyo embate
mudó de sentimientos hasta atreverse a todo.
Que instiga a los mortales
obtusa consejera,
una infausta demencia,
hontanar primigenio de criminales actos.
Osó, en fin, convertirse de su hija
en el inmolador
—fomentando una guerra iniciada
para vengar el rapto de una hembra,
propiciatoria ofrenda de una armada.

—Y sus ruegos, sus súplicas de «¡Padre!»,
sus años virginales...
para nada contaron para aquellos
capitanes sedientos de combate.

Tras la plegaria, el padre
hace señal a sus ministros,
que con todas sus fuerzas la incorporen
postrada como está entre sus ropajes,
y que encima del ara la coloquen,
con el rostro inclinado hacia la tierra
como una cabritilla;
que con una mordaza
sobre su hermosa boca,
impidan que dé gritos
de maldición sobre su propia casa,
con la fuerza y el mudo ardor de un freno.
Y en tanto iba virtiendo
azafranados tintes¹⁴,
desde sus ojos iba despidiendo
dardos de compasión
contra quien la inmolaba.
Parecía llamarlos por su nombre,
como en un cuadro, pues, ¡con qué frecuencia
en la estancia paterna,
llena de ricas mesas,
había ella cantado!
¡Cuántas honrara, intacta y amorosa,
con su voz virginal,
la libación tercera de su padre,
con un feliz peán!

—Lo que luego siguió ni lo vi ni lo digo.
Mas de Calcante el arte
no deja de cumplirse.
La Justicia se inclina
hacia aquellos que sufren,
y comprensión les trae.
El futuro, cuando se haya cumplido,
verlo podrás; hasta aquel día no debe preocuparte.
Ya llegará, y muy claro, con los primeros rayos

¹⁴ Puede entenderse: a) la sangre de Ifigenia, o b) sus ropas (Lloyd-Jones).

de la aurora. En todo caso,
tengan feliz remate
los sucesos futuros,
cual desea la que
muy próxima a mi dueño,
es sólo baluarte de la tierra de Apis.

(Aparece Clitemnestra.)

CORIFE0

He venido a rendir mi pleitesía,
a tu augusto poder, oh Clitemnestra.
Que es justo honrar del príncipe a la esposa
si está vacío el trono del marido.
Tanto si recibiste dulces nuevas,
como si no, y consagras sacrificios
a la dulce esperanza, yo te escucho
con leal atención. Y si te callas,
tampoco lo tendré por reprochable.

CLITEMNESTRA

De buenas nuevas sea mensajera
—como reza el proverbio— esta alborada
que ha nacido del seno de la noche.
Una noticia escucharás que toda
tu esperanza supera: los argivos
han capturado la ciudad de Príamo.

CORIFE0

¿Cómo dices? Es tan inverosímil
lo que cuentas, que apenas me lo creo.

CLITEMNESTRA

Que Troya es de los griegos. ¿No hablo claro?

CORIFE0

Me embarga el gozo y me provoca el llanto

CLITEMNESTRA

Tus ojos bien delatan lo que sientes.

CORIFE0

¿Tienes fiel garantía del suceso?

CLITEMNESTRA

La tengo, sí, si un dios no me ha engañado.

CORIFE0

¿Te basas en los sueños persuasivos?

CLITEMNESTRA

Yo no acepto quimeras de un demente.

CORIFE0

¿Te ha cebado, quizá, un rumor sin alas?

CLITEMNESTRA

Fustigas mi razón cual la de un niño.

CORIFE0

Y, ¿cuándo ha sido la ciudad arrasada?

CLITEMNESTRA

La noche que ha parido esta alborada.

CORIFE0

Y, ¿qué nuncio llegó tan prestamente?

Hefesto, que desde el Ida¹⁵
 nos mandó brillante llama.
 Después, una hoguera manda
 otra llama mensajera
 hacia aquí: Ya desde el Ida
 a Lemnos, el monte de Hermes;
 más tarde, desde esta isla,
 al ingente resplandor
 acoge la cima de Atos,
 que está consagrada a Zeus;
 —ésta es la tercera etapa—.
 Más tarde, el empuje errante
 de la llama pega un brinco
 y la espalda del mar cruza...¹⁶
 Después anuncia la antorcha
 a los guardias del Macisto
 un resplandor tan dorado
 como el sol. Sin detenerse,
 y sin dejarse vencer
 por el sueño, incautamente,
 su papel de mensajero,
 aquél no olvida, y la luz
 de la hoguera parte lejos
 en dirección a las aguas
 del Euripo, y comunica
 su mensaje a los vigías,
 del Mesapio. A su vez, éstos
 su respuesta luminosa
 encienden, prendiendo fuego
 a un montón de broza seca
 y la mandan hacia aquí.
 Y llena de vigoría,
 sin jamás debilitarse,

¹⁵ Este pasaje, con razón famoso en la antigüedad, puede compararse a la narración de los errabundeos de Io en el *Prometeo*.

¹⁶ Laguna de unos pocos versos.

la llama cruza, de un salto
 la llanura del Asopo,
 cual si la brillante luna
 fuera, y marcha hacia los riscos
 del Citerón, despertando
 otro relevo de fuego.
 Y la guardia allí apostada
 no se ha negado a avivar
 hoguera de largo alcance
 prendiéndola más potente
 de lo que se le ordenara;
 y salta su resplandor
 más allá de la laguna
 Gorgopis, y ya llegando
 al monte Egíplanto, urge
 a no retrasar la orden
 de hacer fuego; entonces prenden,
 liberales, una llama,
 y enorme barba de fuego
 mandan, que a lo lejos brilla,
 con fuerza para saltar
 el promontorio que se alza
 sobre el Sarónico golfo.
 Da un brinco, y llega a la cima
 del Aracne —ese vigía
 que cabe nuestra ciudad
 se yergue, para llegar
 de un salto hasta los palacios
 del Atrida, esa ardorosa
 llama que, en cierta manera
 nieta de la hoguera es
 que allá en el Ida naciera.
 Éstas eran las consignas
 que ya habían recibido
 los corredores de antorchas.
 Y la victoria merecen
 el último y el primero.
 He aquí la prueba, he aquí
 el signo que, desde Troya,

me ha mandado mi marido,
y que ahora te relato.

CORIFEO

Luego mi acción de gracias a los dioses
dirigiré, señora. Por ahora,
yo quisiera escuchar, punto por punto,
esas noticias, mientras me repites
la nueva, y me extasio al escucharlas.

CLITEMNESTRA

Hoy Troya al fin es ya de los aqueos.
En la ciudad, imagino, ya se escuchan
voces de desigual acento. Vierte,
en la misma vasija, algo de aceite
y de vinagre: y tú dirás, al punto,
que obran cual enemigos enfrentados.
Del mismo modo pueden escucharse,
bien distintos, por cierto, los lamentos
de vencedores y vencidos, ante
su suerte desigual. Éstos abrazan
de hermanos y de esposos los cadáveres,
los hijos, los de sus progenitores,
y se lamentan, con su boca esclava,
por el hado de sus más caros deudos;
pero a los otros, a los vencedores,
la nocturna fatiga tras la lucha
los acomoda, hambrientos, a almorzar
de los bienes que la ciudad encierra,
no en un orden concreto, mas tal como
a cada cual se lo indicó la suerte.

(Pausa.)

Ahora están instalados, ya, sin duda
en la esclava mansión de los troyanos,
libres, al fin, del hielo del relente,
de la escarcha. Cual ricos potentados,

la noche pasarán sin montar guardia.
Si de esta tierra respetan a los dioses,
esclavizada ya, y los santuarios,
no existe ya temor, que, vencedores,
hoy, sean los vencidos de otro día.
¡Que no invada a la hueste el ansia ardiente
de profanar aquello que no deben!
Pues para ver el día del retorno,
les queda aún por recorrer un largo¹⁷
de su doble carrera. Y más aún;
si consiguen llegar, sin verse reos,
a los ojos del cielo, hay la esperanza
de mitigar el daño que causaron
a los que han muerto allí, si antes, no ocurre
algún suceso infausto y lamentable.
Tal son las razones que de labios
de una mujer has escuchado. ¡Triunfe
el bien, al fin, sin confusión alguna!
Que, de los muchos bienes que se ofrecen
éste es, sin duda, aquel que yo prefiero.

CORIFEO

Has hablado, mujer, con gran prudencia,
como a varón prudente corresponde.
Yo, después de escuchar tan claras pruebas,
invocaré a los dioses, pues un bien
recibimos que vale nuestro esfuerzo.

CORO

¡Zeus, rey! ¡Oh noche amiga, que el tesoro
de tan inmensa gloria has conquistado!
Sobre las torres de Troya
tu envolvente red echaste, y nadie¹⁸,
ni persona de edad, ni tierno niño,

¹⁷ Metáfora tomada de la *carrera doble*.

¹⁸ Aquí aparece por vez primera el *tema de la red*, que será un *leit-motiv* a lo largo de toda la trilogía.

ha podido librarse de esa enorme
trampa esclavizadora
que todo lo somete.

Ante Zeus, el gran Zeus hospitalario,
me postro humildemente.
Él ha sido el autor; Él, que ha tenido,
durante tanto tiempo, tenso el arco,
apuntando hacia París,
de modo que sus dardos no cayeran
allende las estrellas
y resultaran vanos.

—«De Zeus el golpe es», puede afirmarse.
Y es fácil rastrear estas verdades.
Todo ha ocurrido conforme
a sus designios. Alguien
ha dicho que los dioses no se dignan
ocuparse de aquellos que han hollado
la majestad de lo que es intocable.
Mas quien lo dijo no era un ser piadoso.
Porque brota, prolífica,
la Maldición que cae
sobre el osado, sobre quien alienta
metas que sobrepasan la medida—
—cuando su casa desborda abundancia...
Venga sin daño la fortuna, y baste
así a los que poscen la prudencia.

No es baluarte bastante la riqueza
a evitar la ruina
para quien, en su hartazgo
el gran altar de la Justicia ha hollado.

—Lo azuza, con violencia,
la tenaz Persuasión,
la hija insoportable de Ceguera.
Y vano ya resulta todo antidoto.
No consigue ocultarse,
y cual tétrica luz, su perversión fulgura,

y, sometido al toque de Justicia,
se ennegrece, cual bronce,
de mala ley, roído
por el uso y los golpes.
Es como un niño que corre tras un pájaro
alado, y que provoca
entre los suyos aflicción infausta.
Ningún dios presta oído a sus plegarias;
al criminal autor de esas maldades
los Númenes lo abaten.
Cual París, que penetro
en el palacio Atrida,
y deshonró su mesa hospitalaria
a una esposa raptando.

Y ella¹⁹, entonces, dejando,
a su patria tumultos
de escudos, arneses de la hueste,
y armamentos de naves,
y trayendo a Ilión la ruina, en vez de dote,
la puerta de su hogar cruzó con diligencia,
repleta de criminal audacia.
Gimen agudamente los profetas
del palacio, exclamando:
«¡Ay, ay; ay casa y príncipes!
¡Ay, pasos presurosos tras el amor de un hombre!
En su amor creará
que el espectro de la que está allende los mares
reina en la casa.
La gracia de las bellas estatuas
se hace odiosa al esposo;²⁰
de aquellos ojos que no despiden luz
ha huido todo encanto.
En sueños se le muestran atractivas
quimeras, que traen gozo,
y que, al final, resulta un gozo vano.

¹⁹ Helena.

²⁰ Texto y sentido conjetural.

Porque, cuando contempla
lo que cree su bien, la aparición se esfuma,
de entre sus brazos, vana,
para nunca volver
siguiendo los alados caminos de los sueños.»

—Tal es el duelo en el palacio, y otros
que lo esperan aún;
y reinan en el hogar de cada cual pesares
que el alma afligen por los que partieron
de esta tierra de Helen. Porque son muchas
las cuitas que el corazón han lacerado.

Cada cual sabe a quiénes despidiera,
pero, en vez de guerreros, son urnas y cenizas
lo que al hogar regresa.

—Ares, cambista de oro, y de cadáveres,
y que sostiene el fiel en la refriega,
desde Ilión devuelve
un puñado de polvo calcinado,
amargo y triste a sus deudos,
y rellena las urnas de ceniza
en vez de devolver a unos guerreros.
Todos vierten sus lágrimas
mientras hacen elogios de los suyos.

De uno dicese que era «sabedor de batallas», de otro
que «cayó dignamente en la refriega»,
por la mujer de otro²¹.
Tal es lo que en silencio se murmura,
y sordamente va avanzando contra
los Atridas, brazo de la Justicia,
un oleaje de rencor punzante.
Mas otros allí mismo, junto al muro
con sus formas intactas,

²¹ Insistentemente, el coro ha pasado a tocar el tema del dolor de los hombres de Argos por la muerte de los suyos en Troya. Lo que indigna es que esa muerte haya sido «por la mujer de otro».

por tumba tienen un pedazo
de la tierra de Troya.

—Pesado fardo, una nación airada;
la maldición de un pueblo,
se cobra, finalmente, la factura.
Yo, en mis ansias, espero,
una noticia oculta entre tinieblas.
Los dioses siempre acechan
a los que han provocado tantas muertes,
y la lúgubre Erinia, con el tiempo,
a aquel que, injustamente
la dicha haya alcanzado,
lo cubrirá de noche, transformando
en ruinas su existencia.
Y cuando ya ha llegado entre los muertos,
no hay remedio. Terrible
cosa es la gloria con exceso, pues
de Zeus el rayo sobre su hogar se abate.

La dicha yo prefiero que no despierte envidia.
No sea yo jamás un destructor de pueblos,
ni, vencido a mi vez, tenga que ver mi vida
sometida al arbitrio de terceros.

—Veloz recorre la ciudad una nueva,
que nos trajo una llama de feliz augurio.
Si es cierta, si es engaño
de los dioses, ¿quién podría saberlo?²²
¿Hay nadie tan pueril, de mente tan enferma,
que deje que su pecho se caliente
por extraños mensajes de una hoguera,
para, luego, al trocarse ya el relato,
caer en el desánimo?
—Es propio del talante femenino
aceptar la alegría
antes de comprobarse realmente.

²² El tema del engaño de los dioses que quieren arrastrar al hombre a su propia ruina es muy esquivo.

Crédulo con exceso,
corazón de mujer es presa fácil.
Pero también desmaya fácilmente
fama que una mujer ha difundido.

CORIFE0

Muy pronto sabremos si
estos relevos de antorchas
y fogatas la verdad
han dicho, o bien, al contrario,
el resplandor que llegó
hasta nosotros envuelto
en dulce alegría es sólo
espejismo de la mente,
como si fuera un ensueño.
Ve0 llegar de la costa
a un heraldo, coronado
con unos ramos de olivo.
Del lodo hermano y vecino
la pulverulenta tierra
es garantía de que
no va a permanecer mudo,
y de que no va a prender
una hoguera con la leña
de los montes, y ofrecer
su mensaje, simplemente,
con humo, sino que va
o a aumentar con su palabra
nuestro gozo, o bien... mas esto
de miedo y terror me llena.
¡Y que a la ventura de hoy
venga a sumarse esta nueva
ventura! ¡Y si de esta tierra
alguien, en sentido opuesto,
hace sus votos, recoja
el fruto de su alma aviesa!

HERALDO

(Que llega corriendo con un ramo de olivo.)

¡Oh tú, suelo paterno! ¡Oh patria argiva!
Después de esos diez años he logrado
llegar a ti, y tras ver mis esperanzas
gran número de veces naufragando,
una, al menos, ya puedo ver cumplida.
Ya ni siquiera imaginar podía
mi muerte en tierra argiva, compartiendo
tan dulce sepultura con los míos.
Pero ahora, ¡salud, oh tierra mía!
¡Salud, rayos del sol, Zeus soberano!
¡Y tú, príncipe Pitio, ya tus dardos
no mandarás sobre nuestras cabezas!
¡Harto adversario fuiste cabe el agua
del Escamandro! Sé ahora nuestro
médico salvador, Príncipe Apolo.
También nuestro saludo a las deidades
del ágora, y a Hermes mensajero,
mi patrono, y orgullo del heraldo.
Y también a los héroes que guiaron
nuestra ruta. Acoged ahora a la hueste
que ha sobrevivido a esta contienda.
¡Oh palacio real, hogar querido!
¡Sitiales augustos de los dioses
encarados al sol! Hoy, como antaño,
acoged dignamente, y radiantes,
a nuestro rey, después de tanto tiempo.
Trayéndonos la luz en plena noche,
el rey Agamenón ahora ha llegado.
Recíbidle con gozo, que, al final,
se lo merece, puesto que ha arrasado
con el mazo de Zeus, el justiciero,
de Troya la ciudad; bajo sus golpes²³
ha sido aniquilado el territorio.

²³ El doble sentido de estas palabras, la terrible ironía trágica que esconden impresiona: Agamenón va a hacerse reo ante los dioses por haber destruido los altares de la ciudad, no por haber tomado Troya.

Los altares, borrados, y los templos
de los dioses también; y se ha extinguido
entera la semilla de esta tierra.

Tal yugo en la cerviz ha colocado
de Troya el rey Atrida, el venerable,
el dichoso mortal que ahora ha llegado,
el más digno de gloria de entre todos
los hombres de esta tierra. ¡Que ni Paris,
ni la ciudad que un día fue su cómplice,
puede ufanarse de haber sido nunca
mayor que su castigo, su insolencia!
Reo de raptó y robo, ha visto cómo
se le escapaba la cobrada presa;
cómo se desplomaba totalmente
su hogar paterno con toda su patria.
Doble ha sido la pena que han pagado
los Priámidas por el crimen cometido.

CORIFEO

¡Salud, heraldo de la hueste Aquea!

HERALDO

¡Ya, si quieren los dioses, morir puedo!

CORIFEO

¿Te atormentó tu amor hacia esta tierra?

HERALDO

Tanto, que de placer mis ojos lloran.

CORIFEO

Es que sufríais nuestro dulce morbo.

HERALDO

Ilustrado por ti, podré entenderte.

CORIFEO

Afecto por aquél que nos amaba.

HERALDO

¿Una hueste añoráis que os añoraba?

CORIFEO

Tanto, que gime mi enlutado pecho.

HERALDO

Y esta tristeza, ¿por qué causa vino?

CORIFEO

Tiempo ha que es el silencio mi remedio.

HERALDO

¿Alguien, ausente el rey, te daba miedo?

CORIFEO

Sí, y como tú, morir ya no me importa.

HERALDO

Sí, pues todo ha acabado felizmente.
Cuando una empresa largo tiempo dura
conoce unos momentos venturosos
y otros funestos. ¿Quién, sino los dioses
gozan de una existencia sin pesares?
Si yo os contara todas nuestras penas,
las duras noches al relente, aquellos
tan estrechos y duros pasadizos
donde era fuerza maldormir. Y cómo
nos apretamos todos, no teniendo
un mal rincón donde acostarnos! Pero
la cosa fue peor cuando llegamos
a tierra: que era fuerza junto al muro

enemigo dormir, y la humedad...

²⁴

del cielo y de la tierra, pertinaz
fastidio, nos mojaba... los vestidos,
y llenando de insectos nuestro pelo.
¡Si de aquellos inviernos yo os hablara
que con las aves acababan y
que el Ida, con sus nieves, nos hacía
mucho más insufribles! ¡Del bochorno
cuando una mar sin olas se amodorra
sesteando en su lecho! Mas, ¿a qué
lamentarse? Pasaron las fatigas,
y a un punto tal que ni los mismos muertos
piensan ya en levantarse. En cuanto a aquellos
que hemos sobrevivido de la empresa,
pesa más la ganancia, sin que incline
el dolor la balanza hacia su lado.

¿A qué retornar, pues, a los caídos?
¿Por qué habrá de llorar quien sobrevive,
por una suerte adversa? ¿No es mejor
olvidar las miserias ya pasadas,
y, ante la luz del sol que, cielo y tierra
en su vuelo recorre, de esta forma
pregonar nuestra prez? «La hueste argiva
tras arrasar a Troya, ha consagrado
a los dioses de Grecia, en sus santuarios,
estos despojos, en condigna gloria.»²⁵
Y es fuerza que ensalcemos a la patria,
al escucharlo, y a sus capitanes,
y rendir homenaje a los auxilios
del padre Zeus, que lo han hecho posible.
Y aquí tienes el fin de mi discurso.

CORIFE0

Negar no puedo que me ha convencido
este relato tuyo. Que en los viejos

²⁴ Laguna en el texto.

²⁵ El heraldo esboza el texto de una auténtica inscripción votiva.



Escena de la Iliupersis.

hay siempre propensión a las lecciones. Pero es a Clitemnestra y a esta casa, a quienes más conciernen tus noticias, como es muy natural; pero una parte de esta riqueza sí debe tocarme.

CLITEMNESTRA

Antes lancé, alborozada,
un clamor por la victoria,
cuando nos llegó el primer
mensajero, ígneo, nocturno,
para anunciar la conquista
y la destrucción de Troya.
Pero entonces, en un tono
de reproche, alguien me dijo:
«Por una simple fógata
fuiste convencida, y crees
que Troya es ahora ya
alimento de las llamas.
Es propio de la mujer
dejar que se le enardezca
el corazón.» Frente a tales
razones yo parecía,
sin más, ser una demente.
Y, sin embargo, seguía
ofreciendo sacrificios,
mientras los hombres lanzaban,
por toda la ciudad, gritos
de victoria, cual mujeres,
y sus votos ofrecían
en los templos de los dioses...²⁶
para apagar, ya más tarde,
esas llamas perfumadas
que la ofrenda consumían.

(Al beraldo.)

¿A qué contarme ya más,

²⁶ Hay aquí una probable laguna en el texto.

si de labios del rey mismo
habré de saberlo todo?
Y ahora, yo me dispongo
a ofrecer a mi marido,
la más digna bienvenida
porque, al fin, ha regresado.
¿Hay acaso luz más dulce
para una esposa, que abrir
las puertas de su morada
al esposo, a su regreso
de la guerra, cuando un dios
la vida le ha conservado?
¡Y que llegue cuanto antes,
rodeado del afecto
de su patria! Que a su esposa
a su regreso, tan fiel,
hállela cual la dejara
al partir, tal como un perro
guardián de la morada²⁷,
tierna con él, mas hostil
con los extraños, y siempre
conservándose la misma;
que, después de tanto tiempo,
ningún sello ha traicionado.
Pues del amor de otros hombres
y de cualquier reprensible
murmuración, no sé más
que de trabajar el bronce.
Y si altivo es mi lenguaje
es que rebosa verdad,
a tal punto que no puede
sonar impropio en los labios
de una mujer de prosapia.

(Clitemnestra entra en el palacio.)

²⁷ La falsedad e hipocresía de estas manifestaciones no escapan al coro, que querrá poner en guardia al heraldo contra las mentiras de Clitemnestra.

CORIFEO

Ella ya ha hablado a quien, como eres tú, de esta suerte lo entiende; pero ha sido, para intérprete fiel, claro discurso. Mas dime, heraldo, y ahora te pregunto por Menelao: ¿Ha regresado ya? ¿Se ha salvado quizá, y vuelve a su tierra ese monarca amado de mi patria?

HERALDO

No soy capaz de embellecer yo tanto una mentira para que el que quiero de ella pueda gozar por mucho tiempo.

CORIFEO

¿Cómo podrías darnos una nueva que, a la par que verdad, fuera agradable? Dos cosas son que, si están separadas, no resulta muy fácil encubrir las.

HERALDO

Despareció, en su nave, de la hueste aquea. Y yo no digo falsedades.

CORIFEO

¿Le visteis todos zarpar desde Troya? ¿O acaso una tormenta, compartido azote de la escuadra, arrebatólo?

HERALDO

Diste en el blanco como un buen arquero. Mas, con breves palabras, una pena muy larga y dilatada has resumido.

CORIFEO

¿Y qué decían los demás pilotos?
¿Que estaba muerto, o que aún vivía?

HERALDO

Nadie puede saberlo, excepto el sol que alimenta la fuerza de la tierra.

CORIFEO

Pero, ¿cómo ocurrió, di, esta tormenta causada por la ira de algún numen, y que cayó sobre las naves? Dime, ¿de qué manera concluyó la historia?

HERALDO

Un día fausto no debe profanarse con infausto lenguaje. Que cada dios goza de sus privilegios. Cuando trae un mensajero, con el rostro entristecido, a la ciudad, la noticia, abominable, contando que su ejército ha mordido el polvo —para la patria, herida que a todos duele, y cada hogar recomienda sus caídos a los dioses subterráneos, por el doble azote tan caro a Ares, miseria de doble filo, yugo sediento de sangre—; entonces sí que el heraldo que llega con esa nueva, debe entonar de la Erinia el triste peán. Mas cuando, como a mí me ocurre ahora, se llega con buenas nuevas

a una ciudad que disfruta
de una bonanza completa,
¿cómo se deben mezclar
los gozos con las miserias,
contándoos la tormenta
que cayó sobre los griegos
no sin la ira del cielo?
Porque allí se conjuraron,
—hasta entonces enemigos
declarados— agua y fuego,
patentizando su unión,
destruyendo, juntamente
la mísera hueste aquea.
Por la noche ya se había
encrespado el infortunio
de un oleaje cruel:
una con otra empujaban
los vientos tracios las naves,
por el soplo de los vientos
fuertemente corneadas²⁸,
y por la lluvia también,
que, en torrente, las azota.
Y así se fueron hundiendo
por el vórtice tragadas
de un pernicioso pastor.
Cuando la brillante luz
del sol ya se levantaba,
vemos todo el mar Egeo
de cadáveres bordado
de los guerreros aqueos,
y de restos del naufragio.
A nosotros, algún dios,
—que, sin duda no fue un hombre—
y a nuestra nave, salvó
manejando el gobernalle
o intercediendo por todos.
La Fortuna salvadora,

²⁸ Mantenemos la metáfora del original griego.

se dignó, sin duda alguna,
sentarse en nuestro bajel
y, de esta guisa, ni anclados,
la furia del mar sentimos,
ni nos vimos arrojados
contra costero arrecife.
Y libres ya de una muerte
entre las ondas segura,
al aparecer la aurora,
y desconfiando aún
de aquella buena fortuna,
una nueva pena vino
a apacentar nuestro pecho:
¡Aniquilada, la escuadra,
y reducida a ceniza!
Y si alguno de ellos vive,
sin duda que estamos muertos
pensará, como nosotros
lo mismo creemos de ellos.
¡Y que todo acabe bien!
Y en cuanto al rey Menelao
.....²⁹
imagina que por él
más que por otro se empeña.
Y, por tanto, si algún rayo
de sol lo está contemplando,
es de esperar que con vida,
y de lozanía lleno
—gracias al favor de Zeus,
que no querrá aniquilar
a su estirpe³⁰— un día, llegue
de regreso, a este palacio.
Y después de este relato
que ahora acabas de escuchar
sabe que lo sabes todo.

(Sale el beraldo.)

²⁹ Laguna en el texto.

³⁰ Menelao, por su boda con Helena, era yerno de Zeus.

¿Quién impuso su nombre,
tan adecuadamente
—¿no fue alguien acaso a quien no vemos,
y que en su presciencia del destino,
rige su lengua con acierto?—,
a Helena, la novia de la lanza,
envuelta en la discordia?
Porque, evidentemente
elimina naves,
elimina guerreros,
elimina ciudades³¹.
Pasando sus lujosos cortinajes,
salió para zarpar
a los soplos del Céfiro impetuoso,
y, en pos de ella, cazadores inúmeros armados,
con escudos que siguen
el invisible rastro de los remos,
llegaron a la orilla de Simoente³²
cubierta de follaje
por obra de porfía carníceras;

a Ilión envió
la Ira de designios infalibles
boda infausta, para pedir un día
las cuentas, con el tiempo,
por los agravios infligidos
a una mesa hospitalaria,
y a Zeus, protector del hogar, a quienes,
entonan un día con voz clara
el canto nupcial, el himeneo,
que en aquella ocasión correspondía

³¹ El poeta juega con una falsa etimología del nombre de Helena, que relaciona con un verbo de sonido parecido y que significa *destruir*. Esta manifestación (*nomen-omen*), esta pretensión de ver en el nombre de una persona ya prefigurado su destino es muy típico de la época arcaica (Homero, Hesíodo, Píndaro, Esquilo, Sófocles).

³² Uno de los ríos de Troya.

entonar a los deudos.
Y ahora, en vez de aquél, es muy distinto
en cántico que aprende
de Príamo la antigua fortaleza,
y lo entona en voz alta,
en medio de gemidos,
mientras a París llaman «el del tálamo infausto»,
tras sufrir una sangre desdichada.

—Cría en su casa un hombre,
un cachorro de león,
privado de la leche de su madre;
en los primeros pasos de su vida,
manso y amigo de los niños,
y diversión de viejos; con frecuencia
lo sostienen en brazos,
cual si de un tierno niño se tratara.

—A un gesto de la mano resplandecen
sus ojos, mientras mueve
la cola, constreñido
por la exacción del hambre.
Empero, con el tiempo,
revela ya el instinto de sus padres;
y devuelve el favor de su crianza
celebrando un festín,
al que nadie invitara
con matanzas terribles de corderos
dolor inevitable
de quienes las habitan,
y de sangre se empapan las estancias,
carnicería enorme de ganado;
y ya no cabe duda:
creció en aquel hogar para trocarse
al fin en sacerdote de Ceguera.

Se diría, igualmente,
que lo que arribó a Troya
era un halo de bonanza
no agitada por vientos;

una muy dulce prenda de riqueza,
suave saeta que hiera la mirada,
flor amorosa que cautiva el alma.
Pero luego se truncan sus efectos,
y a estas bodas impone un fin amargo;
infausta donde habita,
infausta, incluso, para quien la trata,
cayó sobre el hogar de los Priámidas
enviada por Zeus Hospitalario,
una Erinia, en la forma
de lamentable esposa.

Existe, entre los hombres,
un refrán muy antiguo:
«La mortal opulencia
al llegar a un exceso
engendra nuevos hijos,
no permanece estéril.
Y, de esta buena suerte luego brota
dura miseria para su familia.»
Pero, frente a los otros,
yo pienso a mi manera:
un acto impío engendra,
después, nuevas maldades
de rostro semejante al de los padres³³.
Mas la casa do reina la Justicia
un destino conoce que tiene hermosa prole.

En cambio, entre malvados,
una insolencia antigua
suele parir nueva insolencia, un día
u otro, cuando llega la hora
fijada para el parto:
espíritu sediento de venganza,
invencible, impío, incombustible:

³³ Nótese este rasgo optimista de Esquilo frente a la creencia tradicional según la cual la prosperidad, por sí sola, acarrea el castigo de los dioses.

la Audacia, la Ceguera fatal para las casas,
espectro vivo de su propia madre.

Brilla, empero, Justicia
incluso en las cabañas negras de humo,
y enaltece al mortal que es piadoso.
Abandona la estancia
adornada con oro por unas sucias manos
dirigiendo sus ojos a otra parte,
mirando lo que es puro.
Y no practica el culto
al poder de los bienes
con sus anhelos de una falsa gloria.
Y todo lo conduce al fin primero.

(Entra Agamenón, montado en un carro, con su séquito, y acompañado de Casandra, que se balla a su lado, de pie, en el carro.)

CORIFEEO

Mi Rey, vencedor de Troya,
vástago de Atreo, ¿cómo
he de saludarte? ¿Cómo
expresarte mi homenaje,
sin pecar por un exceso
o un defecto, en lo que exige
un acto de cortesía?
Que muchos hombres prefieren
lo que es mera apariencia
y ultrajan a la justicia
Todos dispuestos están
a compadecer al que es
infeliz, mas el dolor
de la desgracia no llega
a morder su corazón.
Y así, fingen compartir
la alegría, violentando
a veces un rostro que
se resiste a sonreír.
Pero el que es un buen pastor
de sus rebaños, no deja

engañarse por el rostro
que sólo parece fiel,
y que el afecto le muestra
con una amistad fingida.
Cuando otrora disponías
tus escuadras al rescate
de Helena —mis sentimientos
no quiero ahora ocultarte—
de ti me formé una imagen
harto tosca, como si
no supieras manejar
el timón de la prudencia.
¡Rescatar a una mujer
—pensaba— que se ha entregado,
con el precio de la vida
de tantísimos guerreros!
Pero ahora —y te lo digo
desde el fondo de mi entraña
y con mi afecto— ¡cuán dulce
la fatiga, para quien
con su deber ha cumplido!
Con el tiempo, si te informas,
ya sabrás qué ciudadanos
a la ciudad defendían
cumpliendo con su deber,
y quiénes no lo cumplían.

AGAMENÓN

A Argos primero es justo que salude,
y a los dioses, coautores, de mi vuelta
y del justo castigo que yo he impuesto
a la ciudad de Troya. Pues los dioses
sin escuchar las partes en litigio,
y sin vacilación, depositaron
en la urna sangrienta, para Troya,
voto de destrucción, voto de muerte
para sus campeones; en la otra,
sin voto, por llenarla solamente

estaba la esperanza. Una humareda
señala todavía el punto donde
se erguía la ciudad hoy conquistada.
Sólo los torbellinos de Ceguera
dan signos aún de vida, y, compartiendo
con la ciudad la muerte, todavía
despide la ceniza el vapor denso
de su riqueza. Y por ello debemos
a los dioses eterna gratitud:
hemos vengado el rapto con castigo
que ha superado todas las medidas³⁴.
Por sólo una mujer, una ciudad entera
por el argivo monstruo fue arrasada
—la cría del Caballo, hueste armada
con escudos que diera enorme brinco
al caer de las Pléyades, saltando
por encima del muro, y cual león,
hasta hartarse lamió sangre de reyes³⁵.

(Pausa.)

He prolongado un tanto mi discurso
con un preludio dedicado al cielo.
Cuanto a tus sentimientos —ya he oído
y recuerdo muy bien cuanto me has dicho—
yo te digo lo mismo, estoy contigo.
Son pocos los mortales que, de forma
natural y espontánea, su homenaje,
sin asomo de envidia a sus amigos
rinden en la bonanza. De la envidia
cuando el veneno se asentó en el pecho
duplica la dolencia contraída,
y gime viendo la ventura ajena.
Porque lo sé muy bien puedo afirmarlo;

³⁴ Este superar todas las medidas suena a impío a los oídos griegos (recuérdese el lema griego, délfico: *Nada en demasia*).

³⁵ Referencia al *caballo de Troya*, con cuyo engaño pudieron los griegos penetrar en la ciudad sin ser vistos.

de la amistad conozco yo el espejo:
y que son sólo espectro de una sombra
seres que imaginaba muy adictos.
Tan sólo Ulises, que a la mar se hiciera
por la fuerza, una vez ya se vio uncido
a igual yugo que yo, estuvo dispuesto
a tirar de la cuerda que yo mismo
tiraba; y te lo digo tanto si
ya muerto está como si sigue en vida.
Por lo que toca a la ciudad y los dioses,
lo habremos de tratar en la asamblea,
en público debate, procurando
que lo que es bueno se prolongue, y si
algo exige aplicar duros remedios,
hemos de procurar, con gran cuidado
expulsarlo, quemando, o bien cortando.
Y ahora voy a entrar en mi palacio,
en mi casa, y ante todo, a los dioses
saludaré, que lejos me enviaron
y aquí me han retornado. ¡Y que Victoria
que hasta aquí me siguió, siga a mi lado!

CLITEMNESTRA

Ciudadanos, honra y prez
de la argólida ciudad,
no me voy a avergonzar
de dar, en vuestra presencia,
muestras del amor que siento;
que, con el tiempo declina
en el mortal el pudor.
Y sin haberlo aprendido
de terceros, contaré
la vida que yo he llevado
durante el tiempo en que estuvo
mi esposo al pie de Ilión³⁶.
Primero, para una esposa

³⁶ Clitemnestra vuelve a mentir sobre sus sentimientos.

es ya un tormento sin par
estarse en casa sentada
sola y sin la compañía
del marido, toda suerte
de desalmados rumores
escuchando; que uno viene
a traer malas noticias,
y después, otro, con nuevas
peores y, así, van todos
anunciando mil desgracias
para la casa. Y si tantas
heridas él recibiera
cual, por diversos conductos,
traían hasta mi casa
los rumores, bien podríais
decir que más agujeros
tiene que una red. Si hubiera
muerto tantas veces cuantas
lo anunciaban los rumores
bien podría presumir,
cual Gerión revivido,
de que posee tres cuerpos,
y de que una triple capa
ha recibido de tierra,
por cada cuerpo abatido
una vez. Por tan horribles
referencias, más de un nudo
que en el techo había colgado,
manos extrañas tuvieron
que deshacer por la fuerza
y que ahogaba mi garganta³⁷.

(A Agamenón.)

Por ello no está aquí, ahora,
a mi lado, cual debía,

³⁷ Clitemnestra pretende incluso afirmar que ha intentado suicidarse de angustia por la posible muerte de su esposo.

Orestes, tu hijo, la prenda
de mi propia fe y la tuya.
Y por ello no te extrañes;
que lo cría, con afecto,
un huésped de guerra, Estrofo,
el de Fócide, aduciendo
que era doble su peligro:
los riesgos que tu corrías
al pie del muro de Troya,
y la posibilidad
de que algún motín del pueblo
el consejo derribara.
Que es muy propio de los hombres
con el que cae ensañarse.
Y esta explicación que digo
no lleva engaño ninguno.
En cuanto a mí, la verdad,
es que la fuente del llanto
se ha secado, y que no queda
ni una gota. Ya llagados
tengo los ojos, porque
velaban hasta altas horas
de la noche, lamentando
el que nunca se encendiera
la llama de tu regreso.
Me despertaba del sueño
el más ligero rumor
de un mosquito, una vez que
veía en mis pesadillas
más desgracias contra ti
de lo que me permitía
la duración de mi sueño.
Y, tras estos sufrimientos,
con el alma liberada,
por fin, de su angustia ya,
a este hombre muy bien puedo
saludar, diciendo que es
perro guardián del rebaño,
cable que asegura el barco,

firme columna del techo,
hijo único de un padre,
y agua de manantial
para el sediento viajero
(tierra avistada a lo lejos
por los marineros contra
toda esperanza, la luz
hermosa tras la tormenta;
que siempre es dulce escapar
de la miseria presente)³⁸.

(Pausa y con majestad.)

Lo considero digno de estos nombres
y ¡que la envidia no los acompañe!
Bastante ha sido el mal que hemos sufrido.
Y ahora, amado esposo, de tu carro
desciende ya, mas sin hollar el suelo
con tus plantas, ¡oh destructor de Troya!

(Extiende ante él una alfombra de púrpura.)

Mas, ¿por qué os retrasáis, esclavas mías,
que tenéis la misión de desplegar
una alfombra a sus pies? Salga un sendero
de púrpura a su paso, y que Justicia
lo conduzca a un lugar que no esperaba.
Lo demás, un empuje no vencido
por el sueño lo hará, si Dios me ayuda,
cuando llegue el momento, y en la forma
en que quiere el Destino que se cumpla.

AGAMENÓN

Hija de Leda, guardia de mi casa
conformes con mi ausencia tus palabras
han sido: porque mucho te extendiste.

³⁸ Los versos enmarcados entre paréntesis son sin duda interpolados.

Mas debe proceder de otras personas
el elogio adecuado. Y no me trates
en forma delicada y femenina
ni me acojas a la manera bárbara,
rodilla en tierra y el halago presto.
Tampoco extiendas ante mí ninguna
alfombra, pues que la envidia mis pasos
podría acompañar. Es a los dioses
a quien hay que rendir este homenaje.
Un hombre soy: me causa escalofríos
caminar sobre estos ricos bordados.
Quiero decir que me honres como a un hombre.
Sin bordados y alfombras, por sí sola,
habla mi gloria ya; y el ser sensato
es el don más precioso de los dioses.
Hay que llamar feliz y venturoso
al que acaba su vida en la bonanza.
Ya te lo he dicho, no me atrevo a hacer
esta acción que tú acabas de indicarme.

CLITEMNESTRA

Respóndeme, no ocultes lo que piensas.

AGAMENÓN

No pienso falsear mi pensamiento.

CLITEMNESTRA

En caso de temor, ¿es que no habrías
ofrecido a los dioses tal promesa?

AGAMENÓN

Sí, de advertirme una persona sabia.

CLITEMNESTRA

Y si Príamo hubiese conseguido
una victoria tal, ¿qué hubiera hecho?

AGAMENÓN

Marchar sobre bordados, me parece.

CLITEMNESTRA

Pues no temas, tampoco, los reproches.

AGAMENÓN

Sí; mas la voz de un pueblo puede mucho.

CLITEMNESTRA

Nadie envidia al que no despierta celos.

AGAMENÓN

No es propio de mujer buscar la lucha.

CLITEMNESTRA

También es bueno que el dichoso ceda.

AGAMENÓN

¿Tanto estimas vencer en esta pugna?

CLITEMNESTRA

Aunque eres vencedor, cede a mis ruegos.

AGAMENÓN

Si así lo quieres, que desaten presto
esclavas de mis pies estas sandalias
Y que al hollar mis plantas esa púrpura
no me alcance, de lejos, la envidiosa
mirada de los dioses; me da miedo
arruinar con mis pies este palacio
pisando esta riqueza, esos bordados
comprados a alto precio. Y, ¡basta de eso!

(Señalando a Casandra.)

Acoge con afecto a esta extranjera,
que, al que sabe mandar benignamente,
los dioses lo contemplan complacientes.
Es escogida flor de entre tesoros,
don de la huerte a mi persona, y que
ha venido conmigo. Y pues conviene
atender tus palabras, voy a entrar
a palacio esta púrpura pisando.

CLITEMNESTRA

Existe el mar —¿quién podría agotarlo?—
el que nutre la savia siempre nueva
de la abundante púrpura, valiosa
como la plata, y con la que se tiñen
los tejidos. Y, gracias a los dioses,
en esta casa existe en abundancia.
Esta casa no sabe de pobreza:
yo habría prometido muchas veces
muchas prendas pisar, si me lo hubiera
el profético templo aconsejado
cuando buscaba el modo de salvarte.
Si la raíz del árbol sigue viva
el follaje se extiende hasta la casa,
y ofrece protección a la canícula.
Tu regreso al hogar, de igual manera
significa el calor en pleno invierno,
y cuando Zeus el vino va cociendo
en las agraces uvas, la llegada
del esposo querido es aire fresco.

(Agamenón entra en palacio.)

¡Oh tú, Zeus cumplidor, cumple mis ansias!
No tardes en hacer lo que has dispuesto!³⁹

(Entra en palacio Clitemnestra.)

³⁹ Con estas palabras y su alusión a *Zeus téleios* (Zeus que hace que se

CORO

¿Por qué, obstinado, brota
el temor en mi pecho de profeta,
y en torno a él revolea?
¿Por qué, ahora, mi canto vaticina,
sin recibir la orden,
sin cobrar su soldada?
¿Por qué no me es posible ahora escupir⁴⁰,
como ocurre ante absurdas pesadillas,
sin que una persuasiva confianza
se aposente en torno de mi alma?
¡Cuánto tiempo desde el momento aquel
en que, al soltar amarras,
la arena iba volando
cuando zarpó hacia Troya
la expedición naval!

El regreso contemplo con mis ojos,
—sí, soy testigo de ello—
y, con todo, en mi pecho,
espontáneo, el corazón entona
sin acentos de lira,
la lúgubre canción de las Erinias,
sin conservar intacto
aquel valor que la esperanza otorga.
Pero no en vano me urgen las entrañas:
danza dentro del pecho,
amante de Justicia,
mi corazón, envuelto
en vórtices que anuncian cumplimientos.

De una salud suprema
no es alcanzable el límite más alto.
Que la amenaza siempre,

cumplan los deseos) Clitemnestra de hecho comete una impiedad, pues se está refiriendo, con ambigüedades, a la muerte de su esposo.

⁴⁰ Ante los hechos de mal agüero, escupir era un remedio.

vecina, pared contra pared,
la enfermedad, y un humano destino
que avanza viento en popa,
choca en oculto escollo.

Si sabia precaución echa en las olas
parte de las riquezas adquiridas,
con honda mesurada,
no se hundirá del todo
la casa repleta con exceso,
ni al fondo de la mar se va el navío.
El don de Zeus, profuso,
la cosecha de un año,
aleja el morbo del hambre⁴¹.

Pero la negra sangre
en la tierra vertida
por un asesinato,
¿quién con salmodias recoger consigue?
¿Y no detuvo Zeus,
en beneficio nuestro,
al que sabía resucitar un muerto?⁴²
Si el destino marcado por los dioses
no me impidiera gozar de una ventaja,
que no debo tener,
mi alma, en este instante,
incluso anticipándose a mis labios,
dejaría brotar sus sentimientos.
Pero ahora murmura solamente,
dolorida, en la noche,
sin esperanza de que pueda
brotar útil consejo
de este mi corazón enardecido.

⁴¹ Este oscuro pasaje no es sino la expresión poética y abarrocada de la teoría del *bartazgo* (*kóros*) que engendra *orgullo* (*hybris*): el sentido es, por medio de una metáfora: así como el marino arroja parte de la mercancía ante una tempestad, así hay que precaverse ante una excesiva felicidad.

⁴² Asclepio.

Entra, también, Casandra; y, pues que Zeus,
benévolo ha dispuesto que compartas
de pie, el agua lustral de esta morada,
con los demás esclavos, cabe el ara
de Zeus, el protector de las riquezas,
desciende de este carro, y no te empees,
en mostrar tu desprecio. También, cuentan,
el vástago de Alcmena fue vendido,
y tuvo que probar el pan esclavo⁴³.
Si, pues, el hado el fiel de la balanza
inclina hacia este lado, es gran ventaja
tener un dueño rico desde siempre.
En cambio aquél que ha recogido rica
cosecha no esperada siempre es duro
y sin moderación con sus esclavos.
Ya conoces el trato de esta casa.

CORIFEO

Con palabras muy claras te lo ha dicho.
Y, pues te encuentras en la red del hado,
si has de asentir, asiente. Pero acaso
no quieras asentir.

CLITEMNESTRA

Si no es su lengua
bárbara e ignota, cual de golondrina,
espero persuadirla con palabras
que llegarán al fondo de su mente.

CORIFEO

Síguela, sí. En el caso en que te encuentras,
te ha dicho lo mejor. Baja del carro.

⁴³ Heracles, que tuvo que servir como esclavo por una acción por él cometida.

CLITEMNESTRA

No puedo perder tiempo con la extraña.
 Junto al hogar, en medio del palacio
 está ya preparado el holocausto.

[Nunca pude esperar tanta alegría.]
 Si al fin has de entender, no te retrases.
 Si no obedeces porque no me entiendes,
 no hables, y mueve tu extranjera mano.

CORIFEO

Creo que necesita un buen intérprete.
 Su aspecto es el de fiera acorralada.

CLITEMNESTRA

Está fuera de sí, sin duda alguna.
 Sólo atiende a su loco desvarío;
 llega de una ciudad recién tomada
 y no resiste el freno sin echar
 sanguinolenta espuma por la boca.
 Yo no voy a gastar más mis palabras
 para verme afrentada de este modo.

(Se va Clitemnestra.)

CORIFEO

Me inspira compasión, que no despecho.

(A Casandra.)

Ven aquí, desgraciada, deja el carro
 cede ante tu destino, acepta el yugo.

CASANDRA

¡Ay, ay! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO

¿Por qué invocas a Apolo en tus lamentos?
 No es un dios al que placen los gemidos.

CASANDRA

¡Ay, ay! ¡Dioses! ¡Horror! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO

De nuevo, contra el rito has invocado
 al dios que nunca acude donde hay llantos.

CASANDRA

¡Apolo! ¡Conductor, destructor mío!⁴⁴
 ¿A dónde me has llevado? ¿A qué morada?

CORIFEO

A la de los Atridas. Si lo ignoras
 te lo diré y podrás ver que no miento.

CASANDRA

¡Apolo, conductor, destructor mío!
 ¡De nuevo me has perdido sin remedio!

CORIFEO

Augurará, imagino, su infortunio;
 Dios persiste en su pecho aunque es esclava.

CASANDRA

¡Ay, ay!
 A una casa odiada por los dioses,
 y cómplice de un crimen fratricida,
 de cabezas cortadas...

⁴⁴ Casandra juega con una falsa etimología de Apolo, cuyo nombre relaciona con el verbo *olými, apol. lými*, que significa *destruir*.

A un matadero humano, cuyo suelo
de sangre está empapado!⁴⁵

CORIFE0

¡Buen olfato posee la extranjera,
como una perra! Ya las huellas sigue
de una muerte que al fin ya descubrió.

CASANDRA

En estos testimonios yo me apoyo:
estos niños que lloran
su propio asesinato;
han asado sus carnes
y han sido devorados por sus padres.

CORIFE0

Conocía tu fama de adivina:
pero ahora a un profeta no queremos.

CASANDRA

¡Dioses!
¿Qué crimen se prepara?
¿Qué es este nuevo daño, horrendo crimen
insoportable para los amigos,
difícil de evitar, que en el palacio
se trama? ¡más la ayuda está muy lejos!

CORIFE0

No entiendo tus augurios, pero el resto
lo sé: la ciudad toda lo pregona.

⁴⁵ Alusión al llamado crimen de Tiestes: Atreo, enemistado con su hermano le sirvió los miembros de sus propios hijos en un banquete.

CASANDRA

¿En verdad vas a hacerlo, desgraciada?
¿A tu propio marido, al que comparte
contigo el lecho, lavas en el baño,
para después... ¿cómo dire el final?...
Al punto va ocurrir: que ella ya avanza
a su encuentro, los brazos extendidos.

CORIFE0

Nada comprendo aún. Tras este enigma,
no sé qué hacer ante este oscuro oráculo.

CASANDRA

¡Ay, ay, horror!, ¿qué es lo que veo?
¿No es una red del Hades?
¡Y la trampa es la esposa!
La Discordia implacable de esta casa
lance el grito ritual
por este sacrificio tan infame.

CORIFE0

¿Qué Erinia vengadora tú me invitas
a evocar? ¡Tus voces no me aclaran!
Gotas de bilis fluyen en mi pecho
como a aquel que sucumbe ante la pica
cuando el rayo postrer de una existencia
se agosta y sobreviene el desenlace⁴⁶.

CASANDRA

¡Ay! ¡Mira! ¡Aparta el toro de la vaca!
Lo ha envuelto entre los pliegues de su manto
lo abate con su negra cornamenta,
y cae en la bañera. La tragedia
de bañera sangrienta te relato.

⁴⁶ Esta barroca expresión quiere, simplemente, evocar la palidez —provocada por la bilis según la mentalidad griega— ante la muerte.

CORIFEO

De entender vaticinios no presumo;
mas sus palabras me sugieren males.
¿Resultó nunca un bien para los hombres
un vaticinio? Las parleras artes
condujeron al hombre, en su desgracia,
hacia el temor que inspiran los oráculos.

CASANDRA

¡Ay mísera de mí! ¡Destino infausto,
el mío, sí! Proclamo mi tragedia.
¿Para qué a este palacio,
triste de mí, me has conducido?⁴⁷ ¿A qué
sino a mi propia muerte?

CORO

Divino frenesí te ha enajenado
y entonas un lamento por tu suerte,
cual pardo ruseñor
insaciable de llanto
que, en su mísero pecho, «Itis, Itis»,
grita, mientras lamenta
una existencia pródiga en desgracias.

CASANDRA

¡Hado feliz del ruseñor canoro!
Cuerpo alado los dioses le otorgaron
y una dulce existencia,
exenta de lamentos; a mí, en cambio,
un cuchillo me aguarda de dos filos
que segaré mi cuerpo.

CORO

¿Quién te ha inspirado
esas angustias vanas,

⁴⁷ Casandra está dirigiéndose a su dios, a Apolo.

ese furor divino? ¿Por qué entonas
con tu lúgubre voz tales horrores
en estridentes notas?
¿Quién te dictó los tétricos mojones
que señalan la ruta
de tu canto profético?⁴⁸

CASANDRA

¡Ay bodas, sí, bodas de Paris, ruina
de los suyos! ¡Aguas del Escamandro
que abrevas a mi patria!
En tiempos, infeliz, crecí cabe su orilla,
mas pronto voy a hacer mis vaticinios
junto al Cocito, y cabe las corrientes de Aqueronte.

CORO

¡Qué palabras tan claras pronunciaste!
Incluso un niño podría comprenderlas.
Cual por una asesina mordedura,
me siento herido ante tu infausta suerte
cuando pregonas tu doliente sino
que lacera mi pecho al escucharlo.

CASANDRA

¡Patria infeliz, perdida sin remedio!
¡Paternos sacrificios para salvar las torres,
pródigos en ofrendas de las majadas nuestras!
Pero nada ha impedido
que la ciudad sufriera
su infausta suerte y yo misma, pronto,
habré de derramar ardientes lágrimas.

CORIFEO

Esto es igual de claro
que lo que antes dijiste:

⁴⁸ Nótese la expresión metafórica.

Un demon de maldad, harto pesado,
de ti se ha apoderado, y te induce
a entonar esas voces lamentables,
de muerte portadoras.
Y al final yo no acierto a descifrarlas.

CASANDRA

(Que se ha recobrado un tanto y es dueña de sí.)

Mi profética voz, cual una novia,
no mirará ya más entre sus velos⁴⁹.
Soplando claramente, me parece,
saltará hacia levante, una desgracia
aún más horrible que la que pregono,
cual ola inmensa y cubrirá la orilla.
¡Ya no os informaré a través de enigmas!
Vosotros sois testigos: seguí el rastro
sin perderme, de crímenes antiguos:
A este palacio no abandona nunca
un coro con sus cantos monocordes,
y lúgubre es su acento. No es la dicha
lo que proclama. Y hablaré más claro:
una ronda de Erinias de la raza
—difícil de expulsar— vive en la casa,
y que bebió, para aumentar sus fuerzas
incluso sangre humana. Y, aferrados,
de esta casa en los muros van cantando
el himno de aquel crimen primigenio
para luego escupir la repugnancia
de su lecho fraterno, tan terrible,
terrible para aquél que lo ha pisado.
¿He fallado, o he dado en la diana,
cual un hábil arquero? ¿O es que yo, acaso,
soy una profetisa de mentiras
que va de puerta en puerta con su cháchara?

⁴⁹ Metáfora: Casandra ya no hablará de enigma, sino abiertamente, como la novia que levanta su velo y mira directamente al novio.

¡Depón, por tanto, ya tu testimonio!
Pero antes júrame, con tu palabra
que ignoras los pecados de esta casa.

CORO

Y, ¿un grave juramento afirmativo
puede ser el remedio? Y sin embargo
me sorprende que tú, que allende el mar
creciste, y que hablas otra lengua, puedas
describir, y tan bien, lo que no has visto.

CASANDRA

Apolo, el dios profético, incitóme.

CORIFEO

¿Es que, aun siendo él un dios, te deseaba?

CASANDRA

Antes no osaba pregonar mis cuitas.

CORIFEO

En la prosperidad se es engreído.

CASANDRA

Por mí luchaba, sí, lleno de encanto.

CORIFEO

Y, ¿tuvistéis un hijo, como es norma?

CASANDRA

Prometida a este dios, rompí mis votos.

CORIFEO

¿Ya poseías tus divinas artes?

CASANDRA

Ya cantaba a mis pueblos sus pesares.

CORIFEEO

¿Y lograste escapar a su despecho?

CASANDRA

Tras mi pecado no convenzo a nadie⁵⁰.

CORIFEEO

Yo, al menos, creo en tus vaticinios.

CASANDRA

(Nuevamente en trance.)

¡Ay de mí! ¡Oh desventura! Nuevamente terrible, el mántico aguijón me azuza, con siniestros preludios perturbándome. ¿No véis a aquellos jóvenes sentados ante el palacio cual visión de sueños? Son como niños muertos a las manos de los seres queridos; con sus palmas llenas de carne que es su propia carne, se ve cómo sostienen intestinos y entrañas ¡ay! —¡oh fardo lamentable!— que llegará a probar su propio padre. De todo alguien medita la venganza: es un león, oh sí, un león que anda suelto por el palacio y se revuelca en su lecho, esperando la llegada del señor que regresa, de mi dueño, pues que he de soportar el yugo esclavo.

⁵⁰ Tal es la tragedia de Casandra, como se evidenciará inmediatamente: no consigue convencer de sus profecías al coro sobre la muerte inminente de Agamenón.

Y el jefe de las naves, el que, un día, Troya arrasara, ignora las maldades que ha tramado esa lengua tan odiosa de perra que, hace un rato le lamía y le irguió, afectuosa, las orejas. A tal se atreve: la hembra es la asesina del macho. Es... ¿qué monstruo repugnante para acertar podría yo llamarla? Una Escila que mora en los escollos, —perdición de marinos—, una madre infernal, y rabiosa que respira un odio sin cuartel contra su estirpe. ¡Qué grito de triunfo y de victoria —como tras la victoria en el combate— ha proferido esa mujer audaz sobre toda medida! Que se alegra, da la impresión, del próspero regreso. Me es igual que no logre persuadirte. El futuro vendrá; pronto tú mismo, lleno de compasión, has de llamarme profetisa verídica en exceso.

CORIFEEO

El banquete de Tieste, celebrado con carne de sus hijos, reconozco, y lleno estoy de angustia. Me horrorizo al oír la verdad, no simple imagen. En cuanto a lo demás, sí que lo he oído, mas fuera de la pista estoy corriendo⁵¹.

CASANDRA

Verás la muerte del Atrida, digo.

CORIFEEO

¡Calla, infeliz! No digas más blasfemias.

⁵¹ Metáfora tomada del atletismo.

CASANDRA

De lo que digo no hay remedio alguno.

CORIFEO

Muy cierto, si ello ocurre. ¡Así no ocurra!

CASANDRA

Tú ruegas mientras ellos se preparan.

CORIFEO

¿Qué mano de varón prepara el crimen?

CASANDRA

Has bien perdido el rastro de mi oráculo.

CORIFEO

No entiendo con qué medios pueda hacerlo.

CASANDRA

¡Pues harto hablo yo bien la lengua griega!

CORIFEO

¡Delfos también, y no es inteligible!⁵²

CASANDRA

¡Ay, ay! ¡Qué fuerza ardiente! Ya se cierne de nuevo sobre mí. ¡Oh Apolo Licio!
¡Ay, ay de mí! La leona de dos patas, que comparte su lecho con el lobo, cuando el noble león ha abandonado su guarida, se apresta a darme muerte, pobre de mí. Como si preparara

⁵² Era proverbial la ambigüedad de los oráculos de Delfos.

una ponzoña, mezclará mi paga en este bebedizo. Y mientras contra su esposo va afilando su machete, que va a hacerle pagar, promete, altiva, el haberme traído, con su muerte. ¿Para qué conservar, pues, estas prendas, escarnio de mí misma: el cetro y las ínfulas de profeta en torno al cuello? ¡Antes de que se cumpla mi destino, os voy a destruir!

(Rompe el cetro que lleva con ella.)

¡Muy bien, pues! ¡Fuera!
En viéndote caer, pago mi deuda.
A otra en mi lugar colmad de males.
Y ahora, ved, el propio Apolo el manto de profeta me quita. Y renegando de mí, consiente incluso que devenga con estos ornamentos el ludibrio de amigos y enemigos. Vagabunda, pobre hechicera y medio muerta de hambre, he de aguantar el verme así insultada. Y el dios que profetisa me hizo un día, me ha traído a morir. En vez del ara que tenía en mi patria, ahora me espera de mortal tajo verme herida, al lado de víctima que aún está caliente. Y con todo, no han de dejarme impune los dioses: vendrá otro, sí, un tercero, un vengador, asesino, retoño de su madre, y que pedirá las cuentas por la muerte del padre. Él, desterrado, vagante y fugitivo de esta tierra, un día ha de volver a dar remate a esta infamia que alcanza a un ser querido⁵³. Los dioses con solemne juramento

⁵³ Referencia a Orestes.

traerlo prometieron a vengarse
por el abatimiento de su padre.
¿A qué, pues, lamentarme, compasiva?
Si vi a Troya sufrir lo que ha sufrido,
y a mi conquistador así cayendo,
por decreto divino; ¡ea! en la casa
voy a entrar a enfrentarme con la muerte.
En estas puertas yo saludo al Hades.
Certo golpe pido solamente
y así cerrar los ojos sin espasmos
entre chorros de sangre que la muerte
me traigan compasiva y dulcemente.

CORIFEO

¡Oh mujer desdichada en demasia⁵⁴
en demasia sabia! Mucho hablaste.
Pero si sabes cuál es tu destino
¿por qué tan decidida vas al ara
cual res que han consagrado al sacrificio?

CASANDRA

No existe escapatoria, forasteros.

CORIFEO

Mas el postrer instante es muy valioso.

CASANDRA

El día ya llegó. No valen fugas.

CORIFEO

Debes tu gallardía a un pecho osado.

CASANDRA

Ningún hombre feliz oye estas loas.

⁵⁴ Recogemos la repetición del original.

CORIFEO

Heroica muerte es dulce para el hombre.

CASANDRA

(Dirigiéndose a las puertas del palacio.)

¡Ay de ti, padre, ay, de tus nobles hijos!

CORIFEO

¿Qué ocurre que temblando retrocedes?

CASANDRA

(Retrocediendo.)

¡Ay, ay!

CORIFEO

¿Retrocedes? El miedo es de tu mente.

CASANDRA

La casa hiede a muerte, hiede a sangre.

CORIFEO

Es el aroma de los sacrificios.

CASANDRA

Es un hedor igual al de un sepulcro.

CORIFEO

(Con ironía.)

No es aroma de Siria la que dices.

CASANDRA

Entro, pues, en palacio, por mí misma
y por Agamenón llorando el hado.
Basta ya de la vida. ¡Ay, extranjeros!
Yo no gimo de miedo, simplemente,
cual ave en un arbusto. Cuando muera,
sed testigos por mí de estos sucesos
el día en que, por mí, mujer, perezca
otra mujer, y sea abatido un hombre
que tuvo infausta esposa. Esa es la prenda
de hospedaje que, como un moribundo,
hoy os suplico...

CORIFEO

¡Oh cuánta compasión
siento, infeliz, por tu fatal destino!

CASANDRA

Quiero aún decir unas palabras; no
entonar un lamento por mi vida:
al Sol suplico, en esta luz postrera,
que el Vengador, al tiempo, también venga
mi muerte, sí, la muerte de esta esclava,
de esta mujer que fue tan fácil presa.

(Entra en palacio.)

CORIFEO

¡Ay, la fortuna humana! Si es dichosa,
una sombra semeja, y si es infausta
húmeda esponja todo el cuadro borra;⁵⁵
y es esto más que aquello lo que siento.

CORO

Es la prosperidad, para los hombres,
insaciable pasión: nadie renuncia a ella.

⁵⁵ Nótese el lenguaje metafórico de la expresión.

Nadie le dice, con la mano alzada:

«La entrada te prohíbo.»

A este varón los dioses concedieron
vencer a Troya, y, llega, ahora, a la patria
por los dioses honrado. Mas si hoy ha de pagar
la sangre que virtiera en el pasado,
y con su muerte, por culpa de otra muerte,
ha de causar más muertes,
¿quién, quién, al escuchar esto, osaría
decir que vino al mundo exento de desgracias?

AGAMENÓN

(Desde el interior del palacio.)

¡Ay de mí!

¡Me han herido de muerte en las entrañas!

CORO

¡Calla!

¿Quién grita que le hieren mortalmente?

AGAMENÓN

¡Ay, ay de mí otra vez!

¡Una segunda herida he recibido!

CORO

Se ha perpetrado el crimen, me parece,
a juzgar por los gritos del monarca.
¡Ea! deliberemos bien sobre este hecho.

(Se dividen en varios semicoros.)

—Os diré lo que creo necesario:
pedir que la ciudad traiga socorros.

—Yo opino que hay que entrar a toda prisa,
y descubrir el crimen cuando aún
el puñal mana sangre.

—Lo comparto,
y voto por la acción, ya no hay tiempo
para perderse en dudas.

—Está claro.
El preludeo es de un golpe para hacerse
con el poder.

—Es que nos retrasamos;
y ellos hollan la gloria de la duda
y no permiten que su mano tenga
un descanso.

—No sé qué sugerir.
Mas antes de la acción hay que hacer planes.

—Yo pienso igual: que a un muerto, con palabras
la voz ya no es posible devolverle.

—Para alargar la vida, ¿cederemos
el poder al que ultraja este palacio?

—¡Intolerable, sí, antes la muerte!
Que es más dulce morir que ser esclavo.

—Con los gemidos como solo indicio,
¿vamos a presagiar que el rey ha muerto?

—Es al saber los hechos con certeza,
cuando debe estallar la indignación:
presumir y saber no son lo mismo.

—Abundo totalmente en esta idea
de descubrir al rey lo que le ocurre.

*(El coro se dispone a entrar en palacio, pero aparece Clitemnestra.
Al fondo del palacio se ven los cadáveres de Agamenón y de
Cassandra.)*

CLITEMNESTRA

(Que aparece ante la puerta con frialdad y dueña de sí misma.)

Si antes dije palabras que exigía
este trance y ahora lo contrario
proclamo, no voy a sentir rubor.
Pues, ¿cómo en otro caso el que se apresta
a descargar su bilis contra aquél
que le odia a su vez, fingiendo ser
amigo suyo, podría una trampa
insalvable de muerte levantar?
Ha tiempo que tenía preparado
este proyecto. Y ya llegó la hora
del triunfo final, ¡tras tanto tiempo!
Aquí me yergo, do descargué el golpe
ante mi víctima; y obré de tal
manera, no os lo voy a negar, que
no ha podido ni huir ni defenderse.
Una red sin salida, cual la trampa⁵⁶
para peces, eché en torno a su cuerpo,
—la páfida riqueza de un ropaje—
Lo golpeo dos veces, y, allí mismo,
entre un grito y un grito, se desploma.
Cuando está ya en el suelo, un tercer golpe
le doy, ofrenda al Zeus de bajo tierra,
protector de los muertos. Ya caído,
su espíritu vomita; exhala, entonces,
un gran chorro de sangre, y me salpica
con negras gotas de sangrante escarcha.
Y yo me regocijo cual las mieses
ante el agua de Zeus, cuando está grávida
la espiga. Y eso es todo. Alegraos
por ello, argivos, si es que os causa gozo.
Yo exulto, y si fuera razonable
verter sobre un cadáver libaciones,

⁵⁶ Nueva aparición del tema de la red. Pero ahora ya no es una red metafórica, sino real.

ahora fuera justo, y más que justo.
A tal punto, la cratera, de males
execrables llenó, y ahora lo paga...

CORIFEO

Tus palabras nos causan gran asombro.
¡Qué osadía en tu lengua! ¡Qué soberbia
jactancia ante tu esposo!

CLITEMNESTRA

Me tentáis

cual si fuera mujer irreflexiva.
Y os digo, sin temor dentro del pecho,
—y lo sabéis muy bien—: nada me importa
el que aprobéis o condenéis mis actos.
Este es Agamenón, cadáver ya, mi esposo,
muerto a los golpes de mi mano, digna
obra de un experto artista. He dicho.

CORO

(Muy agitado.)

¿Qué mala hierba, mujer,
nutrida por la tierra, qué ponzoña
sacada del mar bebiste
para atreverte a cargar
sobre ti este sacrificio
despreciando la maldición de un pueblo?
Pero serás una mujer sin patria,
odio implacable de tu propia tierra.

CLITEMNESTRA

¿Ahora decretas para mí el destierro
y soportar el odio de mis gentes,
y las imprecaciones de mi pueblo?
Pero entonces no hiciste nada en contra
de este varón, que, sin darle importancia,
como si se tratara del destino

de una res, cuando sobran las ovejas
en el rebaño, osó sacrificar
—el parto más querido de mi vientre—
a su hija, para hechizar los vientos
de Tracia. ¿No era éste a quien debías⁵⁷
de esta tierra expulsar, así lavando
sus crímenes? Acabas de escucharme,
y te eriges ya en juez de mi conducta!
Lanza tus amenazas a sabiendas
de que estoy igualmente preparada.
Y si tú me doblegas con tu brazo,
podrás ser mi señor, mas si los dioses
deciden lo contrario he de enseñarte
a saber, aunque tarde, qué es prudencia.

CORO

Altanero es tu espíritu, y hablaste
palabras insensatas.
Con tu crimen, no hay duda,
tu mente ha enloquecido.
Lo proclaman tus ojos
inyectados de sangre.
En paga de tu crimen
sin amigos y sola
tú tendrás que pagar golpe por golpe.

CLITEMNESTRA

Pues escucha tú ahora
la norma de mi propio juramento:
Por la total justicia de mi hija,
por Ate y por Erinia
en cuyo honor he cometido el crimen:
Jamás penetrará en este palacio
ni asomo de Terror, mientras alumbra
Egisto el fuego de mi hogar que es hoy

⁵⁷ Ifigenia.

como siempre leal a mi persona.
Porque él es para mí un no corto escudo
de mi propio valor.

Miradle, yace en tierra el que ofendióme,
el encanto de todas las Criseidas
de la tierra troyana. Con él, ella
también, la prisionera, la adivina
que, amante real, con él comparte el lecho,
y que con él los bancos de una nave,
desgastara. La muerte han conocido
que merecían. Él así ha caído,
y ella, cual cisne, su postrer lamento
cantó, para yacer, enamorada,
a su lado. ¡Ha sido él, mi esposo
quien aquí la ha traído, a mi banquete,
a sazonar con ella las viandas!

CORO

¿Por qué no caerá sobre nosotros
con paso apresurado, y sin dolores,
sin clavarme en el lecho,
un destino fatal que trae sueño eterno,
puesto que ha sucumbido
nuestro buen protector,
que por una mujer tanto ha sufrido?
¡A manos de mujer perdió la vida!
¡Loca Helena! Tú sola, tantas vidas,
tantísimas, segaste al pie de Troya.
Y ahora te has ceñido
la suprema corona, inolvidable:
una sangre que no puede lavarse.
No hay duda: en aquel tiempo,
había en el palacio una Discordia
para ser la ruina de un esposo.

CLITEMNESTRA

No implores, no, la muerte,
porque te haya abatido este suceso.
No dirijas tu cólera hacia Helena,
cual si fuera homicida de guerreros,
cual si hubiese segado
tantas vidas de griegos,
causando una aflicción inextinguible.

CORO

¡Oh genio que te abates
sobre esta familia,
contra las dos Tantálidas,
que, a través de las hembras
un valor tú fomentas que se iguala
a su talante —y eso
el corazón me rompe.
Ahora apostado sobre su cadáver
cual un cuerpo enemigo,
una canción siniestra
te jactas de entonar, según el rito.

CLITEMNESTRA

Ahora has corregido
la ley de tu lenguaje:
al invocar el genio
que sobre este linaje tres veces se ha cebado.
Él es quien nos inspira
el sangriento deseo
que anida en las entrañas: Antes ya
de que termine el mal antiguo, un nuevo
absceso surge.

CORO

¡Terrible, sí, terrible
es, para esta familia,
ese genio colérico que invocas!

¡Ay, ay!
Lúgubre invocación de azar horrible.
¡Oe, oe!
Por voluntad de Zeus,
que es de todo la causa,
el hacedor de todo,
porque, ¿es que acaso hay algo
que sin que Zeus lo quiera, alcance cumplimiento?
¿Y cuál de estas desgracias
no ha sido decretada por los dioses?

¡Ay, ay, oh Rey, oh Rey!
¿Cómo voy a llorarte?
¿Qué podría decirte
que salga del amor de mis entrañas?
Estás aquí tendido,
entre las redes de esa telaraña,
exhalando tu aliento
con una muerte impía,
¡ay, ay de mí!
en este lecho innoble,
abatido con toda alevosía
por arma de dos filos,
blandida por la mano de tu esposa.

CLITEMNESTRA

Tú afirmas que yo de esto soy la autora:
Pues no, no pienses ni siquiera
que ahora soy de Agamenón la esposa.
Porque ha sido el antiguo,
el duro genio vengador de Atreo
aquel anfitrión de dura entraña,
que ha tomado la forma
de la esposa del muerto, y lo ha inmolado
para vengar la muerte de unos niños⁵⁸.

⁵⁸ Clitemnestra pretende que su persona está poseída por el demon que quiere destruir la casa de los Atridas.

CORO

Que tú eres inocente de este crimen
¿quién podrá sostenerlo? ¿Cómo no?
Aunque quizás el genio
vengador de su padre te ha ayudado.
A través de regueros
de sangre emparentada,
Ares, el tenebroso, se abre paso
buscando en su camino
el instante propicio
para vengar la muerte de unos niños
entre coágulos de sangre devorados.

¡Ay, ay, oh Rey, oh Rey!
¿Cómo voy a llorarte?
¿Qué podría decirte
que salga del amor de mis entrañas?
Estás aquí tendido,
entre las redes de esa telaraña
exhalando tu aliento
con una muerte impía,
¡ay, ay de mí!
en este lecho innoble,
abatido con toda alevosía
por arma de dos filos
blandida por la mano de tu esposa.

CLITEMNESTRA

No creo que tuviera innoble muerte.
¿No fue él, acaso,
quien trajo la desgracia a mi familia?
Por el dolor que causó injustamente
al ser que de él brotara,
la llorada mil veces Ifigenia,
¡que sufra justamente!
Que en Hades no presuma con exceso
con su muerte: por obra de una espada
ha pagado sus actos.

CORO

Privado de consejo, no sabría
adónde he de volverme,
ahora que esta casa se derrumba.
Ante el fragor sangriento de esta tromba
que hace temblar la casa, me horrorizo.
¡Y el huracán arrecia! Y el destino
fatal Justicia afila en otras piedras
preparando otro estrago.
¡Ay, tierra, tierra!
¡Si en tu seno me hubieras acogido
antes de ver tendido a este guerrero
en lecho angosto y en argénteo baño!
¿Quién lo sepultará? ¿Quién va a ofrecerle
su turno funerario? ¿Es que tendrás
la audacia de llorar
a tu esposo después de asesinarlo?
¿De ofrecer a su alma inicua mente,
en premio a sus hazañas,
un homenaje impío?
Y, ¿quién ante su tumba
lágrimas vertirá
en honor de este héroe
recitando su elogio
con corazón sincero?

CLITEMNESTRA

Tú no eres el que debe preocuparse.
Que si bajo mis golpes cayó muerto,
he de enterrarlo yo
con esas mismas manos,
sin que nadie le lllore en esta casa.

(Con sarcasmo.)

Ifigenia, tan sólo
su hija, como ha de ser,
en el raudal pasaje de las penas

dará la bienvenida, eternamente,
a su padre, y, abrazando su cuello
con sus brazos y un beso le dará.

CORO

¡Ultraje por ultraje!
¡Difícil de juzgar es este trance!
Expolio contra expolio:
quien ha matado, paga.
Mientras Zeus se mantenga
firme sobre su trono, será firme
también este precepto:
«El culpable, a pagar.»
Tal es la ley sagrada.
¿Quién va a poder, al fin, de este palacio
expulsar este genio execrable?
¡La Ruina está aferrada a este linaje!

CLITEMNESTRA

Recalaste, y con toda verdad,
en este oráculo. Pues bien, estoy
dispuesta a rubricar
con el genio de la raza
de los Plisténidas, yo,
sagrado pacto, aceptando
estos hechos, por más duros que sean.
Pero que él abandone, desde ahora,
esta casa y se vaya,
se vaya a destruir otras familias
con golpes parricidas.
Que yo tengo bastante con gozar
de una parte pequeña de mis bienes
si consigo arrancar de este palacio
este furor de muerte sobre muerte.

(Llega Egisto con su guardia personal.)

¡Oh dulce luz de un día justiciero!
 Ya puedo proclamar que desde arriba
 miran los dioses la desgracia humana,
 y que son vengadores de lo injusto,
 al ver —¡y con qué gozo!— a este varón
 aquí tendido, envuelto en el ropaje
 de la Erinia, así pagando el crimen
 que cometió la mano de su padre.
 Su padre Atreo, señor de esta tierra,
 —para contar la historia en sus detalles—
 expulsó del país y de su casa
 a Tiestes, su hermano, disputando
 por el trono. Y un día el propio Tiestes
 regresó, suplicante, a su morada,
 y consiguió tan sólo, con su muerte
 no empapar con su sangre el suelo patrio.
 Pero entonces Atreo, padre impío
 de éste, y fingiendo celebrar con gozo
 un día consagrado al sacrificio,
 le ofrece, como prenda de hospedaje,
 ágape con la carne de sus hijos:
 los pies trinchó, y los dedos de la mano
 por encima...⁵⁹ cada cual en su asiento,
 irreconocibles. En su ignorancia,
 tomó un trozo probando los manjares
 que, como ves, funestos a esta casa
 fueron. Después, al descubrir aquella
 horrenda acción, lanza un gemido, y cae
 al suelo vomitando aquel carnaje,
 contra toda de Penélope la raza
 imprecando un destino de horrores,
 derribando de un puntapié la mesa
 para fortalecer su maldición:
 «Perezca de este modo la familia
 de Plístenes entera.» Esta es la causa

⁵⁹ Hay aquí probablemente, una laguna en el texto.

por la que puedes verle aquí tendido.
 Y yo debería ser, muy justamente,
 el llamado a tramar esta matanza:
 era el hijo tercero de mi padre,
 y con él me enviaron al destierro
 cuando era sólo un niño de pañales.
 Pero crecí, y me traje nuevamente
 la Justicia; y sin pisar la casa
 he podido alcanzarle con mis golpes,
 toda la trama urdiendo de su muerte.
 Y ahora hasta la muerte será dulce
 al verle entre las redes de Justicia.

CORIFEEO

Yo no apruebo en el crimen la insolencia,
 Egisto. ¿Afirmas que le has dado muerte
 deliberadamente, y que tú sólo
 maquinaste este crimen lamentable?
 Pues yo te digo —y toma nota de esto—
 que, al llegar la justicia, tu cabeza
 la maldición no evitará del pueblo,
 ni sus pedradas.

EGISTO

¿Y eres tú, el que ocupa
 el banco inferior de los remeros⁶⁰
 quien habla este lenguaje, cuando quien
 a bordo manda es el que está en el puente?
 Ya sabrás, aunque viejo, cuánto es duro
 aprender a tus años, cuando reza
 prudencia la consigna. Los grilletes
 y el tormento del hambre, te aseguro,
 son buenos curanderos de la mente
 para enseñar, incluso, al anciano.
 ¿Lo ves y no lo entiendes? No cocees
 el agujijón, no sea que lo alcances
 y te hieras.

⁶⁰ Metáfora tomada de la vida marinera.

CORIFE0

(*A Clitemnestra.*)

Mujer, tú, guardián
de la casa, ¿has deshonrado a quienes
apenas han llegado del combate
y el lecho del esposo, juntamente?
¿Has maquinado tú la muerte de éste?

EGISTO

También estas palabras causan llanto.
Es tu lengua contraria a la de Orfeo:
él todo lo arrastraba en pos de la
dulzura de su canto, y tú serás
arrastrado: pues tus necios ladridos
me irritan ya. Te mostrarás más manso
una vez ya te vea sometido.

CORIFE0

¿Tú vas a ser el rey de los aqueos?
¿Tú que, tras planear su asesinato,
no tuviste valor para la empresa
matando con tus manos?

EGISTO

Eso es claro:
porque, poner la trampa, era la esposa
quien lo debía hacer. Yo desde tiempo,
era ya un enemigo sospechoso.
Con la ayuda de las riquezas de éste
intentaré reinar en este estado.
Al rebelde impodréle duro yugo
—a fe— no como un potro de tirante
repleto de cebada, pues el hambre,
mala amiga, unida a las tinieblas
sumiso lo verá.

[306]

CORIFE0

En tu cobardía,
¿por qué no lo abatiste con tus manos
sino que fue la esposa, de esta tierra
y de los dioses maldición, quien muerte
le dio? ¿No ve la luz del sol Orestes,
y, por querer del hado, no podría
regresar a esta tierra, para erguirse
en triunfal matador de uno y otro?

EGISTO

Pues que tú te dispones de esta guisa
a actuar y a expresarte, vas a ver
muy pronto. ¡Hola! ¡Mi guardia! ¡Armas en mano!

CORIFE0

¡Todos en guardia, requerid la espada!

EGISTO

Tampoco yo a mi vez, espada en mano,
rehusaré la muerte.

CORIFE0

Pues de muerte
hablas, el augurio acepto. Tentemos
la fortuna.

CLITEMNESTRA

(*Interponiéndose.*)

Oh, no, no, no provoques,
¡oh para mí es el más caro de los hombres!
otras desgracias. Ya es dura la cosecha
ésta que, en abundancia, hemos segado.
¡Basta ya de dolores; no más sangre!
Y vosotros, ancianos venerables,

[307]

entrad en vuestras casas, y ceded
a la fortuna, antes de que sufráis
un daño irreparable. Basta todo
tal como le hemos dado cumplimiento.
Si con esta desgracia es suficiente,
la aceptamos, heridos con crueldad
por la pesada garra de este genio.
Que es así como una mujer opina,
si quiere alguien saberlo.

(Se va llevando a Egisto hacia palacio.)

EGISTO

Pero, ¿qué?

¡Que contra mí esa chusma su lenguaje
azuze incontinente, y que me lance
al rostro esos insultos, la fortuna
tentando, mientras niegan que el que vence
pueda mostrar un sentimiento humano!

CORIFEO

Adular a un malvado no es de argivos.

EGISTO

¡Vendré a buscarte en días venideros!

CORIFEO

No, si un dios trae a Orestes a esta tierra.

EGISTO

El desterrado de esperanzas vive.

CORIFEO

¡Adelante! Así, mancha a la Justicia.

EGISTO

Te voy a castigar por tu locura.

CORIFEO

Presume sin temor, cuál hace el gallo
delante las gallinas.

CLITEMNESTRA

No te importen
esos ladridos, no, que tú y yo, dueños
de esta casa, buen orden le impondremos.

LA ORESTÍA (II)

LAS COÉFOROS

PERSONAJES DEL DRAMA

ORESTES
PILADES
CORO DE ESCLAVAS
ELECTRA
CRIADO
CLITEMNESTRA
NODRIZA
EGISTO

(Salen a escena Orestes y Pilades. El primero se acerca a la tumba de Agamenón y reza.)

ORESTES

¡Oh Hermes subterráneo, considera todo el poder que tenía mi padre, y sé mi salvador, sé mi aliado! Yo te lo imploro, pues llego a esta tierra regreso de mi exilio... De pie junto a esta tumba, yo a mi padre suplico que me atienda, que me escuche... A Inaco este bucle, por haberme criado, yo le ofrendo, y este otro como ofrenda de duelo, pues no estuve a tu lado, para llorarte, padre, en tu muerte, ni levanté los brazos al enterrar tus despojos mortales¹.

(Se corta un bucle y lo deposita ante la tumba.)

Pero, ¿qué es lo que estoy viendo?
¿Qué significa este grupo de mujeres, que, cubiertas con sus enlutados velos se dirigen a este punto?
¿A qué habré de referirlo?
¿Quizá una nueva desgracia

¹ Las palabras de Orestes se han tomado de pasajes de Aristófanes; el texto original se ha perdido.

le ha ocurrido a este palacio?
¿O acertaré si imagino
que libaciones que calman
a los muertos, se encaminan
para ofrendar a mi padre?
Sin duda, no es otra cosa:
me parece que es mi hermana
Electra la que hacía aquí
con ellas acude. Me
lo confirma el dolorido
aspecto que ellas presentan.
¡Oh Zeus, que pueda vengar
yo la muerte de mi padre!
Dígnate tú ser mi aliado.
Pílates, ya de su vista
alejémonos, que pueda
conocer bien claramente
qué lo que esta procesión
de mujeres significa.

(Entra el coro. Entre tanto los dos se ocultan en unos matorrales.)

CORO

De palacio he salido
enviada a acompañar la ofrenda a un muerto,
golpeando mis palmas vivamente.
Roja está mi mejilla por los cortes
por el surco reciente que han abierto mis uñas.
Que durante mi vida,
mi corazón de penas se ha nutrido.
Los desgarros que destruyen la tela de mi ropa
de dolor han gritado
en los velos que mi pecho cubren
herido por desgracias
que rechazan la risa.

Con un claro lenguaje que eriza los cabellos
el profeta de sueños que vive en el palacio

respirando venganza desde el fondo del sueño,
ha lanzado
desde lo más profundo del palacio,
en plena noche,
un grito de terror, pesadamente
cayendo en las estancias
donde viven las mujeres.
Y los intérpretes que inspirados por dios
explican estos sueños,
proclamaron que los que bajo tierra viven
están llenos de cólera,
y airados contra sus asesinos.

Y entonces, llena de ardor, me envía
a ofrecer esta gracia que no es gracia,
—¡Tierra Madre!— un remedio
para alejar los males,
esta impía mujer. Y me horroriza
decir estas palabras.
Pues, ¿qué remedio existe
para una sangre que ha sido ya vertida?
¡Ay, hogar desgraciado,
familia arruinada!
Sin sol, aborrecidas de los hombres,
las tinieblas envuelven esta casa,
por el asesinato de su dueño.

La majestad de un día
invencible, indomable e inatacable,
que inundaba el oído
y el corazón del pueblo,
hoy ya no existe, y todos sienten miedo.
Triunfar, para el hombre,
es como un dios, y algo mayor aún.
Pero la inclinación de la Justicia
a unos oscurece, veloz, en pleno día;
a otros los aguarda el dolor en el crepúsculo,
y a otros, en fin, los retiene una noche sin efecto.

Por las gotas de sangre
bebidas por la tierra nodriza
vengativo coágulo de sangre
se forma que no vuelve ya a fluir.
Una acerba ruina
deja pasar el tiempo
y el culpable da una buena cosecha
de males que lo invaden todo.

Para el que ha profanado
un lecho virginal ya no hay remedio,
y aunque muchos torrentes se juntaran
en uno solo, en vano lavarían
la sangre criminal.

Y puesto que los dioses
la desgracia enviaron a mi patria,
y de mi hogar paterno
hacia un destino esclavo me llevaron,
la fortuna me obliga
a aceptar desde que era una niña
contra mi voluntad lo justo y lo no justo,
reprimiendo en mi pecho el odio amargo.
Y, oculta entre mis velos
lamento las terribles desgracias de mi dueño,
con el alma helada por ocultos dolores.

ELECTRA

Esclavas, fieles sirvientas
de mi casa; puesto que
me acompañáis en la ofrenda
dadme ya vuestro consejo.
¿Qué es lo que debo decir
en tanto yo vierto estas
funerarias libaciones?
Y, ¿cómo podré yo hablar
un piadoso lenguaje?
¿Cómo podré dirigir
las plegarias a mi padre?

¿Acaso diré que vengo
a ofrecerlas al esposo
en el nombre de su esposa,
lo que es decir de mi madre?
Yo no me atrevo a decirlo
y no sé cómo rezar
mientras estas libaciones
a la tumba de mi padre
voy virtiendo. ¿O bien pronuncio
las palabras de costumbre
en el mundo, en tales casos:
«que responda con venturas
a quien le manda esas flores?»
¿O bien en silencio, forma
insultante —cual murió
mi pobre padre— una vez
ya la libación vertida
que ha de beber esta tierra,
me retiro, como quien
tira los restos impuros
de una ofrenda, y echo lejos
de mí, sin volver el rostro
este cofre? Aconsejadme
en mi decisión, amigas;
que, al fin y al cabo, en la casa
un mismo odio compartimos.
Y no me ocultéis por miedo
hacia nadie lo que oculta
vuestro corazón, que el hado
aguarda igual al que es libre
y al que a otro está sometido.
Habla, pues, si es que tú puedes
decir algo más sensato.

CORIFEEO

Pues que respeto cual un altar la tumba
de tu padre, deseo revelarte
lo que me pides, lo que oculta el pecho.

ELECTRA

Habla ya, pues que respetas
de mi buen padre la tumba.

CORIFEO

En tanto vas virtiendo libaciones,
ve rezando palabras piadosas
en favor de los que le han sido fieles.

ELECTRA

¿Y a quién, de entre mis amigos
puedo invocar de este modo?

CORIFEO

Ante todo, a ti misma, y a los que
sienten un odio intenso contra Egisto.

ELECTRA

¿Entonces serán por ti
y por mí misma esos rezos?

CORIFEO

Considera tú misma mis palabras
y respóndeme luego.

ELECTRA

¿Y a quién más
añadir a este partido?

CORIFEO

Recuerda a Orestes, aunque muy lejos.

ELECTRA

Es bueno, sí, tu consejo.

CORIFEO

Recuerda a los culpables de su muerte...

ELECTRA

¿Y luego qué he de decir?
Ilustra bien mi ignorancia.

CORIFEO

Que un hombre o un dios contra ellos aparezca...

ELECTRA

¿Es decir, que llegue un juez,
o que llegue un vengador?...

CORIFEO

No; di sólo «que dé muerte por muerte».

ELECTRA

¿Y que pida esto a los dioses
lo crees tú muy piadoso?

CORIFEO

Y, ¿cómo no va a ser santo y piadoso
devolver mal por mal al enemigo?

ELECTRA

(Mientras vierte la libación.)

Oh tú, heraldo supremo de quien vive
en tierra y bajo tierra, oh Hermes ctonio,
socórreme, pidiendo a las deidades
del subsuelo que escuchen mis plegarias,
y a la Tierra que da vida a los seres
y una vez les ha dado su alimento

en su seno, de nuevo, los acoge.
Y yo entre tanto, mientras voy virtiendo
agua lustral en honor de los muertos
invocando a mi padre, así le digo:
«Ten compasión de mí, y de mi querido
Orestes. Haz que brille en esta casa
la luz de nuevo. Pues cual vagabundos
caminamos, vendidos por aquella
mujer que un día nos pariera, y que
en tu lugar tomara por esposo
a Egisto, de tu muerte un día cómplice.
Yo misma soy tratada como esclava.
Orestes vive desterrado, lejos
de su heredad, cuando ellos con el fausto,
que tú con tus fatigas conseguiste,
gozan ahora. Yo también te pido
—y préstame atención, padre querido—
que vuelva Orestes por un don del hado.
En cuanto a mí, más casta que mi madre
concédeme que sea, y una mano
más piadosa también.» He aquí los votos
para nosotros; para mi enemigo
yo imploro, oh padre, que aparezca un día
quien te vengue, y que en justicia mueran
tus asesinos. E intercalo en medio
contra ellos en mis votos favorables
esta maledición: «Para nosotros
sé portador de gozo en este mundo
con la ayuda del Cielo, de la Tierra
y de Justicia que da la victoria.»
Mis súplicas son éstas; después de ellas
yo derramo en tu honor estas ofrendas.
Y vosotras, de acuerdo con el rito,
con la flor del lamento coronadlas
entonando el peán de los difuntos.

CORO

Vertid lágrima ardiente
y de muerte por nuestro señor muerto,

ante este baluarte para el bueno
—que es protección, al tiempo
abominable y del dolor conjuro—,
que se han vertido ya las libaciones.
¡Óyeme, Majestad, Señor, escucha
desde tu corazón hundido en la niebla!
¡Ay, ay!
Con su potente lanza, ¿qué guerrero
vendrá a salvar la casa, manejando
el arco escita con la mano, que
en la lucha se dobla,
y la espada sin puño
para la lucha cuerpo a cuerpo?

ELECTRA

Mi padre ya ha recibido
las libaciones que absorbe
la tierra. Mas compartid
ahora nuevas razones.

CORIFEO

Dí, que de miedo el corazón me baila.

ELECTRA

Recién cortado bucle hay en la tumba.

CORIFEO

¿De quién? ¿Es de varón o es de doncella?

ELECTRA

Fácil es de juzgar para cualquiera.

CORIFEO

¿Puede una anciana, y cómo, tus palabras
entender de alguien que es más joven? Dime.

ELECTRA

Yo, y nadie más, puede haberlo ofrecido.

CORIFE0

Sí, pues un enemigo es quien debiera expresar su dolor con ese bucle.

ELECTRA

Con todo, si lo miras, cuán igual...

CORIFE0

¿A qué cabello? Esto saber quisiera.

ELECTRA

... a los míos. La cosa es evidente.

CORIFE0

¿Lo habrá enviado Orestes en secreto?

ELECTRA

¡Sí!, ¡cuánto se parece a sus cabellos!

CORIFE0

¡Llegar aquí! ¿Cómo pudo atreverse?

ELECTRA

Este bucle cortóse y lo ha enviado en mortuoria ofrenda a nuestro padre.

CORIFE0

Pues no me causa a mí menor tristeza todo lo que me dices, si esta tierra no ha de pisar de nuevo, con sus plantas.

ELECTRA

También a mí una marea de bilis el corazón me ha inundado, y como herida por un afilado dardo aquí en el pecho me siento. Incontenibles y ardientes de mis ojos brotan gotas de inundación tempestuosa al contemplar este bucle. Pues, ¿cómo esperar que sea de un ciudadano ese bucle? Pero tampoco ha podido ser mi madre, la asesina, cortárselo, pues su nombre desmienten los sentimientos que ha mostrado con sus hijos. Y afirmar sin más ambages que es una ofrenda de Orestes, el ser que me es más querido... Mas me halaga la esperanza. ¡Ojalá tuviera lengua, una lengua inteligible cual es la de un mensajero y así no me sentiría entre dos afirmaciones conmovida! ¡Si dijera claramente o bien que debo rechazar esas ofrendas, si proceden de verdad de una persona enemiga, o bien que muy ciertamente es de mi hermano, y que debo asociarla a mis sollozos como un don y un homenaje a la tumba de mi padre! Invoco a los dioses, ellos que saben muy bien por qué

tormenta, cual marineros,
somos ahora arrastrados.
Porque si hay que alcanzar
al final la salvación,
de una pequeña semilla
gran tronco puede brotar.

(Siente otro sobresalto.)

Pero aquí hay otro indicio:
huellas de unos pies iguales
comparables a las mías.
Son huellas de dos pisadas:
las tuyas y las de quien
hace camino a su lado.
Si se miden, los talones
y las líneas de sus plantas,
coinciden exactamente
con las mías. ¡Oh qué angustia
dolorosa! Mi razón
siento que se me extravía.

ORESTES

(Saliendo de su escondite.)

Ruega a los dioses, pues, que en el futuro
tus deseos se cumplan como en este
momento para ti se están cumpliendo.

ELECTRA

¿Qué bien he recibido de los dioses?

ORESTES

Estás ante el objeto de tus ansias.

ELECTRA

¿Sabes acaso a qué mortal llamaba?

ORESTES

Suspirabas con ansia por Orestes.

ELECTRA

¿Es que están satisfechas mis plegarias?

ORESTES

Soy yo, no busques más a un ser querido.

ELECTRA

¿Me paras una trampa, oh extranjero?

ORESTES

Me engañara a mí mismo si así fuera.

ELECTRA

Tú te ríes de mí y de mis desgracias.

ORESTES

También de mí, si yo de ti me burlo.

ELECTRA

¿Orestes eres, y así he de llamarte?

ORESTES

Me estás viendo en persona y no lo crees.
Y con ver un mechón de mi cabello
—ofrenda funeraria— y ver las huellas
de mis pies, antes, tú te entusiasmaste
y creíste encontrarte a mi presencia.
Mira del pelo de tu hermano el bucle,
ponlo en la zona de que fue cortado
e igual al tuyo lo verás. Contempla
esta prenda que es obra de tu mano,

esta escena de caza, y las señales
que dejó el bastidor.

(Electra se le echa al cuello.)

Pero domínate;
que el gozo no extravíe tus sentidos:
Sé que el ser más querido es mi enemigo.

ELECTRA

¡Oh el más dulce cuidado de la casa
paterna! ¡Oh mi llorada esperanza!,
¡semilla salvadora! En tu valor
confía y recupera de tu padre
el palacio. ¡Oh dulce rostro que
es para mí, al tiempo, cuatro cosas!
Que es fuerza que te invoque como a padre,
que en ti fije el afecto de una madre,
—que nos es, con razón, tan odiosa—
y el de la hermana, cruelmente inmolada.
Y eres mi hermano fiel, que aquí ha llegado
y mi propio respeto trae consigo.
Ahora, que la fuerza, y el derecho,
y Zeus omnipotente nos ayuden.

ORESTES

¡Oh Zeus, oh Zeus, contempla este espectáculo!
Dirige tu mirada hacia estas crías
de un águila, de un padre que murió
en los lazos y espiras de una víbora.
Sin amparo, el hambre, las oprime
con su ayuno, pues aún no tienen fuerzas
para llevar al nido lo que el padre
les cazaba. Pues bien, de igual manera
puedes vernos a mí y a ésta —a Electra—
sufriendo el mismo exilio de su casa.
Si las crías de un padre tú destruyes
que tantos sacrificios te ofrecía,

y que tanto te honraba, ¿dulce ofrenda
de mano igual podrás tener, acaso?
Y si el tronco real llega a pudrirse
ya no podrá servir en tus altares
en los días fijados para el culto.
Protégelos, y levanta a esta casa
que parece caída enteramente.

CORIFEO

¡Hijos, oh salvadores del hogar
paterno! Callad ya, no vaya a oídos
alguien, mis hijos, y por darle gusto
a su lengua no lo descubra todo
a los que mandan. ¡Si pudiera verlos
muertos un día, envueltos en el chorro
resinoso de la llama!

ORESTES

¡Oh, no,
no va a traicionarme el poderoso
Loxias, que me ordenó que este peligro
afrontara, urgiéndome con voz
imperiosa, y desgracias anunciando
—y que helaron mi ardiente corazón—
si no persigo yo a los responsables
de la muerte de padre, de igual modo
—así me lo decía— dando muerte
por muerte, colérico como un toro
por ese mal que no sana el dinero.
Y si no, proclamaba que yo mismo,
y con mi propia vida, pagaría
entre terribles, múltiples fatigas.
Y mostrando a los hombres, de la tierra
las furias vengativas, me iba hablando,
en su amenaza, de dolencias que
a la carne se agarran, y de lepras
que con fuertes mandíbulas devoran
el cuerpo, y de las canas que, por culpa

de ese mal aparecen. Y aún otros
ataques de las Furias, provocados
por la sangre de un padre, proclamaba,
mientras brillaban en la noche sus
ojos y colérico las cejas
iba moviendo; que el dardo invisible
de los poderes de la tierra (cuando
claman venganza, de la misma estirpe
las inocentes víctimas) locura
y vano horror surgido de la noche
persigue, ataca, expulsa de la patria
con broncíneo aguijón que el cuerpo ultraja.
Que un hombre tal no puede tener parte
en la cratera, ni de los amigos
unirse a libación; y la invisible
ira del padre impide que se acerque
a los altares; nadie le da asilo,
nadie con él se aloja; sin derecho
alguno, sin amigos, muere al cabo
de un tiempo, cruelmente reseca
por una enfermedad que lo consume.
¿No debo prestar fe a estos oráculos?
Y aunque yo no lo hiciera, ha de cumplirse
esta acción: pues confluyen en el mismo
punto unos estímulos diversos:
las palabras del dios, y por mi padre
este dolor inmenso, y la indignancia,
y mi deseo de que unos ilustres
ciudadanos, de Troya destructores,
con su gloria, no sean los esclavos
de dos simples mujeres; pues su espíritu
es de mujer, y, si lo ignora, pronto
va a saberlo muy bien, te lo aseguro.

CORO

¡Oh poderosas Moiras, que por gracia
de Zeus puedan cumplirse estas empresas
conforme a la balanza de Justicia!

«A cambio de palabras enemigas,
que palabra enemiga se tribute.»
Exigiendo su deuda,
tal es lo que pregona la Justicia:
«Por un golpe de muerte,
golpe también de muerte;
contra acto criminal, el escarmiento.»
Tal proclama un refrán tres veces viejo.

ORESTES

¡Padre, padre infeliz!, ¿con qué plegaria,
con qué rito podría, desde lejos,
parejo con el viento,
llegar donde tu lecho te retiene?
La luz contrapartida es de la sombra.
Pero es un homenaje,
también, a los Atridas,
el lamento a las puertas del palacio.

CORO

Hijo mío, el espíritu del muerto
no lo abate la enérgica mandíbula
del fuego: pues su furia muestra fuego.
La víctima es llorada,
el vengador asoma,
y el grito de ¡«Justicia!»,
que claman padre y madre,
acosa, por doquier, irresistible.

ELECTRA

Escucha, padre mío,
el turno de mi llanto lacrimoso;
llora por ti el lamento
fúnebre de tus hijos;
cual suplicantes, tu tumba nos acoge;
también, cual desterrados;
¿qué habrá de acabar bien y sin desgracias?
¿No es invencible siempre la ruina?

CORO

Aún, si lo quisiera,
un dios podría hacer que de este daño
más gozosos acentos emergieran;
y en lugar de lamentos funerarios,
un canto de triunfo aún podría
traer a las estancias del palacio
vino recién mezclado.

ORESTES

¡Ojalá, padre mío,
ante el muro de Troya
te hubiesen abatido licias lanzas!,
dejando, así, tu gloria a este palacio,
cimentando en el curso de tus hijos
una vida que atrae las miradas,
un elevado túmulo
allende el mar te habrían erigido,
desgracia a tu familia soportable...

CORO

... Y entonces, caro a cuantos te eran caros
allí, muerto con gloria, brillarías
bajo la tierra cual augusto príncipe,
ministro de los grandes
señores subterráneos.
Que fuiste rey, en vida,
de quienes con sus manos y su cetro
con la tarea cumplen
que les legó el destino.

ELECTRA

¡Si ni siquiera, padre,
hubieses sucumbido al pie de Troya!
¡Si no hubieses hallado sepultura
con la restante hueste,
caída en el combate,

cabe el río Escamandro!
Si, antes, tus asesinos
hubiesen sucumbido de este modo,
y alguien, muy lejos, nuestra desventura
ignorando, hubiese conocido
el destino fatal que les dio muerte!

CORO

Esto, hija mía, vale más que el oro;
lo que pides supera la ventura
más excelsa, la de los Hiperbóreos²,
pero poder, sí puedes.
Lo cierto es que el chasquido de este doble
trallazo hasta mí llega;
los defensores de éstos están ya bajo tierra,
las manos de quien manda son impuras
y esto es algo odioso para el muerto,
y lo es aún mucho más para sus hijos.

ORESTES

Como un dardo penetra en mis oídos
lo que has dicho; ¡Oh Zeus, oh Zeus! Envía
desde abajo un tardío
castigo contra la mano osada y asesina.
¡Incluso en una madre ha de cumplirse!

CORO

¡Oh, si me fuera dado
entonar, algún día, con voz clara,
el himno de victoria!
¡Ante el hombre inmolado, ante la esposa muerta!
¿A qué ocultar en vano
lo que sale volando de mi pecho?
¡Ante mi proa ruge,
furiosa, la cólera del alma, odio implacable!

² Pueblo mítico, cuya suprema felicidad cantaron algunos poetas griegos, como Píndaro.

Pero decidme, ¿cuándo
el abundoso Zeus,
segando, ay, ay, cabezas
desgarrará su brazo?
¡Que vuelva la confianza en esta tierra!
Justicia pido contra injustos seres.
¡Oh Tierra, Potencias subterráneas, escuchadme!

CORO

Es ley, sí, que las gotas
vertidas en el suelo
con un asesinato exijan nueva sangre.
Pues conjura la muerte a las Erinias
que en nombre de los que antes han caído
van trayendo desgracia tras desgracia.

ORESTES

¡Soberano del mundo de los muertos!
¡Maldiciones terribles de los muertos!
Mirad cómo se encuentra
lo que resta del clan de los Atridas,
en qué indignancia, privados de su casa.
¡Oh Zeus!, ¿adónde puedo dirigirme?

CORO

De nuevo me palpita
con fuerza el corazón
al oír tus lamentos. Desespero,
de bilis se ennegrecen mis entrañas
al oír tus palabras.
Pero cuando te veo bien dispuesto
a la lucha,
aleja mis dolores la esperanza,
que se abre ante mis ojos lisonjera.

Y, ¿qué más te diremos
para obtener tu ayuda?
¿Acaso los dolores
con que nos ha afligido nuestra madre?
Es posible calmarlos,
pero son al embrujo inaccesibles.
Cual carnicero lobo,
por culpa de mi madre,
implacable mi espíritu se muestra.

CORO

Al son de un ario canto me golpeo
el pecho, y siguiendo
los compases de cisia plañidera.
Al ritmo de una sierra
y bañados en sangre, pueden verse
los gestos de mi mano, uno tras otro,
desde arriba, de lejos; con los golpes
mi dolorida y percutida testa
retruena sin descanso.

ELECTRA

¡Ay, ay, cruel, ay madre osada! ¿Cómo
pudiste, en cruel sepelio,
enterrar sin su pueblo al soberano,
sin gemidos, sin lágrimas,
enterrar a tu esposo?

CORO

Fue mutilado, para que lo sepas.
Y la autora
que lo enterró de esta manera infame
buscaba que su muerte
resultara insufrible a tu existencia.
Ya oíste la desdicha de tu padre,
llena de infamia.

ELECTRA

Mencionas el destino de mi padre,
pero a mí me tenían reclusa,
sin dignidad, sin poder hacer nada.
Aislada en mi estancia,
cual perro peligroso,
las penas me brotaban
más prestas que la risa,
y virtiendo, en mi encierro,
un lamento de lágrimas sin cuento.

(A Orestes.)

Oye estas crueldades,
y manténlas grabadas en tu mente.

CORO

Óyelas sí, permíteme
que entren en tus oídos
estas palabras, hasta
las tranquilas honduras de tu espíritu.
El pasado así fue, el resto procura
conocer con tu arrojo.
Has de ir a la lucha
con ánimo implacable.

ORESTES

Me has contado, ay de mí, toda la infamia.
Y este ultraje a mi padre ha de pagarlo,
con la ayuda de dios y de mis manos.
¡Quítele yo la vida, y muera luego!
.....³
A ti te invoco, júnete a los tuyos!

³ Laguna en el texto.

ELECTRA

Yo te llamo en mis lágrimas bañada.

CORO

Nuestro coro
con unánime voz se une a estos rezos.
Ven a la luz y escucha;
y ponte a nuestro lado
frente a nuestro enemigo.

ORESTES

Ares con Ares luchará, y Justicia,
también, contra Justicia.

ELECTRA

¡Ay dioses, asentid
con justicia a estos ruegos!

CORO

Tiembla mi corazón
al oír vuestros votos.
El destino final ha tiempo espera.
Con plegarias podría, al fin, cumplirse.
—¡Oh miseria aferrada a este linaje!
¡Oh golpes discordantes
y sangrientos de Ate!
¡Ay duelos insufribles, gemebundos!
¡Ay dolor implacable!

La venda que ha de ser
remedio de esta herida
reside en esta casa: no la pueden
poner manos ajenas,
ha de ser ella misma
por medio de sangrienta y cruda lucha.
¡Este es el himno de los dioses que
bajo la tierra habitan!

—Oh dioses subterráneos,
escuchad esta súplica.
En vuestra gran clemencia
enviad a estos hijos
un auxilio que lleve a la victoria.

(Orestes y Electra han ido subiendo hasta la parte más alta del túmulo. Ahora, puestos de rodillas, golpean la tierra.)

ORESTES

¡Oh padre que caíste
de un modo tan indigno de un monarca!
Dame, yo te lo imploro,
el poder de esta casa.

ELECTRA

Yo te pido lo mismo, padre mío.
Necesito tu ayuda
para huir de la muerte
e inflígísel a Egisto.

ORESTES

De esta suerte,
tu parte alcanzarás en los banquetes
que ofrecen los mortales.
Si no, carecerás de los honores
en las ricas ofrendas,
hechas de llama y grasa, de esta tierra.

ELECTRA

Yo, con toda mi dote,
te ofreceré, en mis bodas, libaciones
al salir de la casa.
Habrá de ser tu tumba
para mí la riqueza más preciada.

ORESTES

¡Tierra, permite que mi padre pueda
contemplar esta lucha!

ELECTRA

Concédenos, Perséfone,
la gloriosa victoria.

ORESTES

Recuerda el baño donde te arrancaron,
oh padre, la existencia.

ELECTRA

Recuerda aquellas redes
que contigo estrenaron...

ORESTES

En grilletes sin bronce te atraparon...

ELECTRA

Y unos velos urdidos con perfidia.

ORESTES

Al oír tal ultraje, ¿no despiertas?

ELECTRA

¿No vas a levantar tu amada frente?

ORESTES

Envía la Justicia
para unirse al combate con los tuyos,
o déjanos usar la misma llave,
si quieres que, vencido,
resultes vencedor.

ELECTRA

Escucha ya mi súplica postrera.
Contempla estos polluelos
posados en tu tumba, amado padre;
ten piedad del gemido
del macho y de la hembra.

ORESTES

No dejes que se pierda enteramente
la semilla de Pélope; que así,
aunque estés bajo tierra,
no habrás muerto del todo.
[Los hijos son la voz
que salva a los hombres de la muerte.
Como el corcho ellos son
que tiran de la red, así impidiendo
que el tejido de lino vaya al fondo.]⁴

ELECTRA

Escucha, que por ti es este lamento.
Te salvas a ti mismo
si escuchas mis plegarias.

(Bajan del túmulo.)

CORIFEO

Vuestra larga oración no es reprochable
tributo hacia esa tumba no llorada.
Y, pues tu corazón está dispuesto
a lanzarse al combate, haz lo que falta
y reta así al destino que te aguarda.

ORESTES

Así se hará. Mas no creo importuno
preguntar el porqué de esas ofrendas,

⁴ Este pasaje se considera interpolado.

y por qué intenta reparar tan tarde
un daño sin remedio. Era mezquino
el tributo a un espíritu insensible.
Que aunque yo a calcular no alcanzaría
el valor de la ofrenda, ésta es, sin duda,
inferior a la culpa. Por la sangre
vertida, aunque ofrecieras tus riquezas
el esfuerzo es inútil, según dicen.
Contesta a lo que quiero, si lo sabes.

CORIFEO

Hijo, lo sé, que yo estaba presente.
Por los sueños nocturnos aterrada
esta impía mujer nos ha ordenado
ir a ofrecerle algunas libaciones.

ORESTES

¿Puedes contar el sueño exactamente?

CORIFEO

Parecióle parir una serpiente.

ORESTES

Y, ¿cómo terminaba este relato?

CORIFEO

La envolvía en pañales, como a un niño.

ORESTES

¿Qué alimentos tomaba la serpiente?

CORIFEO

Ella en persona le acercaba el pecho.

ORESTES

Y, ¿no le hería el monstruo los pezones?

CORIFEO

Chupaba leche con sangre mezclada.

ORESTES

¡No son vanos los sueños de los hombres!

CORIFEO

Ella, entonces, despierta horrorizada, lanzando un grito de terror, y, en casa, al grito de la dueña, las antorchas, que apagara la víspera, se encienden. Luego envía estas fúnebres ofrendas esperando que sean un remedio que pudiera calmar su alma angustiada.

ORESTES

Pues yo pido a la Tierra y al sepulcro del padre, que en mí encuentren estos sueños cumplimiento feliz. Como lo entiendo, todo cuadra muy bien: si esta serpiente parece que nació del mismo seno que yo, si se introdujo en mis pañales, si chupó con su boca el mismo seno que un día me criara, y que de él hizo brotar sangre con leche; si mi madre lanzó un grito de horror ante el suceso, no hay remedio: ya que ella ha alimentado esta alimaña, morirá por fuerza. Soy yo quien la asesina, convertido en serpiente, como lo indica este sueño



Mujeres en la fuente.

CORIFEO

Te escojo como intérprete del sueño,
y ¡ojalá que suceda como dices!
Pero danos tus órdenes a todos;
dinos lo que hay que hacer, de que abstenerse.

ORESTES

El asunto es muy sencillo:
tú entrarás en el palacio

(A Electra.)

y a vosotras recomiendo
que mantengáis nuestro pacto
porque quienes, con engaños,
a aquel varón dieron muerte,
con nuestro engaño también
sean al fin sorprendidos,
en igual trampa muriendo
tal como el príncipe Apolo,
Loxias, proclamara un día,
profeta que hasta este instante
nunca me ha mentido. Y, yo,
cargado con mi bagaje,
me acercaré de la entrada
a la puerta, acompañado
de Pilades —huésped nuevo
el uno, y antiguo huésped
el otro de este palacio—.
Y hablaremos en la lengua
del Parnaso, los acentos
del fócido remedando.
Y es posible que ningún
portero con rostro alegre
nos reciba, que esta casa
es hoy presa de desgracias.
Allí vamos a quedarnos
sin movernos, hasta que alguien

ante la puerta pasando,
se dirija mil preguntas
y así diga: «¿Cómo, pues?
¿Por qué Egisto de su casa
a un suplicante rechaza
si está en Argos y conoce
el asunto en cuestión?»
Pues bien, si yo entonces llego
a traspasar el dintel
de la puerta y me lo encuentro
sentado en el trono augusto
de mi padre, o si más tarde
llega y me habla cara a cara,
—que no dudo que el habrá
de reclamar mi presencia—
antes de decir: «¿De dónde
ha venido el forastero?»,
cadáver lo dejaré
después que yo con mi bronce
su cuerpo haya traspasado.
Y la Erinia, que de muerte
no va ya escasa, esta sangre
cual tercera libación,
habrá de apurar entonces.
Tú, pues, atenta, vigila
lo que ocurre en esta casa,
y que todo vaya bien.
Y a vosotras un discreto
lenguaje os pido: a callar
cuando convenga y a hablar
las palabras adecuadas.
Y por lo que al resto atañe,
que Él su mirada dirija
hacia aquí, y que me asegure
la victoria en esta lucha.

(Orestes acompañado de Pilades, se retira.)

Cría la tierra inúmeros
y horrorosos azotes;
los marinos abismos
rebotan de enemigos portentosos
para el hombre; en el cielo
brillan los astros que traen maleficio a los mortales.
Todo ser alado, en fin, o bruto de la tierra
contar podría del huracán las iras tormentosas.

Mas, ¿quién podría hablar
del alma más audaz que la del macho,
y del amor sin freno
—compañero de azotes para el hombre—
que anida en las entrañas
de temeraria hembra?
El vínculo que enlaza a las parejas
en la bestia, en el hombre, acaba siempre
roto por la lujuria de las hembras.

Quien no ha dejado que le broten alas
a su espíritu vano,
que conozca la astucia incandescente
que imaginó la miserable
hija de Testio, de su hijo asesina,
al dejar consumir la roja llama
compañera del hado de su hijo,
desde aquel mismo instante en que saliera
llorando, del seno de su madre,
y que había de medir el tiempo de su vida
hasta llegar el día
marcado por los hados⁵.

Pero hay otra mujer, en las leyendas,
más odiosa aún,

⁵ La madre de Meleagro, que permitió que la llama que marcaba los días de su vida se apagara, causando, así, la muerte de su hijo.

la sanguinaria Escila: ella a su esposo
la muerte provocó
para buscar el bien del enemigo,
por un collar dorado deslumbrada,
don de Minos, arrancando a Neso
su mortal cabellera
cuando plácidamente respiraba
en el sueño,
¡esa mujer de corazón de piedra!
Y así, de esta manera,
pasó a las manos de Hermes.

Y pues he recorrido
tan amargas desgracias, ¿no es acaso
justo que este palacio
abomine de una odiosa esposa,
de los arteros planes
de un femenino corazón
contra un varón en armas?
—¡contra tu esposo, sí, cual si enemigo
fuera, la mano levantaste!

De entre los grandes crímenes
el de Lemnos ocupa
un lugar destacado en la leyenda⁶.
El pueblo lo condena entre lamentos
y cada nuevo crimen
con el crimen de Lemnos se compara.
Por este sacrilegio
que condenan los dioses
la raza ha sucumbido
en medio del desprecio de los hombres;
porque nadie respeta
aquello que a los dioses no es querido.
¿Cuál de estas tradiciones

⁶ Las mujeres de Lemnos dieron muerte a sus esposos. El tema está tocado en *Los Argonautas* de Apolonio de Rodas.

no espigo justamente?,
honrando así un hogar que no se enciende,
y el cetro femenino
que toda audacia ignora.

El puñal puntiagudo junto al pecho
hiere y traspasa, en nombre de Justicia
(hollada en tierra) contra
quien la majestad de Zeus, con alma impía,
un día violara.

Es firme el basamento de Justicia;
y Aisa funde ya el bronce
y un hijo ha enviado a este palacio
para cobrar, después de tanto tiempo,
la mancha de unos viejos homicidios,
la ilustre Erinia, de designios hondos.

(Vuelven a aparecer Orestes y Pilades.)

ORESTES

(Llamando a la puerta.)

Esclavo, esclavo. ¿No oyes que a la puerta
están llamando? ¿Quién hay dentro? Esclavo,
—repito—. ¿Quién, en casa? Es la tercera
vez que te llamo para que alguien salga
de esta casa, si gusta de acoger
a un huésped por las órdenes de Egisto.

ESCLAVO

Sí, sí, ya atiendo. Mas, ¿de dónde viene
el extranjero? Dime, ¿de qué tierras?

ORESTES

Anúnciame a los dueños de la casa,
a los que me dirijo con noticias.
Y date algo de prisa, que ya el carro
oscuro de la noche se acelera,

y la hora es llegada en que ya el ancla
los mercaderes echan en las celdas
que acogen a los huéspedes. Que venga
alguien que tenga autoridad en la casa,
la dueña del lugar; mejor, el dueño.
Pues el recato, en las conversaciones,
enturbia las palabras; pero un hombre
habla a otro hombre sin recelo alguno
y expone claramente su objetivo.

(Clitemnestra sale del palacio.)

CLITEMNESTRA

Estranjeros, hablad, si es que tenéis
algo que hablar; que en esta casa existe
cuanto cabe esperar: baños calientes,
lecho que hechizará vuestras fatigas,
y la presencia de personas dignas.
Si hay que tratar asuntos de más monta,
esto es cosa del varón: a él me remito.

ORESTES

Pues yo soy un extranjero
procedente de la Fócide,
un daulio. Cuando ya estaba
dispuesto para partir
con el bagaje completo
en dirección hacia Argos
—ciudad donde me detuve—
sin conocerle, y sin que
él a mí me conociera,
topóse conmigo un hombre,
y después de preguntar
hacia dónde me encamino,
y tras revelarme el suyo,
dirigióme estas palabras
Estrofió el fócido —yo he
sabido cómo se llama

a lo largo de la charla—:
«Ya que, de todas maneras,
te diriges hacia Argos,
acuérdate, oh extranjero,
de comunicar, sin falta,
a sus padres que está muerto
su hijo Orestes. No lo olvides.
Y tanto si es voluntad
de los suyos recibirlo,
o que lo entierren allí
donde cual huésped vivía,
tráeme cuando regreses
sus noticias. Por ahora
las paredes de una urna
de bronce guardan los restos
de este joven a quien todos
lloramos siguiendo el rito.»
Eso es todo lo que oí,
y vengo a comunicarlo.
Si estoy hablando con uno
de sus deudos o parientes,
lo ignoro; mas quien le diera
el ser, creo, ha de saberlo.

CLITEMNESTRA

¡Acabas de anunciar nuestra ruina!
¡Maldición de esta casa, cuán difícil
es contra tí luchar! Con ojo claro
consigues descubrir lo más oculto
y herirlo con tus dardos que no fallan.
Unos seres queridos me has quitado.
Ahora ha sido Orestes, que en buen hora
sus plantas alejara de esta trampa
de muerte, y ahora apenas la cabeza
asoma; la esperanza tú arruinas
de esta casa, para encontrar al médico
que extirpe de ella esa locura horrible.

ORESTES

Pues en cuanto a mí concierne,
mi ilusión hubiera sido
trabar mi conocimiento
con huéspedes tan honrados,
y ser de ellos acogido
por traerles buenas nuevas.
Pues, ¿quién háy mejor dispuesto
hacia un huésped, que otro huésped?
Mas me hubiera parecido
cosa impía no dar cima
al encargo de un amigo
después que lo prometí
y de haberme él acogido.

CLITEMNESTRA

No habrás de recibir por ello un trato
que no te corresponda, ni serás
menos caro al palacio; al fin y al cabo
otro hubiera traído estas noticias.
Pero llegó la hora de que un huésped
que ha caminado su jornada, encuentre
ya su descanso tras largo camino.

(A una esclava.)

Guíalo ya a la estancia de invitados,
junto con sus esclavos y cortejo,
y que disponga allí de todo cuanto
tiene el palacio. Esta misión te encargo
y de ella habrás de serme responsable.

(Salen Orestes y Pilades, con su cortejo, acompañados de la esclava.)

Voy a contarle al dueño del palacio,
y pues en él hay amigos leales,
allí discutiremos este trance.

(Entra en palacio.)

CORO

Oh leales cautivas del palacio,
¿cuándo, pues, mostraremos
la fuerza en nuestros labios
para ayudar a Orestes?
Oh Tierra, mi Señora,
rúmulo venerable levantado
sobre el augusto cuerpo de un caudillo.
Escucha ahora mi ruego:
dame tu protección, pues que ha llegado
la hora de que salte
a la liza la artera
Persuasión, y de que Hermes,
el dios de los infiernos y la noche
les guíe en esta lucha
de espadas homicidas.

(Sale de palacio la nodriza.)

CORIFEEO

Yo pienso que el extranjero
dentro va causando estragos:
estoy viando a la nodriza
de Orestes cómo derrama
lágrimas.

(Se acerca a ella.)

Cilicia, dime,
¿hacia dónde te encaminas?

NODRIZA

Mi señora me ha ordenado
que comunicara a Egisto
que acuda aquí a toda prisa
a hablar con los forasteros,
para que así, de hombre a hombre,

se entere, sin sombra alguna,
del mensaje que han traído.
Adoptó, ante los esclavos,
un gesto muy doloroso,
si bien por dentro ocultaba
el gozo que le causaba
hecho tan fausto para ella,
—mientras que para esta casa
es todo desolación
por la nueva que han traído
estos huéspedes. Sin duda
su corazón ha saltado
de gozo cuando esta nueva
escuchó. ¡Infeliz de mí!
Y las desgracias antiguas,
tan duras, amontonadas
en casa de los Atridas,
han destrozado mi pobre
corazón dentro del pecho.
Mas yo nunca he recibido
golpe tan cruel como éste:
que los demás infortunios
aún podía soportarlos
con toda resignación...
Mas que mi pequeño Orestes,
un pedazo de mi vida,
a quien cuidé desde el mismo
instante en que de su madre
yo le recibí en mis brazos...
¡Las mil torturas causadas
por sus llantos, que me hacían
toda la noche velar!...
todo lo he sufrido en vano.
Puesto que a una criatura
sin el uso de razón
hay que tratarla —¿no es eso?—
como a un pequeño animal,
siguiendo la intuición.
Porque un niño de pañales

no dice que tiene sed,
ni hambre, ni que ha de orinar.
Se basta a sí mismo el vientre.
Y yo en muchas ocasiones
acertaba, pero en otras,
me equivocaba, lo sé,
y con ello lavandera
de pañales era, que entrambos
oficios se confundían.
Y porque yo conocía
estos dos oficios, pude
recibir al niño Orestes
de los brazos de su padre.
y, ¡ahora me entero que ha muerto!
Mas del hombre voy en busca
que es la ruina de esta casa.
¡Me imagino con qué gozo
recibirá esta noticia!

CORIFEO

¿Cómo dijo que acuda hasta el palacio?

NODRIZA

Repíte tu pregunta y así entiendo.

CORIFEO

Si con su guardia, o si ha de venir solo.

NODRIZA

Que venga dijo con su guardia entera.

CORIFEO

Pues no des estas órdenes a tu amo,
sino «que acuda solo de manera
que no provoque alarmas». Vete y trae
la orden a toda prisa, alegremente.
El mensajero puede hacer que salga
bien todo el plan en el secreto urdido.

NODRIZA

Después de estas noticias, ¿aún confías?

CORIFEO

¿Y si al fin cambia Zeus nuestro infortunio?

NODRIZA

¿Cómo? ¡Nuestra sola esperanza ya no existe!

CORIFEO

No es verdad, pues que incluso un adivino
inexperto podría así augurarlos.

NODRIZA

¿Qué es lo que dices? ¿Sabes algo, acaso,
distinto de la nueva que han traído?

CORIFEO

Vete ya a toda prisa con tu encargo.
Los dioses cuidarán de lo que falte.

NODRIZA

Voyme pues a cumplir estos consejos.
Y que todo resulte, con la ayuda
de Dios, de la manera más perfecta.

CORO

Escucha mi plegaria
Zeus, padre de los dioses todos
del Olimpo, y concede
al señor de esta casa
que en su empeño triunfe
por contemplar de nuevo la justicia.
Mi ruego te he expresado justamente,
y ahora, Zeus, dale tú cumplimiento.

Concédele el triunfo,
Zeus, sobre el enemigo de palacio.
Si lo exaltas, serán
dobles y triples las ofrendas que
de buen grado habrá de devolvérte.

Es el huérfano potro
de un ser que te es querido
y uncido a un carro de fatigas; dale
medida en la carrera
y un ritmo salvador para que pueda
contemplar en la pista
el brio de su marcha victoriosa.

Vosotros que ocupáis
un ángulo repleto de tesoros
en el palacio, ¡oh deidades benignas!,
conducid... la sangre derramada
de los antiguos crímenes,
con el auxilio de pronta justicia.
¡No engendre nueva prole
la sangre antigua dentro del palacio!

Y tú, que habitas en umbral grandioso
que brillante se yergue,
concede que levante nuevamente
el hogar de un guerrero
su frente; que después
de este velo de noche
pueda al fin ver, con tranquila mirada,
la libertad y su luz esplendorosa.

Y que el hijo de Maya⁷
le preste justamente su concurso;
que nadie es más propicio, si lo quiere,
para encauzar con viento favorable
una empresa. Y si así lo desea,

⁷ Hermes.

hace brotar sentencias sin sentido
y, pronunciando una palabra oscura,
la negra noche expande ante los ojos,
sin resultar más claro en pleno día.

Y entonces ya los cánticos ilustres
por la liberación de este palacio,
cánticos femeninos
para amansar el viento,
melodías agudas
con gritos que resuenen cantaremos:
«La ciudad ha vencido.» Para mí
florece esta ganancia, ciertamente,
si Ate se encuentra lejos de quien amo.

Y lleno de coraje,
cuando llegue el momento culminante,
si ella te grita «¡Hijo!».
«Sí, de mi padre», dices,
dando así cumplimiento
a este acto de venganza irreprochable.

Respirando en tu pecho
la audacia de Perseo,
fiel a quienes reposan bajo tierra,
fiel a quienes la habitan,
vistiendo Ate sangrienta,
aniquila al culpable de este crimen.

(Sale Egisto de palacio.)

EGISTO

He venido, y no por propio impulso,
que me trajo un mensaje; yo he sabido
que han llegado extranjeros con la nueva,
en verdad no agradable, de la muerte
de Orestes. Y eso fuera una carga
empapada de horror para esta casa

herida ya y maltrecha tras aquella
sangre que un día derramaron. ¿Cómo
debo juzgarla, verdadera y real,
o se trata más más bien de esas leyendas
de mujeres, forjadas por el miedo,
que saltan en el aire y que se esfuman?
¿Cómo podrías tú aclarar mi mente?

CORIFEEO

La noticia, la oímos. Pero entra
en palacio y pregunta al extranjero.
No existe un mensajero más completo
que acudir ante él mismo e interrogarle.

EGISTO

Quiero verme con ese mensajero
y preguntar si estaba cerca de él
al morir, o bien si sus palabras
proceden de un rumor sin fundamento.
A una mente que sabe discernir,
no logrará engañarla, ciertamente.

(Entra Egisto en Palacio.)

CORO

¡Oh Zeus, oh Zeus!, ¿qué hacer?
¿Por dónde he de empezar mis oraciones,
mi llamada a los dioses,
y, en mis buenos deseos,
cómo decir lo justo? Porque, ahora,
los filos de la espada matadora
tiñéndose de sangre,
consumarán la ruina sempiterna
de los Atridas, o, prendiendo Orestes
de libertad una brillante llama,
y de poder legal, la gran riqueza
habrá de recobrar de sus mayores.

Tal es la lucha que
él solo, contra dos, y sin reservas,
se dispone a afrontar,
el muy divino Orestes.
¡Y que todo conduzca a la victoria!

EGISTO

(Desde dentro.)

¡Ay, ay de mí!

SEMICORO A

¡Muy bien,
muy bien! ¡Hiere de nuevo!

SEMICORO B

¿Qué está pasando allí? Y, ¿cómo han ido
las cosas en palacio?

SEMICORO A

Retirémonos ya
mientras la cosa acaba.
No parezca que somos responsables
de todos estos males.
Que la lucha final ya ha concluido.

ESCLAVO

(Sale corriendo del palacio.)

¡Ay, ay de mí! ¡Mi señor!
¡Que ha sido apuñalado!
¡Ay, por tercera vez!
Egisto ya no existe.
Mas, ea, pronto, abrid a toda prisa,
y corred los cerrojos de la estancia
de las mujeres; con urgencia falta

un brazo joven... empero no para
prestar auxilio al que ya está acabado.

(Golpea las puertas del gineceo.)

¡Hola, hola! ¡Estoy llamando a sordos!
¡Oh nada, nada!, yo me esfuerzo en vano
con mis gritos, que todo el mundo duerme.
¿Qué es lo que estará haciendo Clitemnestra?

CORIFEO

Parece que su cuello sobre el tajo
ya ha sido colocado y que muy presto
será segado por un brazo justo.

CLITEMNESTRA

(Saliendo del gineceo.)

¿Qué pasa?, ¿por qué gritas en palacio?

ESCLAVO

Digo que a vivos muertos asesinan.

CLITEMNESTRA

¡Ay!
He captado el sentido de tu enigma.
Perderemos la vida arteramente
tal como maquinamos. Dadme un hacha
homicida bien presto; ya veremos
si vencemos o somos arrollados,
pues que a tal punto llega mi desdicha.

*(Aparece Orestes espada en mano. Abre las puertas de palacio y
en el fondo se ve el cadáver de Egisto.)*

ORESTES

Es a ti a quien persigo, porque éste
ha recibido, al fin, su merecido.

CLITEMNESTRA

¡Ay, ay de mí!
¿Estás muerto, mi muy amado Egisto?

ORESTES

¿Le quieres? Pues muy bien; en este caso
yacerás en su tumba. De este modo
ni muerta dejarás de serle fiel.

CLITEMNESTRA

(Arrodillada a los pies de Orestes.)

¡Hijo mío, detente! Ten respeto,
criatura, a este pecho sobre el cual
tantas veces chupaste, adormecido,
la leche que te daba el alimento.

ORESTES

Oh Pílates, ¿qué hacer? ¡Ella es mi madre!
¿No me atreveré a matarla?

PÍLADES

Pero entonces,
¿qué será del oráculo de Loxias
en Delfos proclamado? ¿Y qué del santo
juramento? Mejor tener enfrente
a todo el mundo que a los dioses, cree.

ORESTES

Venciste, lo confieso. Me aconsejas
muy bien.

(A su madre.)

Pues, ea, sígueme, que quiero
matarte junto a él, pues lo juzgaste

cuando vivo, a mi padre preferible.
Muere, pues, y reposa junto a él,
pues tu amor entregaste a este individuo
y al que habías de amar, lo despreciaste.

CLITEMNESTRA

Yo te crié, y junto a ti envejecer quiero.

ORESTES

¿Vivir conmigo quién mató a mi padre?

CLITEMNESTRA

El destino, hijo mío, es responsable.

ORESTES

Pues también es el hado quien te mata.

CLITEMNESTRA

¿No temes tú la maldición materna?

ORESTES

No, pues me diste la existencia para
arrojarme después a la desdicha.

CLITEMNESTRA

Al hogar te envié de antiguo huésped.

ORESTES

Hijo de un hombre libre fui vendido
por dos veces.

CLITEMNESTRA

Y, ¿dónde está, di, el premio
por ello recibido?

ORESTES

No me atrevo
a echártelo en la cara claramente.

CLITEMNESTRA

No, dilo ya, mas cuenta, al mismo tiempo,
la conducta insensata de tu padre.

ORESTES

No reproches, en el hogar sentada
a aquél que lucha.

CLITEMNESTRA

Es muy duro, hijo mío,
para una esposa estar sin el marido.

ORESTES

El afán del esposo las mantiene
en casa vagarosas.

CLITEMNESTRA

Hijo mío,
pareces decidido a darme muerte.

ORESTES

El golpe decisivo tú te has dado.

CLITEMNESTRA

¡Cuidado! que los perros de tu madre...⁸

ORESTES

¿Y cómo escaparé a los de mi padre
si mi deber no cumplo?

⁸ Las Erinias, en figura del perro, simbolizan la sangre vertida.

CLITEMNESTRA

¡Todo inútil!
Me veo suplicando ante una tumba.

ORESTES

La suerte de mi padre ha decretado
la muerte contra ti.

CLITEMNESTRA

¡Ay, infelice!
¡Qué víbora parí y he alimentado!

ORESTES

¡Qué perfecto adivino ha resultado
al fin tu pesadilla! Asesinaste
a aquel que no debías; sufre, pues,
una muerte también que no debías.

(La arrastra al interior del palacio para matarla.)

CORIFEO

Por la doble desgracia de estos seres
lloro yo ahora, pero una vez que
a tanta sangre el infeliz Orestes
puso punto final, prefiero, al menos,
que al ojo de la casa no aniquilen.

CORO

Ya llegó la justicia, con el tiempo,
a la casa de Príamo, un castigo
tan justo como horrendo.
También doble león y doble Ares
ha llegado al hogar de los Atridas.
Su misión ha cumplido íntegramente
el desterrado que anunciara Delfos

bien guiado, en su impulso,
por la mano de un numen.

Entonad, pues, el canto de victoria
en honor del palacio de mi dueño.
Han acabado, al fin, sus sufrimientos
y la devastación de sus riquezas
—obra de dos impíos—
y la ruta fatal de su destino.
¡Sí, le ha llegado a quien lo merecía
el artero castigo
por un ataque ocultamente urdido!

Su brazo ha dirigido en la contienda
la hija de Zeus que hace honor a su nombre,
Justicia la llamamos los mortales,
—y acertamos en ello—,
contra sus enemigos alentando
su ira rencorosa.

Un castigo que Loxias,
el numen del Parnaso
el dios que habita la hendidura enorme
de la tierra, ya había proclamado
que sin engaño y engañosamente
iba a caer, y que tras tanto tiempo
finalmente ha llegado.
Siempre vencen los dioses;
y su ayuda no otorgan al impío.
Justo es que honremos el poder celeste
de las deidades todas:
La luz ya se divisa.

La luz ya se divisa,
ya se ha arrancado el freno cruel impuesto
a esta morada. Yérguete, palacio,
que estuviste humillado en demasía.

Y pronto el tiempo que da cumplimiento
a toda empresa humana

cruzará los umbrales de esta casa cuando esta mancha del hogar se expulse con los ritos que arrojan todo género de Ates.

Puede ya verse todo iluminado con la luz de esta suerte tan hermosa, mientras todos proclaman:

«Nuevamente serán los extranjeros de esta casa expulsados.

La luz ya se divisa.»

ORESTES

(Que sale del palacio.)

Ved a los dos tiranos de esta tierra; de mi padre asesinos, de mi casa saqueadores. Un día, orgullosos se erguían en su trono aposentados y hoy se siguen amando, al parecer, a juzgar por la suerte que han tenido. Su juramento respondió a los votos que se hicieran un día mutuamente: asesinar a padre, y morir juntos. Una vez más conforme a su palabra obraron.

(Al pueblo.)

Y vosotros, que de oídas tan sólo conocéis nuestro infortunio, la trampa contemplad y los grilletes que echaron sobre el cuerpo de mi padre, pobre infeliz, el cepo de sus manos, los lazos de sus pies. Desenrollado y un círculo formando, desde cerca mostrad la red tendida contra un hombre, y que así el Padre —mas no el mío, sino el astro sol que todo lo contempla— pueda ver con sus ojos las acciones

de mi madre, y que pueda un día, acaso, servirme en el proceso de testigo de que en justicia ejecute a mi madre⁹. A Egisto ni lo miento; ya ha tenido el premio que merece un adulterio de acuerdo con las leyes. Sin embargo, la mujer que tramó contra su esposo tanto horror, y de quien llevó en el seno el peso de los hijos —peso ayer querido, y hoy, al parecer, odiado—, ¿qué te parece?, ¿qué es? Una murena, una víbora, acaso, que inficiona tan sólo, sin morder, por los efectos de su audacia y su espíritu perverso? ¿Qué nombre debo darle, aunque me exprese con benigno lenguaje? ¿De alimañas trampa? ¿Sudario de un cadáver que enteramente un ataúd recubre? Red llámala mejor; o bien, un pepló que aprisiona los pies, cual para sí un bandido quisiera que se gana el sustento a los otros engañando y hurtando su dinero: con un lazo así, ¡cómo gozara, provocando la muerte a tantos seres! ¡Ah! Que nunca en vida tenga en mi morada yo una esposa cual ella: antes los dioses me hagan morir privado de los hijos.

CORO

¡Ay, ay! ¡Qué triste hazaña!
Has sucumbido a una muerte odiosa.
¡Ay, ay! Cuando se espera,
el castigo florece, finalmente!

⁹ Esquilo alude aquí al proceso de las *Euménides*.

ORESTES

¿Lo hizo o no lo hizo? Me es testigo este velo de que el puñal de Egisto un día lo tiñó; y la negra mancha de sangre ayudó al tiempo a destruir los múltiples colores del bordado. Ahora digo su elogio funerario, ahora lloro por él públicamente; y al invocar a este tejido que a mi padre mató, lloro por estas acciones y el castigo, por mi casta toda, cargada con la mancha, nada envidiable, a fe, de mi victoria.

CORO

Jamás mortal alguno tendrá gratis una existencia sin dolor, ¡ay, ay! Un dolor viene hoy, y otro mañana.

ORESTES

Para que lo conozcáis, puesto que yo ignoro cómo va a acabar este suceso, pues conduzo mis corceles como fuera de la pista¹⁰. Que mi mente, ingobernable, me está arrastrando vencido; el Horror junto a mi pecho presto está para entonar su canto, y con él acorde... Mientras dueño de mis actos yo soy, quiero proclamar a los que son mis amigos que no sin ley a mi madre asesiné, a esta mancha

¹⁰ Orestes comienza a sentir los efectos de las Erinias en su espíritu, y percibe su inmediata locura.

asesina de mi padre y de los dioses horror; y que el filtro que inspiró tanta audacia, yo proclamo que fue Loxias, el profeta que en Delfos tiene su templo. Su oráculo me predijo que si a término llevaba esa empresa, iba a quedar libre de culpa, mas si yo la negligía... Callo el castigo, puesto que ya no me ha de herir ninguna de estas penas con su arco. Ahora, cual podéis ver, con este ramo y con esta corona, yo acudiré al templo que es el ombligo del mundo, al hogar de Loxias, al que los hombres convienen en llamar luz inmortal, para escapar de esta sangre que es la mía. Dirigirme a otro hogar no me permite el dios Loxias. Y al argivo pueblo todo yo suplico que en su memoria conserve por toda la eternidad cómo surgió esta desgracia, y que cuando Menelao a esta tierra llegue, dé por mí testimonio. Ahora errabundo y exiliado de mi patria, yo os entrego vivo o muerto, este recuerdo.

CORIFEYO

Pero tu acción fue acertada.

No unzas ahora tus labios
bajo el yugo del reproche,
y no impreques contra ti
palabras de maldición,
después que toda esta tierra
de Argos has liberado,
y de feliz golpe, cortado
la cabeza a estas dos sierpes
que despedían veneno.

(Orestes se dispone a salir, pero se detiene horrorizado.)

ORESTES

¡Ay, ay de mí! Miradlas, allí, esclavos,
un grupo de mujeres que parecen
Gorgonas, con sus túnicas negruzcas,
y enmarañadas de serpientes. No,
yo no me quedo aquí.

CORIFEO

Mas, ¿qué visiones
te agitan, hombre, el más querido
por tu padre. Detente, tú que has sido
brillante vencedor. No tengas miedo.

ORESTES

Eso no son visiones conjuradas
por tanto horror: son las perras airadas
de mi madre, visibles claramente.

CORIFEO

Fresca, la sangre aún mancha tus manos,
y esa alucinación te ha provocado.

ORESTES

¡Príncipe Apolo! Vienen en tropel.

Destila de sus ojos una sangre
que me hiela de horror.

CORIFEO

Sólo un remedio
puedes tener: implora a Apolo Loxias
y él te liberará de este tormento.

ORESTES

Vosotros no las véis; yo sí las veo.
Y no me quedo aquí.

(Sale corriendo.)

CORIFEO

¡Que tengas suerte!
Y que un dios con benévola mirada
para un caso más grato te reserve.

CORO

Con éste ya son tres los huracanes
que, con soplo brutal, se han abatido
sobre esta real casa. Fue el primero
la desgracia de Tiestes
—sus hijos cruelmente devorados—.
Fue después el destino
de aquel gran rey: fue degollado
en el baño, y murió el que fuera, un día
de Argos el Rey. Y ahora,
nos ha llegado, en el tercer lugar,
¿un salvador, quizá?
¿La muerte, acaso? ¿Adónde irá a parar?
¿Se detendrá, pues, finalmente,
adormecida ya,
esta cólera de Ate?

LA ORESTÍA (III)

LAS EUMÉNIDES

1911-1912

1911-1912

PERSONAJES DEL DRAMA

LA PITIA
ORESTES
APOLO
LA SOMBRA DE CLITEMNESTRA
CORO DE LAS EUMÉNIDES
ATENA
CORTEJO

(Sale la Pitia, coronada de laurel.)

PITIA

Primero, con mi plegaria¹
honro ante todo a la Tierra,
de entre los dioses, primera
profetisa; luego a Temis
que, según dicen, segunda
en el trípode profético
de su madre se sentó.
A su vez, con el permiso
de Temis, y sin hacer
violencia a nadie, tercera
profetisa, Febe aquí
sentóse, y a Febo Apolo
se lo ofrece como don
natalicio, Febo, que
este nombre recibiera
tomándolo de la diosa;
y abandonando la mar
y las riberas de Delos
a las playas arribó
de la diosa Palas², de
muchas naves frecuentada
para llegar a esta tierra

¹ La Pitia está haciendo una breve historia del oráculo de Delfos, el más famoso de Grecia.

² El peregrinaje de Apolo hasta asentarse en Delfos es el tema del Himno homérico a Apolo.

finalmente, a la morada
del Parnaso. Le escoltaban
con grandísimo respeto
los hijos de Hefesto que
allanaban los caminos
amansando para él
una tierra antes salvaje.
Grandes honras tributóle,
el pueblo en llegando a Delfos,
y el señor de estos parajes,
Zeus, su espíritu llenó
con un arte divinal,
y como cuarto profeta
lo coloca en este trono.
De este modo es Loxias, hoy,
intérprete de Zeus padre.
A estos dioses, pues, invoco,
al empezar mi oración.
Mas Palas Pronea tiene
también un sitio de honor
en el relato; también
a las ninfas mi respeto
que de Córico en la gruta
moran, a las aves grata,
habitación de las diosas.
También Bromio³ reina allí
—no lo olvido— desde el día
en que el dios llevó a la lucha
a las Bacantes, y dio
a Penteo triste muerte
como una liebre acosándolo⁴.
A las fuentes, finalmente,
del Plisto invoco, el poder
de Posidón y al supremo

³ Dioniso. Es sabido que en Delfos hubo también una penetración del dios, que llegó a un acuerdo con Apolo para tener parte en el oráculo.

⁴ Sobre el destino de Penteo —que se opuso a la entrada de Dioniso en Tebas—, cfr. Eurípides, *Bacantes*, que toca de lleno este tema.

Zeus que todo lleva a término.
Y después de esto, en mi trono
tomo asiento, en calidad
de profetisa. Y que ahora
quiera concederme el Cielo
un buen acierto, mejor
que en mis sesiones pasadas.
Y si aquí ya hay peregrinos
griegos, que, siguiendo el turno,
se acerquen, como es aquí
costumbre. Pues profetizo
tal como el dios me lo ordena.

(*Entra en el santuario, y sale aterrada.*)

¡Horrible de contar, de ver horrible
la escena que me ha hecho abandonar
el palacio de Loxias! Me he quedado
sin fuerzas y no puedo sostenerme.
Y corro con la ayuda de mis manos,
no por la ligereza de mis piernas.
Que una anciana aterrada nada es,
o mejor, es un niño. Yo hacía el fondo
marchaba del santuario coronado
de guiraldas, cuando divisó sobre
el mismo ombligo⁵ a un hombre aborrecido
por los dioses, las manos chorreando
sangre, y portando una recién sacada
espada de la herida, y una rama
de olivo religiosamente
con largas cintas coronada. En suma,
con un blanco vellón y así decirlo
claramente podré. Frente a este hombre,
extraño grupo de mujeres duerme
en sitios tendido; pero no,

⁵ Delfos se consideraba el ombligo del mundo, y había en el templo un ombligo de piedra, que recibía culto. Debe ser un resto de la primitiva religión matriarcal que hubo en Delfos antes de la instalación de Apolo.

no son mujeres, son Gorgonas, mas tampoco yo podría a una Gorgona compararlas, porque las vi, no ha mucho, representadas en enorme fresco, robándole a Fineo el alimento. Y éstas de aquí no se las ve con alas, son negras totalmente, y execrables. Roncan con un resuello horripilante, y odioso humor destila de sus ojos. Es su aderezo no para ponerse ni ante estatuas de dioses ni en humana mansión. No, que jamás yo había visto un grupo igual, ni sé de tierra alguna que se glorie de nutrir calaña cual esa, impunemente, y sin vergüenza por tamaños afanes. Mas qué pueda de todo esto salir sólo concierne al señor de este templo, al poderoso Loxias, profeta y médico, e interpreta los prodigios y es el que purifica las moradas ajenas...

(Sale. Se abre ahora la puerta del templo, y se ve a Orestes con los atributos del suplicante. A su lado duermen las Erinias. Orestes tiene a su lado una espada.)

ORESTES

¡Soberano Apolo, tú que la maldad ignoras! Y, puesto que la ignoras deberías mostrar tu valimiento. Es tu poder aval de la justicia.

APOLO

Yo no voy a traicionarte, no. Protector tuyo hasta el final, de lejos y de cerca, no voy a ser contra tus enemigos

blando jamás. Ahora ya rendidas puedes ver a estas furias por el sueño, a estas abominables criaturas, viejo brote de un antiguo pasado, con quienes no se tratan ni los dioses ni los hombres ni las fieras. Nacieron para el mal, pues que habitan la horrorosa tiniebla, y, en la entraña de la Tierra, el Tártaro, el encono de mortales y de los dioses del Olimpo. Tú, escapa, sin embargo, y no te muestres cobarde en modo alguno. Tras tus huellas correrán a través del continente doquiera que tu planta vagabunda pise, allende el mar y las ciudades que las ondas circundan. No desistas, sin embargo, en tu empeño; y cuando llegues⁶ a la ciudad de Palas, esta imagen antigua, abraza arrodillado. Allí disponiendo de jueces y de frases seductoras, un medio hemos de hallar para poder, definitivamente liberarte de tu infortunio: pues yo fui el que te ha inducido a dar la muerte a tu madre. Recuerda mis palabras. No domine el temor tus sentimientos. Y tú,

(A Hermes.)

Hermes, sangre de mi sangre, e hijo de un mismo padre, has de velar por él. De acuerdo con tu nombre sé un pastor que a su destino lleve al suplicante. Zeus mismo reconoce a los proscritos aquel respeto que al mortal le llega con el apoyo de una fausta suerte.

(Salen todos.)

⁶ La ciudad de Palas es Atenas.

Venga dormir. ¿Para qué necesito yo gente amodorrada? Y, entretanto, de vuestra protección desatendida no cesa de sonar en mis oídos entre las almas, «he matado», y ando entre sombras envuelta en el oprobio. Porque os hago saber que allí me acusan de un horrendo pecado, y, sin embargo, después de haber sufrido tan horrible trato de aquellos seres más queridos, ni un solo dios se indigna por mi suerte, degollada por manos matricidas.

(Se desgarran la túnica y muestra sus heridas.)

Mira esta herida con los ojos mismos de tu alma: que dormida, se ilumina la mente, mas de día no ve nada. ¡Cuántas veces lamisteis mis ofrendas, libaciones sin vino, que es un sobrio apaciguamiento! ¡Cuántos sagrados manjares yo de noche os ofrecía ante el altar del fuego, en unas horas con ningún otro numen compartidas! Todo lo veo, ahora, por el suelo, pisado. Y él, entre tanto, se ha escapado, ha emprendido la huida como un ciervo. Ha saltado veloz de entre las redes⁷ con gran escarnio vuestro. Oídme ya, que os hablo de mi vida. Vuestra mente despejad ya ¡oh diosas subterráneas! Yo, Clitemnestra, os llamo desde el sueño.

⁷ La imagen de la red, como en el *Agamenón*, es muy frecuente en esta pieza.

(Un gruñido.)

CLITEMNESTRA

Sí, sí, gruñid, y mientras tanto el hombre se os escapa. Pues tienen protectores los míos, mientras yo ninguno tengo.

CORO

(Nuevo gruñido.)

CLITEMNESTRA

Duermes en demasía sin sentir por mi destino compasión, y en tanto, el matricida Orestes se os escapa.

CORO

(Nuevo gruñido.)

CLITEMNESTRA

Gimes y duermes. ¿Vas a levantarte con presteza? ¿Qué misión es la tuya sino sembrar el mal?

CORO

(Nuevo gemido.)

CLITEMNESTRA

Fatiga y sueño, supremos conjurados, embotaron la furia de esa serpiente monstruosa.

Coro

(Doble y agudo gemido.)

¡Cógelo, cógelo, cógelo! ¡Cuidado!

CLITEMNESTRA

En sueños una fiera tú persigues,
y ladras como un perro que no cesa
ni un solo instante en su tarea. ¿Qué haces?
¡Levanta, no te venza la fatiga!
Por el sueño ablandada, estos ultrajes
no debes olvidar. Pero permite
que mis justos reproches tu alma hieran.
Para el sensato son como agujijones.
Descarga en sus espaldas tu sangriento
resuello; con tu hálito extenuálo,
el fuego de tu entraña, y ve tras él
y machácalo, al fin, con otro acoso.

CORIFEO

Ea, despierta, y tú, despierta a ésta,
y yo a ti. ¿Duermes? Levanta, sacúdete
ya el sueño; vamos a ver si es sólo
un rumor sin sentido ese preludeo.

CORO

¡Ay, ay, ay, ay! ¡Qué dolor, amigas!
¡Oh, sí, qué sufrimiento el mío!, ¡dioses,
qué dolor tan agudo!
¡Qué insoportable mal!
La fiera ya las redes ha saltado
y se escapa. Vencida por el sueño
dejé escapar mi presa.

¡Ay, ay! Hijo de Zeus, qué ladrón eres.
Tú, un joven dios, a números antiguos⁸
pisoteas, amparo a un suplicante
ofreciendo, a un impío

⁸ El tema de la obra es la contraposición entre dioses antiguos (simbolizados y representados por las Furias, y la venganza por la sangre vertida) y los nuevos (los dioses olímpicos, que representan la organización estatal, en tanto que los antiguos son dioses meramente tribales).

mortal, cruel contra sus padres. Tú,
tú, todo un dios, me hurtaste un matricida.
¿Quién podrá sostener que esto es justicia?

Del fondo de mis sueños me ha llegado
un ultraje que ha herido
entraña y corazón
cual agujijón que un carretero empuña.
Aún siento el cruel, muy cruel escalofrío
que me ha causado este feroz verdugo.

¡Estos jóvenes dioses!
Es así como actúan,
forzando la justicia.
Mirad el trono ensangrentado — ombligo
del mundo — de arriba abajo, cargado
con la mancha terrible de la sangre.

¡Él, un profeta, su propio santuario
ha manchado! Ha ensuciado su morada
por un impulso propio,
no invitado por nadie.
Ha honrado a los mortales transgrediendo
las leyes de los dioses.
¡Ha aniquilado a las antiguas Moiras!

Y también para mí es aborrecible,
mas no podrá arrancarlo de mis garras.
Aunque buscara asilo bajo tierra
no se vería libre.
Dondequiera se vuelva
habrá de hallar un numen vengativo
que en el rostro le imprima los estigmas.

(Aparece Apolo.)

APOLO

¡Fuera, os ordeno yo, y a toda prisa,
salid ya de mi templo! Retiraos;

¡dejad ya la profética morada!
Si no, recibiréis blanca y alada
sierpe salida de estos arcos de oro,
y hará brotar la negra sangre humana
entre estertores, y echar los coágulos
de sangre que chupasteis. Que no es ésta
mansión para vosotras adecuada.
Porque vuestro lugar se encuentra donde
hay sentencias que siegan las cabezas,
y vacían los ojos; do hay degüellos;
donde se aja la flor de los mancebos,
aniquilando su semilla, donde
mutilaciones hay, lapidaciones,
y donde en larga queja el empalado
lanza sus ayes. ¿No me habéis oído?,
monstruos abominables de los dioses,
en qué fiestas hacéis vuestras delicias?
Y a fe que vuestro aspecto es el más apto
para este horror. La cueva de un león
de sangre alimentado deberíais
habitar, pero no manchar, en este
templo sagrado, a otros. ¡Fuera, fuera,
rebaño sin pastor! Vuestro rebaño
no lo quiere ninguno de los dioses.

CORIFE0

Príncipe Apolo, escúchame: de cuanto
ha sucedido no eres mero cómplice.
Eres el responsable. Tú lo has hecho.

APOLO

¿Y cómo fue? Amplía tu discurso.

CORIFE0

Tu voz oracular, al extranjero
que matara a su madre le ordenó.

[382]

APOLO

Mi oráculo pidió vengar a un padre.

CORIFE0

Y luego prometiste protegerlo.

APOLO

Sí, que buscara asilo en este templo.

CORIFE0

¿Por qué injurias a sus perseguidores?

APOLO

No merecen pisar el santuario.

CORIFE0

Esta es misión que tengo encomendada.

APOLO

¿Y qué misión? Dime tu cometido.

CORIFE0

Expulsar del hogar al matricida.

APOLO

Y, ¿si una esposa mata a su marido...?

CORIFE0

Esta sangre vertida no es la suya.

APOLO

¿No consideras, pues, y sin honores
quieres dejar los juramentos de Hera,

[383]

que las bodas sanciona, y los de Zeus?
¿Y sin honor a Cipris, que ha quedado
según tu propia cuenta, desdeñada,
ella que fuente ha sido para el hombre
de todas las delicias? Porque el lecho
do el destino juntó a esposa y esposo
es más fuerte que todo juramento,
por ley sagrada protegido. Y si
tú te muestras tan blanda contra aquellos
que entre sí se asesinan, y no buscas,
mirándolos con ira, su castigo,
niego que sea justo que persigas
a Orestes. Pues estoy viendo que pones
mucho empeño en un caso, mas que el otro
lo tomas con más calma. Será Palas
la que habrá de entender en esta causa.

CORIFEO

Nunca esperes que suelte yo a este hombre.

APOLO

Prosigue, pues, su caza; más fatigas
con ello tú te buscas.

CORIFEO

No cercene tu lengua mis derechos.

APOLO

Pues yo no los deseo.

CORIFEO

Eres grande, se dice, junto al trono
de Zeus. Empero yo —pues que me mueve
la sangre de una madre— a este individuo
habré de perseguir, y, cual sabueso
sus huellas seguiré.

APOLO

Voy a otorgarle
mi protección, salvaré al suplicante.
Porque entre dioses y hombres es terrible
la ira de un suplicante, si queriendo,
alquien lo traiciona.

(Desaparecen todos. Cambia ahora el lugar de la escena, que es la colina del Areópago de Atenas. Orestes está abrazado a la estatua de Atenea.)

ORESTES

Diosa Atenea.

heme aquí por las órdenes de Loxias.
Acoge con piedad a este maldito,
que no es un ser manchado, ni es impuro:
quebrantado y gastado a fuerza de
pisar la casa ajena y recorrer,
cruzando mar y tierra, mil caminos,
a tu templo he llegado, obedeciendo
los preceptos proféticos de Loxias.
Aquí, a tu imagen abrazado, diosa,
espero el resultado de este pleito.

(Entra el coro.)

CORIFEO

He aquí una prueba, y bien patente, de
que éste es nuestro hombre. Así que sigue
del mudo delator estos indicios.
Porque al igual que un perro a un cervatillo
herido, tras él vamos, persiguiendo
la sangre que gotea. Y mis entrañas
palpitan de fatiga por dar caza
a este hombre. He recorrido todos
los lugares del mundo, y, en mi vuelo
sin alas, en mi búsqueda, he cruzado
el mar entero como veloz nave.

Y ahora él está oculto en un rincón:
sonríe el olor de sangre humana.

CORO

Mira, vuelve a mirar,
dirige tu mirada a todas partes,
que no vaya a escapar el matricida,
sin pagar por su crimen.

(Descubren a Orestes.)

Está aquí, está aquí,
de nuevo un protector ha conseguido.
Abrazado a la estatua de una diosa
pretende someterse
al juicio por un crimen
que cometió su mano.

Mas esto no es posible:
que la sangre vertida de una madre
no puede recogerse, ¡por los dioses!,
y una vez derramada
el líquido se escapa.
A cambio habrás de concederme que
yo chupe de tu cuerpo
vivo su rojo humor.
¡Pueda yo en ti encontrar el alimento
de un brebaje que nadie probaría!

Voy a secarte vivo para luego
bajo tierra arrastrarte
y allí habrás de sufrir todo el castigo
que merece tu acción de matricida.

Verás lo que recibe
allí, cual la Justicia
exige, aquel mortal que haya pecado
contra un huésped o un dios,

o bien contra sus padres, a sabiendas
de lo que hacía. Bajo tierra
es Hades un terrible
exactor de mortales: con su mente
en donde toda acción es registrada,
él lo contempla todo.

ORESTES

Formado fui en la desgracia,
y muchos ritos catárticos⁹
yo conozco, y también sé
el momento en que hay que hablar
y tampoco ignoro cuándo
hay que callar. Y en el caso
presente orden me ha dado
de que tome la palabra
un pedagogo muy sabio¹⁰.
Porque se halla adormecida
y marchitada la sangre
de mi mano; está lavada
ya la mancha matricida.
Estaba aún fresca, en verdad,
cuando ella fue conjurada
en los altares del dios,
y con el rito de Febo,
que limpia de todo crimen:
Con la sangre de un lechón¹¹.
Largo sería el relato
si os tuviera que contar
a cuántos me he aproximado
sin causar con mi presencia
daño a nadie. Porque el tiempo
sabe, mientras envejece,
borrarlo todo. Y ahora

⁹ Es decir, ritos de purificación.

¹⁰ Apolo.

¹¹ Es decir, Orestes se ha purificado ya. El lechón era el animal empleado en estos casos.

con mi boca, que ya es pura,
invoco piadosamente,
a Atena Palas, la diosa
de esta tierra y que así acuda
a darme su protección.
Pues sin ayuda de lanzas
hará de mí y de esta tierra
y del pueblo de Argos, fiel
y eterno aliado al tiempo.
Y ahora, ya esté en la tierra
de Libia, cabe las aguas
del Tritón, que un día viera
su nacimiento, los pies
levantando u ocultando
para enviar un socorro
a sus amigos; o bien,
se encuentre en el llano Flegro¹²
revistando sus ejércitos
cual un valiente caudillo,
¡que acuda a mí!, porque siendo
un numen, bien puede oírme
aun de lejos, y, que, al fin
me libere de mis penas.

CORIFEEO

No, ni Apolo ni la fuerza
de Palas evitarán
que vayas a tu ruina,
totalmente abandonado
y sin conocer el gozo
del alma, sombra sin sangre,
y pastura de los dioses.
¿No me contestas, sino
que rechazas, escupiendo,
mis palabras, tú, la víctima
engordada para mí,

¹² Lugar ya tradicional en la mitología griega donde se enfrentaron dioses olímpicos y gigantes.

y que ha sido reservada
para el sacrificio? Vivo,
pues que no sacrificado
en el altar has de ser
mi banquete. Ahora escucha
el mágico canto que
te atará con sus hechizos.

CORO

(Que va rodeando a Orestes.)

Nuestro coro anudemos,
pues que está decidido
que vamos a entonar
nuestra musa de horrores
y a proclamar de qué suerte
reparte nuestro conjunto
los destinos de los hombres.
Nos consideramos rectas
justicieras; contra el hombre
que tiene limpias las manos
no se precipita nunca
nuestra cólera. Así vive
su vida sin daño alguno.
Pero cuando uno ha pecado
como ha hecho este individuo
y quiere tener ocultas
sus manos ensangrentadas,
nos erguimos ante él
en testigos de los muertos,
y cual de sangre exactoras
a su vista aparecemos,
hasta la gota postrera.

Madre que me engendraste,
¡oh Noche, madre mía!,
implacable castigo
de quienes ven la luz o la han perdido,
escucha mis plegarias.

El retoño de Leto¹³
pretende arrebatarme mis honores,
de esta liebre privándome,
cabal ofrenda para
la sangre expiar
vertida de una madre.

—Sobre la víctima nuestra,
este canto, que es delirio
y un extravío mortal
de la mente, himno de Erinia
que las almas encadena,
un himno sin lira que
va marchitando a los hombres.

El destino implacable
me ha hilado una misión
que debo mantener
con toda solidez.
Acosar a los hombres
que, en su loca maldad,
al crimen se han lanzado,
hasta que, al fin, descendan bajo tierra.
Y una vez muertos ya
ni entonces se ven libres de mi acoso.

—Sobre la víctima nuestra
este canto, que es delirio
y un extravío mortal
de la mente, himno de Erinia
que las almas encadena,
un himno sin lira que
va marchitando a los hombres.

Ya desde el nacimiento
—nosotras proclamamos—
esta misión fatal nos fue asignada.

¹³ Apolo.

Intervenir en ella
no es lícito a las manos de los dioses;
ninguno es comensal de mis banquetes.
Conmigo nada tienen
que ver los blancos peplos.

—Para mí reservé
la total destrucción
de los hogares, cuando
algún Ares doméstico
asesina algún deudo.
Entonces nos lanzamos
en su persecución
y, por fuerte que sea,
al fin lo aniquilamos
con el peso de la sangre derramada.

Es librar nuestro empeño,
a otros de esta empresa;
eximir a los dioses,
con nuestra diligencia,
de comenzar procesos.
Pues Zeus considera indigna
de su audiencia
esta raza execrable, ensangrentada:

—Para mí reservé
la total destrucción
de los hogares, cuando
algún Ares doméstico
asesina algún deudo.
Entonces nos lanzamos
en su persecución
y, por fuerte que sea,
al fin lo aniquilamos
con el peso de la sangre derramada.

Y las glorias humanas,
aun las más ilustres bajo el cielo,

cual cera se derriten bajo tierra,
aniquiladas por mi negro asalto,
por los malignos ritmos de mis piernas.

—De un brinco, desde arriba,
yo lanzo la pesada
potencia de mis plantas
que hacen caer incluso al más ligero,
infortunio en verdad insoportable.

Y aunque cae, lo ignora,
en su loca quimera;
tal es la negra noche
que ha extendido su mancha
sobre sus ojos. «Bruma
sombria —dice el pueblo—
sobre su hogar se abate.»

—De un brinco, desde arriba,
yo lanzo la pesada
potencia de mis plantas,
que hacen caer incluso al más ligero
infortunio, en verdad insoportable.

La desgracia le aguarda;
que en medios somos ricos,
tenaces en la empresa,
sin perder la memoria
de toda fechoría;
Augustas e Impecables,
para los hombres; siempre
con la misión humilde
por todos despreciada,
que nos mantiene lejos de los dioses,
en cenagal sin luz, misión tan dura
para el que tiene ojos
como para aquel hombre
que los tiene cerrados.

Así pues, ¿qué mortal no ha de sentir
respeto ni temor
al oír de mis labios
las leyes que las Moiras me asignaron,
y fue ratificada por los dioses?
Antigua es mi misión.
No me faltan honores, aunque tenga
mi estancia bajo tierra,
envuelta en la tiniebla
que nunca el sol visita.

(*Aparece Atena.*)

ATENAS

De lejos, del Escamandro,
unas voces he escuchado
que mi nombre proclamaban,
cuando posesión tomaba
de la tierra, rico lote
con la lanza conquistada,
que me asignaron los príncipes
y caudillos de los griegos,
para ser mía por siempre,
y como don escogido
para el pueblo de Teseo¹⁴.
Y desde allí yo he acudido
sin volar, pero girando
infatigables mis pies,
y haciendo que resonaran
de mi égida los pliegues,
después de uncir a mi carro
unos vigorosos potros.
Y yo ahora, al distinguir
un corro que en esta tierra
es nuevo, no tiemblo, no,
mas me invade la sorpresa.

¹⁴ El pueblo de Teseo es Atenas, ciudad que lleva el nombre de Atena.

¿Quiénes sois, pues? Mi pregunta
a todos va dirigida:
a este extranjero abrazado
a mi imagen, y a vosotras
a ningún ser parecidas.
Pues los dioses no os contemplan
cual diosas entre los dioses,
ni vuestro aspecto semeja
aspecto humano ninguno.
Pero no es justo insultar
sin tener ninguna queja,
que lo veta la equidad.

CORIFEEO

Hija de Zeus, te enterarás de todo
en mis pocas palabras. De la Noche
las tristes hijas somos. Nuestro nombre
en la morada nuestra, bajo tierra,
es el de Maldición.

ATENA

Muy bien; ya sé
vuestra ralea y vuestro nombre.

CORIFEEO

Pronto,
sabrás también mis horrendas funciones.

ATENA

Si alguna de vosotras me lo aclara...

CORIFEEO

Expulsar de su hogar al asesino.

ATENA

Y ¿do acaba la fuga del culpable?

[394]

CORIFEEO

Donde no se conoce la alegría.

ATENA

Y ahora, ¿con tu grito, a éste persigues?

CORIFEEO

Justo estimó dar a su madre muerte.

ATENA

Pero, ¿forzado, acaso, o bien temiendo
la cólera de alguno?

CORIFEEO

Y, ¿qué aguijón
puede llevar incluso al matricidio?

ATENA

Hay dos partes presentes, pero sólo
un alegato escucho.

CORIFEEO

Es que no quiere
ni aceptar ni prestar un juramento.

ATENA

Quieres llamarte justa, antes que obrar
justamente.

CORIFEEO

¿Cómo es esto? Explicáte.
Ciencia no te falta.

[395]

ATENA

Un juramento
no puede a la injusticia dar victoria.

CORIFE0

Interroga y emite un recto fallo.

ATENA

¿El juicio de este pleito me confías?

CORIFE0

El honor te concedo que mereces.

ATENA

(A Orestes.)

¿Qué quieres replicar a estas palabras?
Dinos cuál es tu patria y tu linaje;
cuéntanos tu infortunio, y de tus cargos
defiéndete después. Si porque tienes
fe en la justicia estás aquí sentado
junto a mi estatua, como un venerable
suplicante cual un nuevo Ixión¹⁵,
contesta mis preguntas con respuestas
que sean fácilmente comprensibles.

ORESTES

¡Oh soberana Atena! Antes que nada
esa gran inquietud borrar quisiera
que aflora en tus palabras; pues no soy
suplicante que espera aguas lustrales,
ni me he sentado al lado de tu imagen
con las manos manchadas. Buena prueba

¹⁵ Ixión fue el primer asesino de Grecia, al dar muerte a su suegro Dioneo. Fue purificado por Zeus.

de todo te daré: es ley que el reo
no debe abrir la boca hasta el momento
en que le moje de una res la sangre
que un purificador habrá vertido.

Hace ya tiempo, en otra casa, el rito
cumplí con reses y corrientes puras
de agua lustral. Así, pues, te lo pido,
aleja de tu pecho este cuidado.

En cuanto a mi linaje, prontamente
vas a saberlo: yo soy un argivo.

Mi padre, Agamenón, tú lo conoces,
era el caudillo de los héroes que
un día se embarcaron. Destruiste
con su concurso la ciudad de Troya.

Murió este rey, no muy honrosamente,
al volver a su casa; que mi madre
con sus negros designios le dio muerte
con una red traidora, testimonio
de aquel crimen que un día en la bañera
había cometido. A mi regreso

—pues antes he vivido en el destierro—
a mi madre maté, yo no lo niego,
vengando, con su muerte, la del padre.

Y de todo fue Loxias responsable,
junto conmigo. Con muchos dolores
—aguijones del alma— amenazóme
si contra los culpables yo dejaba
de cumplir su mandato. Tú, sentencia
si obré o no con justicia, pues lo acepto,
sea el que sea el fallo que tú emitas.

ATENA

Si este caso se tiene por muy grave
para que unos mortales lo diriman,
tampoco puedo yo fallar un caso
de muerte por encono. Sobre todo,
cuando a mí has acudido con un gesto
de suplicante, y puro, y sin peligro

de mal para mi templo, y te he acogido
en mi ciudad como ser sin reproche.
Empero, unos derechos tienen éstas
que no resulta fácil conculcar,
y si no alcanzan fallo victorioso
en este pleito, invadirá la tierra
el veneno de su resentimiento,
peste insufrible. Son así las cosas.
Y sea como sea, si se quedan
aquí, o las expulsamos de esta tierra
me han de causar desdichas sin remedio.
Pero puesto que aquí se ha presentado
el caso, de esta sangre escogeré
jueces atados por gran juramento
y luego en un augusto tribunal
lo tornaré, que dure para siempre¹⁶.
Buscadme los testigos y las pruebas,
juramentado auxilio del derecho¹⁷.
Yo voy a recoger la flor y nata
de mi ciudad, y volveré al instante
para que justamente el pleito fallen
sin transgredir en nada el juramento
con espíritu inicuo y alevoso.

(Sale Atena.)

CORO

Hoy habrá subversión, hoy nuevas leyes,
si triunfa el derecho
asesino de este matricida.
A todos los mortales
esta hazaña ha de abrirles
la ruta a la licencia.
¡Qué de heridas abiertas por sus hijos
aguardan a los padres, con el tiempo!

¹⁶ Es decir, el tribunal que formará Atena para juzgar a Orestes, quedará para siempre instituido. Es el *Areópago*.

¹⁷ Atena, pues, actuará al modo de un juez de instrucción ateniense.

Todo, porque la ira de estas Furias
—de la conducta humana centinelas—
no van a castigar tales acciones:
la muerte andará suelta.
Y mientras cada cual el mal ajeno
va contando, preguntará a su amigo:
«¿Cuándo van a acabar estas desgracias?»
Y el infeliz tan sólo sugerirle
podrá vanos remedios.
Que nadie ya, por la desgracia herido,
pida ayuda invocando la Justicia,
y la Erinia. Algún padre
quizá, quizá una madre,
lanzarán este grito lastimero,
en medio de su angustia,
pues se ha hundido el hogar de la Justicia.

Que es, a veces, el miedo provechoso:
centinela del alma, en ella mora
entronizado. Es útil la prudencia
que inspira la atrición.
Porque, ¿quién, individuo,
o bien, ciudad, bajo este sol que alumbra
si no abriga un temor dentro del pecho,
honrará a la Justicia?

No elogies una vida licenciosa
ni la que al despotismo está sujeta.
Que Dios ha concedido la victoria
siempre al término medio.
Porque el resto, lo rige de otra guisa.
Comedido es también lo que proclamo:
de la impiedad es la insolencia el hijo,
ciertamente; de la salud del alma
brota toda ventura,
de todos tan querida y anhelada.

En términos supremos te lo digo:
Tú venera el altar de la Justicia,

no la ultrajes con tus impías plantas
porque hayas divisado una ganancia.
Que el castigo vendrá;
su cumplimiento espera, soberano.

Coloca, pues, el paternal respeto
en un lugar muy alto.
Y acepta con piedad
la visita del huésped
que acude a tu morada.

Quien, porque quiere, es justo, y sin presiones,
no quedará sin dicha;
no irá jamás a una total ruina;
El rebelde que, a fuerza de atropellos
amontona riqueza injustamente,
con el tiempo —te digo—
habrá de amainar velas,
cuando tenga sus cuitas al rompersele
el mástil de la nave.

Llama a gritos a quienes no le escuchan,
desde el centro de la horrible tormenta;
y los dioses se burlan
de aquel varón ardiente
viendo —¿quién lo dijera?— que se hunde,
sin remedio entre males,
impotente para evitar las olas.

Y entonces estrella en los escollos
de Justicia, su ventura de antaño,
para, al final, hundirse,
y perecer sin que le llore nadie.

(Reaparece Atena. Durante el canto coral se ha ido arreglando la sala para el juicio. Un heraldo señala a cada miembro del tribunal su puesto.)

ATENA

Heraldo, haz ya tu oficio y esta masa
detén. Luego, con la trompeta etrusca,



Atenea pensativa.

cuya voz llega al cielo, con su aliento
que haga al pueblo escuchar su agudo canto.
Que mientras se reúne este consejo
debe reinar silencio, y así el pueblo
conocerá las normas que yo quiero
para siempre instaurar, y así podamos
fallar perfectamente este litigio
que a estas dos partes puso cara a cara.

(Aparece Apolo.)

CORIFE0

Príncipe Apolo, impón tu autoridad,
en lo que es tuyo. Pero dime, ¿qué
tienes que ver en esta causa tú?

APOLO

He venido a prestar mi testimonio.
Según las leyes, es mi suplicante,
y a mí ha acudido en busca de socorro.
Yo soy quien de su crimen lo ha lavado.
Pero aquí estoy también para apoyarle,
que el responsable soy del matricidio.
Abre, pues, el juicio *(a Atena)* y hasta el fin
condúcelo como mejor entiendas.

ATENA

(A las Erínias.)

La palabra os concedo, abre el debate.
Si quien acusa habla el primero, puede
narrar muy bien los puntos en litigio.

CORIFE0

Hablaremos muy breve, con ser muchas.

(A Orestes.)

Contéstame pregunta por pregunta:
¿Mataste o no mataste tú a tu madre?

ORESTES

Sí, la maté; no voy eso a negarlo.

CORIFE0

He aquí el primero de los tres derribos¹⁸.

ORESTES

Aún no he caído y de vencer te jactas.

CORIFE0

Aún debes confesar cómo lo hiciste.

ORESTES

Le seguí la garganta, lo confieso,
con una espada que mi brazo armaba.

CORIFE0

¿Quién a ello te impulsó, te dio la idea?

ORESTES

(Señalando a Apolo.)

Los oráculos de éste; él me es testigo.

CORIFE0

¿El profeta te indujo al matricidio?

¹⁸ El corifeo emplea el lenguaje de la palestra.

ORESTES

Sí, y hasta hoy mi suerte no deploro.

CORIFEO

De otra guisa hablarás, si te condenan.

ORESTES

Desde su tumba el padre me da ayuda.

CORIFEO

¿En los muertos confías, matricida?

ORESTES

Con crimen doble se manchó ella¹⁹ el alma.

CORIFEO

Aclara tus palabras al jurado.

ORESTES

Mató a su esposo, asesinó a mi padre.

CORIFEO

Tú, sin embargo, vives, y ella ha muerto.

ORESTES

¿Por qué no la acosaste, estando viva?

CORIFEO

No comparten su sangre los esposos.

¹⁹ Clitemnestra. Crimen doble porque asesinó a su esposo, Agamenón, que era, al tiempo, un padre, el de Orestes. Clitemnestra, pues, en una sola persona mató a un padre y a un esposo.

ORESTES

¿Es que comparto yo la de mi madre?

CORIFEO

¿Pues cómo te gestó ella en sus entrañas, asesino? ¿Reniegas de su sangre?

ORESTES

(A Apolo.)

Es hora de que prestes testimonio. Explicame, oh Apolo, si la vida le quité justamente. Porque el hecho tal como sucedió, yo no lo niego. Pero tú has de decir si fue en justicia, cual crees, que esta sangre fue vertida o lo fue injustamente. De este modo conseguiré informar a este jurado.

APOLO

Voy a testificarlo ante vosotros, institución augusta de Atenea. Fue en justicia. Y yo soy un profeta, no he de mentiros. Nunca de mi trono profético un oráculo he proclamado sobre varón, mujer o algún estado, que no me haya dictado Zeus, el padre de los dioses. Os invito a atender la gran autoridad de este argumento y aceptar los principios de mi padre. Más que Zeus nunca puede un juramento.

CORIFEO

Zeus, pues, según declaras, el augurio te sugirió que a Orestes ordenaba que vengara la muerte de su padre hollando los derechos de una madre.

Sí, porque no es lo mismo que el que muera sea un noble investido con el cetro²⁰ de Zeus, y a más, a manos de una esposa —que no cometió el crimen con la ayuda de un arco impetuoso, cual podría hacerlo una Amazona— mas del modo que vais ahora a escuchar, Palas Atenea, y vosotros, que estáis para dar vuestro voto en este proceso: Regresaba del campo de batalla, do lograra en casi todo un éxito notable. Ella lo acoge con palabras tiernas, ... y lo envuelve en un manto, y cuando ya lo ha prendido en los pliegues de aquel péplo recamado, golpe mortal le asesta. Tal fue, como os he dicho, el cruel destino del gran hombre caudillo de la armada. A ella os la he pintado de este modo, para que el pueblo, que ha de dar el fallo sienta en su pecho el diente de la ira.

CORIFE0

Zeus, según tú, da mayor importancia a la muerte de un padre. Y, sin embargo, al suyo, al viejo Crono, de cadenas un día lo cargó, y ¿ahora tú afirmas que no hay contradicción en tus palabras?

(*Al tribunal.*)

Prestad mucha atención: sois mis testigos.

²⁰ Realmente los argumentos de Apolo, aparte de muy flojos, son «machistas». De hecho, en la obra se enfrenta una concepción patriarcal con una matriarcal. Apolo representa la visión patriarcal, las Furias el matriarcado y la organización tribal.

¡Monstruos aborrecibles, de los dioses espanto! Las cadenas él podía desatarlas, tiene remedio, existen mil formas de romperlas. Pero cuando la sangre de un varón bebió la tierra, no hay medio de volverle a la existencia. Contra este mal mi padre no fabrica hechizos, él que todo lo conmueve sin perder el aliento en el esfuerzo.

CORIFE0

Mira de qué manera lo defiendes para que sea absuelto. Fue la sangre de una madre lo que virtió —¿lo escuchas?— ¿Y luego va a vivir en Argos, bajo el techo de su padre? ¿Y a qué altares podrá acercarse? Di. ¿Qué cofradía podrá acogerlo en sus sagrados ritos?

APOLO

Te lo diré, y acepta mis razones: Del hijo no es la madre engendradora, es nodriza tan sólo de la siembra que en ella se sembró. Quien la fecunda ése es engendrador. Ella, tan sólo —cual puede tierra extraña para extraños— conserva el brote, a menos que los dioses la ajen. Y daré mis argumentos: Puede haber padre sin que exista madre, y muy cerca tenemos un testigo, la propia hija de Zeus, rey del Olimpo. No fue gestada en las tinieblas de una materna entraña, mas, ¿qué dios podría dar a luz a un retoño semejante? En cuanto a mí, oh Atenea, cual sé hacer en otros casos, quiero engrandecerte

a ti, y a tu ciudad, y sus habitantes.
A éste (*por Orestes*) en suplicante, lo he enviado
a tu templo, porque te sea fiel
eternamente, y en él halles, diosa,
fiel aliado en sus descendientes.
Y esa fidelidad se hará extensiva
a sus hijos futuros, para siempre.

ATENA

¿Puedo, pues, ya ordenar, que, en conciencia
emita este jurado un justo fallo
puesto que ya se ha hablado lo bastante?

CORIFEO

Nosotros disparamos nuestras flechas.
Ahora espero escuchar vuestro fallo.

ATENA

Y, ¿vosotros? ¿Cómo debo actuar
para no merecer vuestra repulsa?

APOLO

Ya oísteis lo que oísteis, extranjeros.
Y que al votar respete vuestro pecho
los juramentos que prestasteis antes.

ATENA

Oíd lo que dispongo, oh habitantes
del Ática, que hoy, por vez primera
en un pleito juzgáis de asesinato.
Desde ahora en adelante
y para siempre, tendrá
como tribunal augusto,
de Egeo el pueblo, esta corte.
Y en esta colina de Ares,
asiento y campo de aquellas

Amazonas que marcharon
contra la ciudad, un día,
por su odio hacia Teseo
—y que en aquella ocasión
edificaron las altas
torres de esta ciudadela,
donde a Ares sus sacrificios
ofrecían, y por ello
roca y monte recibieron
el nombre que llevan—, digo,
pues, que en esta roca el Miedo
y el respeto, hermano suyo,
lejos del crimen habrán
de mantener, noche y día,
al ciudadano, entre tanto
no subviertan estas leyes.
Si en su caudal viertes lodo
y turbias corrientes, y
ensucias el agua clara,
no tendrás agua potable.
Ni indisciplina excesiva,
pues, ni gobierno despótico,
que tales son los principios
que aconsejo respetar
sin, empero, eliminar
de la ciudad para siempre
todo temor. Pues si nada
teme, ¿qué hombre va a seguir
el recto camino? Si
sentís justa reverencia
hacia este tribunal,
en él habréis de encontrar
un protector baluarte
de esta tierra, de este estado,
cual no ha conocido nadie
ni en Escitia ni de Pélope
en la tierra. Y será virgen
de corrupción, y severo,
venerable, en vela siempre

por proteger al dormido:
tal es el consejo que
yo instituyo, protección
eterna de esta ciudad.

He aquí el largo discurso que dirijo,
sobre el futuro, a mis conciudadanos.
Pero ahora el momento ya es llegado
de ponerlos de pie, y vuestro voto
depositar, y emitir la sentencia
manteniéndolos fiel al juramento.
He dicho.

(Los jueces se levantan y van depositando sus votos en las urnas.)

CORIFE0

Os aconsejo no arrancar
sus derechos a este pesado coro
que se ha asentado en vuestra tierra.

APOLO

Pues yo os invito a respetar mi oráculo,
que es también el de Zeus; y no impedáis
que fructifique.

CORIFE0

Tú quieres tratar
un delito de sangre, y no te incumbe.
¡Nunca más podrás dar ya un oráculo
sin mancha alguna!

APOLO

¿Es que, por tanto, entonces,
se equivocó mi padre en sus decretos
cuando Ixión, el primer asesino,
fue a pedirle que lo purificara?

CORIFE0

Lo dices tú; pero yo, si no alcanzo
justicia, en mi venganza voy a ser
para esta tierra un fardo muy pesado.

APOLO

Tú no tienes derecho entre los dioses,
ni jóvenes, ni antiguos; yo triunfo.

CORIFE0

Igual fue tu conducta con Admeto.
Persuadiste a las Moiras que tornaran
en inmortal a aquel que mortal era.

APOLO

¿No es justo hacer el bien al que te ha honrado,
en especial cuando él te necesita?

CORIFE0

La antigua ordenación arruinando,
tú engañaste a las diosas con el vino.

APOLO

No alcanzarás victoria en este pleito,
pronto vomitarás esa ponzoña,
que ya no habrá de ser en el futuro
pesada carga para tu enemigo.

CORIFE0

Pues que tú, joven dios, a estas ancianas
bajo las patas de caballos echas,
voy a esperar hasta escuchar sentencia:

porque aún es cosa no del todo clara
si contra la ciudad he de irritarme.

(Entre tanto todos los jueces van depositando su voto. La última es Atena.)

ATENA

Mi privilegio es votar la postrera.
Y yo voy a votar en pro de Orestes.
No me parió una madre, y siempre, en todo,
salvo en tomar esposo, me he encontrado
del lado del varón. Soy, sin reserva,
del bando de mi padre. De este modo,
no prefiero el destino de una hembra
que muerte dio a su esposo, de una casa
dueño y señor. Orestes gana el pleito
aunque haya empate. Así que, sacad pronto
los votos de las urnas, quienes,
tenéis a vuestro cargo esta tarea.

(Se sacan los votos de las urnas.)

ORESTES

¿Cuál será el resultado, Febo Apolo?

CORIFE0

¡Oh madre Noche! ¿Ves qué está pasando?

ORESTES

Tengo ante mí morir o ver el sol.

CORIFE0

Y yo la ruina o conservar mi gloria.

APOLO

Contad muy bien los votos de las urnas,

y procurad hacer un escrutinio
sin un error; que un voto menos puede
ser el desastre y uno más traer
la salvación a esta pobre familia.

ATENA

(Tras contar los votos.)

Este hombre queda absuelto del delito
de sangre; en un empate se ha resuelto
la cuenta de los votos.

(Apolo se va.)

ORESTES

Has salvado
mi hogar, oh Palas; mi perdida patria
me has devuelto. En Grecia alguien dirá:
«De nuevo es éste ciudadano argivo;
de nuevo vive en la heredad paterna
por la gracia de Atena, y por Apolo,
y por gracia también del Juez Supremo,
del Salvador que, viendo el infortunio
de mi padre, la salvación me otorga,
aun viendo de mi madre el defensor.»
En cuanto a mí, a esta ciudad y pueblo
para el tiempo futuro, y para siempre,
hago este juramento cuando parto
hacia mi patria. «Nunca de mi tierra
ningún piloto ha de venir a ésta
una bélica pica sosteniendo.»
Y yo, que a la sazón seré, en la tumba,
el transgresor del juramento que hago
haré que se arrepienta de su empeño
con horribles males, colocando
en su camino el desaliento y duros
auspicios a su paso. Mas si observan
el juramento y la ciudad de Palas

respetan con la ayuda de su lanza,
me mostraré clemente. Pero ahora,
¡salud! a ti, y al pueblo que protege
esta ciudad. Que sea irresistible
tu ardor delante de los enemigos,
y te conceda el triunfo en el combate.

(*Se va.*)

CORO

¡Ay, ay, jóvenes dioses,
la antigua institución habéis hollado,
me lo habéis arrancado de las manos.
Sin honra, sin ventura,
rebotante de cólera
en contra de esta tierra,
destilando un veneno,
un veneno que será mi venganza
contra esta tierra, irresistible... De él
una peste que dejará sin hojas
y sin hijos saldrá...
¡oh, Justicia!, y que cayendo
sobre la tierra vuestra hará brotar
contra el país mil plagas asesinas.

ATENA

Creedme y no reaccionéis
con un llanto tan agudo;
que no habéis sido vencidas:
de las urnas ha salido
un fallo con igualdad
de votos, y con verdad,
pero ello no significa
que hayáis sido deshonradas.
Había en juego brillantes
testimonios, emanados
de Zeus. Y el dios que emitiera
su oráculo ha testificado

[414]

que, con sus actos, Orestes,
ningún daño sufriría.
¿Vais ahora a vomitar
sobre esta ciudad la ira
que os acongoja? Pensad,
y no os encolericéis;
los frutos no destruyáis
diabólico humor virtiendo,
picas salvajes que roen
las simientes. Yo os prometo
—cosa enteramente justa—
en esta tierra un asiento
legítimo, do sentadas
en un trono esplendoroso
junto al altar, los honores
recibiréis de esta tierra.

CORO

¡Ay, ay! Jóvenes dioses,
la antigua institución habéis hollado,
me la habéis arrancado de las manos.
¿He de llorar? ¿Qué hacer? ¿He de mostrarme
contra estos ciudadanos insufrible?
¡Ay, qué triste destino han conocido
las hijas de la Noche
que gimen sin honor, aquí postradas!

ATENA

De honores no carecéis.
Y no hagáis, en vuestra enorme
indignación, a esta tierra
sorda a los mortales. Tengo
en Zeus toda mi esperanza,
y —¿para qué he de decilo?—
la única diosa yo soy
que sabe do está la llave
de la habitación en donde
está el rayo, bajo sello.

[415]

Pero no, no me hará falta:
tú hazme caso, y que tu lengua
impía, sobre esta tierra
no lance una maldición
que eche a perder las cosechas.
Adormece ya el amargo
aguijón de estas oscuras
olas, como compañera
mía de morada que eres,
y que recibe el honor
de ella merecida. En estas
anchas tierras, las primicias
siempre serán para ti
—ofrendas por nacimientos
y por bodas— y algún día
tendrás que hacer el elogio,
por siempre, de mis consejos.

CORO

¡Yo sufrir este ultraje!
¡Yo, con esa sapiencia tan antigua
vivir en esta tierra,
como algo sin honor, y abominable!
¡Oh no! Respiro indignación, respiro
un aliento de venganza.
¡Ay, ay, tierra, ay de mí! ¡Ay qué dolor
penetra en mis costados,
qué dolor en mi pecho!
Escucha, madre Noche,
mi antigua dignidad me la han robado
y en nada me ha tornado
el invencible engaño de los dioses.

ATENA

Tu indignación yo soporto,
puesto que tienes más años.
Mas si en ciencia me superas,
también Zeus me ha concedido

a mí la sabia prudencia.
Si hacia otro país extraño
os marcháis, ahora, un día
de menos la habréis de echar.
Escuchad el vaticinio
que os ofrezco ahora: el tiempo,
en su incesante fluir,
a estos ciudadanos gloria
dará; y tú, en tu gloriosa
mansión, junto al Erecteo,
de los hombres y mujeres
las honras alcanzarás
que nunca recibirías
de otras manos. Mas no lances
contra esta tierra que es mía
tus agujiones sangrientos,
tortura de entraña joven,
de furor enloquecidos
no causado por el vino.
Tampoco cual si irritaras
el corazón de unos gallos,
instaures entre mi gente
algún Ares intestino
que la audacia de los grupos
haga revivir. La guerra
venga contra el extranjero;
que se apresta fácilmente
cuando existe un ansia viva
por conseguir un renombre.
Mas yo no quiero el combate
de ave de corral causar.
Tales dones de mis manos
tú podrías recibir,
ya causando beneficios,
o recibéndolos tú,
y, bendita y adorada,
participar en la vida
de esta tierra, que los dioses
para sí un día escogieron.

CORO

¡Yo sufrir este ultraje!
 ¡Yo, con esa sapiencia tan antigua
 vivir en esta tierra,
 como algo sin honor, y abominable!
 ¡Oh no! Respiro indignación, respiro
 un aliento de venganza.
 ¡Ay, ay, tierra, ay de mí! ¡Ay, qué dolor
 penetra en mis costados
 qué dolor en mi pecho!
 Escucha, madre Noche,
 mi antigua dignidad me la han robado
 y en nada me ha tornado
 el invencible engaño de los dioses.

ATENA

Yo no me cansaré nunca
 de enumerarte los bienes
 que te ofrezco, y así nunca
 dirás que tú, diosa antigua,
 tuviste que huir sin honra
 expulsada por un dios
 que es más joven, y por quienes
 en esta región habitan.
 Si persuasión majestuosa
 es algo muy sacrosanto
 —de mi lengua dulce hechizo—
 tú te quedarás aquí.
 Mas si quedarte no quieres,
 no obrarías justamente
 virtiendo sobre esta tierra
 injusto resentimiento,
 cólera, acaso, o bien, daño
 para el pueblo. Porque puedes
 ocupar una gran parte
 de esta tierra, y, con justicia,
 ser honrada de por siempre.

CORIFEO

Atenea, ¿qué sede me prometes?²¹

ATENA

Será sin daño. Acéptala sin más.

CORIFEO

La acepté ya. ¿Qué dignidad me espera?

ATENA

Que sin tu bendición, no hay feliz casa.

CORIFEO

¿Harás tan grande mi poder, Atena?

ATENA

Sí. El éxito daré al que te venera.

CORIFEO

¿Me darás garantía para siempre?

ATENA

Si algo no he de cumplir, no lo prometo.

CORIFEO

Creo que tus hechizos me han calmado:
 mira, depongo todo mi rencor.

ATENA

En esta tierra ganarás amigos.

²¹ El coro empieza a ceder. Al final, habrá arreglo: las Furias recibirán culto, con el nombre de *Euménides*, a cambio de aceptar el fallo del tribunal.

¿Qué me mandas pedir para esta tierra?

ATENA

Aquello que no tenga un mal triunfo
 en su punto de mira; que la brisa
 de la tierra, del mar, y la del cielo
 ore en la región bajo los rayos
 desbordantes del sol; y que los frutos
 del país, y el ganado no se cansen
 de dar prosperidad a los ciudadanos.
 Que se proteja la simiente humana,
 y se arranque de cuajo a los impíos;
 pues me llena de gozo, cual si fuera
 yo un hortelano, que no sufra daño
 la raíz de los justos. Y ésta es
 tu misión ya, y en cuanto a los combates
 que gloria dan, jamás consentiré
 que, si obtiene el triunfo, no resulte
 sin honra mi ciudad entre los hombres.

CORO

Aceptaré vivir con Atenaea;
 no desdeño, tampoco,
 una ciudad do moran
 Zeus todopoderoso
 y Ares, la ciudadela de los dioses,
 orgullo de los númenes de Grecia,
 protección de sus aras.
 Por ella hago mis votos,
 con propicios oráculos,
 y que la luz del sol, resplandeciente,
 haga brotar del suelo
 los bienes de los campos
 que nos dan la ventura.

Por el amor que siento por mi pueblo,
 he aquí lo que yo instauro en este día:
 instalo en esta tierra
 númenes poderosos, inflexibles.
 Es su función regir la vida humana;
 quien se ha propiciado
 deidades tan crueles
 ignora enteramente
 de do vienen los golpes de la vida.
 Los pecados de sus antepasados
 a ellas lo conducen;
 y una muerte en silencio
 aniquila, con ira rencorosa,
 a quien tan alto hablaba.

CORO

Que no sople jamás el maleficio
 que destruye los árboles
 —he aquí mis bendiciones—.
 Los calores que abrasan
 las yemas de las plantas
 ¡que no crucen jamás vuestras fronteras!
 ¡Y que no lleguen aquí las funestas,
 las estériles plagas de los campos!
 Que produzca la tierra
 ovejas saludables, cada una,
 a su debido tiempo,
 madre de dos corderos.
 Que el fruto del tesoro
 que bajo tierra yace
 honre siempre estos dones
 de Hermes, que los dioses
 un día os concedieron.

ATENA

¿Escucháis, vigilantes

de esta ciudad, los dones que os prometen?
La augusta Erinia es muy poderosa
cabe los inmortales
y junto al dios que bajo tierra mora.
Ella dispone todo cuanto al hombre
concieme, en forma clara, plenamente.
Cantos a unos concede;
y a otros, una vida
cegada por el llanto.

CORO

De vuestra tierra expulso los destinos
que matan a los hombres
antes del tiempo prefijado. ¡Dad
a las doncellas deseables una
vida feliz al lado de un esposo,
vosotras Moiras, árbitros
de la suerte del hombre,
hermanas nuestras, númenes
justicieros, presentes
en todos los hogares
donde el peso de vuestra justiciera
presencia hacéis sentir,
las diosas más honradas
en todos los lugares!

ATENA

Al escuchar los dones
que, en su bondad, aseguran a mi pueblo,
me invade el gozo, y siento
gratitud, a los ojos
de Persuasión, que ha cuidado mis labios
y mi boca ante éstas,
que, en forma tan salvaje, rehusaban.
¡La victoria es de Zeus,
el dios de la palabra!
Se ha impuesto para siempre
nuestra tenacidad, al bien orientada.

CORO

¡Que la civil discordia
de males insaciable,
nunca llegue a rugir en esta tierra!
Estas son mis plegarias.
Y que el polvo abrevado con la negra
sangre de ciudadanos
no busque, en su ira por vengar la muerte,
represalias que causan
la ruina de ciudades.
¡Que se intercambien gozos compartiendo
el amor, y que odien
como si un solo corazón tuviesen!
Esto es, en muchos males,
un remedio en el mundo.

ATENA

¿No es cierto que has hallado
la ruta de la lengua bienhechora?
De esos horribles rostros
veo surgir para este pueblo, espléndido
provecho. Si sabéis
devolverles su amor con vuestro afecto
y los honráis por siempre
con espléndidas honras
se os verá eternamente conduciendo
esta ciudad, esta tierra
por el sendero de recta justicia.

CORO

¡Salud, salud en los dones
benditos de la riqueza!
¡Salud, pueblo de Atenas
que te sientas al lado de la Virgen
hija de Zeus, y la amas
y eres por ella amado, y cada día
tu prudencia acrecientas!

Quien de Atenea está bajo las alas,
su padre le protege.

ATENA

¡Salud también vosotras!
Pero yo la primera he de partir
para, a la luz sagrada del cortejo,
mostraros vuestra sede.

(Aparece un cortejo de antorchas.)

Id, y mientras se ofrendan
las víctimas solemnes
descended bajo tierra y alejad
del país todo mal,
y traed la fortuna
en provecho de Atenas.
Y vosotros, descendientes de Cránao,
dueños de esta ciudad,
guiad a estas extranjeras.
¡Y que mis ciudadanos,
en su propio provecho,
formulen rectos votos!

CORO

¡Salud, salud de nuevo!
Repito ahora mi voto
a hombres y dioses todos de esta tierra.
La ciudad do vivís es la de Palas.
Si aceptáis que aquí viva esta extranjera,
no habréis de lamentar
las penas de la vida.

ATENA

Las fórmulas apruebo
de vuestras bendiciones.
Y voy a conducirlos a la luz

de espléndidas antorchas
bajo tierra, al espacio que hay allí.
Conmigo han de venir las servidoras
que custodian mi imagen, es lo justo.
Y que salga lo mejor
de la tierra de Teseo,
tropa ilustre de niños y mujeres,
y de ancianas también...
A estas diosas honrad con vestimentas
de púrpura; y que brote
la luz del fuego, para
que estas habitantes de la tierra
bondadosas, al fin, revelen su presencia,
a ilustres ciudadanos dando vida.

EL CORTEJO

En marcha, grandes y santas
hijas sin hijos de Noche,
junto con este cortejo
que os respeta. Ahora vosotros
ciudadanos, ¡silencio!

A la hondura de la tierra,
donde un culto sin igual
con las honras hallaréis
y los dones que teníais.
Y vosotros, ciudadanos
¡un religioso silencio!

Benévolas, Bienhechoras
con esta tierra, venid,
Augustas, en esta ruta
gozando de estas ardientes
antorchas. Y ahora, ¡ololé!,
dad en respuesta a mi canto.

La paz, para la ventura
de sus casas hoy está

con los súbditos de Palas.
Zeus, el que todo lo ve,
y las Moiras de este modo
lo acordaron. Y ¡ololé!,
dad en respuesta a mi canto.

*(El cortejo se pone en marcha, desapareciendo por ambos lados de la
orquesta.)*

PROMETEO ENCADENADO

Posiblemente, el *Prometeo encadenado* sea la pieza esquiléa que más problemas ha planteado a los críticos. Baste decir que hay toda una corriente de interpretación que considera que estamos en presencia de una obra falsamente atribuida a nuestro poeta. Las dudas se iniciaron en 1856 cuando Westphal —en oposición a la unanimidad de la tradición— avanzó algunas dudas sobre la autenticidad de la pieza. En 1913, esta tesis se elabora con más detención por parte de Niedzball¹ y, a partir del léxico de la pieza, se declara su carácter espúreo. Pero el momento culminante de la opinión contraria a aceptar que estamos en presencia de una pieza esquiléa está representado por el trabajo de W. Schmid², quien realiza un análisis a fondo tanto de las ideas como de la lengua y estilo de la pieza, decretando que la obra debió redactarse bastante más tarde de la época de Esquilo, en un momento del máximo apogeo de la Sofística. Desde entonces, los filólogos se han dividido en partidarios de la autenticidad y enemigos de la misma³, a decir verdad, hay argumentos para sostener, con cierta verosimilitud, tanto uno como otro partido. Porque es cierto que la figura de Zeus aparece en la pieza con unos rasgos titánicos y negativos, pero lo es también que, por nuestras noticias, en las piezas ulteriores de la trilogía (algunos hablan de dilogía, obra en dos piezas) el

¹ *De copia verborum et elocutione Promethei vincti quae fertur aeschylea*, tesis doctoral, Breslau, 1913.

² *Untersuchungen zum gefesselten Prometheus*, Stuttgart, 1926.

³ Sostienen la autenticidad, J. Coman (*L'autenticité du Prométhée enchaîné*, Bucarest, 1943), Méautis (*L'autenticité et la date du Prométhée enchaîné*, Neuchâtel, 1960). Cfr., además, el estudio de conjunto de L. Séchan, *Le mythe de Prométhée*, Paris, 1951, en especial págs. 49 y ss.

talante de Zeus se dulcifica («por el dolor al conocimiento») es un verso de Esquilo que puede aplicarse a muchos de sus personajes) y que, al final, hay un acuerdo entre el «rebelde» y el «tirano». También es cierto que en algunos aspectos el estilo de la pieza presenta rasgos que no parecen esquilos⁴, pero es asimismo cierto que los principales elementos arcaicos del estilo de nuestro autor, están representados en la obra⁵.

La figura de Prometeo es muy antigua en la mitología griega, y, por otra parte, a lo largo de la historia de la literatura griega presenta una cierta evolución. Si en Hesíodo simboliza la «mala *eris*», y se presenta con rasgos negativos—su actitud es contraria al deseo de Zeus, que quiere todo lo bueno—, a partir, al menos, de Esquilo, este personaje mítico pasa a simbolizar la rebeldía contra el tirano. Por esta razón en el Romanticismo (Shelley) alcanza una gran popularidad.

El tema de la tragedia es bien conocido por la mitología: Por haber robado el fuego a Zeus, quien lo había ocultado a los hombres, Prometeo es condenado a ser clavado en una roca del Cáucaso, donde cada día un águila irá a roerle el hígado. Nunca será liberado a no ser que revele a Zeus la profecía relativa a un matrimonio que hará caer a Zeus de su trono. Prometeo es, por lo demás, en la pieza, el protagonista—ya no es el coro— y su figura permanece constantemente en escena, por razones naturales. Es un problema aún no resuelto si en escena había un enorme monigote, dentro del cual se había colocado un actor que hablaba desde allí, o si el personaje estaba representado por un actor.

Ante la figura del *justo doliente* (algunos exégetas cristianos han querido ver en el Prometeo una prefiguración de Jesús) van acudiendo diversos personajes. Primero, una vez ha sido clavado a la roca por Hefesto, el coro de Oceánidas, que entran en escena montadas en una máquina. Luego, Oceano,

⁴ Cfr. O. Hiltbrunner, *Wiederholungs- und Motivtechnik bei Aischylos*, Berna, 1950, págs. 75 y ss (incongruencias en el uso del *leit-motiv*).

⁵ Van Otterlo, *Beschouwingen over het archaisch element in den stijl van Aeschylus*, Amsterdam, 1937 (empleo de la *Ringkomposition*, por ejemplo).

que pretende ayudarle, cosa que no acepta Prometeo. Finalmente, Io, una víctima de Zeus, que en sus correrías por el mundo que le ha impuesto Hera, la celosa esposa de Zeus, va a parar donde se halla nuestro héroe. Allí nos cuenta sus desgracias, y Prometeo le revela lo que aún le aguarda.

Rasgo esencial del *Prometeo* de Esquilo es su obstinación en no aceptar auxilio de nadie, y su decidida actitud a mantener el secreto que Zeus quiere conocer de todas formas. Más que el castigo por haber robado el fuego, parece que el tema de la pieza sea una porfía entre Zeus, que desea conocer el secreto, y Prometeo, que se empeña en callarlo hasta que sea liberado de sus grilletes.

PROMETEO ENCADENADO

PERSONAJES DEL DRAMA

FUERZA
VIOLENCIA
HEFESTO
PROMETEO
OCÉANO
HERMES
IO
CORO DE OCEÁNIDAS

La acción, en una montaña de Escitia.

(Salen a escena Fuerza y Violencia conduciendo al Titán Prometeo. Les sigue Hefesto llevando consigo un martillo, cadenas y una cuña. Se dirigen a una enorme roca donde colocan a Prometeo para que Hefesto pueda clavarlo en ella.)

FUERZA

Al confín de la tierra hemos llegado,
a la desierta y desolada Escitia.
Hefesto, ahora es tu turno: Cumplir debes
las órdenes que el Padre te impusiera,
amarrar con grilletes irrompibles
a este escarpado risco este bandido.
Pues tu atributo, el ígneo de la llama
fulgor y fuente de las artes todas
robó del Cielo y diólo a los mortales.
Es justo, pues, que pague este delito.
¡Que aprenda a respetar de Zeus la fuerza,
y a poner freno a su filantropía!¹

HEFESTO

Habéis cumplido ya, Fuerza y Violencia,
las órdenes que Zeus os encargara;
no hay nada que añadir. Pero yo, en cambio,
no tengo corazón para amarrar
a un dios, pariente mío, a este peñasco,

¹ Mantenemos el término griego que equivale a *amor a los hombres*. El texto griego juega con el término *trópos* (=carácter) y *philantbrópos*.

borrascoso. Mas, ay, he de intentarlo,
que es grave desoír la orden paterna.

(A Prometeo.)

Bizarro hijo de Temis consejera,
contra mi voluntad, contra la tuya,
te he de clavar a ese asolado risco
con grilletes de bronce indisolubles,
do no oirás ni voz ni rostro humano.
Aquí, abrasado por la ardiente llama
del sol, has de cambiar tu tez rosada.
A calmar tu dolor vendrá la noche
con su estrellado peplo. Y el rocío
que pariera la aurora ha de fundirlo
el sol con su calor. Mas para siempre
habrá de torturarte el dolor rudo
de tu desgracia. ¡Pues aún no ha nacido
el que ha sido llamado a liberarte!²
Con tu amor al mortal, eso ganaste.
Tú, un dios, sin arredrarte hacia las iras
de los dioses, honraste a los mortales
más de lo justo. A cambio, en esta roca,
guardia habrás de montar, siempre, en insomnio,
de pie, sin doblar la rodilla. En vano
te desharás en llantos y gemidos,
pues el pecho de Zeus es inflexible.
¡Que todo nuevo rey reina en tirano!

FUERZA

Mas, ¿por qué te retrasas y enterneces?
Y, ¿por qué no abominas de este dios,
que aborrecen los dioses, el que un día
tus fueros entregara a los mortales?

² Heracles.

HEFESTO

Fuertes lazos nos unen, y es mi amigo.

FUERZA

Pero no obedecer la orden paterna,
¿es acaso posible? ¿No te arredra?

HEFESTO

¡Tú, siempre un desalmado y sin entrañas!

FUERZA

Lamentarse por él no es un remedio.
No te canses en vano, te aconsejo,
por algo que no puede aprovecharte.

HEFESTO

¡Ay, oficio mil veces denostado!³

FUERZA

¿Por qué has de maldecirlo? De tus penas
tu oficio no es culpable en modo alguno.

HEFESTO

¡Así lo hubiese dado a otra persona!

FUERZA

Todo es arduo, menos ser rey de dioses.
Que, excepto Zeus, nadie en el mundo es libre.

HEFESTO

Lo sé, y no tengo nada que objetarte.

³ Hefesto se lamenta de que entre los dioses su función sea la de herrero, y por ello se le haya encomendado su dura tarea de clavar a Prometeo.

FUERZA

¿Por qué, pues, tu retraso a encadenarlo?
El Padre puede verte dando largas.

HEFESTO

Puedes ver ya el grillete entre mis manos.

FUERZA

Cíñele, pues, los brazos, y con fuerza
clávalo a este peñasco a martillazos.

HEFESTO

(Lo hace.)

Mi tarea está lista, y sin un fallo.

FUERZA

Remacha, aprieta aún más. No has de dejarle
que esos lazos afloje; que, en su astucia,
puede escapar incluso a lo imposible.

HEFESTO

El codo ha sido atado, y no se suelta.

FUERZA

Pues ata el otro con todas tus fuerzas;
que aprenda al fin que, aunque muy listo, es torpe.
una vez que con Zeus se le compara.

HEFESTO

Sólo él de mi labor protestaría.

FUERZA

Pues clávalo en el pecho la obstinada
mandíbula de acero de esta cuña.

[438]

HEFESTO

¡Ay, Prometeo, por tus males lloro!

FUERZA

¿Vacilas, pues, y de los enemigos
de Zeus lástima tienes? Que algún día
no tengas que llorar por tu persona.

HEFESTO

(Mirando a Prometeo.)

¡Viendo estoy una escena aterradora!

FUERZA

¡Viendo estoy que este tipo está pagando
la pena por sus actos merecida!
Amárrale ya el pecho con cadenas.

HEFESTO

Y ¡qué remedio, pues! No me presiones.

FUERZA

Te azuzo y te amenazo al mismo tiempo.
Baja de aquí y apriétale las piernas.

HEFESTO

(Se las aprieta.)

Hecho está ya, y no con mucho esfuerzo.

FUERZA

Remacha el duro grillo, ahora, con fuerza,
que el juez de tu labor es muy severo.

[439]

HEFESTO

¡Qué acordes tu lenguaje y tu figura!

FUERZA

Ablándate, mas no me eches en cara
mi propia obstinación y mi fiereza.

HEFESTO

Partamos ya, que espesa red lo cubre.

FUERZA

(A Prometeo.)

Puedes hacerte ahora el insolente:
roba sus atributos a los dioses
y dáselos al hombre. ¿En qué podrían
aligerar tu pena los mortales?
Actuaron de forma equivocada
los dioses al llamarte Prometeo:
que un promotor incluso a ti te falta
para poder huir de mi artificio⁴

(Salen.)

(La escena queda vacía. Sólo Prometeo permanece en ella, atado a la roca. Tras un largo silencio, habla de esta forma.)

PROMETEO

¡Éter divino, raudas brisas, fuentes
de los ríos y sonrisa infinita
de las olas del mar, Madre de todo!
Pero también a ti quiero invocarte,
¡disco del sol, que todo lo contemplas!
Miradme: soy un dios y, sin embargo,
¡qué trato ha recibido de los dioses!

⁴ Hemos intentado recoger en la traducción (promotor, *Prometeo*) el juego de palabras que hay en el original.

(Canta.)

Mirad con qué torturas desgarrado,
por un espacio de años infinito,
aquí he de padecer tormento horrendo.
Tal es el lazo de cadena infame
que contra mí inventó el rey de los Dioses.
¡Ay, ay! Por el presente y el futuro
mal que me aguarda estoy llorando ahora.
¿Cuándo será el final de mis desdichas?

(Hablando.)

Pero, ¿qué es lo que digo? De antemano
bien conozco los males que me esperan:
no puede sorprenderme daño alguno.
Pues sé del Hado la invencible fuerza,
habré de soportarla con paciencia.
Pero callar o no estos infortunios
no me ha sido otorgado: un don al hombre
me ha uncido al duro yugo del destino:
Robé del fuego, en una oculta caña,
la recóndita fuente que sería
maestra de las artes y un recurso
para el hombre. Y aquí pago mi culpa
clavado y aherrojado a la intemperie.

(Vuelve a cantar. Se percibe un rumor a lo lejos.)

¿Qué rumor, qué perfume invisible
hasta mí va llegando?⁵
¿Viene de un dios, de un hombre, o las dos cosas?
¿Ha acudido a este risco, al fin del mundo
a contemplar mis penas? o, ¿qué quiere?
Ved a este dios sin dicha encadenado,
ved al rival de Zeus, al que odian cuantos

⁵ Prometeo sabe que un águila irá a roerle el hígado: de aquí su terror ante lo que cree un ruido de alas.

dioses del Rey visitan el palacio,
por mi exceso de amor a los mortales.
¡Ay, ay!
¿Qué es el murmullo alado que percibo
junto a mí? A este raudo batir de alas
va susurrando el aire.
¡Me causa horror cuanto hacia mí se acerca!

CORO

(Cantando. Viene en un carro alado.)

Ningún temor abrigues:
amiga es la bandada que a este riesgo
con un ligero porfiar de plumas
ha acudido volando. A duras penas
el corazón del Padre me he ganado.
Veloces me han traído aquí las auras.
El eco del acero amartillado
penetró hasta el rincón de mi morada
y sin calzarme, apenas,
al aire me he lanzado
en mi alada carroza.

PROMETEO

¡Ay, ay!
Descendientes de Tétide fecunda,
¡oh hijas del Océano,
que en su curso sin sueño
en torno de la tierra va girando!
Miradme y ved con qué infamantes grillos
estoy aquí sujeto
en la roca más alta de esta sima,
montando, en centinela,
una guardia que nadie envidiaría.

CORO

Viéndolo estoy. Mis ojos, Prometeo,
horrible niebla cubre

hermanada con lágrimas,
al ver cómo tu cuerpo se marchita
clavado en esta roca
con estas ultrajantes ligaduras.
¡Se ve que en el Olimpo hay nuevos amos!
Con nueva ley Zeus gobierna a su antojo,
y ¡a los grandes de ayer ha aniquilado!

PROMETEO

¡Si me hubiese arrojado
bajo la tierra, al menos,
en el fondo del Hades
que a los muertos acoge,
al Tártaro insondable,
después de haberme atado fuertemente
con grillos insolubles!
Así, ni un dios, ni nadie,
se mofaría ahora de mis cuitas.
En cambio, soy juguete de los vientos
y el escarnio, infeliz, de mi enemigo.

CORO

¿Hay dios tan insensible
que pueda disfrutar con tu desgracia?
¿Quién no va a compartir tu sufrimiento,
con la excepción de Zeus? Eternamente
conservando el rencor en sus entrañas,
no deja que su espíritu se pliegue,
y tiene sometidos a su arbitrio
a los dioses. No calmará sus iras
mientras no haya saciado sus entrañas,
o hasta que alguno, con astuto golpe,
le arrebathe su trono inexpugnable⁶.

⁶ Alusión velada a la profecía que decía que un hijo de Zeus le arrebataría el trono como hiciera él con su padre.

PROMETEO

Pues por más que me encuentro aprisionado
por tan potentes lazos —yo os lo juro—
habrá de suplicarme el dios de dioses
que le descubra el nuevo plan, que un día
intentará quitarle cetro y trono.

Mas, a fe, que ni el dulce
encanto de su labia ha de ablandarme
ni cederé tampoco a su amenaza.

¡Antes ha de libramme de esos grillos
y la pena pagarme de su ultraje!

CORO

Tú siempre intransigente
y sin ceder jamás en duro trance.

Tu lenguaje es osado en demasía.

Mas penetrante horror hiende mi entraña,
que temo por tu suerte, y me pregunto
hasta qué puerto has de arribar un día
para ver el final de tu desgracia.

Porque es inaccesible, inexorable
el corazón del Crónida y su genio.

PROMETEO

Sé que es duro, y que tiene
la Justicia en sus manos, pero pienso
que ha de mostrarse bondadoso, cuando
sufra ese golpe un día.

Entonces calmará su ira indomable.

CORIFEEO

Dígnate contestar nuestra pregunta.
¿Por qué delito Zeus te ha aprisionado
y te atormenta de este modo infame?
Cuéntanos esa historia, si el hacerlo
no ha de causarte menoscabo alguno.



El águila devorando el hígado de Prometeo.

PROMETEO

Para mí es doloroso hablarte de ello
 mas también doloroso me es callarlo.
 De cualquier forma, hacerlo me es muy duro.
 Tan pronto hubo estallado entre los dioses
 el rencor y reinaba la discordia,
 los unos deseando echar a Crono
 de su solio y los otros se oponían
 a que reinara Zeus entre los dioses,
 yo quise convencer a los Titanes,
 los vástagos del Cielo y de la Tierra,
 con mi mejor consejo. Mas no pude.
 Y, desdeñando mi ingeniosa maña,
 en su duro talante, por la fuerza
 esperaban alzarse con la palma
 y sin dificultades. Gaya y Temis,
 mi madre (un ser que tiene muchos nombres)
 me había ya predicho de qué modo
 —y no sólo una vez— iba a cumplirse
 el futuro: que no era por la fuerza
 ni con artes violentas; que la astucia
 era la sola forma de victoria.
 Pese a mi explicación, a mis razones,
 ni siquiera accedieron a mirarme.
 Estando, pues, las cosas de esta guisa,
 me pareció que era el mejor remedio
 a mi madre tomar como aliada
 y unirme, en actitud bien decidida,
 a las filas de Zeus, que iba a acogerme.
 Gracias a mis consejos, el abismo
 tenebroso del Tártaro hoy oculta
 al viejo Crono con sus aliados⁷.
 Y el servicio que un día le prestara
 con terrible castigo me ha pagado
 hoy el rey de los dioses del Olimpo.

⁷ Tras la lucha contra los Titanes, Zeus los encerró en el seno de la Tierra.

Tal es la servidumbre del tirano:
 no fiarse jamás de sus amigos.
 Bien, pues, vuestra pregunta, por qué causa
 me está ultrajando, paso a contestaros.
 Cuando el trono del padre hubo ocupado,
 repartió entre los dioses sus prebendas,
 a cada cual lo suyo, organizando
 su imperio así. Mas de los pobres hombres
 en nada se ocupaba, pues quería
 aniquilar toda la raza humana
 y crear una nueva. A estos deseos
 nadie supo oponerse; yo tan sólo
 tuve el valor de hacerlo, así salvando
 a los hombres de verse destruidos
 y de bajar al Hades. Y por ello
 me veo sometido a estas injurias
 que si causan dolor al soportarlas
 provocan compasión al contemplarlas.
 Y yo que me ablandé por los mortales
 compasión no logré para mí mismo.
 Y ahora me somete a este tormento,
 para Zeus espectáculo infamante.

CORIFE0

Ha de tener el corazón de hierro,
 y hecho de pedernal, oh Prometeo,
 quien compasión no sienta por tus penas.
 Yo misma no quisiera haberlas visto,
 y, al verlas, el dolor me parte el alma.

PROMETEO

Doy pena a mis amigos, ciertamente.

CORIFE0

Y, ¿no fuiste más lejos en tus actos?

PROMETEO

Evité que los hombres sucumbieran.

CORIFEEO

Contra ese mal, ¿qué antídoto encontraste?

PROMETEO

En su alma yo insuflé ciega esperanza.

CORIFEEO

¡Qué gran bien dispensaste a los mortales!

PROMETEO

Pues, además, díles el don del fuego.

CORIFEEO

Y ahora, ¿tiene el hombre el rojo fuego?

PROMETEO

Gracias al cual descubrirán las artes.

CORIFEEO

Por ese crimen, pues, Zeus te está ahora...

PROMETEO

... martirizando sin ceder un punto.

CORIFEEO

¿Y no hay fin asignado a tu tormento?

PROMETEO

Tan sólo cuando él mismo lo decida.

[448]

CORIFEEO

¿Cuándo ha de decidirlo? ¿Hay esperanza?
¿No te das cuenta, acaso, de tu culpa?
Decir cuál es tu culpa no me place,
y a ti te apena; mas dejemos eso
y busca algún remedio a tu desgracia.

PROMETEO

Cuando se es bien ajeno a la desgracia
es fácil cosa, a aquel que está sufriendo,
ofrecerle consejo y advertencias.
Lo sabía muy bien; que yo, a sabiendas,
sí, a sabiendas, erré, ¿por qué negarlo?
Por salvar al mortal yo me he perdido.
Pero yo no podía imaginarme
que hubiese de sufrir tales tormentos
en escarpada roca, en este monte,
en un lugar tan yermo y solitario.
No lamentéis, pues, mis presentes males:
a tierra descended, y mis futuros
tormentos escuchad, porque de todo
tengáis noticia cierta. Sí, creedme,
creedme, sí: compadecedme, sufre.
Pues la desdicha vuela, y sin distingos
sobre el hombre se abate, en forma alterna.

CORO

(Cantando.)

No con disgusto oímos lo que has dicho,
Prometeo. Por ello abandonamos
con pies veloces el alado carro
y el éter sacro, ruta de las aves,
para bajar a estos abruptos riscos.

(Aparece Océano montado sobre un carro tirado por una extraña e ingente ave.)

[449]

Después de larga jornada,
llego hasta ti, Prometeo,
montado en alado grifo,
que, sin morder freno alguno,
acata mi pensamiento.

Comasión por tus pesares
debes saber que yo siento,
que me impulsa el parentesco
de la sangre, según creo.

Y además del parentesco,
a nadie cual a ti aprecio.

Y que la verdad te digo,
y no hay lisonja en mi lengua,
lo vas a saber al punto:
dime en qué ayudarte puedo;
que nunca dirás que tienes
más que Océano fiel amigo.

PROMETEO

¿Qué es esto? ¿Tú también quieres
asistir a mis tormentos?

¿Cómo, dime, abandonando
el río a quien das el nombre
y las cuevas naturales

que tienen techo de roca,
a llegar te has atrevido
al país que el hierro pare?⁸

¿Acaso a ver mis desdichas
y a lamentar mis desgracias
compasivo aquí has venido?

Contempla, pues, estos grillos:
soy el amigo de Zeus,
aquél que ayúdole un día

⁸ El país de los Cálibes, cercano a la roca donde está amarrado Prometeo, pasaba por ser el más importante productor de hierro.

a establecer su reinado,
y ¡a qué penas me condena!

OCÉANO

Te veo, sí, y deseo aconsejarte,
aunque eres muy astuto, Prometeo,
lo mejor para ti. Piensa en quién eres,
y adopta nuevas formas de conducta.
Nuevo es también quien reina entre los dioses.

Si quieres persistir en la dureza
de tu acerada lengua, y le diriges
afilados reproches, Zeus podría
oír tus amenazas, porque, al cabo,
su trono se halla en un lugar más alto.

Y entonces pensarás que tus miserias
son un juego de niños solamente.

Ea, infeliz, olvida tu talento,
y busca algún remedio a tus pesares.

Acaso pensarás que mis razones
son razones de vieja, y anticuadas.

Pero eso que te ocurre es sólo el fruto
de tu altanera lengua, Prometeo.

Tú no te humillas, ni a los males cedés.
Con ello lograrás nuevos castigos.

Aprende, pues, de mí, y no perseveres
en herir con tu pierna el aguijón.

Mira que es duro el nuevo rey, y nadie,
puede pedirle cuentas de sus actos.

Y ahora yo me marchó, y, si es que puedo,
intentaré librarte de tus males.

Calma, empero, tus iras y el lenguaje
altanero que brota de tus labios.

¿O es que, siendo tan sabio, acaso ignoras
que temeraria lengua es castigada?

PROMETEO

¡Cómo te envidio! Tú participaste
conmigo en la ardua empresa, y, sin embargo,

hoy te encuentras muy lejos del castigo.
¡Déjame en paz! ¡Olvida tus cuidados!
Si, al cabo, no podrías convencerle.
Es un ser inflexible. Antes, procura
no sufrir ningún daño en tu camino.

OCÉANO

Eres, sin duda, mejor consejero
para los otros que para ti mismo.
Y me baso en los hechos, no en palabras.
Mas no te empeñes en frenar mi ruta.
Presumir quiero de que Zeus, un día,
tu libertad, al fin, va a concederme.

PROMETEO

Te elogio y nunca cesaré de hacerlo,
que buena voluntad jamás te falta.
Mas no luches en vano, si es que, acaso,
pretendes, en tu afán, salvar mi vida.
Que nada has de lograr. Mantente quieto
y lejos del asunto; que, aunque sufro,
no deseo por ello que otros sufran
por mi causa. Asaz ya he lamentado
lo de mi hermano Atlante que, en Hesperia,
de pie sostiene el peso insoportable
del Cielo y de la Tierra con sus hombros.
También me mueve a compasión el caso
del hijo de la Tierra, aquel que habita
los antros de Cilicia, monstruo horrible,
Tifón de cien cabezas, por la fuerza
domeñado. La guerra hizo a los dioses
virtiendo horror de sus terribles fauces.
Fiero fulgor brillaba en su mirada
cual si por fuerza derribar quisiera
el dominio de Zeus. Mas alcanzóle
el dardo insomne que el Tonante blande,
el rayo que desciende desde el cielo,
con aliento de fuego; y lo derrumba

de aquel lenguaje suyo tan altivo.
Herido en plena entraña, hecho cenizas,
el trueno aniquiló todas sus fuerzas.
Y ahora, fardo inútil e inservible,
yace muy cerca del marino estrecho,
en la base del Etna aprisionado,
en tanto Hefesto ocupa las alturas
forjando el hierro. Desde aquí, algún día,
ríos de lava irrumpirán, los vastos
y extensos campos de Sicilia fértil
con sus fauces salvajes devorando.
Tal, pues, será la cólera que un día
Tifón ha de exhalar con ígneos dardos
de tormenta insaciable y espantosa,
aún después de que Zeus carbonizara
su cuerpo con el rayo. Tú eres sabio
y de mí no te falta aprender nada.
Salva tu vida como hacerlo sabes.
Yo, por mi parte, apuraré la infame
suerte que me ha tocado hasta que aplaque
Zeus el rencor que ahora le domina.

OCÉANO

¿Es que ignoras acaso, Prometeo,
que el odio es mal que las palabras curan?

PROMETEO

Cuando se ablanda el corazón a tiempo
sin violentar el mal que está inflamado.

OCÉANO

¿Tú crees que es nocivo que alguien trate
de cuidarse de ti? Aclara mis dudas.

PROMETEO

Es inútil trabajo y candor vano.

Déjame padecer esta dolencia;
que es ganancia, y no poca, el ser sensato,
y parecer, en cambio, un insensato.

PROMETEO

Creerán que tu falta es cosa mía.

OCÉANO

Tus palabras devuelvenme a mi casa.

PROMETEO

Tu compasión puede ganarte el odio...

OCÉANO

... ¿de aquél que se ha instalado en fuerte trono?

PROMETEO

¡Guárdate de incurrir en su despecho!

OCÉANO

Buen ejemplo es tu caso, Prometeo.

PROMETEO

Anda, vete y conserva tu talante.

OCÉANO

Me invitas a partir cuando partía.
Mi volador cuadrúpedo ya agita
con sus alas la ruta de los aires,
y ¡con qué gozo va a doblar sus miembros
en el cubil que le es tan conocido!

(*Se va.*)

(*Cantando.*)

Lloro por ti, Prometeo,
y por tu infausto destino,
mientras, tiernas, mis pupilas
un caudal sin cesar vierten,
y humedezco mis mejillas
con esas húmedas fuentes.
Zeus, que reina con sus leyes
de forma poco envidiable,
ha ostentado a las deidades
del pasado fiera lanza.

Ahora la tierra toda
gime en tono lamentable;
el honor antiguo y grande
que tenían tus hermanos
y tú mismo, están llorando (...)
Y los hombres que, del Asia
sagrada la tierra habitan
sienten compasión y pena
ante ese injusto castigo
que las lágrimas provoca.

Igualmente, las doncellas
intrépidas combatientes
que en la Cólquide residen⁹;
y lo mismo el pueblo escita
que, en la región más extrema
de la tierra está instalado
cabe el agua del Meotis.

De Arabia la flor guerrera
que, al pie del Cáucaso monte,
construyó su ciudadela

⁹ Las Amazonas.

tan alta como las nubes;
ese ejército esforzado
que con sus agudas picas
hace resonar el aire.

(Tan sólo a otro Titán yo he contemplado
antes que a ti, con hierros oprimido,
Atlas, cuya potencia eternamente
y del Cielo la bóveda en sus hombros...) ¹⁰

La onda marina sordamente gime
al chocar con las otras, y el abismo
ruge y la negra sima de la tierra
brama furiosa, mientras los veneros
y las corrientes de los sacros ríos
dejan oír su compasivo llanto.

PROMETEO

(Que ha permanecido largo tiempo en silencio.)

No penséis que es desdén o que es orgullo
lo que cierra mi boca. Es que se angustia
mi alma al verme atado de esta guisa.
Y, con todo, a ese nuevo soberano,
¿quién, sino yo, facilitóle el trono?
Mas me callo: sabéis lo que diría.
Y ahora oíd las penas de los hombres;
cómo les convertí, de tiernos niños
que eran, en unos seres racionales.
Y en mis palabras no tendrá cabida
el reproche a los hombres; lo que intento
es mostrar la bondad de mis favores:
Ante todo, veían, sin ver nada,
y oían sin oír; cual vanos sueños,
gozaban de una vida dilatada,
donde todo ocurría a la ventura:

¹⁰ El texto entre paréntesis se considera una interpolación.

ignoraban las casas de ladrillos,
al sol cocidos, la carpintería.
Vivían bajo tierra en unas grutas
sin sol, como las pródidas hormigas.
Ignoraban los signos que revelan
cuándo vendrá el invierno y la florida
primavera y los frutos del estío.
Todo lo hacían sin criterio alguno
hasta que, finalmente, de los astros
les enseñé a auspiciar orto y ocaso.
Y el número, el invento más rentable,
les descubrí, y la ley de la escritura,
recuerdo de las cosas, e instrumento
que a las Musas dio origen. Fui el primero
que sometió las bestias bajo el yugo,
y al arnés; y al jinete esclavizadas,
las más duras fatigas soportaron
en lugar de los hombres. Bajo el carro
yo sometí el caballo, humilde al freno,
y vana ostentación de la riqueza.
Nadie más sino yo el marino buque
de alas hechas de lino, descubrió,
y que errático el ponto va surcando.
Y pese a los inventos que a los hombres
un día enseñé yo, infeliz, no tengo
medio de sustraerme a mi desgracia.

CORIFEO

Es humillante el mal que ahora padeces,
sin saber lo que hacer; andas perdido
cual el inepto médico que enferma;
desmayas ignorando los remedios
con que puede tratarse tu dolencia.

PROMETEO

Aún más te admirarás si el resto escuchas,
las artes y recursos que he inventado.
Ante todo, cuando alguien enfermaba,

no había medio alguno de defensa
—ni comida, ni ungüento, ni bebida—
y morían privados de recursos
hasta que yo enseñéles la manera
de mezclar los remedios curativos
con que todos los males se superan.
De la adivinación fijé las normas;
fui el primero en saber qué significan
los sueños en la vida; los presagios
que encierra un son oscuro, y los encuentros,
yo les mostré. Y el vuelo de las aves
de curvas garras definíles; cuáles
indican buen augurio, y las que ocultan
un siniestro presagio. La conducta
que sigue cada especie: sus amores,
sus inquinas y su aparejamiento.
La limpidez de las entrañas, cómo
ha de ser la tintura de la bilis
para ser aceptada por los dioses,
y las formas que el lóbulo presenta.
Los miembros recubiertos con la grasa
y el ancho lomo al fuego consumiendo,
enseñé a los mortales el camino
hacia un arte difícil. Las señales
del fuego, luminosas a sus ojos
hice que fueran, hasta entonces ciegos.
Pero basta ya de eso. Los recursos
ocultos para el hombre bajo tierra
—como son bronce y hierro, plata y oro—
antes de mí, ¿quién pudo descubrirlos?
¡Nadie que no desee hablar en vano!,
lo sé muy bien. En suma, por decirlo
todo concisamente en una frase:
sabe que el hombre ha conocido todas
las artes a través de Prometeo.

CORIFEO

Por servir al mortal más de la cuenta,

evita descuidar tu propio caso.
Yo espero que, algún día, de estos grillos
liberado por fin, no tendrás menos
poder del que dispone Zeus ahora.

PROMETEO

El Hado que da a todo cumplimiento
no ha decretado aún que esto suceda.
Sometido a mil penas y tormentos,
más tarde he de escapar de estos grilletes.
Que es el sino más fuerte que mis artes.

CORIFEO

¿Quién es el timonel, pues, del Destino?

PROMETEO

Las tres Moiras, y Erinia rencorosa.

CORIFEO

¿Así que a Zeus superan en potencia?

PROMETEO

No podrá sustraerse a su destino.

CORIFEO

Si no es reinar, ¿cuál es de Zeus el sino?

PROMETEO

No lo puedes oír: ya más no insistas.

CORIFEO

Es un secreto augusto lo que ocultas.

PROMETEO

Refiérete a otro tema, que no es hora
de pregonar lo que ha de estar oculto.
Si logro conservar este secreto
escaparé a los grillos y a las penas
que tanto han humillado a mi persona.

CORO

(Cantando.)

Zeus, que lo rige todo,
no enfrente su poder contra mi espíritu;
no sea yo remisa en acercarme,
con sagrados festines y hecatombes,
a los dioses, junto al perenne curso
de Océano; no peque
yo en mi lenguaje, y ¡dure de por siempre
sin borrarse jamás lo que yo pido!

Es dulce, entre serenas
esperanzas vivir larga existencia,
el corazón nutriendo
de iluminado gozo.
Mas me lleno de horror cuando te veo
desgarrado por esa pena ingente...
Sin temblar ante Zeus,
por propio impulso, honraste a los mortales,
Prometeo, en exceso.

¿Es favor tu favor?
¡Dímelo, amigo, vamos!
¿Dónde hallarás defensa?
¿Qué ayuda pueden darte los mortales?
¿No has reparado, acaso, en la insegura,
débil capacidad de los humanos,
a un sueño semejante,
a que está sometida
la pobre raza humana?

No, no; jamás la voluntad terrena
podrá violar de Zeus las decisiones.

Lo he comprendido al punto,
al ver tu dura suerte, Prometeo.
¡Oh, qué distante es hoy la melodía
que llega a mis oídos
de aquella que entonara
por tu baño lustral, por tu himeneo
el día de tus bodas,
cuando con sus presentes
a Hesione, mi hermana, te llevaste
para hacerla tu esposa y compañera!

*(Entra Io, mujer con algunos signos vacuos: cuernos en la cabeza.
Marcha a saltos, picada por un tábano.)*

Io

—¿Qué tierra es ésa? ¿Quién en ella vive?
¿Quién será este que veo
aprimado en un arnés de piedra,
del huracán expuesto a los embates?
¿Adónde me ha llevado mi aventura,
pobre de mí? Contesta.

(Se agita un poco.)

—De nuevo el agujijón, de Argos terrígeno
el fantasma, infeliz, me está azuzando.
Haz que de mí se aleje, madre Tierra,
que me lleno de espanto cuando miro
a ese boyero de mil ojos. Siempre
avanza con su pérfida mirada...
Ni una vez muerto, el polvo lo ha ocultar
Hurtándose a las sombras,
a esta infeliz persigue
y por la arena que la orilla cubre
hambrienta, la hace caminar errante.
—A los compases de sonora flauta

recubierta de cera,
desgrana una tonada que hipnotiza.
¡Ay de mí, ay de mí, dioses!
¿Adónde me conduce esta carrera
y ese lejano errar?
¿Qué pecado en mí hallaste, hijo de Crono,
para uncirme a este yugo de miserias?
¿Por qué con ese horror que me espolea,
pobre loca, infeliz, me martirizas?
Abrásame en la llama,
sepúltame en la tierra,
o entrégame a los monstruos de los mares
en pasto convertida. ¡No desdeñes,
Señor, mis peticiones!

Asaz mi dilatado andar errante
me ha trabajado ya. No sé siquiera
cómo puedo escapar de mis desdichas.
¿No escuchas los acentos de esta joven
cornífera mujer?

PROMETEO

¿No escucharé yo a la joven
que de Inaco ha nacido,
y que de amor ha inflamado
del Padre Zeus los sentidos?
La que ahora se fatiga
recorriendo, por la fuerza,
ese dilatado curso,
blanco del encono de Hera?¹¹

IO

Y tú, ¿cómo es que sabes
el nombre de mi padre y lo pronuncias?

¹¹ Io, hija de Inaco, fue convertida en vaca por el querer de Zeus, que se había enamorado de ella, y se le acercó en forma de toro. Por celos, Hera la condenó a andar errante por el mundo.

¡Contesta ya a esta pobre desgraciada!
¿Quién eres, pues, quién eres, malhadado,
que en términos tan claros
a esta infeliz saludas,
y el nombre sabes de este mal divino
que me consume con los aguijones
con que me ataca y a vagar me incita?
Retozando entre brincos humillantes
que al hambre me condenan,
héteme junto a ti, víctima de Hera,
y de sus planes rencorosos. ¿Quiénes
de entre los dioses sufren lo que sufro?
¡Ay, ay!
Dime con claridad lo que me espera;
qué antídoto, qué ayuda
para mi mal existe, si lo sabes,
revélame, contesta a esta doncella
que triste va vagando por el mundo.

PROMETEO

Te contaré lo que saber deseas
muy claramente y sin tejer enigmas,
con un lenguaje simple, como es justo
hablar a los amigos: estás viendo
a Prometeo que al mortal dio el fuego.

IO

¡Oh auxilio universal de los humanos,
Prometeo infeliz! ¿Por qué tus males?

PROMETEO

Acabo de llorar mis infortunios.

IO

¿No puedes concederme este servicio?

PROMETEO

Dime cuál es, que todo habrás de oírlo.

IO

Dime quién te ha aherrojado en esta roca.

PROMETEO

De Zeus la voluntad, de Hefesto el brazo.

IO

¿Por qué delito has sido castigado?

PROMETEO

Basta con lo que acabo de aclararte.

IO

Dime, además, cuándo será que pueda contemplar el final de mi aventura.

PROMETEO

Es mejor ignorarlo que saberlo.

IO

No me ocultes las penas que me aguardan.

PROMETEO

No es que quiera negarte ese servicio...

IO

¿Por qué, pues, tu tardanza en revelarlo?

PROMETEO

No es que no quiera, no. Temo afligirte.

[464]

IO

No te turbes por mí. Será agradable.

PROMETEO

Tendré que hablar si es tu deseo. Escucha.

CORIFEO

Aún no; dame una parte de este gozo. Sepamos, ante todo, su dolencia, que nos cuente ella misma su desgracia. Lo que le queda por sufrir, más tarde que nos sea explicado de tus labios.

PROMETEO

(A Io.)

A ti te corresponde complacerlas, Io, que son hermanas de tu padre. Llorar y lamentar unas desgracias, cuando puede arrancarse alguna lágrima de quien escucha, eso es esfuerzo vano.

IO

No sé cómo negarme a vuestro ruego, y, así, con sencillez vais a escucharme todo cuanto queráis, aunque me siento avergonzada de contaros cómo sobre mí se abatió aquella tormenta causada por un dios, mi metamorfosis. De continuo nocturnas pesadillas visitaban mi cuarto de doncella y así me aconsejaban dulcemente: «Muchacha afortunada, ¿a qué conservas tu doncellez durante tanto tiempo, si puedes alcanzar ilustres bodas? Zeus se siente inflamado del deseo

[465]

de tu beldad, y quisiera contigo
honrar a Cipris. No rechaces, hija,
de Zeus el lecho, no. Vete hacia el prado
de Lerna, de alta hierba, a las dehesas
y al establo que allí tiene tu padre,
y que el ojo de Zeus calme sus ansias.»
Y así, noche tras noche, desgraciada,
tenía tales sueños, hasta que
me atreví a relatarlos a mi padre.
A Pitó y a Dodona entonces manda,
uno tras otro, muchos mensajeros
para pedir al dios qué es lo que debe
decir o hacer para ser grato al Cielo.
Mas regresaban siempre con oráculos
cambiantes y oscuros, enigmáticos.
Llegó, por fin, a Inaco una respuesta
clara que le indicaba, y con detalles,
que debía expulsarme de mi casa
y de mi patria, para que, ya libre,
hasta el fin de la tierra fuera errante,
si no quería ver el rayo ardiente
que envía Zeus, caer sobre su casa
y aniquilar su estirpe. Obedeciendo
de Loxias los oráculos, me expulsa,
y, contra mi deseo y contra el suyo,
las puertas me cerró, mas le obligaba
de Zeus el freno a obrar de esta manera,
por la fuerza. Y, al punto, mi figura,
y mi espíritu cambian, y, cornuda,
tal como veis, mordida por un tábano
de agudo diente, en delirante salto,
a la bella corriente del Cernea
voy, y a la fuente Lerna. Allí un boyero,
Argos, hijo de Gaya, me vigila
en su humor implacable, y, con mil ojos,
va siguiendo mis pasos. De improviso
inesperada muerte le arrebató
la vida, y yo, azuzada por el tábano,
bajo los golpes de divino azote,

de tierra en tierra voy, a la carrera.
Ya escuchaste mi caso. Y si te queda
por añadir a mis desgracias algo,
dímelo ya. Y no quieras confortarme
por compasión, con voces engañosas.
Que no hay peste peor, te lo aseguro,
que un discurso cargado de aderezos.

CORO

Deja, deja, aparta, ay, ay.
Jamás, jamás pensé que tan extrañas
historias llegarían a mi oído,
que miserias, horrores y desdichas
tan duros, tan crueles,
con su agujijón de doble filo helaran
mi pobre corazón. ¡Ay, el destino,
ay, sí, el destino! Al ver la suerte
de lo me horrorizo.

PROMETEO

Muy pronto te estremeces y horrorizas.
Espera hasta saber lo que le aguarda.

CORO

Habla, cuéntame, sí. Para el enfermo
dulce es saber el mal que ha de sufrir.

PROMETEO

La primera demanda que me hicisteis
la habéis muy fácilmente conseguido.
Queríais antes oír de sus labios
la historia de sus penas. Bien; ahora,
sabréis los sufrimientos que esta joven
habrá de padecer por culpa de Hera.
Y tú, semilla de Inaco, conserva
lo que voy a decirte en el espíritu,
y así sabrás el fin de tus desgracias:

Desde aquí toma el rumbo de levante
y vete a las llanuras que no se aran.
Llegarás a los nómadas Escitas,
que viven en cabañas bien trenzadas,
en carros bien rodados, y que blanden
arcos de largo alcance. No te acerques,
y cruza aquellas tierras, dirigiendo
tus pasos a la costa do el mar gime.
A la izquierda los Cálibes se encuentran,
artífices del hierro: has de evitarlos,
pues son salvajes y odian al extraño.
Y llegarás al río cuyo nombre
no engaña, el Orgullosa; no lo cruces
(no es fácil de cruzar), hasta que llegues
al mismo Cáucaso, el más alto monte,
do el río exhala su furor, bajando
desde sus propias sienas. Traspasando
sus cimas, que hasta el cielo se levantan,
toma el camino que va al mediodía,
siguiendo el cual has de llegar al pueblo
de aquellas Amazonas que aborrecen
al varón y que, un día, Temiscira
fundarán junto al río Termodonte,
en donde se halla Salmidesia, la áspera
mandíbula del ponto, a los marinos
huésped hostil, madrastra de las naües.
Ellas tu ruta indicarán, gustosas.
Y llegarás al istmo de Cimeria,
junto a las puertas mismas de aquel lago:
déjalo a un lado, y, con audaz entraña,
cruza el canal Meótico. A los hombres
dejarás, de tu paso, un gran recuerdo
y en honor a tu nombre ha de llamarse
Bósforo, un día. Deja luego el llano
de Europa y llegarás al continente
de Asia.

(Pausa.)

¿No pensáis, pues, que muy violento

se muestra en todo el rey de los Olímpicos?
Por querer él, un dios, unirse a esta
mortal, le ha impuesto tal carrera errante.
Amargo pretendiente has encontrado,
muchacha, de tus bodas. Que el relato
que acabas de escuchar no está siquiera
en sus comienzos.

IO

¡Ay de mí, la pobre!

PROMETEO

¿Gritas de nuevo y muges? ¿Pues, qué harás
cuando sepas los males que te esperan?

CORIFEO

¿Has de contarle aún más sinsabores?

PROMETEO

Todo un mar proceloso de miserias.

IO

¿Para qué, pues, vivir? Mejor sería
precipitarme, al punto, de esta roca
escarpada, y librame de mis penas
estrellándome en ella. Antes la muerte
de una vez que ir sufriendo cada día.

PROMETEO

¡Qué mal soportarías mi destino!,
que a mí la muerte no se me concede.
¡Y, a fe, que fuera el fin de mis pesares!
Pero es el caso que, para mis cuitas,
no hay término fijado, hasta que llegue
el día en el que Zeus pierda su imperio.

IO

¿Es posible que Zeus caiga algún día?

PROMETEO

Te iba a gustar ese desastre, creo.

IO

¿Y, cómo no, si soy de Zeus juguete?

PROMETEO

Que ello ha de ser así, tenlo por cierto.

IO

¿Quién ha de arrebatárle el real cetro?

PROMETEO

El mismo, por sus vanas decisiones.

IO

¿De qué forma? Si no hay peligro, dílo.

PROMETEO

Unas bodas hará que han de pensarle.

IO

¿Humanas o divinas? Dí, si puedes.

PROMETEO

¿Qué bodas, dices? Eso he de callarlo.

IO

¿Ha de ser destronado por su esposa?

[470]

PROMETEO

Tendrá un hijo más fuerte que su padre.

IO

¿No hay forma de trincar este destino?

PROMETEO

Sólo yo, si me libra de estos lazos.

IO

¿Quién te podrá salvar, si Zeus no quiere?

PROMETEO

Un descendiente tuyo: está fijado.

IO

¿Cómo? ¿Tu salvador, un hijo mío?

PROMETEO

El tercero, tras diez generaciones.

IO

¡Difícil de entender, la profecía!

PROMETEO

Tampoco intentes conocer tu sino.

IO

Si me has hecho ya un don, no me lo quites.

PROMETEO

Hay dos relatos: uno te concedo.

[471]

Io

¿Cuál? Ponlos ante mí, y deja que escoja.

PROMETEO

Te lo concedo, escoge. ¿De tus cuitas el fin he de decirte, o qué persona a ser mi salvador está llamada?

CORIFEO

Dígnate a conceder a ésta una gracia (*por Io*) y la otra a mí. Mis súplicas atiende: cuenta a Io el resto de sus penas. Y a mí tu salvador: esto deseo.

PROMETEO

Pues que tanto insistís, no he de negarme a informaros en torno a estos deseos, y a ti, primero, Io, voy a contarte tu agitada carrera. Toma notas y en las fieles tablillas de tu mente consévalas: Cuando ya hayas cruzado la corriente que sirve de frontera entre dos continentes...

al levante encendido y que el sol huella.

.....¹²

y el estruendoso ponto atravesando hasta alcanzar los llanos de Cistene gorgóneos, donde viven las Fórcides, tres antiguas doncellas, con figura de cisne, y que en común tienen un ojo solo y un diente solo, y a quien nunca mira el sol con sus rayos, ni la luna nocturna. Junto a ellas tres hermanas aladas se hallan, las Gorgonas, cuyas cabelleras son nidos de serpientes,

¹² Laguna en el texto.

horror de los mortales. Si las mira alguien, no puede conservar la vida. Cuidado, pues, te digo, ante ese riesgo. Y ahora escucha otra terrible escena: Guádate de los Grifos, esos perros que no ladran, de Zeus, de fuertes dientes y del pueblo Arimaspo, gente que tiene un solo ojo y a caballo monta, y viven de Plutón cabe las aguas, la corriente que tiene arena de oro.

No te acerques a ellos. Y una tierra lejana alcanzarás, pueblo de negros, y que vive del sol junto a las fuentes, do se halla el río Etiopie. Tú sigue por sus riberas hasta que, al fin, llegues junto a la Catarata, en donde el Nilo desde el monte de Biblos vierte su agua salutífera y sacra. Él va a guiarte hasta el país triangular, Nilotis, donde a ti y a tus nietos, el Destino os reserva fundar una lejana colonia, Io. Y de eso que te cuento, si hallas un punto oscuro o incomprensible, pregúntame, y entérate sin dudas. Tengo más tiempo del que yo quisiera...

CORIFEO

Si tienes que contarle algún detalle nuevo, o bien, omitido, de su loca carrera, dilo. Si está dicho todo, otórgame el favor que te pedimos. Lo recuerdas, ¿no es cierto?

PROMETEO

Ya ha escuchado ésta el final de su carrera. Y para que sepa que no es vana profecía le diré las desgracias que sufriera

antes de aquí llegar, como una prueba
de mi relato, aunque voy a saltarme
la parte principal de mis palabras,
y diré sólo el fin de su aventura:

Tan pronto a la llanura de Molosia
y al empinado lomo de Dodona
llegaste, do se encuentra el santuario
profético de Zeus, en la Tesprótide,
y al prodigio increíble, a las encinas
parlantes, que, en voz clara y sin enigmas,
te han saludado como a la futura
de Zeus esposa ilustre (¿no te halaga?),
desde aquí, por el tábano azuzada,
te lanzaste al camino de la costa,
en dirección al gran golfo de Rea;
de allí te devolvió al lugar de origen,
en vagabundo curso, la tormenta.
Debes saber que, en un tiempo futuro,
este golfo marino ha de llamarse
Jonio, en recuerdo de tu paso, para
los hombres todos. Hete aquí la prueba
de que mi mente puede ver más lejos
de lo aparente. El resto os lo relato
al mismo tiempo a ésta y a vosotras,
volviendo al punto do dejé mi historia.
Al otro extremo del país se encuentra
la ciudad de Canobo, en los alfaques
y en la boca del Nilo. Es allí donde
Zeus la razón ha de tornarte, sólo
con el toque sereno de su mano,
con un simple contacto. Y, en recuerdo
por el modo en que Zeus le dio la vida,
darás a luz a un hijo, al bruno Epafo,
que habrá de cultivar toda la tierra
que riega el ancho Nilo. Y la quinta
generación, formada por cincuenta
hijas, tras él, aun sin quererlo, un día,
a Argos regresará, una consanguínea

boda evitando con sus primos. Y ellos¹³,
el alma enfebrecida, cual halcones
de unas palomas a no gran distancia,
vendrán también para dar caza a unas
que les están vedadas. Mas sus cuerpos
un dios les negará, y ha de acogerlas
la tierra de Pelasgo, después que
les diera muerte un Ares femenino
con audacia que vela en la tiniebla.
Pues cada novia ha de dar muerte a un novio
una espada tiñiendo, en cada muerte,
de doble filo. ¡Qué así caiga Cipris
sobre mis enemigos! Sólo a una
el hambre de hijos habrá de inducir
a no quitar la vida a su marido:
claudicará su espíritu, eligiendo
de dos alternativas, una sola:
que la llamen cobarde, y no asesina.
En Argos ésta parirá un retoño
llamado a ser un rey.

(Pausa.)

Mas fuera largo
explicar claramente estos detalles,
pero de esta simiente vendrá al mundo
un día, un héroe audaz, de arco famoso,
llamado a liberarme de mis penas.
Tal profecía revelóme un día
Temis, mi madre, la Titania antigua.
Los medios y la forma, eso, contarlo,
exigiría largo tiempo, y nada
irías tu a ganar con conocerlo.

¹³ Referencia a las Danaides. Véase el tema de las *Suplicantes*.

Io

(Que se siente, de pronto, convulsionada.)

¡Eleleu, Eleleu!

Ya de nuevo un espasmo y un delirio
perturban mi cerebro
y el aguijón de un tábano
no templado en el fuego me perfora.
De horror mi corazón golpea el pecho,
los ojos me dan vueltas.
De mi ruta me aparta
desaforado soplo de locura;
no domino mi lengua
y túrbidas palabras
rebotan al azar contra las olas
de odiosa desgracia.

CORO

Un sabio, sí, era un sabio
el que por vez primera
concibiera en su mente y con su lengua
formuló este principio:
«Boda con un igual es lo mejor, con mucho».
Cuando se es menestral, no se pretendan
enlaces con aquellos
que viven en el lujo regalados
o que se muestran por su cuna altivos.

Oh, que nunca en mi vida
¡oh Moiras!..., me veáis compartiendo
de Zeus el lecho en calidad de amante.
No me una yo jamás a un dios del Cielo.
Pues me horroriza contemplar de Io
la casta doncellez arruinada
por la loca carrera de fatigas
que Hera le impuso.

El compartir con un igual el yugo

[476]

no me causa pavor; [no tengo miedo].
Mas que nunca hacía mí sus ojos vuelva,
con su mirada inevitable, nunca,
el amor de los dioses prepotentes.
Que es lucha que no es lucha
y esperanza vacía de esperanzas.
Lo que fuera de mí, no sé decirlo.
No puedo concebir cómo podría
de Zeus al pensamiento sustraerme.

PROMETEO

Pues, en verdad, que Zeus, por más astuto
que sea, ha de tornarse muy humilde,
vista la boda a que aspirará un día,
boda que ha de expulsarle de su trono
y de su imperio, aniquilado. Entonces
se cumplirá la maldición que Crono
contra él lanzó al perder su antiguo reino.
Un modo de evitar tales desgracias
ningún dios, sólo yo, puede ofrecerle.
Pues yo lo sé, y el medio. Por lo tanto,
permanezca tranquilo y confiado
en sus truenos aéreos, mientras blande
el ígneo dardo entre sus manos. Nada
podrá evitar que caiga en la ignominia
con caída insufrible. Un adversario
tal se está preparando por sí mismo
invencible prodigio, que una llama
inventará que el rayo más potente
y una explosión que ha de vencer al trueno,
y que ha de hacer añicos el tridente
lanza de Posidón, marino azote
que sacude la tierra. Y cuando choque
contra este escollo aprenderá, sin duda,
cuán distinto es mandar de ser esclavo.

CORIFEO

Auguras contra Zeus tu propio anhelo.

[477]

PROMETEO

Digo lo que ha de ser, y lo que quiero.

CORIFEEO

¿Es posible que Zeus sea vencido?

PROMETEO

Grillos tendrá, más duros que los míos.

CORIFEEO

¿Y no te arredra hacer esta amenaza?

PROMETEO

¿Qué ha de temer el que morir no puede?

CORIFEEO

¡Puede infligirte un daño aún más terrible!

PROMETEO

Que me lo inflija, pues. Todo lo espero.

CORIFEEO

Sabio es quien a Adrastea se somete.

PROMETEO

Adora, ruega, adula al poderoso,
que a mí me importa Zeus menos que nada.
Que impere y mande en este breve tiempo
a su antojo. Su imperio entre los dioses
no ha de durar.

(Aparece a lo lejos Hermes.)

Mas hete a su correo,

el ministro de Zeus, nuevo tirano.
A anunciarme ha venido alguna nueva.

HERMES

¡Eh, tú, sofista, duro entre los duros,
que contra las deidades has pecado
entregando al mortal sus privilegios!
A ti, ladrón del fuego, me dirijo:
Tu padre ordena que le digas cuáles
han de ser esas bodas que amenazan
con destronarle. Y no hables con enigmas,
cuenta punto por punto los detalles.
No me obligues a hacer doble camino,
Prometeo. Ya ves que tu talente
de Zeus las iras doblegar no logra.

PROMETEO

Solemne y lleno de arrogancia, como
de servidor de un dios, es tu lenguaje.
Jóvenes sois, y es joven vuestro imperio.
¿Creéis vivir en torre inaccesible
a la desgracia? ¿Acaso yo no he visto
derrocados de allí ya a dos monarcas?
Y el tercero, el que hoy ostenta el cetro,
he de verle caer muy pronto, envuelto
en la ignominia. ¿Tengo yo el aspecto
acaso de temblar y de humillarme
ante los nuevos dioses? ¡Ni por pienso!
Y ahora puedes desandar tu ruta,
que nada has de saber de cuanto inquieres.

HERMES

Tú mismo con bravatas semejantes
viniste a fondear en tus desgracias.

PROMETEO

Debes saber que yo no cambiaría
por tu papel de esclavo mi destino.

HERMES

(Con ironía.)

¡Claro! Es mejor servir en este risco
que ser fiel mensajero de Zeus Padre.

PROMETEO

Hay que insultar a aquél que nos insulta.

HERMES

Parece que presumes de tu estado.

PROMETEO

¿Presumir? ¡Si viera a mis contrarios
presumir de esta forma, y tú entre ellos...!

HERMES

¿También me haces culpable de tus penas?

PROMETEO

Odio, sencillamente, cuantos dioses
inicuamente mis servicios pagan.

HERMES

Entiendo que padeces gran demencia.

PROMETEO

Sí, si es demencia el odio al enemigo.

HERMES

Victorioso, serías insufrible.

PROMETEO

¡Ay, ay de mí!

HERMES

Pues esta es expresión que Zeus ignora.

PROMETEO

Todo lo enseña el tiempo envejeciendo.

HERMES

Tú aún no has aprendido a ser sensato.

PROMETEO

Cierto, pues no hablaría a un mayordomo.

HERMES

¿Nada dirás de lo que quiere el Padre?

PROMETEO

(Irónico.)

¡Claro!, que he de pagarle sus favores...

HERMES

De mí te burlas cual si fuera un niño.

PROMETEO

¿Es que no eres un niño, y aún más que eso
si esperas recibir una respuesta?

No existe ultraje ni tormento alguno
con que a cantar el Padre Zeus me obligue,
si antes no me libera de estos grillos.

Así que, lance contra mí la llama
que ennegrece, y de nieve bajo un manto,
con truenos subterráneos, que confunda
el universo todo y lo trastorne:
nada va a doblegarme a que le diga
por quién será arrojado de su trono.

HERMES

Mira si es esto para ti una ayuda.

PROMETEO

Visto para sentencia está hace tiempo.

HERMES

Decídete, decídete, insensato,
a razonar ante tu mal presente.

PROMETEO

En vano me importunas, cual si dieras
consejos a las olas No, que nunca
se te ocurra pensar que yo, por miedo
al decreto de Zeus, pueda portarme
como si de hembra corazón tuviera,
y a suplicar a un ser tan odiado
que me libere de estos grillos, con
mis palmas levantadas, como haría
una mujer. ¡Estoy muy lejos de ello!

HERMES

Por mucho que hable voy a hablar, yo creo,
en vano; observo que no te conmueves
ante mis peticiones, ni te ablandas.
Mordiendo el freno cual recién domado
potro, con fuerza con las riendas luchas.
Mas con débil ardid muestras tu saña.
Para quien no razona, por sí misma,
puede la obstinación menos que nada.
Porque, si a mis razones no te pliegas,
mira qué tempestad, qué triple embate
de mal te viene encima, inevitable:
Antes que nada, esa escarpada cumbre,
con el trueno y llama de su rayo,
Padre la hará pedazos, y tu cuerpo,

acunado en los brazos de una roca,
tan sólo, hará que se sumerja. Luego,
pasado ya de tiempo largo trecho,
volverás a la luz. Y el perro alado
de Zeus, entonces, águila sangrienta,
reducirá tu cuerpo, impetuosa,
a enorme harapo, huésped no invitado,
que te irá devorando todo el día,
y con tu negro hígado un banquete
celebrará. Pero, de este suplicio,
no esperes nunca el fin, hasta que llegue
un dios que quiera ser el heredero
de tu pena, y bajar al negro Hades
y a las simas sin luz que hay en el Tártaro.
Piensa, pues, que no son vanas bravatas,
sino palabras dichas con gran tiento.
Pues los labios de Zeus no hablan en vano:
Él cumple, en todo caso, su palabra.
Así que mira en torno y reflexiona.
No creas que es mejor que el buen consejo
la terca obstinación.

CORIFEO

No es importuno,
así lo creo yo, lo que te ha dicho
Hermes: lo que te pide es que abandones
tu conducta obstinada y que procures
hallar el buen consejo. Presta oídos.
Errar es para el sabio vergonzoso.

PROMETEO

Lo que ésta ha pregonado
ya lo sabía yo;
y no es nunca infamante
que enemigo maltrate
a su enemigo. Lance,
pues, contra mí, los bucles
bifurcados del fuego,

y que se excite el aire
por el trueno y la furia
de unos vientos salvajes.
Que el huracán conmueva
la tierra y sus cimientos;
que las olas marinas,
con áspero ronquido,
confundan de los astros
celestes los caminos.
Que levante mi cuerpo
y al tenebroso Tártaro
lo precipite, envuelto
por cruel torbellino
de la Necesidad:
Porque, haga lo que haga,
no podrá aniquilarme.

HERMES

Las frases que pronuncias
son las que oír solemos
de labios de un demente.
¿En qué se diferencian
de un delirio sus votos?
¿En qué cede su furia?
Mas vosotras, las que
compadecéis sus males,
abandonad al punto
este lugar, no os vaya
a trastornar la mente
el mugido del trueno
al que nada entenece.

CORO

Pronuncia otra palabra,
exhórtame a otra cosa
que pueda convencerme.
La frase que arrancaste
en tu discurso no es

para mí tolerable.
¿Por qué quieres instarme
a obrar con villanía?
Quiero con él sufrir
lo que sufrir él deba.
Al traidor he aprendido
a aborrecer; no hay
mal que más odie yo.

HERMES

Muy bien, lo que os anuncio
recordad, y a la suerte
no dirijáis reproches
cuando Ate caza os dé.
Y no digáis jamás
que Zeus os ha arrojado
a un dolor imprevisto:
será por vuestra culpa.
Con plena conciencia
y no en forma imprevista,
ni por medio de engaños
vais a veros cogidas
por la locura vuestra
en las redes de Ate
que no admiten escape.

PROMETEO

Ahora ya es de veras,
y no es vana palabra:
la tierra se conmueve;
el eco lo acompaña
con un profundo estruendo.
Ya brilla el encendido
zigzag de los relámpagos.
Los torbellinos mueven
en espiral el polvo,
los soplos de los vientos
se atacan mutuamente

formando una batalla
 de hostiles vendavales.
 Cielo y mar se confunden.
 Tal torbellino avanza
 enviado por Zeus,
 contra mí, claramente,
 intentando abrumarme.
 Majestad de mi Madre,
 Éter que hace girar
 la luz común a todos:
 ¿Ves qué injusticia sufro?

*(En medio de un fragor borroroso de rayos y truenos se bunden las
 rocas y Prometeo y el coro son sepultados bajo ellas.)*

INDICE

INTRODUCCIÓN	11
Noticia sobre Esquilo	11
Esquilo en la literatura (universal y española)....	14
La transmisión del texto de Esquilo	19
Nota a la presente edición	22
Cronología esquilea	23
BIBLIOGRAFÍA.....	25
LOS PERSAS.....	31
LOS SIETE CONTRA TEBAS	91
LAS SUPLICANTES.....	153
LA ORESTÍA	211
AGAMENÓN	229
LAS COÉFOROS	313
LAS EUMÉNIDES	373
PROMETEO ENCADENADO	429